LIBROdot.com

Agnes Grey
Anne Brontë



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

A mi padre, por haber sido el último; a mi madre, por haber sido la primera.



Anne Brontë. Dibujo realizado por su hermana Charlotte, en 1833, cuando Anne tenía trece años.

LA OTRA HERMANA

CUALQUIER lector aficionado, no necesariamente experto en novela victoriana, habrá leído u oído hablar de obras como *Jane Eyre o Wuthering Heights (Cumbres Borrascosas),* así como de sus autoras, Charlotte y Emily Brontë, respectivamente. Sin embargo, cuando hablamos de *Agnes Grey* o de *The Tenant of Wildfell Hall* generalmente es necesario explicar que se trata de novelas de Anne Brontë, «la otra hermana»[1]. Ciertamente, Anne Brontë ha permanecido a la sombra de sus hermanas y en muchas ocasiones ha sido ocultada totalmente por ella. Aunque sus libros tuvieron un éxito notable cuando fueron publicados, parece ser que los escritores victorianos de biografías y memorias consideraron la vida de Anne de poco interés en comparación con la de sus hermanas: Charlotte, más apasionada -quizás como reflejo de su más famoso personaje, Jane Eyre-, y Emily, más enigmática, y no escribieron gran cosa sobre ella, por lo que ha permanecido bastante en el olvido como escritora y como persona. De hecho, muchas de las historias de la literatura o incluso de los libros especializados en novela victoriana la despachan en unas pocas líneas o ni siquiera la mencionan, en contraste con la atención dedicada a sus hermanas[2]. Algunos autores achacan este desconocimiento de la figura de Anne al hecho de haber sido la menor de los hermanos Brontë[3] , de ofrecer una visión de la vida diferente de la presentada en la obra de sus hermanas[4], o de haber intentado imitar el talento de éstas, sin conseguirlos[5]. En realidad, en opinión de George Moore, uno de los grandes defensores de Anne Brontë, lo que ha ocurrido es que a Anne le ha tocado hacer el papel de «Cenicienta literaria» al haber sido siempre juzgada en referencia a sus hermanas[6].

Algunos críticos[7] culpan a Charlotte del desconocimiento, o del conocimiento parcial, existente en torno a Anne. Como escritora, la perjudicó al no permitir que *The Tenant of Wildfell Hall* se volviera a publicar tras la muerte de Anne mientras ella misma vivió; en una colección de poesías de Emily y Anne que publicó en *1850,* en ocasiones dejó fuera estrofas significativas para entender la obra de Anne; y también se negó a publicar cualquier material literario inédito de sus hermanas. Como persona, anuló su identidad al quemar la mayoría de los documentos de cualquier tipo que sus hermanas hubieran dejado. Debido a esta quema, y también posiblemente a otras circunstancias, sólo quedan cuatro o cinco cartas de las muchas que debió de escribir y seis de los denominados «diary papers»[8]. Aunque

[1] Éste es casi el título que Elizabeth Langland da a su biografía crítica sobre la autora, Anne Brontë: The Other One, Londres, Macmillan, 1989. También Edward Chitham utiliza esta expresión « [Charlotte's] other sister» para hablar de Anne en algún momento de su biografla A Life ofAnne Brontë; Oxford, Blackwell, 1991, pág. 176.

2 Algunos ejemplos de este trato podrían ser la ya clásica A Literary History ofEngland de Albert C. Baugh (ed.), Londres, Routledge & Kegan Paul, 1967, o la más reciente The Short Oxford History of English Literature de Andrew Sanders, Oxford, Oxford University Press, 1994, así como la obra de Michael Wheeler, *English Fiction of the Victorian Period 1830-1890,* Londres y Nueva York, Longman, 1985.

[3] E. Langland, op. *cit.,* pág. 1.

[4] P. J. M. Scott, *Anne Brontë: A New Critical Assessment,* Londres, Vision, 1983, pág. 6.

[5] E. Langland, op. *cit.,* pág. 29; W. Gérin, *Anne Brontë;* Londres, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1959, pág. v.

[6] G. Moore, *Conversations in Ebury Street,* Nueva York, Boni y Liveright, 1924, pág. 260.

[7] A. Goreau (ed.), *Agnes* Grey, Harmondsworth, Penguin, 1988, pág. 13, y E. Langland, cp. *cit.,* pág. 50, entre otros.

[8] Los «diary papers» que se conservan consisten en la narración de la actividad de un día, con la intención de leerlo cuando hubieran pasado tres o cuatro años; existen algunos escritos conjuntamente por Emily y Anne y otros escritos en la misma fecha, pero por separado.

existen algunos documentos originales y, en opinión de algunos autores[9], su obra, tanto poética como novelística, es casi su mejor biografia, también es cierto que durante mucho tiempo la reputación póstuma de Anne estuvo dirigida por Charlotte a través de la nota biográfica que sobre sus hermanas escribió y que precedía a una nueva edición de *1850* de *Wuthering Heights y Agnes Grey,* de sus cartas y de lo que sobre Anne contó a Elizabeth Gaskell y luego ésta incorporó a su biografia de Charlotte Brontë[10]. Aquí Anne aparecía descrita como dócil, meditabunda y paciente, y ésta es la imagen que la mayoría de las biografias, meras réplicas de la de Gaskell[11], dieron de Anne durante varias décadas. En estos años, Charlotte parecía ser el único miembro de la familia que suscitaba interés y sobre el que se escribía. La situación cambió algo cuando en *1890* Clement Short y T J. Wise decidieron fundar la Sociedad Brontë y recopilaron los manuscritos no publicados de la familia, lo que trajo como consecuencia la colección Shakespeare Head Brontë, que reeditó la obra ya conocida y sacó a la luz material inédito hasta entonces de y sobre la familia Brontë, y la Shakespeare Head Press se convirtió en una auténtica cantera de textos y material biográfico.

Winifred Gérin fue la primera en intentar restablecer la reputación de Anne con su biografía escrita en *1959*[12]*;* para ello utilizó la biografía de Elizabeth Gaskell, las cartas editadas por Short y Wise y todo tipo de material que pudo encontrar, pero sobre todo la novela *Agnes Grey y* también parte de la poesía. Posteriormente otros autores han intentado dar una visión más escéptica, pero también más realista, de la vida de los Brontë. Tom Winnifrith con su *The Brontës and their Background: Romance and Reality* escrito en *1973*[13] se podría considerar el iniciador de esta nueva tradición al poner en entredicho, por ejemplo, la validez del punto de vista dado por las cartas publicadas por Short y Wise y que no siempre coincidían en todos sus párrafos con los manuscritos originales[14]. También han contribuido a un mayor conocimiento de la autora y su obra la revisión crítica de sus novelas y poesía llevada a cabo por distintos estudiosos[15].

Anne Brontë nació el 17 de enero de 1820 fruto del matrimonio entre el Reverendo Patrick Brontë y su mujer, María Branwell, y fue la menor de una familia de seis hermanos: Maria, Elizabeth, Charlotte, Branwell, Emily y la propia Anne, de los cuales sólo los cuatro últimos llegaron a la edad adulta. Anne nació con problemas de asma y fue la más delicada de salud de todos los Brontë, sufriendo continuamente de resfriados o gripe, y esto puede haber influido en la imagen de debilidad intelectual y de carácter que a veces se ha creado alrededor de su figura[16]. La familia se había trasladado a Haworth en abril de 1820 y la madre murió de cáncer en septiembre de 1821, cuando Anne apenas contaba dieciocho meses.

Elizabeth Branwell, hermana de la señora Brontë y siete años mayor que ella, había residido algunas temporadas con la familia desde el matrimonio de María y aquel año había

[9] W. Gérin, op. cit., pág. vi.

[10] *The Life of Charlotte Brontë;* Londres, Dent, 1974; publicado por primera vez en Londres, Smith & Elder, 1857.

[11] Según opinión de A. Goreau, op. cit., pág. 14, y E. Chitham, op. *cit.,* pág. 1.

[12] *12 Op. cit.* En años sucesivos Gérin escribió también biografias sobre Branwell, Charlotte y Emily, en orden cronológico.

[13] Publicado en Londres, Macmillan Press, 1977.

[14] E. Chitham, op. cit., págs. 3-4.

[15] Edward Chitham cita, por ejemplo a lan Jack, Herbert Rosengarten, Margaret Smith, Hilda Marsden o G. D. Hargreaves; *ibídem,* pág. 4. También a destacar su propio trabajo con la edición de los poemas de Anne Brontë y varios libros sobre la familia.

[16] E. Langland, op. cit., pág. 4.

llegado en mayo para ayudar a su hermana y a su familia durante la enfermedad de aquélla. La familia Branwell procedía de Penzance, en Comualles, y a Elizabeth no le gustaba el carácter de la gente del norte de Inglaterra, además deploraba la falta de entretenimientos de un lugar pequeño como Haworth. Disponía de dinero propio, lo cual le habría podido proporcionar un marido, pero nunca se casó. Tras la muerte de su esposa, Patrick Brontë quiso casarse de nuevo, buscando sobre todo una madre para sus hijos, pero sus distintos intentos resultaron fallidos y la consecuencia fue que a partir de 1824 Elizabeth Branwell, aparentemente bastante a su pesar, se quedó permanentemente en la casa para cuidar de la familia, lo que probablemente amargó no sólo su vida, sino también la de aquéllos a su alrededor. Marcharse de Penzance significaba abandonar la vida social y la religión metodista[17], que eran los dos intereses alrededor de los cuales giraba su vida. Se preocupaba mucho por su apariencia y le gustaba rodearse de ciertas comodidades y cosas bonitas. Sin embargo, era de carácter melancólico y triste y nunca se le vio sonreír y mucho menos reír, irritándose con frecuencia[18]. Su carácter era probablemente melancólico por naturaleza, pero parece que también se veía afectado por la religión metodista. Al ser Anne la más pequeña de la casa y encontrarse con frecuencia enferma en la cama, la influencia de Elizabeth Branwell fue inmensa sobre su infancia y niñez, pero, por otra parte, le tomó un cariño instantáneo convirtiéndola claramente en su favorita, posiblemente porque era la que más se parecía a su madre y era una niña buena. Elizabeth Branwell confiaba en moldear el corazón y mente de Anne a su imagen y semejanza.

Desde el primer momento rehusó hacerse cargo de la educación de las niñas[19] y sólo aceptó enseñarles a coser y a darles conocimientos básicos de escritura. Así que fue Patrick Brontë el que se encargó de educar a sus hijos. Cuando las dos niñas mayores tuvieron la edad apropiada, decidió enviarlas a Cowan Bridge, un internado pensado especialmente para las hijas de clérigos, donde al poco tiempo les siguieron Charlotte y Emily. Sin embargo, estalló en el colegio una epidemia de tuberculosis a consecuencia de la cual murieron María y Elizabeth cuando contaban tan sólo doce y diez años, respectivamente, y Charlotte y Emily fueron sacadas inmediatamente de allí[20]. Es importante observar que, mientras sus hermanas estaban en Cowan Bridge y Branwell asistía a otra escuela, Anne tuvo por única compañía a su tía, con la consiguiente influencia que ésta pudo tener sobre la pequeña. Tras la debacle de Cowan Bridge, los niños fueron de nuevo educados en casa por su padre durante cinco años y medio. Todas las chicas tenían pequeñas tareas domésticas que realizar, pero después pasaban la mayor parte de la mañana dando clase de lengua, historia, geografía o aritmética con su padre. Por las tardes se dedicaban a pasear por los páramos y después del té a coser con su tía. A última hora se retiraban a jugar en un mundo inventado donde se reflejaban todos los aspectos de cualquier ciudad o país: el sistema político, militar, judicial y social. Esta actividad en parte había tenido su origen en una caja de soldados que su padre había regalado a Branwell. De aquí surgieron también sus primeras historias infantiles de los «Young Men». Los hermanos, a imitación de una de las revistas más populares de la época, *B!ackwood's Magazine,* crearon su propia revista, que escribían, ilustraban e incluso encuadernaban, eso sí, a pequeña escala, ya que las dimensiones eran de apenas unos centímetros[21]. Al mismo tiempo, el mundo imaginario de Angria iba

[17] Veáse la sección «Había padecido melancolía religiosa» dentro del «Análisis de *Agnes Grey».*
[18] W. Gérin, op. cit., pág. 28.
[19] En aquella época era costumbre habitual que la madre, en este caso la tía, se hiciera cargo de la educación de sus hijas hasta alcanzar la edad en que eran enviadas a algún colegio para acabar de pulir su educación; W. Gérin, op. *cit.,* pág. 17; también L. Davidoffy C. Hall, *Fortunas Familiares,* Madrid, Ediciones Cátedra / Universitat de Valéncia / Instituto de la Mujer, 1994 (1987 versión original inglesa), pág. 262. En *Agnes Grey* vemos también cómo la madre es la encargada de educar a Agnes y a su hermana Mary.
[20] Esta experiencia aparece reflejada al principio de *Jane Eyre,* la novela de Charlotte Brontë.
[21] Sobre la publicación original y la que ellos crearon se puede ver el artículo de Christine Alexander «Readers and Writers: *BIackwood's* and the Brontës», *Gaskell Soeiety Journal, 8, 1994,* págs. *54-69.*

Librodot

tomando más fuerza y apareciendo cada vez más en sus escritos juveniles y, aunque los cuatro participaron en estos trabajos de creación, son atribuibles básicamente a Charlotte y Branwell.

Charlotte, en parte por ser la mayor, en parte por su carácter autoritario, siempre había organizado las actividades de ocio de los cuatro hermanos. Sin embargo, cuando a los quince años fue enviada a un internado, Roe Head, la situación de la casa cambió: Emily, que había estado muy unida a Charlotte, se acercó más a Anne, y Branwell quedó un tanto al mar gen de esta nueva alianza. Las dos juntas disfrutaron de la naturaleza y en concreto de los páramos alrededor de la casa y crearon un nuevo mundo imaginario: el de Gondal y Gaaldine, habitado por reyes destronados, amantes, proscritos y fugitivos como Lady Geralda, Olivia Vernon, Alexandrina Zenobía o Alexander Hybernia. Para el regreso de Charlotte del colegio, Emily y Anne se dedicaron a escribir una lista con los lugares y otra con los personajes de sus historias, de modo que al no iniciado le fuera más fácil entender la vida de los reinos de Gondal y Gaaldine, y se puede comprobar que la mayoría de estos personajes aparecen en gran parte de su poesía posterior.



Los hermanos Brontë: Charlotte, Anne, Branwell y Emily.

Una vez en casa y durante tres años, Charlotte se dedicó a enseñar a sus hermanas lo que ella habían aprendido en el colegio, pero en *1835* hacía falta una maestra en Roe Head y el puesto fue ofrecido a Charlotte; a cambio, una de sus hermanas podía recibir clases gratuitamente en dicha institución. Por edad le correspondía a Emily, y Anne, con quince años, quedó sola en la casa con su padre y su tía. Sin embargo, Emlly no pudo adaptarse a la vida de la escuela y Anne tomó su puesto comenzando sus estudios en un colegio un año antes de lo previsto. La vida en Roe Head tampoco fue fácil para Anne y sufrió bastante tanto emocional como fisicamente, pero aguantó. Desde muy pequeña, Anne fue consciente de la necesidad que tendría en el futuro de mantenerse a sí misma y, decidida a que así fuera, puso todo su empeño en adaptarse a su nueva vida y prepararse tan bien como le fuera posible; así que aprendió música, canto, dibujo, francés, latín, alemán, historia, lengua, aritmética y geografia. Charlotte debería haber sido un apoyo para Anne; sin embargo, parece ser que ella misma estaba atravesando una crisis, probablemente provocada por el hecho de que se veía presa de un trabajo que no le gustaba demasiado, la enseñanza, y que además le impedía dedicarse a otra actividad que habría preferido: escribir[22]. En estos momentos, Anne se refugió en la escritura y en la recuperación del mundo de Gondal.

Durante su segundo año en Roe Head tuvo una grave crisis emocional que la llenó de dudas y desánimo provocados por un sentimiento de poca valía y el temor a ser condenada

[22] W. Gérin, op. cit., pág. 87.

eternamente. Todo esto trajo como consecuencia que Anne cayera gravemente enferma y pidió que la visitara el Reverendo James La Trobe, un obispo de la Iglesia Moravista[23], que consiguió darle la tranquilidad que necesitaba y también que se recuperara. A finales de *1837* volvió a enfermar, esta vez sólo físicamente, ya que cogió un grave resfriado que empeoró rápidamente, y su padre hizo regresar a casa tanto a Charlotte como a Anne. Anne estuvo recuperándose, intelectual y físicamente, durante casi todo el año siguiente: escribió mucha poesía, recopiló algo de lo escrito en el internado y comenzó varias composiciones narrativas situadas en Gondal y protagonizadas por su heroína Alexandrina Zenobia[24]. Tras todo este año en la rectoría, se sintió con la obligación de contribuir a la economía de la casa y anunció a la familia su decisión de buscar trabajo. Su estancia en Roe Head no sólo la había preparado académicamente para un futuro puesto de institutriz, sino que también había formado su carácter y desarrollado su capacidad de resistencia. Anne siempre había sido un ser de salud delicada y en su casa era difícil que aceptaran esta nueva situación, pero al final cedieron.

Anne consiguió su primer puesto como institutriz gracias a la señorita Wooler, la directora de su antigua escuela, Roe Head, y en abril de *1839* partió para Blake Hall, la residencia de la familia Ingham, compuesta por el matrimonio y cinco hijos de edades comprendidas entre los seis años y los siete meses; Anne tenía que hacerse cargo de los dos mayores: Joshua Cunliffe, de seis años, y Mary, de cinco, por un sueldo de veinticinco libras anuales. Aunque pertenecía a la clase terrateniente, el señor Ingham había hecho su fortuna comerciando con lana y carbón; con pocas dotes intelectuales o artísticas, su verdadera pasión era la caza y otras actividades de tipo fisico. Descendiente de una tradición puritana y patriarcal y de carácter un tanto tiránico, parece haber sido poco considerado con las mujeres y con la gente a su servicio. Era miembro de la Iglesia Anglicana y, como era habitual en la época, por su condición de terrateniente era el juez de Paz de la zona. El mayor problema al que tuvo que enfrentarse Anne fue la falta de autoridad que tenía sobre los niños, en parte como consecuencia de su inexperiencia y juventud -tenía tan sólo diecinueve años-, y en mayor parte todavía porque los padres le privaban de ella, ya que cuando Anne les ordenaba algo o les amenazaba con un castigo, tropezaba con la indulgencia de los padres. A pesar del duro esfuerzo fisico que su trabajo suponía, aparte de las vejaciones a las que era sometida por los niños y también por algunos adultos, Anne estaba decidida a seguir en su puesto; sin embargo, fue despedida en diciembre, apenas nueve meses después de haber sido contratada. Esto supuso una terrible decepción, tanto por el esfuerzo invertido como por el sentimiento de fracaso a los ojos de su propia familia.

Durante su ausencia se había producido la llegada de William Weightman, el nuevo cura ayudante de su padre, a la rectoría. En opinión de Gérin[25], Anne se enamoró de Weightman a primera vista, como demuestra el poema «Self Congratulation» escrito el 1 de enero de 1840, nada más regresar de Blake Hall. William Weightman parece haber sido una persona jovial y animosa que se ganó pronto el corazón de toda la familia, incluida Elizabeth Branwell; sin embargo, nunca se han llegado a aclarar los verdaderos sentimientos de Atine o las intenciones de Weightman[26] Lo que está claro es que al cabo de

[23] Véase la sección «Había padecido melancolía religiosa» dentro del «Análisis de *Agnes Grey».*

[24] Éstas son composiciones mucho más ligeras en las que su mente ya no parece estar tan atormentada, y la crisis religiosa tampoco está presente.

[25] Op. cit. pág. 142.

[26] Muchos biógrafos se han basado para hablar del amor que sentían en un fragmento de una carta que Charlotte escribió a su amiga Ellen Nussey en la que describía cómo él se sentaba en la iglesia frente a ella suspirando y mirando de soslayo, mientras que Anne miraba hacia el suelo (T. Wise y J. A. Symington [eds.] , *The Brontës: Their Lives, Friendships and Correspondance,* Oxford, Basil Blaclcwell, vol. 1, pág. 250). Mientras algunos críticos (E. Chitman, *op. cit.,* págs. 62-3 y 66) apoyan esta idea con más indicios, como por ejemplo los poemas «de amor» que escribió, otros (E. Langland, op. cit., págs. 15-16) se resisten a ver algo más allá de una relación de amistad. Tampoco

Librodot

unos meses Anne abandonó de nuevo la casa para indicios, como por ejemplo los poemas «de amor» que escribió, otros (E. Langland, op. cit., págs. 15-16) se resisten a ver algo más allá de una relación de amistad. Tampoco deberíamos perder de vista el hecho de que cuando Weightman llegó a la rectoría lo hizo como hombre comprometido con una joven con la que nunca llegó a casarse, así como el carácter voluble que Charlotte le atribuía trabajar como institutriz; era una persona tremendamente realista y, aun habiendo estado enamorada, era consciente de que Weightman era demasiado pobre para pensar en casarse todavía y ella demasiado joven, y tampoco podía quedarse en casa sin ganarse el sustento.

Su nuevo puesto era en Thorp Green Hall, en la localidad de Little Ousebum, relativamente cerca de York y a unas setenta millas de Haworth, en la residencia de la familia Robinson. En esta ocasión su sueldo iba a ser de cincuenta libras anuales. Sus nuevos patronos eran gente de mayor nivel social que la anterior, por lo que Anne esperaba que sería tratada con consideración. Lo que encontró en la mayoría de los casos fue un trato distante y un vacío que la excluía del círculo familiar y sus amistades, y falta de respeto en los criados. También es cierto que, a lo largo de los cinco años que estuvo con la familia, se creó una creciente amistad con las hijas mayores de la familia y que en años posteriores, cuando Anne enfermó, fueron incluso a visitarla. En una de sus estancias por vacaciones en Haworth surgió el proyecto, nunca realizado posteriormente, de abrir una escuela entre las tres hermanas y, con el objetivo de prepararse mejor para ello, Charlotte y Emily viajaron a Bruselas para estudiar allí. En septiembre de 1842, William Weightman enfermó de cólera y murió a los pocos días. Poco después Elizabeth Branwell enfermó y murió en el plazo de dos semanas a causa de un problema intestinal. Estas dos muertes fueron un duro golpe para toda la familia, pero mucho más para Anne; para ella Elizabeth Branwell había hecho las funciones de madre y Anne siempre había sido la favorita de su tía y sobre la que había dejado mayor impronta moral. Tras la muerte de la tía, alguna de las hermanas debía quedarse en la casa para cuidar de su padre y fue Emily quien lo hizo, mientras que Anne decidió volver a Thorp Green. Su decisión pudo verse en parte influida por el hecho de que de este modo podía conseguir un puesto como tutor del hijo de la familia para su hermano Branwell, que había fracasado en todos sus intentos profesionales[27] aunque Anne no había perdido la confianza en él. Branwell fue muy bien recibido por los Robinson, incluso mejor que Anne en su momento, y los dos hermanos prosperaron en la casa. Sin embargo, las cosas empezaron a torcerse cuando en algún momento de los dos años y medio que Branwell permaneció en la casa se enamoró perdidamente de la señora Robinson. No hay pruebas de que llegaran a ser amantes, pero Branwell contaba con casarse con ella cuando muriera su marido, que no gozaba entonces de buena salud. La situación debió de ser bastante insostenible para Anne, que decidió abandonar su puesto hacia mitad de *1845.* A las pocas semanas, el señor Robinson despidió a Branwell, probablemente porque su misma esposa, cansada de la insistencia de éste, decidió informarle de lo que ocurría y pidió que lo despidiera.

Durante varios años Emily se había dedicado a escribir y recopilar poemas propios en distintos cuadernos. En el otoño de *1845* uno de estos cuadernos cayó casualmente en las manos de Charlotte, que pensó que contenía material digno de publicarse. Cuando Anne le presentó otro cuaderno con algunos de sus poemas, ya no dudó en preparar un pequeño volumen con una selección de poesía de las tres hermanas: veintiún poemas de Emily, probablemente los mejores, otros tantos de Anne y diecinueve de Charlotte, quizás los menos atractivos. Tras varios intentos con algunas editoriales, al final fueron a parar a una pequeña editorial especializada en poesía, Aylott & Jones, que aceptaron publicar su obra, a

deberíamos perder de vista el hecho de que cuando Weightman llegó a la rectoría lo hizo como hombre comprometido con una joven con la que nunca llegó a casarse, así como el carácter voluble que Charlotte le atribuía.

[27] Había intentado ser pintor y también había trabajado en distintos puestos que había abandonado por falta de constancia o de los que había sido despedido por diferentes circunstancias.

Librodot

costa de las propias autoras. El libro fue finalmente publicado como Po*ems of Currer Ellas and Acton Bell,* ya que éstos fueron los seudónimos que las tres hermanas escogieron para ocultar su propia identidad[28]. Las iniciales correspondían a sus nombres y apellido reales y, aunque aceptados como masculinos, eran suficientemente ambiguos como para poder ser también femeninos. Algunas revistas se lucieron eco de la publicación con críticas favorables; sin embargo, fue un fracaso total de ventas. Antes de que este libro estuviera en la calle, Charlotte ya había escrito a los editores acerca de tres novelas en las que cada uno de los autores estaba trabajando y que podían ser publicadas juntas en una edición de tres volúmenes, bastante típica de la época, o por separado. Como la narrativa no era su especialidad, la editorial le envió una lista de compañías que podían estar interesadas. *Wuthering Heights,* escrita por Emily, *Agnes Grey,* de la propia Anne, y *The Professor,* obra de Charlotte, fueron enviadas a seis editoriales distintas hasta que finalmente las dos primeras fueron aceptadas por Thomas Cautley Newby. Sin embargo, también en esta ocasión las autoras debían invertir en la publicación de trescientos cincuenta ejemplares con la suma de *50* libras. A pesar de ser una suma de dinero elevada para sus posibilidades, decidieron aceptar las condiciones. Charlotte siguió enviando su novela a otras editoriales hasta que uno de los editores de la empresa Smith, Elder & Co., le escribió una amable carta rechazando esta obra al tiempo que la animaba a enviar otra historia que fuera lo suficientemente larga como para componer una novela de tres volúmenes. Casualmente, Charlotte había terminado el manuscrito de *jane Eyre,* que, una vez enviado, fue inmediatamente aceptado y publicado al cabo de unas semanas en octubre de *1847.* Mientras tanto, las novelas de Emily y Anne aún no habían visto la luz. El éxito inmediato -a las pocas semanas ya había una segunda edición a la venta- de *jane Eyre* hizo que Newby quisiera aprovechar el tirón y ahora tuviera prisa por publicar las dos novelas: el resultado fue una descuidada edición de tres volúmenes, los dos primeros correspondían a *Wuthering Heights* y el tercero a *Agnes Grey,* en la que no se incluyeron las correcciones de las pruebas que las autoras habían hecho, por lo que estaban plagados de errores de ortografía y puntuación.

En este mismo periodo la situación de Branwell había ido empeorando. Incapaz de superar el rechazo de la señora Robinson, se dio a la bebida, a la que no había sido ajeno en otros periodos de su vida, y posteriormente también empezó a tomar opio, lo cual degeneró su condición Física y psíquica hasta convertirse en una carga terrible de soportar para toda la familia. La mayoría de los críticos ven en la figura de Branwell el origen de la segunda novela de Anne, *The Tenant of Wildfell Hall.* En ella narra la historia de Helen Graham, que se ve obligada a abandonar a su marido por su tendencia a la bebida, la disipación y la infidelidad, pero con el que vuelve para cuidarlo en su lecho de muerte e intentar salvar su alma. Su objetivo, según ella misma declara en el prólogo a la segunda edición, era que los demás sacaran alguna enseñanza de este ejemplo. No suficientemente escarmentada de su aventura editorial con Newby, en vez de ofrecer su nueva novela a los editores de Charlotte, volvió a confiar en él. *The Tenant of Wildfell Hall* se publicó en julio de 1848 en formato de tres volúmenes y se convirtió en un éxito inmediato de tal manera que, en menos de un mes, hubo que sacar una segunda edición. A estas alturas, la verdadera identidad de las hermanas Brontë todavía no era conocida, aunque se había especulado mucho sobre el sexo que se escondía tras los autores Bell y si realmente eran tres autores distintos o uno solo que cada vez firmaba de una manera. El editor Newby intentó aprovecharse de la confusa situación y ofreció los derechos de publicación de *The Tenant...* a una editorial norteamericana, como si la novela fuera del mismo autor que había escrito *Jane Eyre,* que en aquellos momentos hacía furor en Estados Unidos. Esto creó una serie de malentendidos, ya que otra editorial había comprado a los británicos Smith, Elder & Co. los derechos de cualquier otra novela que Currer Bell, es decir, Charlotte Brontë, escribiera. La embarazosa

[28] Sobre por qué escogieron estos pseudónimos, véase el artículo de Marianne Thormählen «The Bronté Pseudonyms», *English Studies, 75:3,* mayo 1994, págs. 246-255.

Librodot

situación que se creó entre las dos editoriales y las Brontë obligó a Charlotte y Anne a desvelar su verdadera identidad ante George Smith, el propietario de la editorial en Londres. A pesar del éxito de público, la crítica estaba claramente dividida y mientras unos admiraban su realismo, otros la acusaban de vulgaridad y brutalidad en las escenas más crudas. Todas estas críticas afectaban mucho a Anne, no tanto porque fueran negativas, sino porque no entendían cuál había sido su verdadera intención al escribir el libro.

Branwell continuaba empeorando y murió a finales de septiembre de 1848, oficialmente de una bronquitis crónica, aunque lo que lo mató fue su vida disipada. En su funeral Emily cogió algo de frío y enfermó, desarrollándosele una tuberculosis, que se vio agravada por el hecho de que se negó a tomar cualquier tipo de medicación, y de la que murió en diciembre de 1848. Anne, cuya salud siempre había sido muy frágil, también cayó enferma de tuberculosis. A diferencia de su hermana, Anne hizo todo lo posible por mejorar y recibió el mejor tratamiento disponible en la época. Estaba convencida además de que el mar le sentaría bien y deseaba con todas sus fuerzas ir a Scarborough, una localidad costera del noreste de Inglaterra, adonde había acompañado a los Robinson en varias ocasiones durante sus vacaciones. Era un viaje lleno de dificultades, ya que el estado de salud de Anne era muy precario, pero el médico, finalmente, le dio permiso y Anne consiguió convencer a Charlotte y a su amiga Ellen Nussey para que la llevaran. El viaje incluía una parada en York para visitar la catedral y equiparse de la ropa adecuada para su estancia en Scarborough. Siguiendo los deseos de Anne, se alojaron en una casa que daba justo al mar, de modo que sentada junto a una ventana podía contemplarlo a sus anchas. Sin embargo, su felicidad fue breve, ya que a los pocos días de llegar a Scarborough murió. Era mayo de 1849 y tenía veintinueve años. Anne fue enterrada allí mismo, en el cementerio de la iglesia de St. Mary, en parte porque ése parece haber sido su deseo, en parte para evitar a su padre el tener que pasar por el entierro de otro de sus hijos en el plazo de menos de seis meses.

A pesar de los temores que la invadieron durante una gran parte de su vida, Arme había muerto con entereza y sosiego y dando palabras de ánimo a su hermana: «Sé valiente, Charlotte, sé valiente»[29]. Adjetivos como «dulce», «amable» o «apacible» se han utilizado con mucha frecuencia para describir a Anne Brontë, adjetivos que a menudo se han interpretado como «débil». Su naturaleza enfermiza ha apoyado la idea de debilidad no sólo fisica, sino incluso intelectual y de carácter. Sin embargo, la escena que acabamos de comentar y otros aspectos de su biografía que hemos revisado[30] nos demuestran que no fue en absoluto débil y mucho menos la más débil de las hermanas Brontë. Todo lo contrario, si hay algo que la caracterizó fue su tenacidad, su decisión y su valentía. Con mucha frecuencia se nos ha transmitido la imagen de las hermanas Brontë como tres seres viviendo apartados del mundo real y dentro de su particular universo de fantasías y, por irreal, sin fisuras y disensiones; sin embargo, la situación vivida fue bastante diferente.

En su infancia Emily y Anne habían estado muy unidas, tanto que Ellen Nussey llegó a decir de ellas que eran «como gemelas -compañeras inseparables, y en la mayor de las armonías, que nunca tenía interrupción»[31]. Pero sus personalidades eran muy distintas: Emily era mística, inclinada al panteísmo, físicamente fuerte, excéntrica y solitaria; Anne era dulce, reservada, seria, Físicamente débil, profundamente cristiana y de una gran decisión moral; y las diversas experiencias que cada una de ellas tuvo que

[29] Citado por E. Chitham, op. cit., pág. 185, y W. Gérin, op. cit., pág. 320.

[30] Por ejemplo, la dura prueba que le supuso su paso por Roe Head, algo que Emily no fue capaz de aguantar, o el hecho de que fuera la que más tiempo resistió de las tres hermanas trabajando como institutriz, casi seis años en total.

[31] T. Wise y J. A. Symington, op, cit., vol. 1, pág. 112. La traducción al castellano de todas las citas bibliográficas son responsabilidad de la editora.

vivir aumentaron sus diferencias. Con Charlotte la relación siempre había sido más difícil, quizás porque las circunstancias familiares habían hecho que desde pequeñas tuvieran que adoptar papeles muy distintos: Charlotte era la mayor de una familia donde habían fallecido la madre y dos hermanas que la precedían, por lo que debió de sentirse obligada a asumir sus funciones; Anne era la más pequeña de la familia, además de la más delicada de salud, por lo que todos sentían la obligación de protegerla. Charlotte siempre mostró una actitud bastante ambivalente hacia Anne: aunque en todo momento fue solícita con su salud y le dedicó cuidados casi maternales, con frecuencia mostró menosprecio por su talento y nunca llegó a tratarla como una igual, como una compañera. Muestra de ello es, por ejemplo, el tono paternalista en una carta a Ellen Nussey en la que le comenta «Te quedarías atónita de leer la carta tan sensata e inteligente que [Anne] escribe»[32], traicionando así sus verdaderos sentimientos hacia su hermana. Las disensiones ya eran muy patentes en la época en que empezaron a publicar sus trabajos y así lo refleja Anne en su poema «*Domestic Peace*»[33], escrito en mayo de 1846 cuando se encontraban, por una parte, corrigiendo las pruebas de imprenta de los poemas, y por otra, preparando sus novelas. Aunque es seguro que Emily deseaba publicar sus obras tanto como sus hermanas, y de hecho estuvo de acuerdo en invertir dinero tanto en el caso de los poemas como en el de su novela, la violación de su intimidad por parte de Charlotte al tomar uno de sus cuadernos de poesía y querer sacarlo a la luz afectó con toda seguridad a sus relaciones, y Anne se vio implicada al tener que tomar partido por una o por otra.

Las mayores diferencias llegaron, sin embargo, con la publicación de *The Tenant...* de Anne. Sobre esta novela, en la «Nota Biográfica» que acompañó a la reedición de *Wuthering Heights y Agnes Grey* de 1850, Charlotte dijo

> *The Tenant of Wildfell Hall,* de Acton Bell, tuvo ... una acogida poco favorable. No me extraña. La elección del tema fue un completo error. No puede concebirse nada menos congruente con la naturaleza del escritor[34]

y expresó esta misma opinión siempre que tuvo oportunidad de hacerlo[35] además de impedir que se reeditara mientras ella vivió. Estaba claro que el tema de *The Tenant...* -la disipación de un hombre, el maltrato verbal a su mujer, la huida de ésta- y la franqueza con que Anne lo trató no eran demasiado del gusto victoriano, pero lo extraño es que produjera tanto rechazo en Charlotte -no hay testimonios de la reacción de Emily- cuando las dos hermanas habían escrito con tal pasión en novelas como *jane Eyre o Wuthering Heights* que habían sido acusadas de vulgares. Cuando las tres hermanas habían escrito sus primeras novelas, Anne escribió un breve ensayo llamado «The Three Guides» («Las Tres Guías»), que en opinión de Elizabeth Langland constituye una fuerte crítica a las perspectivas de sus hermanas; según la misma autora, con la publicación de *The Tenant...* Anne de nuevo estaba criticando a sus hermanas y estableciendo criterios

[32] T. Wise y J. A. Symington, op. cit., pág. 175.
[33] En él se lamenta de la desarmonía en el hogar de los Bronté: «¿Por qué tiene que reinar un silencio tan sombrío; / Y por qué está toda la casa tan triste, / Cuando ni el peligro, ni la enfermedad, ni el dolor, / ni la muerte, ni la necesidad han entrado aquí? / Cada uno siente la alegría destruida / Y se lamenta del cambio pero en su rincón»; E. Chitham, op. cit., pág. 133.
[34] A. Goreau, op. cit., pág. 55.
[35] También T. Wise y J. A. Symington, op. cit., vol. 111, pág. 156.

Librodot

alternativos a los de aquéllas[36] y de aquí probablemente también el interés en marcar la distancia entre ella y sus hermanas en el prólogo a la segunda edición: «Respecto a la identidad del autor, querría dejar totalmente claro que Acton Bell no es ni Currer ni Ellis Bell»[37]. Ésta podría ser quizás una explicación para la reacción de Charlotte a la novela de Anne.

La obra de Anne siempre se ha juzgado en comparación con la de sus hermanas, y ha salido perdiendo. En palabras de George Moore[38], Anne fue el sacrificio necesario para hacer creíble el genio de Emily y Charlotte, ya que la circunstancia de tres hermanas, recluidas en algún lugar de los páramos de Yorkshire y todas ellas escribiendo novelas de primera clase, habría sido excesiva para la credulidad de los lectores de la época, y por ello Anne quedó siempre relegada a hacer el papel de la otra hermana.

[36] Op. cit., págs. 42 y 29. Tanto Elizabeth Langland como Edward Chitham analizan cuestiones como la coincidencia en las iniciales de los nombres de las mansiones Wuthering Heights y Wildfell Hall y de los nombres de algunos personajes de características parecidas: Heathcliff, Hareton, Hindley en la novela de Emily, y Huntingdon, Hattersley, Hargrave y Halford en la de Atine; también tratan temas comunes como la infidelidad conyugal, la afición a la bebida, la violencia o la vida después de la muerte, aunque desde posturas muy diferentes; asimismo, ambas novelas responden a una estructura compleja de narración dentro de la narración, que con toda seguridad Anne copió de Emily. Por lo que respecta a *jane Eyre,* se han señalado las similitudes entre el personaje de Rochester en la novela de Charlotte y el de Huntingdon en la de Anne; también hay coincidencia en algunos aspectos de la relación que se establece entre las parejas Jane-Rochester y Helen-Huntingdon y en las diferentes expectativas de las protagonistas femeninas. Véase Langland, op. cit., páginas 29-59, y Chitham, op. cit., págs. 133-157.

[37] *The Tenant* of *Wildfell Hall,* Oxford World's Classics, Oxford, Oxford University Press, 1998, pág. 5.

[38] Op. cit., pág. 261.

Librodot



Anne, Emily y Charlotte pintadas por Branwell hacia 1834.

ANÁLISIS DE « AGNES GREY»

En todas las historias verdaderas hay alguna enseñanza

En la «Nota Biográfica»[39] sobre sus hermanas, Charlotte cuenta cómo, tras la publicación de los poemas, cada una de ellas se puso a trabajar en una narración en prosa: *Wuthering Heights, Afines Grey y The Professor,* la última no nombrada explícitamente. Sin embargo, según palabras de Winifred Gérin:

> Podemos atribuir al regreso de Anne a Thorp Green a comienzos de *1842* el inicio de una historia en prosa que marcaría un cambio total de todo su trabajo anterior, no sólo en forma sino en estilo y carácter, sustituyendo el realismo por el romance, los hechos por la ficción. Llamado «Pasajes en la vida de una persona» -el nuevo trabajo era un intento muy próximo a una autobiografía-, era una narración fiel y detallada de sus experiencias como institutriz primero en Blake Hall, y que seguía con una narración de sus años en Thorp Green [...] su nombre sería cambiado y finalmente dado a conocer al mundo como *Agnes Grey*[40].

En una nota escrita personalmente por Anne a finales de julio de 1845 cuenta que había empezado el tercer volumen de «Pasajes en la vida de una persona» y que desearía haberlo terminado ya. A pesar de la seguridad con que Gérin[41] afirma que esta narración corresponde a *Agnes Grey,* otros críticos plantean algunas dudas al respecto. Edward Chitman, por ejemplo, considera la posibilidad de que «Pasajes...» tenga en realidad como protagonista a algún personaje de Gondal, ya que en una nota de Emily de la misma fecha que la de Anne, aquélla dice que su hermana está escribiendo un libro sobre Henry Sophona y por lo tanto la «persona» del título bien podría ser este héroe de la saga de Gondal[42]. Elizabeth Langland, por su parte, simplemente plantea la cuestión de que «Pasajes...» pueda ser el origen o no de la primera novela[43]. De lo que no parece haber duda es de que, sea «Pasajes...» la primera versión de *Agnes Grey o* no, la novela estaba totalmente escrita o muy avanzada uno o dos años antes de su publicación[44].

Afines Grey comienza con la frase «En todas las historias verdaderas hay alguna enseñanza», afirmación que va a marcar el tono del resto de la novela: su condición autobiográfica, su carácter realista y su intención didáctica, aspectos que nos gustaría ir analizando en este apartado.

El argumento de la novela es el siguiente: Agnes Grey, la hija menor de un clérigo que pierde las pocas propiedades que tenia en una inversión fallida y de una dama de buena familia que fue repudiada por su padre al casarse con un hombre inferior a ella en

[39] A. Goreau, op. cit., pág. 53.
[40] Op. cit., pág. 176.
[41] También A. Harrison y D. Stanford, *Anne Brontë; Her Life and Work,* Nueva York, The John Day Company, 1959, pág. 96.
[42] Op. cit., págs. 124-5.
[43] Op. cit., pág. 97.
[44] E. Chitham, op. cit., pág. 125.

Librodot

posición y fortuna, decide convertirse en institutriz para mantenerse a sí misma y ayudar a la economía familiar. A pesar de la oposición del resto de la familia, que la considera demasiado joven e inexperta, consigue un trabajo con la familia Bloomfield. Allí se encuentra con la frialdad de la dueña de la casa y la crueldad e indisciplina de los niños a los que tiene que educar: Tom, de siete años, Mary Ann, de seis, y Fanny, de cuatro. Los padres exigen que Anne mantenga a los niños disciplinados cuando ellos mismos les han consentido todo lo que han querido y lo siguen haciendo. En parte por su inexperiencia y en mayor parte por la poco colaboradora actitud de los padres, Agnes es incapaz de cumplir con su misión y es despedida a los pocos meses. Este fracaso, aunque doloroso, no consigue apartarla del objetivo que se ha marcado de ser económicamente independiente. A través de un anuncio en el periódico consigue otro puesto de institutriz, esta vez con un sueldo de cincuenta libras, en la familia Murray, de mayor rango y mejor posición social que la anterior, lo que no redundará en un trato más adecuado. Los hijos de esta familia, aunque mayores, no tendrán mejor comportamiento o sentimientos. Rosalie, la mayor de las hijas, se dedicará a coquetear con todo joven que se ponga a su alcance, sea un barón, el hijo de un terrateniente o un hombre de iglesia, como Hatfield o Weston. Agnes nos narra con minuciosidad sus quehaceres diarios, la soledad y el ostracismo al que es sometida por la familia, ya que no la tratan como uno más de la familia ni entre ellos ni con sus conocidos, pero tampoco le dan la posibilidad de crear su propio círculo de amistades, y sus sufrimientos morales ante el comportamiento no siempre decoroso o moralmente aceptable de la familia. Sus únicos contactos fuera de la familia serán algunos de los pobres colonos que viven en las tierras de los Murray, principalmente Nancy Bronn, y al cabo de un tiempo también Edward Weston, el cura ayudante del vicario de la localidad, del que acaba enamorándose. Tras la muerte de su padre, y estando su hermana mayor ya casada, abandona su puesto de institutriz y su madre y ella deciden abrir una escuela para señoritas en un lugar de la costa norte de Inglaterra. Cuando la escuela lleva abierta varios meses y ha prosperado poco a poco, proporcionando a Agnes y a su madre una estabilidad económica, aparece de nuevo en su vida Edward Weston para casarse con ella.

Winifred Gérin no tuvo ningún reparo en utilizar esta novela, y otras obras también, como base de su biografia[45]. La misma Anne insiste en la «verdad» de su historia y así, aparte de la frase con la que inicia la novela, en el primer párrafo dice

> ... protegida por mi obscuridad y por el transcurso de los años, no tengo miedo de arriesgarme y expondré cándidamente ante el público cosas que no revelaría al amigo más íntimo

y prácticamente cierra el libro diciendo:

> *Mi* diario, de donde he recopilado estas páginas, no va mucho más allá.

[45] *Op. cit., pág. 6.*

Al encerrar la historia entre estas dos declaraciones, la impronta autobiográfica de la novela es inevitable. Y en otro lugar vuelve a insistir sobre la verdad que encierra la historia de Agnes Grey:

> «Agnes Grey» fue acusada de exceso extravagante en aquellas partes que fueron cuidadosamente copiadas de la realidad, con una evitación escrupulosa de toda exageración[46].

Muchos autores, sin embargo, han mostrado cautela a la hora de tomar *Agnes Grey* como una simple autobiografía de la autora, lo que, por una parte, puede llevar a errores y presuposiciones falsas sobre la vida de Anne Brontë y, por otra, puede quitar mérito artístico a la novela, que quedaría como la mera transcripción de un diario.

Bien es cierto que son muchos los puntos coincidentes entre la novela y la vida de la autora. Como su creadora, Agnes Grey es la hija de un clérigo asentado en el norte de Inglaterra. La diferencia radica en la ausencia de la madre, pero incluso aquí habrá algún punto en común: Alice Grey es presentada en la novela como «una mujer de carácter», poseedora de una «fuerte mente», características de las que hace gala a lo largo de toda la novela ante acontecimientos como la debacle económica de la familia, la muerte de su esposo y su intención de abrir una escuela o la decisión de rechazar toda ayuda procedente de su padre si eso significa renunciar a sus ideas y principios. De Maria Brontë, Winifred Gérin nos dice que era una mujer independiente y decidida y prueba de ello son las cartas escritas a su entonces prometido, Patrick Brontë[47] Al igual que Anne, Agnes es también la menor de seis hermanos, aunque en este caso sólo dos han sobrevivido a la infancia. Y, por ser la menor, también Agnes ha sido siempre la «pequeña», con las consecuencias que esto tiene para su posición dentro de la familia:

> Al ser yo cinco o seis años más joven, siempre se me consideraba la *niña*, la mimada de la familia; padre, madre y hermana se ponían de acuerdo para consentirme todo, no con una necia indulgencia que me hiciera díscola e indisciplinada sino con una incesante amabilidad que me hizo desvalida y dependiente, inepta para soportar los golpes de las preocupaciones y tribulaciones de la vida.

Ya vimos en la parte dedicada a la vida de la autora cómo su condición de menor de la familia influyó no sólo en la formación de su carácter, sino también en cómo era vista por el resto de los miembros de la familia: débil, insegura y, por lo tanto, también incapaz. No hay mucha diferencia entre los temores de Mary Grey ante la idea de que Agnes se convierta en institutriz

[46] *The Tenant.., op. cit., pág. 3.*
[47] *Op. cit., pág. 5.*

Librodot

> -Pero piensa [...] en qué harás en una casa llena de extraños, sin que mamá o yo estemos para hablar y actuar por ti.

y los temores expresados por Charlotte en una carta a su amiga Ellen Nussey

> ... es sólo la parte del habla la que temo. Pero sospecho seriamente que la Sra. Ingham a veces llegará a la conclusión de que tiene un defecto congénito del habla[48].

Anne debía de ser consciente de estas carencias en su personalidad y no dudó en reflejarlas en su personaje, que sabe que muchas jóvenes menores que ella estarían dotadas de «un porte más maduro, de mayor serenidad y aplomo» y que ante la situación de tener que conversar con su nueva patrona, la señora Bloomfield, es incapaz de hacerlo. Quizás por la edad -tanto Anne como Agnes apenas tienen diecinueve años cuando acceden a su primer trabajo como institutrices- en numerosas ocasiones en la novela Agnes reconoce su incapacidad para controlar a sus alumnos, aunque bien es cierto que no siempre la culpa es achacable a ella, y así se lo recriminan continuamente los Bloomfield y, en menor medida, los Murray, lo que traerá como consecuencia su despido de la primera casa, igual que ocurrió con los Ingham.

Por lo que se refiere a las familias para las que Anne y Agnes trabajan, hay varias coincidencias también. Para empezar, respecto al tiempo que permanecieron con cada una de ellas: unos meses con la primera y varios años, unos cinco en el caso de Anne y alrededor de tres en el de Agnes, con la segunda. Similitud también en las diferencias de rango y riqueza de las dos familias: los Ingham-Bloomfield se encontraban en un nivel más bajo de la escala social, mientras que los Robinson Murray eran «hidalgos de pura cepa». Las características de las mansiones y los lugares donde se encontraban también parecen coincidir, sobre todo en el caso de Thorp Green-Horton Lodge, del que se nos da más información en la novela. Cuando Anne llegó a la familia Ingham, tenían ya cinco hijos de los trece que tendrían en total; en la novela, los Bloomfield tienen sólo cuatro hijos, pero éstos coinciden en sexo y prácticamente en edad y nombres con los modelos originales: John Cunliffe Ingham será Tom Bloomfield, Mary será Mary Ann, Martha se corresponde con Fanny y la pequeña Emily con Harriet[49]. Aunque Anne fue criticada por la crueldad que atribuía a estos niños en la novela, parece ser que en la realidad tuvo que sufrir muchos de los desaires y desmanes que en ella se reflejan. Se detectan más diferencias respecto a la segunda familia: los Robinson tenían tres hijas y un hijo, mientras que los Murray tenían dos hijas adolescentes, la mayor ya casi adulta, y dos hijos alrededor de los doce y diez años. De John y Charles Murray apenas se nos dice nada; sin embargo, los personajes de Rosalie y Matilda, basados en Lydia y Elizabeth Robinson respectivamente, son ampliamente desarrollados. Aunque Lydia parece haber sido tan testaruda y caprichosa como Rosalie, parece que era algo más romántica y menos interesada de lo que aparece en la novela, y Elizabeth, que también amaba cabalgar y parece que se pasaba horas en los establos, no echó en saco roto los consejos y las enseñanzas de su institutriz, posponiendo su boda hasta encontrar al compañero ideal. Aunque varios de los episodios ocurridos en Horton Lodge están con toda seguridad copiados de la realidad, hay muchos otros que difieren de ella.

[48] Citado por Gérin, op. pág. 122.
[49] Curiosamente, Harriette era el nombre de la quinta hija de los Ingham.

Librodot

Varios autores hablan de Edward Weston, el cura ayudante de la iglesia que frecuentan los Murray como la réplica de William Weightman[50]; sin embargo, está claro que el jovial y alegre Weightman nada tiene que ver con el sobrio y comedido Weston. En nuestra opinión la conclusión más acertada es la de Edward Chitman, que considera que el ideal de clérigo que resulta ser Weston es la combinación de varios de los muchos que Anne debió de conocer[51] Inevitable también la similitud entre los lugares donde se desarrolla la acción de la novela y aquellos donde Agnes vivió, empezando por las dos mansiones y siguiendo por el paisaje de Little Ouseburn y las playas y calles de Scarborough.

La rotunda afirmación de la autora de que la suya es una historia verdadera es una convención que se remonta al origen mismo de la novela y que ya había sido utilizado por autores como Defoe en el siglo XVIII, pero en Anne Brontë esta declaración va más allá del mero formulismo y el elemento realista se convierte en un imperativo para ella y para su obra. Elizabeth Langland considera que las circunstancias de su vida crearon en Anne un fuerte sentimiento de culpabilidad[52], así como un gran sentido de la responsabilidad y su de cisión de ser independiente. Aunque en su adolescencia y en sus primeros años fuera de casa siguió escribiendo sobre Gondal y poblando sus poemas de héroes byromanos y románticos, fueron precisamente sus experiencias lejos de la casa paterna, y por lo tanto de Emily, las que le llevaron a desromantizar a sus personajes y a dejar de lado su inclinación a escribir «dulces ñoñerías» y a reflejar la realidad tal cual, incluso en sus aspectos más crudos[53] o más aburridos. No eran muchas las escritoras que se atrevían a contar sus propias historias, bien porque les parecieran demasiado cotidianas o muy simples y poco interesantes. Anne Brontë debe de haber sido una de las primeras en hacerlo[54] y esto determinó también su técnica a la hora de escribir *Agnes Grey;* una técnica y un estilo absolutamente sencillos y simples.

Para empezar, la estructura narrativa sigue una pauta fielmente cronológica empezando con una breve descripción de su familia y de los acontecimientos que la han llevado a la situación actual para seguir construyendo su historia poco a poco hasta llegar al momento de cerrar la narración; no utiliza ni cartas, ni diarios, ni narraciones de otros que la lleven al pasado[55]. La narración es en primera persona y, aunque el autor es supuestamente un hombre, Acton Bell, la narradora protagonista es una mujer, que se dirige con frecuencia al lector, acercándose de este modo más a él y añadiendo un elemento más de veracidad y de realismo. Las frases utilizadas son sencillas y directas, y la simplicidad del discurso hace que el uso de metáforas sea muy limitado y que los sentimientos sean calificados por un solo adjetivo o por ninguno. Las descripciones de los personajes son mínimas porque es su actitud lo que cuenta. Por ejemplo, de Mr. Bloomfield nos dice simplemente que

> Era un hombre de estatura normal, más por debajo que por encima, y más flaco que gordo, aparentemente de entre treinta y cuarenta años; tenía la boca grande, un cutis pálido y

[50] Winifred Gérin habla de su retrato como Edward Weston; op. cit., pág. 138.

[51] Op. cit., pág. 126. No debemos olvidar que su padre tuvo distintos ayudantes a lo largo de su vida y que su círculo de amistades y conocidos estaba básicamente compuesto por gente del clero. Alguna característica debió de tomar también del sosegado y optimista James La Trobe, que tanto le ayudó durante su crisis en Roe Head.

[52] Op. cit., pág. 2. Menciona la pérdida de su madre y sus dos hermanas mayores, así como la soledad en la que vivía la familia, y se podría añadir la influencia de su tía.

[53] E. Chitham, op. cit., pág. 16.

[54] E. Langland, op. cit., pág. 59.

[55] En su segunda novela, *The Tenant of WildfIl Hall,* aun teniendo también un marcado acento realista, utilizó precisamente todas estas técnicas.

> deslucido, los ojos de un azul lechoso y el cabello del color del cáñamo,

y no comenta nada sobre su carácter, pero por su modo de actuar en el transcurso de la comida que Anne nos narra a continuación descubrimos su personalidad irascible, su poca consideración por el servicio, a los que trata de «salvajes», e incluso el poco respeto que siente por su mujer, lo que lleva a Agnes a decir que

> ... nunca en la vida me había sentido tan avergonzada e incómoda por una cosa que no fuera culpa mía.

No se hacen comentarios explícitos sobre actitudes, acciones o comportamientos, sino que se presentan escenas o hechos sobre los que el lector fácilmente puede sacar sus propias conclusiones.

El sentimentalismo está totalmente ausente de la novela. La escena en que su madre y su hermana le comunican a Anne que su padre ha muerto tiene apenas once líneas y la palabra «lloran> aparece una sola vez. Inmediatamente empieza un nuevo capítulo, <1a carta», y con un breve comentario

> Los restos mortales de mi padre yacían en la tumba y nosotras, con semblante triste y ropas sombrías, nos demoramos alrededor de la mesa del desayuno, haciendo planes para nuestra vida futura,

queda zanjado el asunto, sin más lágrimas o más explosiones de emoción. Incluso las escenas más «románticas» son terriblemente contenidas y, aun sabiendo el amor que Agnes siente por Weston y presumiendo el que éste siente por ella, al despedirse por la partida de Agnes de Horton Lodge, la máxima expresión de amor que la autora permite a sus personajes es la siguiente

> -*Es* posible que nos volvamos a encontrar -dijo él¿Tiene importancia para usted que lo hagamos o no?
>
> -Sí, me gustaría mucho verlo de nuevo.
>
> *No pude* decir menos. Me apretó con amabilidad la mano y se fue.

Y qué decir de la declaración de amor de Weston y la contestación de Agries:

> -¿Entonces me quieres? -preguntó, apretándome ferviente la mano.
>
> -Sí.

Como dice Weston de sí mismo, no es propio de él «adular y decir dulces ñoñerías» y una sola palabra o mirada suya vale más que las «melifluas frases y fervientes protestas» de otros hombres, y como también Agnes dice de sí misma, está claro que no es nada «propensa a la histeria».

En opinión de Inga-Stina Ewbank, la ventaja de esta técnica está en su funcionalidad, pues nada se interpone entre el lector y la novela: ni el patetismo, ni la emoción, ni las descripciones superfluas[56]. Sin embargo, también tiene sus peligros y es que la línea divisoria entre la sencillez y la insipidez es muy delgada y en su afán de reflejar una vida monótona puede llegar a aburrir al lector como ella misma reconoce en un pasaje del capítulo séptimo. Es cierto que describe con toda clase de detalles sus actividades diarias como institutriz y en varias ocasiones prolonga durante cinco o seis páginas la enumeración de sus actividades, de los desaires de sus alumnos o de su continua lucha con ellos[57] o transcribe casi palabra por palabra y durante varias páginas también los diálogos, por ejemplo, entre la anciana Nancy Brown y Edward Weston o entre Rosalie y Hatfield, cuando éste se le declara.

El estilo de Anne Brontë, su «habilidad para transmitir pequeños elementos de un trazo» , como dice P. J. M. Scott[58], es lo que ha hecho que varios críticos la relacionaran con Jane Austen. Aunque en sentido negativo, ya una revista de la época describía *Agnes Grey* como «una especie de burda imitación de las encantadoras historias de la Señorita Austin [sic]»[59]. Pero fue George Moore el primero en apreciar y comparar positivamente las similitudes entre ambas autoras[60]. Ciertamente, uno de los rasgos más característicos de *Agnes Grey* es la aguda, y a menudo irónica, observación del comportamiento de la clase media y la sugerencia de sus valores y actitudes: la autocomplacencia, la afectación vulgar, su esnobismo y sus pretensiones sociales se ven vivamente reflejadas en la novela. Nos describe perfectamente cómo era la vida de una mujer victoriana ociosa: su vacío, su aburrimiento; así, por ejemplo, Rosalie Murray, una vez se ha deshecho de su pretendiente, el señor Hatfield, y se le ha acabado la diversión, se queja de que

> -Ya no hay estímulo para salir, ni hay ningún aliciente. *Los* días serán muy largos y aburridos cuando no haya fiestas para alegrarlos; y no hay ninguna esta semana ni tampoco la semana que viene, que yo sepa.

[56] *Their Proper Sphere: A Study of the Brontë Sisters as Eanly Victorian Novelists,* Londres, Edward Arnold, 1966, pág. 55.

[57] Una de las reseñas que apareció tras la publicación de la novela decía: «No decimos que el autor deba haber sido institutriz él mismo para poder describir como lo hace los detallados tormentos y el tedio incesante de su vida, pero debe de haber sobornado generosamente a alguna institutriz, con amor o con dinero, para que le revele los secretos de su casa-prisión, o debe de haber dedicado extraordinarios poderes de observación y descubrimiento a la aclaración del tema. *»Jerrold' s Weekly Newspaper, 15* enero, 1848; citado por M. Allott, *The Brontës: The Critica[Heritage,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974, pág. 227.

[58] *Op. cit.,* pág. 30; también B. Villacañas Palomo, «Anne Bronté: The Triumph of Realism over Subjectivity», *Revista Alicantina de Estudios Ingleses 6,* 1993, pág. 192.

[59] *Atlas,* 22 enero 1848; citado por M. Allott, op. cit., pág. 232.

[60] W. Gérin, op. cit., pág. 231.

Y Jane Austen, aunque quizás algo menos crítica, o deberíamos decir con menos amargura, reflejó con gran acierto la clase media alta de su época, convirtiéndose en una maestra de la novela de costumbres. Casi con toda seguridad, Anne Brontë no leyó a Jane Austen o al menos no lo hizo antes de escribir su primera novela; sin embargo, parece ser que ambas autoras pudieron inspirarse en los mismos modelos del siglo XVIII; en las dos autoras es típica la importancia que dan al equilibrio entre la razón y la pasión. En opinión de Elizabeth Langland, el énfasis de Anne Brontë sobre la educación de la mujer para desarrollar su capacidad de razonar es similar al de otras mujeres escritoras y enlaza con el feminismo de la ilustración de finales del XVIII, que definía la Razón como la guía suprema para la conducta[61]. También Jane Austen estaba preocupada por la educación de sus protagonistas; sin embargo, hay una gran diferencia entre las dos autoras y sus novelas: las protagonistas de Jane Austen aprenderán a discernir lo verdadero de lo falso, lo aparente de lo sustancial; las de Anne Brontë aprenderán a ser independientes; mientras Jane Austen pertenecía a una clase social superior y tenía una familia en la que apoyarse, lo cual hizo que nunca tuviera que trabajar, las Brontë eran mucho más pobres y Arme siempre fue consciente de la necesidad de buscar su propio sustento[62].

Inga-Stina Ewbank señala acertadamente que Anne Brontë reúne la habilidad del novelista realista y el escritor de las «morality plays» medievales en un solo artista[63] pues todo el énfasis en el realismo y autenticidad de su novela tiene como principal y casi único objetivo instruir y reformar. Anne Brontë sentía que tenía la responsabilidad moral de desarrollar el talento que pudiera tener para el bien de sus semejantes; especie de teoría literaria que establece claramente en el prólogo a la segunda edición de *The Tnant of Wildfell Hall:*

> Talentos tan humildes como *Dios* me ha dado, dedicaré todos mis esfuerzos para darles la mayor utilidad[64].

Estaba convencida de que sus propias experiencias eran un material que podía ser útil a los demás y, por lo tanto, darlas a conocer era también una responsabilidad moral[65]. Anne Brontë consideraba que una novela debería entretener e instruir al mismo tiempo, y en el primer párrafo de la novela ya comenta «a veces creo que puede resultar útil para algunos y entretenida para otros», y páginas más tarde añade:

> ... mi propósito al escribir las últimas páginas no ha sido entretener sino beneficiar a las personas a las que pudieran

[61] Op. cit., pág. 39; véase también la introducción de 1. Burdiel a la obra de Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los Derechos de la* Mujer, Madrid, Ediciones Cátedra / Universitat de Valencia / Instituto de la Mujer, col. Feminismos, 1994.
[62] E. Langland, op. cit., pág. 108.
[63] Op. cit., pág. 57. Las «morality plays» eran obras de teatro de carácter alegórico y con intención moralizante, como su nombre indica.
[64] *The Tenant.., op. cit.,* pág. 4.
[65] También consideró un deber reproducir la destrucción moral y física de Branwell con todo detalle, tal como hizo en su segunda novela, como una advertencia a los demás.

Librodot

> afectar [...] si de ellas algún padre ha recibido alguna indicación útil o si alguna infortunada institutriz ha sacado el más ligero beneficio, estaré bien recompensada por mi celo.

Como hemos mencionado antes, ésta es una actitud que aprendió de los escritores del siglo XVIII y que se entronca en toda una tradición de novela didáctica[66], pero Anne Brontë va un poco más allá, ya que su intención no es sólo decir cómo hay que hacer las cosas, sino que ella insiste en que la única instrucción viene de la representación de la verdad y por ello se concentra en reflejar con tanta minuciosidad los detalles cotidianos y sobre todo los detalles del trabajo de Agnes como institutriz. Por eso se puede decir que *Agnes Grey* es una novela que trata principalmente de la educación: la de Agnes, la de sus alumnos y la del lector[67].

Había padecido de melancolía religiosa

En su experiencia con ambas familias, Agnes va descubriendo que el dinero y el poder social no se llevan necesariamente bien con un comportamiento moralmente adecuado, y da a entender que la verdadera felicidad está en cultivar la vida espiritual y en seguir los dictados de la religión[68]; por lo tanto, la intención didáctica de la novela es inseparable del tema de la religión, que adquiere gran importancia a lo largo de toda la historia. Sin embargo, para entender mejor esta cuestión, es importante que veamos primero el papel que la religión desempeñó en la vida de Anne Brontë.

Ya vimos en la biografía de la autora que, debido a las distintas circunstancias familiares, desde muy pequeña estuvo bajo el cuidado y también la influencia de su tía Elizabeth Branwell. Antes de verse obligada a trasladarse a Haworth para cuidar de su cuñado y sus sobrinos, gran parte de la vida de Elizabeth giraba alrededor de las prácticas metodistas. El movimiento metodista había comenzado poco antes de mediados del siglo XVIII con los hermanos John y Charles Wesley y con George Whitefield, y su deseo de vivir el cristianismo a través del estudio metódico y la devoción fue lo que les proporcionó el nombre de «metodistas». En ningún momento rechazaron la iglesia de sus mayores y aceptaban sus principios y prácticas litúrgicas[69]; lo único que querían era darle vida nueva. Los metodistas se reunían en pequeños grupos locales, llamados «sociedades», que semanalmente, a horas que no interfirieran con los servicios religiosos de la Iglesia Anglicana, leían la Biblia, rezaban y escuchaban sermones. A pesar del rechazo inicial que el metodismo había tenido en Cornualles, en el último tercio del siglo XVIII se había convertido en uno de sus baluartes. Había recibido sobre todo el apoyo de profesionales y comerciantes, entre los que se encontraban los Branwell, conocidos por su espíritu público, y con numerosos representantes en las profesiones liberales, los servicios y la

[66] I. Ewbank incluye aqui a escritoras como Edgeworth o Hofland, op. cal., pág. 53.
[67] E. Langland, op. cit., pág. 97.
[68] Ibíd., pág. 116.
[69] John Wesley nunca admitió la separación y fue sólo en 1811-12, unos años después de su muerte, cuando sus sucesores decidieron celebrar sus propios servicios coincidiendo con los de la Iglesia Anglicana, imponiendo a sus seguidores la elección de ir a la iglesia o a la capilla.

Librodot

administración civil[70]. En concreto, los padres de Maria y Elizabeth Branwell habían sido miembros de la Sociedad de Metodistas en Penzance y tenían numerosos vínculos familiares con miembros de esta iglesia. Como hemos apuntado, en aquellos momentos los metodistas no habían roto con la Iglesia Anglicana, que incluso apoyaban a sus predicadores y admiraban su regreso a la piedad primitiva, así que la familia Branwell tenía su banco y asistía regularmente todos los domingos a la iglesia, mientras que durante la semana asistía a las reuniones de los metodistas. Al trasladarse a Haworth, Elizabeth Branwell tuvo, de alguna manera, que abandonar las prácticas metodistas y asistía regularmente a la iglesia de Patrick Brontë, pero en su corazón seguía siendo metodista.

El tema de la salvación o la condena eterna se convirtió en una de las cuestiones de continuo debate en las sociedades metodistas y de hecho llevó a una división entre la rama wesleyana del metodismo, que propugnaba la doctrina de la redención para todos, y el metodismo calvinista, defendido por Whitefield, que creía en la salvación sólo para los elegidos. Este debate con frecuencia aparecía también reflejado en su órgano oficial de difusión que era la *Methodist Magazine.* Esta revista se publicaba cada mes y su contenido seguía un modelo regular: escenas de muerte contadas por testigos, narraciones de conversiones, descripciones de actividades misioneras, cartas de los lectores tratando distintos aspectos de la fe, textos de importantes sermones -con frecuencia los de Wesley-, reseñas de nuevos libros de teología y artículos especiales; en total cuarenta y ocho páginas[71]. La mortalidad era un tema en el que los metodistas eran especialmente elocuentes: las escenas de muerte por enfermedad eran un tema habitual en sus reuniones semanales y cuanto más horribles fueran los detalles, más edificantes se estimaban; las lecciones derivadas de las muertes de niños eran consideradas tan útiles como cualesquiera otras[72]. La *Methodist Magazine* se recibía regularmente en el hogar de los Brontë y parece ser que de ella tomó Anne en muchas ocasiones las primeras lecciones de lectura; y tampoco hay que olvidar el hecho de que sus hermanas Maria y Elizabeth murieron siendo niñas. No es de extrañar, por tanto, que desde muy joven a Anne le invadiera un profundo sentido del pecado y una gran inseguridad sobre su propia valía personal, lo que la llevó a debatirse continuamente y de manera angustiosa entre las doctrinas de la salvación y la condenación. Con frecuencia se ha culpado a su tía de esta melancolía religiosa que afligía a Anne; aunque es cierto que Elizabeth Branwell pertenecía a la rama wesleyana y no a la calvinista del metodismo, también lo es que su religión parece haber sido una religión del miedo, en la que para un niño era tan fácil caer dentro del fuego del hogar como del fuego del infierno.

Mucho debió de influir también la lectura de autores como Cowper, cuyos poemas aparecían con frecuencia en la *Methodist Magazine, y* a quien la propia Anne dedicó un poema, «To Cowper» («A Cowper>). William Cowper, poeta de la segunda mitad del siglo XVIII, reflejó en toda su poesía el temor a la condena eterna, a la que se sentía predestinado y, por lo tanto, incapaz de hacer nada para salvarse; esta idea aparece reflejada en uno de sus poemas más conocidos «The Castaway» («El naúfrago»), que Anne había leído. Los temas que tratan tanto Cowper como Anne son muy parecidos, pero varían en intensidad: Cowper estaba destrozado por la idea de la predestinación; Anne, incluso en los poemas que reflejan mayor angustia, siempre deja ver un rayo de esperanza[73], y es que, a pesar de sus dudas,

[70] W. Gérin, op. cit., pág. 29.
[71] *Ibidem,* pág. 37.
[72] En *Jane Eyre,* la novela de Charlotte Brontë, el reverendo Brocklehurst entrega a la pequeña Jane un libro llamado *La Guía de los Niños y* le recomienda leerlo «piadosamente, en especial la parte que trata de "la historia de la muerte terriblemente repentina de Martha G..., una niña mala entregada a la falsedad y la mentira"», María José Coperías Aguilar (ed.) y Elizabeth Power (trad.), Madrid, Cátedra, 1996, pág. 119.
[73] I. Ewbank, op. cit., pág. 51.

Librodot

Anne siempre defendió la salvación universal, es decir, la posibilidad de que cada uno se salvara por su fe y por sus obras.

Una de las mayores crisis religiosas por las que pasó Anne tuvo lugar hacia 1837, cuando se encontraba en su segundo año en la escuela Roe Head, coincidiendo con una grave recaída física. La crisis de nuevo estaba provocada por las dudas sobre su poca valía y el temor a condenarse y, para que le ayudara a salir de ella, Anne hizo llamar al Reverendo James La Trobe, perteneciente a la Iglesia Moravista, lo que sorprende teniendo en cuenta que su padre era un clérigo anglicano con numerosos compañeros y amigos que también lo eran[74] Posiblemente pensó que las ideas moravistas podían aproximarse más a la suyas. Anne encontró en La Trobe una persona a la que exponerle todos sus temores abiertamente y lo primero que hizo La Trobe, ante el profundo temor de la muerte y el juicio final que encontró en Anne, fue intentar convencerla de que Dios era piadoso. La religión moravista predicaba la salvación por la fe y admitía en el hombre una doble naturaleza que hace que incluso en el mejor de nosotros se albergue la posibilidad de pecar. En esta época Anne escribió numerosos poemas de carácter religioso, que constituyen una especie de conmovedora biografia. Anne salió vencedora de esta batalla, lo que no impidió que posteriormente cayera en nuevas crisis, como prueba, por ejemplo, el poema «Despondency» («Desaliento»), escrito cuando ya se encontraba en Thorp Green trabajando para los Robinson. Las muertes de William Weightman y Elizabeth Branwell, tan cercanas a su corazón y en el tiempo, debieron traerle nuevas dudas; sin embargo, fue capaz de escribir un duro poema contra la teoría de la predeterminación, «A Word to the Elect» («Unas Palabras para los Elegidos»), en el que arremete contra aquellos que se creen puros por haber sido elegidos y defiende el derecho a la salvación de todos los hombres.

En muchas ocasiones *Agnes Grey* toma tintes religiosos: Cuando Agnes ya se sabe enamorada de Weston, y teniendo en cuenta que es en la iglesia donde tiene más oportunidades de verle, se reprocha a sí misma el amar más a la criatura, Weston, que al creador, Dios. Representativo es también uno de los últimos párrafos de la novela:

> Hemos tenido pruebas, [...] pero las soportamos bien juntos y procuramos fortalecernos mutuamente contra la separación final [...]; pero si no perdemos de vista el glorioso paraíso que está más allá, donde nos reuniremos de nuevo, y donde no se conocen el pecado ni las penas, también sabremos soportarla; y, mientras tanto, intentamos vivir en la gloria de Aquel que esparció tantas bendiciones en nuestro camino.

Igualmente significativo es el hecho de que ella, como su hermana, acabe casándose con un clérigo, quizás el único tipo de hombre que podría reunir las características que Anne aprecia en un hombre y en cualquier persona, y que clérigo hubiera sido su padre

[74] E. Chitham, op. cit., pág. 54.

Librodot

también. A veces los aspectos religiosos se verán mezclados con cuestiones morales, poniendo énfasis en el desarrollo espiritual: las personas deben aprender a autocontrolarse para ser capaces de enfrentarse a las vicisitudes de la vida, de tal modo que en la novela se contrastan las personas disciplinadas con aquellas cuyas pasiones no son controladas. Así, por ejemplo, en su visita a Ashby Park, la nueva casa de la que fuera Rosalie Murray y ahora es Lady Ashby, ante las numerosas quejas de ésta sobre su actual vida, su marido, al que odia, su suegra, a la que odia aún más, e incluso su hija de semanas, de la que teme que cuando crezca eclipse su belleza, Agnes le aconseja:

> -La mejor forma de divertirse es hacer lo que es correcto, y no odiar a nadie. La finalidad de la Religión no es enseñarnos cómo morir sino cómo vivir; y cuanto más pronto uno se hace sabio y bueno, más felicidad consigue.

Pero quizás dos de los aspectos más característicos de la cuestión religiosa en *Agnes Grey* sean la personificación de las dudas de la propia Anne en el personaje de Nancy Brown, la anciana campesina que vive en las tierras de los Murray, y las formas opuestas de ver y vivir la religión representadas por Hatfield, el vicario, y Weston, su ayudante. Nancy le cuenta ampliamente a Anne cuáles son las cuestiones que han hecho que últimamente hubiera «padecido de melancolía religiosa», y que, por mucho que leyera la Biblia, cada versículo le abría nuevas cuestiones, así que sentencias como «El que no ama, no conoce a Dios» le hacían dudar de su propia capacidad de amar; «Todo el que ha nacido de Dios no peca» le deja fuera de las criaturas de Dios, pues se sabe imperfecta y pecadora, y todas ellas la condenan cada vez más. La idea de que «muchos serán los llamados y pocos serán los elegidos» atormenta su espíritu. Cada uno de los temores de Nancy, toda la angustia por la que ella pasa es la misma que Anne sufrió durante casi toda su vida. Al igual que Anne encontró en James La Trobe la persona capaz de darle la confianza para superar sus miedos y vivir una cara de la religión y de Dios más amable y alegre, Nancy tiene a Weston, que con paciencia y buen tino le explica cada una de las palabras que antes la acusaban y la dejaban fuera del amor divino y que ahora la confortan cada vez que las recuerda y medita sobre ellas. Actitud la de Weston totalmente distinta a la que había mostrado Hatfield cuando Nancy le había hablado de sus dudas. Para empezar, la acusa de haberse mezclado con los metodistas, cosa que no es cierta, y le exige no sólo que

> ... debes venir a la iglesia, donde oirás las escrituras bien explicadas, en vez de quedarte estudiando la Biblia en casa,

sino que lleve su libro de liturgia, lea en voz alta todas las plegarias, se levante, arrodille y siente cada vez que corresponda, que comulgue cada vez que pueda y que escuche sus sermones; de este modo, cumpliendo con su obligación, conseguirá la bendición divina. Nancy le expresa su temor de que aun haciendo todo esto no encuentre el consuelo que busca y a Hatfield sólo se le ocurre decirle como única respuesta que quizás pertenezca

Librodot

al grupo de los que quieren pasar por la puerta estrecha que da entrada al cielo y no lo consiguen, no aportando un ápice de tranquilidad, sino todo lo contrario, a la pobre anciana. Ante la insistencia de Nancy de que tiene necesidad de hablar con él, le dice que no tiene tiempo o la insulta llamándola vieja quejica y tonta. Diferente también la forma en que cada uno ejerce su ministerio: Weston escucha a las personas, se acerca a ellas con humildad y, si las encuentra en falta, les aconseja sobre la forma en que deben actuar; Hatfield da órdenes, es arrogante y critica todo aquello con lo que no está de acuerdo, y sólo trata con condescendencia a aquellos que están por encima de él, y por eso se permite ignorar y desairar a Agnes en varias ocasiones.

Totalmente distinto también el contenido y la presentación de sus sermones:

> Lo oí [a Weston] predicar y me complació mucho la verdad evangélica de su doctrina así como la sincera sencillez de sus modales y la claridad y vigor de su estilo.
>
> Fue de verdad refrescante oír semejante sermón después de estar acostumbrada a oír las [...] arengas [...] del rector, que solía pasar por la nave central, o más bien avanzar como un torbellino con su rico hábito de seda ondulando a su espalda, crujiendo al rozar las puertas de los bancos, subir al púlpito como un conquistador ascendiendo al coche triunfal.

Agnes prosigue la descripción de los sermones de Hatfield durante varias líneas más, contrastando también con su propio discurso la simplicidad del primero y el recargamiento del segundo. Aun más, Agnes añade la lista de temas de los sermones de Hatfield

> Sus temas preferidos eran la disciplina eclesiástica, los ritos y las ceremonias, la sucesión apostólica, la obligación de reverencias y obedecer a los clérigos, el atroz delito de la disidencia, la absoluta necesidad de observar todas las formas de piedad, la censurable presunción de los individuos que intentaban pensar por sí mismos en temas relacionados con la religión o seguían sus propias interpretaciones de las sagradas Escrituras,

que de nuevo nos dan una idea de su posición dentro de la iglesia: le encanta todo lo que tenga que ver con lo ceremonial y ritualista y rechaza todo aquello que suponga libertad de pensamiento e interpretación personal. Por otra parte, tal como se nos dice unas líneas más abajo, se inclina más por las enseñanzas del Antiguo Testamento que por las del Nuevo, es decir, más por la imagen del Dios severo que del Dios padre. En el contraste de estos dos personajes se reflejan gran parte de las ideas religiosas de Anne Brontë, lo que deseaba o al menos pensaba que debía ser la religión y lo que rechazaba de ella.

En opinión de P. J. M. Scott, Anne Brontë fue la primera y más importante escritora cristiana, y a ello achaca la dificultad de su éxito: a la poca aceptación que un escritor de estas características puede tener, en concreto, en una época como la nuestra[75]. También Elizabeth Langland[76] opina que el énfasis moral o moralista de sus obras es lo que ha hecho que Anne Brontë haya tenido una menor aceptación que sus hermanas. No hay que olvidar que *Agnes Grey* es sólo una de sus obras y que en *The Tenant of Wildfell Hall* desarrolló en profundidad el tema de la elección o la salvación del hombre y que una parte importante de su producción poética está constituida por poemas netamente religiosos e himnos, que, curiosamente, solía escribir los domingos; y, desde luego, sus creencias religiosas impregnan prácticamente todo su trabajo.

Podemos inventar mil maneras de ganarnos el pan

En el siglo XIX en Gran Bretaña coincidieron una serie de circunstancias que hicieron que aumentara notablemente el número de mujeres solteras, en concreto dentro de la clase media. Para empezar, la proporción de mujeres existente era de 1.053 por cada 1.000 hombres[77], lo cual ya dejaba a algunas de ellas sin ninguna posibilidad de casarse. Las razones de esta diferencia podían ser varias: en primer lugar, el índice de mortalidad parecía favorecer a las mujeres, por lo que el vivir más tiempo hacía aumentar su número. En segundo lugar, a principios de este siglo habían tenido lugar las guerras napoleónicas y, aunque Inglaterra no había sido invadida directamente, sí que había participado en distintas campañas con la consecuente pérdida de vidas humanas, es decir, de hombres. Por último, la revolución industrial que había empezado ya en el siglo anterior no evitó, incluso en algunos casos pudo acentuar, periódicas crisis económicas[78] que llevaron a parte de la población a tener que emigrar a cualquiera de las muchas colonias que entonces poseía el país; aunque en algunas ocasiones eran familias enteras las que se arriesgaban a empezar una nueva vida en un lugar desconocido, lo más habitual era que emigraran hombres solos, entre otras razones por la dureza del trabajo y de la vida que allí les esperaba. Por si no era suficiente la desproporción en número de hombres y mujeres, durante esta época los hombres, sobre todo en las clases medias, no se casaban antes de los treinta años, edad a la que una mujer ya sería considerada una irremediable solterona. Además una mujer de la clase media necesariamente tenía que tener una dote mínima para poder casarse; el mismo señor Grey, ante la situación económica de la familia, exclama

> -¡Casadas ellas, pobres indigentes! [...] ¿Quién querrá casarse con ellas?

[75] Op. cit., pág. 32.
[76] Op. cit., pág. 83.
[77] K. Hughes, *The Victorian Governess,* Londres y Río Grande, The Hambledon Press, 1993, pág. 31.
[78] Durante las guerras napoleónicas, Gran Bretaña se había convertido en el proveedor de casi toda Europa; con la finalización de estas guerras en 1815 muchas fábricas tuvieron que cerrar. También los nuevos métodos agrícolas hacían necesaria menos mano de obra en el campo. La situación llegó a ser tan grave que fue necesario promulgar una «Ley de Pobres» en 1834 dirigida a ayudar a todos aquellos que se encontraban en situaciones extremas.

Librodot

Sabemos que la situación de la familia se debe a la inversión fallida que el padre había hecho con intención de aumentar su fortuna y dar más comodidades a su mujer e hijas. Por desgracia, bien por la incapacidad de los inversores o por los riesgos del mercado de la época[79], la pérdida de fortunas era una circunstancia que se repetía con frecuencia y que dejaba a las hijas destituidas de la dote que les habría permitido casarse. Pero había también otros factores que podían contribuir a que una mujer no dispusiera de dote; por ejemplo, un número excesivo de hermanas o la muerte prematura del padre[80].

La gran tragedia de estas mujeres de clase media cuyos padres no tenían medios para mantenerlas y que tampoco habían conseguido casarse era que

> La teoría de «la vida civilizada» sostiene que a las mujeres de las clases altas y medias las mantienen o sus padres o sus maridos [...] Todas nuestras leyes están estrictamente establecidas de acuerdo con esta hipótesis; y todas nuestras costumbres sociales se adhieren a ella de manera más estricta todavía. No hay espacio en nuestro marco social para cualquier otra idea[81].

A pesar de las palabras de la señora Grey que, para tranquilizar a su marido, imaginamos, dice que sus hijas y ella misma en caso de quedarse viuda encontrarán mil maneras de ganarse el pan, fuera del matrimonio, de la dependencia paterna, o de la poco frecuente situación de que una mujer contara con recursos propios, las posibilidades para mantenerse una misma eran realmente escasas. Mientras que una mujer que no hubiera recibido una educación y perteneciente a una clase social inferior podía ganarse la vida lavando, cocinando, ordeñando o siendo sirvienta, una mujer de una clase superior no podía dedicarse a ninguna de estas profesiones, a no ser a costa de perder su posición y su respetabilidad, e incluso poniendo en juego la de su familia. Según Kathryn Hughes[82] en épocas anteriores las mujeres de la clase media habían trabajado como peluqueras, comadronas o boticarias[83] sin perder un ápice de su respetabilidad; sin embargo, un cambio en el concepto de lo que era pertenecer a la clase media alta[84] había hecho que desde

[79] K. Hughes, op. cit., pág. 28; A. Goreau, op. cit., pág. 42.

[80] Si un hombre de clase media no solía casarse antes de los treinta años, también es cierto que con frecuencia fallecía antes de los cincuenta, por lo que a su fallecimiento sus hijas no podían ser mucho más que adolescentes. K. Hughes, op. cit., pág. 30.

[81] «The Market for Educated Female Labor», en *The English Woman'sJournal, IV, 21,* págs. *145-6;* citado por A. Goreau, op. cit., pág. *40. M.* J. Peterson, «The Victorian Governess», en M. Vicinus (ed.), *Suffer and Be Still. Women in the Victorian Age,* Londres, Methuen, *1980,* pág. 10, apunta también la misma idea.

[82] Op. cit., pág. *34.*

[83] L. Davidoff y C. Hall añaden también la profesión de hilandera, op. cit., pág. *202.*

[84] A medida que los miembros más ricos de la clase media intentaron hacerse con el liderazgo moral, político e intelectual del país, decidieron incorporar ciertos aspectos de la clase dominante en la suya. Se revisaron términos como «dama» o «caballero», que durante siglos se habían utilizado para referirse a aquéllos nacidos en las clases terratenientes, y se ampliaron para dar cabida a sus aspiraciones. Implícita en la definición estaba también la idea de que el *status*

principios del siglo XIX una mujer que ejerciera cualquiera de estas profesiones se considerara «desclasada». Algunas mujeres encontraban refugio, más que un trabajo, en casa de algún familiar: un hermano o hermana casada de cuyos hijos pudiera cuidar, o un hermano soltero a quien pudiera hacer las funciones de ama de llaves. Otra posibilidad era hacer algún tipo de trabajo en su propia casa, por ejemplo, coser, escribir o pintar. La costura era una de las actividades menos valoradas y admisibles[85], por lo que sería la última elegida. Respecto a la escritura, aparte de que no siempre proporcionaba los ingresos necesarios, la mayoría de las mujeres se veían obligadas a firmar con seudónimos o simplemente con la expresión «una dama», por una parte, para proteger su privacidad, por otra, para poder ser valoradas sin prejuicios[86], por lo que tampoco era un trabajo reconocido. La señora Grey sugiere a su hija Mary que pinte algunos cuadros para contribuir a la economía doméstica, y cuando Helen Graham, la protagonista de la segunda novela de Anne Brontë, abandona a su marido, subsiste gracias a su trabajo como pintora, pero es improbable que una mujer pudiera encontrar su medio de vida en la pintura. Ya fuera de su propio hogar, pero dentro de los límites de una casa por lo que tampoco perdería la respetabilidad, otra posibilidad era la de cuidar de algún familiar enfermo, ya que se consideraba que una mujer tenía una predisposición natural al cuidado de otras personas, fueran niños o ancianos, hijos, maridos o padres incapacitados[87]. La otra ocupación para la que se consideraba que una mujer estaba naturalmente predispuesta era la enseñanza. Las oportunidades de trabajar en una escuela para señoritas eran relativamente pocas y enseñar en las escuelas elementales, dirigidas más bien a los hijos de las clases trabajadoras, no era considerado respetable para una mujer de clase media. Si se disponía de casa propia, existía la posibilidad de abrir una escuela o al menos de aceptar a algunos niños a los que dar clase. Por último quedaba la profesión de institutriz, que solía ser la elegida por la mayoría de las mujeres de clase media cuyo nacimiento y educación las definía como damas, pero cuyas familias no podían mantenerlas con holgura, ya que era la que implicaba el mínimo daño al rango social, lo que no significa que no sufrieran daños a otro niveles, como, por ejemplo, el emocional.

Una tarea más ardua de lo que nadie se pueda imaginar

social era inmutable, aunque, por una parte, durante los siglos XVII y XVIII había sido habitual la práctica de comprar títulos, y, por otra, los hijos menores de algunos terratenientes se habían dedicado al comercio o a ejercer alguna profesión liberal, y los matrimonios con hijas de ricos mercaderes habían sido una fuente de ingresos para la aristocracia. A finales del siglo xviii, muchos de los nuevos ricos quedaban excluidos de la definición de caballero, pero a lo largo del xix pudieron ganarse ese calificativo gracias al éxito profesional y prestando atención a la forma de vestir, hablar y comportarse. No era éste el caso de las mujeres, a las que cualquier relación con un oficio les hacía perder su casta y dejaban de ser consideradas «damas» (K. Hughes, op. cit., págs. *11-13).* Efectivamente, las clases «ociosas» victorianas se definían por oposición a las clases trabajadoras, no por el trabajo de los hombres, ya que casi todos trabajaban, sino por la ociosidad de las mujeres (Peterson, op. cit,, pág. 10). Otra cuestión a tener en cuenta es el debate que tuvo lugar durante toda la época victoriana sobre el papel de la mujer y la esfera en la que debía moverse; la balanza se inclinó casi siempre hacia los que pensaban que la mujer pertenecía al hogar, que así se convertía además en guardiana de los valores morales de la nación (E. Langland, op. cit., págs. *24-25).*

[85] M. R. García Doncel, *El modelo femenino en «Jane Eyre»,* Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, *1988,* pág. *240,* e 1. Burdiel, *op. cit.,* pág. *26.*
[86] Sobre este tema es muy interesante ver 1. Ewbank, op. cit., págs. xv-xvii *y 1-48.*
[87] K. Hughes, op. cit., pág. 35; L. Davidoffy C. Hall, op. cit., pág. 268.

Librodot

La figura de la institutriz existía desde la Edad Media; cuando había sido un elemento habitual en los hogares de la aristocracia; sin embargo, su incorporación a los hogares de la clase media data de finales del siglo XVIII, principios del XIX, en que se convirtió en una prueba del poder económico de una familia de clase media, de la misma manera que podían serlo los sirvientes, los carruajes y el resto de la parafernalia de las clases altas. La institutriz, así como el resto de los sirvientes, era una muestra de hasta qué punto la dueña de la casa era una «dama de ocio», que a su vez era una muestra de hasta qué punto era rico el padre de familia. En las clases medias las madres se habían ocupado tradicionalmente de la educación de sus hijos, proporcionándoles los conocimientos básicos como leer y escribir; a partir de cierta edad, a los chicos se les enviaba a un colegio, de forma que pudieran prepararse para una futura ocupación que les permitiera ganarse la vida, y las chicas seguían su educación en casa aprendiendo de sus madres sus funciones como mujeres. Sin embargo, si se empleaban cada vez más sirvientes, ya no tenía mucho sentido enseñarles las labores del hogar y sí que lo tenía darles una educación que pudiera atraer a un marido rico, por lo que ahora las muchachas aprendían «música, canto, dibujo, francés, latín y alemán», que son las dotes que menciona Agnes en el anuncio que pone en el periódico en busca de su segundo trabajo como institutriz, y las únicas que, junto con las labores, parece necesitar una joven de la época. En muchas ocasiones las madres no estaban preparadas para enseñar estas actividades a sus hijas, y además tampoco debían, pues entonces habrían dejado de ser damas ociosas que empleaban su tiempo en visitar vecinos, recibir visitas o dedicarse a actividades filantrópicas[88]. Una solución era enviar a sus hijas a pequeños internados, que habían empezado a aparecer desde mediados del siglo anterior, pero los resultados no siempre eran satisfactorios, aparte de que al estar lejos de casa, no se podía controlar la educación moral de las hijas. La aristocracia había venido utilizando los servicios de algún familiar en una situación poco decorosa, económicamente hablando, o de la hija del clérigo de la localidad. Estas institutrices eran tratadas con consideración por sus patronos y tenían un salario y condiciones dignas. Para las familias de clase media ésta era una situación nueva a la que no siempre sabían enfrentarse y, de hecho, aparecieron numerosos manuales explicando cómo debía ser el trato entre patronos y empleada[89]. La demanda de institutrices fue creciendo a lo largo del siglo y se calcula que hacia *1850* había unas *25.000* mujeres desempeñando este trabajo, y la institutriz se convirtió en una figura muy familiar tanto en la sociedad como en la literatura británica del siglo XIX. Tal como hemos apuntado ya y como pasaremos a ver inmediatamente, la posición de la institutriz en la sociedad y dentro de las familias para las que trabajaba era bastante delicada, pues eran mujeres de buena educación y posición, que por circunstancias económicas se veían obligadas a trabajar para otros, poniendo en peligro su status social. En la década de los años cuarenta y cincuenta, la «situación» de las institutrices, básicamente los bajos salarios, las malas condiciones laborales y su incompleta preparación, se convirtió en uno de los temas favoritos de las revistas de la época, adquiriendo una importancia desmesurada y en muchas ocasiones tintes de excesiva dramatización.

[88] En la novela, Agnes nos cuenta que cuando las muchachas «no tenían nada más agradable que hacer, las señoritas Murray se entretenían visitando a los colonos pobres que vivían en las tierras de su padre». La tradición puritana, muy extendida entre la clase media, consideraba la ociosidad como un pecado y el trabajo como una misión para la que un cristiano había sido especialmente dotado; sin embargo, las actividades filantrópicas permitían armonizar estas ideas con la ociosidad de las clases altas y especialmente de sus mujere (M. R. García Doncel, op. cit., págs. 143, 233 y 236). Respecto a las actividades filantrópicas véase también L. Davidoffy C. Hall, págs. 335-339.

[89] K. Hughes, op. cit., pág. XII.

Librodot

Por lo que respecta a la literatura, en opinión de Kathryn Hughes, no se puede hablar de un género propio que fuera la «novela de institutrices»; sin embargo, se ha calculado que entre *1814 y 1835* este personaje apareció en un papel más o menos relevante en unas ciento cuarenta novelas, las cuales pertenecían a toda la gama posible de las novelas de la época: melodramas, moralizantes, religiosas o las denominadas «silver-spoon», que reflejaban la alta sociedad[90]. La institutriz se convertía así en un personaje comodín que los novelistas podían utilizar para cubrir toda una serie de fines literarios. Por ejemplo, en *Deerbrook (1839),* escrita por Harriet Martineau, y en Amy *Herbert (1844),* de Elizabeth Missing Sewell, la institutriz no es la protagonista de la novela, sino que es más bien un elemento catalizador que sirve de contraste, en este caso moral, para otros personajes. En otras dos novelas, *Caroline Mordaunt (1835),* de la señora Sherwood, y *The Governess (1839),* de Lady Blessington, la institutriz sí es el personaje principal, al que seguimos de puesto en puesto. De este modo, la novela de Lady Blessington nos muestra los distintos ambientes, siempre de la alta sociedad, en los que la protagonista se mueve. *Caroline Mordaunt* es más bien una «novela religiosa», cuya protagonista recorre todo el camino desde la indiferencia hacia Dios hasta convertirse en la abnegada esposa de un clérigo, pasando por toda una serie de mortificaciones. Respecto a *Jane Eyre (1847),* la novela escrita por Charlotte Bronté, presenta una visión un tanto romántica de la vida de la institutriz ya que está al cargo de una dócil niña, es respetada por la servidumbre y además se enamora del dueño de la casa. Y en *Afines Grey,* aunque también hay contraste social, reflejado a través de las distintas casas en las que trabaja y los personajes con los que se relaciona, tal como ya hemos indicado en otro apartado, es en gran parte una novela didáctica y moralizante[91].

[90] Ibíd., pág. 2.

[91] Es interesante observar cómo, aunque hacia 1865 la figura de la institutriz ya había aparecido en todas las versiones posibles, en 1898 Henry James todavía la utilizó como personaje principal en su novela *The Turn of the Screw* (Otra vuelta de tuerca).

Librodot



La institutriz recibida por la familia. Grabado.

¿Cuál era la «situación» de las institutrices para que creara tanto interés a nivel social y literario? Para empezar, debemos aclarar que si interesaba el tema era porque afectaba al sector de la población que tenía el poder económico, político, social y cultural. Si hemos hablado de *25.000* institutrices hacia *1850,* habría que hablar de *750.000* criadas trabajando en casas, aparte de los muchos miles de otras mujeres que trabajaban en la industria y la minería[92], cuya vida sería mucho más dura y dificil que la de cualquier institutriz y, sin embargo, nadie organizaba una cruzada por ellas ni protagonizaban decenas de novelas. Pero, claro, las penurias y problemas de estas trabajadoras quedaban fuera de la esfera de conocimiento y preocupación tanto de las escritoras como de las posibles lectoras de novelas. Reconocer esta situación no quiere decir que neguemos toda la problemática en la que la vida de una institutriz se veía envuelta.

En primer lugar, estaba el problema de la pérdida de identidad social, es decir, una institutriz era una dama, nacida y educada como tal, pero que por cuestiones económicas tenía que ejercer una profesión retribuida económicamente y, por lo tanto, rebajar su estatus social. En palabras de Lady Elizabeth Eastlake, escritora contemporánea y experta en el tema,

> ... la verdadera definición de una institutriz, en el sentido inglés, es un ser que es nuestro igual en nacimiento, modales y

[92] M. J. Peterson, op. cit., pág. 6.

> educación, pero nuestro inferior en riqueza material. Toma a una dama, en todo el sentido de la palabra, por nacimiento y educación, y deja que su padre sufra la bancarrota, y no necesita nada más para cumplir con nuestro mayor *beau idéal* de guía e instructora para nuestros hijos[93].

Esto no sólo creaba un conflicto interno en la propia institutriz, sino también en la familia para la que trabajaba, que no sabía cómo tratarla: como un familiar, un invitado, un igual o un criado; aunque en la mayoría de los casos era tratada antes como un criado que como un igual[94]. Y, aunque no era conveniente que las institutrices se vieran demasiado rebajadas en el trato que se les daba -al fin y al cabo eran las personas de las que las hijas aprendían y cuanto más alto fuera su estatus, más lo sería también el de las muchachas-, el reconocer a una institutriz como un miembro pleno de la familia presentaba problemas, pues podía arrastrar a su nivel la posición de todas las mujeres de la familia[95]. En *Agnes Grey* Anne Brontë nos da numerosos ejemplos del trato desdeñoso que recibe: la señora Murray no la recibe hasta el día siguiente de su llegada, como si hubiera sido una simple criada; preocupada como está por el bienestar de sus hijos nunca se pregunta por la comodidad o la felicidad de la propia Agnes; en el carruaje para ir a la iglesia -si es que deciden que puede utilizarlo-, siempre le dejan el peor sitio, lo que hace que se maree, y rara vez olvidan su situación de inferior:

> ... con el tiempo [Rosalie] llegó a tenerme tanto afecto como le era posible a ella tenerle a alguien de mi carácter y posición; porque rara vez se olvidaba [...] de que yo era una empleada y la hija de un clérigo pobre.

Una manera de evitar esta incómoda situación era contratar una institutriz extranjera que, al pertenecer a otra cultura, era más difícil de clasificar en la escala social y además en ocasiones contaba con una mejor preparación en distintas materias, pero sobre todo en la cuestión de los idiomas. Sin embargo, podía plantear otros problemas como la diferente religión que practicara o los recelos que las institutrices de origen francés levantaban en sus patronos[96]. En otras ocasiones eran las institutrices británicas las que decidían marcharse al extranjero, principalmente a las colonias, para evitar el conflicto social, pero esto obviamente requería una serie de importantes renuncias.

[93] Citado por M. J. Peterson, op. cit., pág. 10.
[94] En el caso de Agnes el trato de «señorito» y «señorita» que debe dar a sus alumnos indica que la consideran como una criada.
[95] K. Hughes, op. cit., pág. 88.
[96] *Ibídem, pág. 106.* Se tenía la idea de que las institutrices francesas podían ser sexualmente agresivas en su trato con los hombres de la casa, iniciar a sus alumnas en todo tipo de pecados no especificados, mentir y robar, aparte de vestir demasiado bien.

Si la institutriz no era aceptada en el círculo de la familia, no tenía mejor suerte entre los criados, ya que, teniendo una situación de dependencia parecida a la de ellos, procedía de una escala social superior, lo que la alejaba de aquéllos. El resultado era dejadez en todo lo que tuviera que ver con el aula o las actividades de la institutriz. En los que más desconfianza despertaba era entre los criados de rango superior, pues un mayordomo no pensaba que fuera inferior a una institutriz, ni tampoco una doncella que, experta como era en moda, peinados y modales, se consideraba ella misma casi una dama:

> Con el aire de alguien que concede un favor excepcional, [la doncella de la señora] se dignó encargarse de hacer que me enviasen las cosas; [...] me trajeron el equipaje una doncella con aspecto tosco y un hombre, ninguno de los cuales reflejó en su comportamiento mucho respeto hacia mi persona.

Al trato que los criados daban a las institutrices sin duda contribuía el ejemplo dado por los dueños de la casa, que, como hemos apuntado, era bastante desdeñoso, y los niños, que muchas veces reflejaban el comportamiento de los padres, desobedecían, se mostraban soberbios y en ocasiones incluso daban muestras de crueldad fisica hacia sus instructoras. El problema se veía agravado porque a las institutrices se les privaba de la autoridad necesaria para poder controlar a los niños, es decir, se les exigía que les enseñaran modales y ciertas normas de conducta, como si de sus propios hijos se hubiera tratado, pero no se les confería el poder necesario para llevar a cabo esta misión. Agnes, al regresar de nuevo a su trabajo con los Bloomfield tras unas breves vacaciones, le dice al lector:

> Volví, sin embargo, con vigor nada disminuido a mi trabajo: una tarea más ardua de lo que nadie se pueda imaginar si no ha sentido algo parecido a la tortura de estar al mando de un grupo de rebeldes traviesos y turbulentos a los que ni sus máximos esfuerzos logran hacer cumplir con el deber, mientras que, al mismo tiempo, es responsable de su conducta ante un poder mayor, que le exige algo que no puede conseguirse sin la ayuda de la más potente autoridad del superior, quien se niega a prestársela.

Muchas institutrices se encontraban a merced de madres que, pasando apenas un rato de vez en cuando con sus hijos, en primer lugar, pensaban que éstos eran auténticos ángeles y, en segundo, no eran conscientes de las dificultades que suponía mantener cierta disciplina, por lo que con frecuencia prohibían a las institutrices que castigaran a los niños y, en cualquier caso, les pedían que les informaran de toda desobediencia, algo que las institutrices se cuidaban mucho de hacer, pues eran conscientes de que si la madre tenía que elegir entre creer a sus hijos o a la institutriz, ella sería siempre la más perjudicada.

Con mucha culpa que tenían los padres, hay que reconocer que no siempre eran los únicos responsables del comportamiento de los niños. Uno de los principales problemas con los que se encontraban las institutrices era su escasa preparación, no tanto a nivel de

Librodot

conocimientos, sino más bien sobre cómo impartirlos y cómo mantener la disciplina. Se daba la contradicción entre la idea de la institutriz como alguien que no había recibido una preparación especial -eso habría supuesto que en algún momento había esperado tener que ponerse a trabajar e inmediatamente le habría privado de la categoría de dama- y la necesidad práctica de ser competente en su trabajo. La incapacidad de Agnes para manejar a sus pupilos es algo que sus respectivos patronos se encargan de recordarle con frecuencia, pero también algo que ella reconoce:

> Mis tareas de educación y vigilancia, en lugar de hacerse más fáciles al irnos acostumbrando yo y mis alumnos unos a otros, se me hicieron más trabajosas según iba descubriendo sus caracteres. El nombre de institutriz, descubrí enseguida, era una mera burla tal como me lo aplicaban

> ... o los niños eran tan incorregibles, los padres tan poco razonables o yo misma estaba tan equivocada en mis ideas o era tan incapaz de ponerlas en práctica, que mis mejores intenciones y mis esfuerzos más enérgicos no parecían producir mejor efecto que la diversión de los niños, la insatisfacción de sus padres y un tormento para mí.

No sólo no eran aceptados en el círculo familiar o en el de los criados, sino que, por la falta de libertad de movimientos, además tenían serias dificultades para hacer amistades nuevas. Era difícil que pudieran trabar amistad con cualquiera de los invitados o conocidos de la casa, ya que si la familia les daba de lado, también lo hacían los que estaban a su alrededor: esto es lo que le ocurre a Agnes con los Green, los Meltham o el mismo Hatfield. Siempre que salían de casa lo hacían acompañando a sus discípulos, pero también bajo su atenta mirada; por ejemplo, a Rosalie no se le escapa el hecho de que Weston ha estado caminando y charlando un rato con Agnes a la salida de la iglesia. Agnes se queja con frecuencia de los desaires a que es sometida por los miembros de la familia Murray y sus amistades, y se lamenta, en conversación con Weston, de la imposibilidad de hacer amigos:

> -... ¿Es usted tan poco sociable que no sabe hacer amigos?

Librodot

> -No, pero nunca he hecho ninguno hasta ahora; y en mi posición actual, no hay posibilidad de que los haga, ni siquiera de trabar una simple relación.

Otro de los problemas a los que se enfrentaban eran los bajos salarios que percibían. En su primer trabajo Agnes recibe veinticinco libras al año, en el segundo le ofrecen las cincuenta que ella había exigido en su anuncio. Los sueldos que recibían podían ir desde las quince a las cien libras al año, pero la media estaba entre las veinte y las cuarenta y cinco[97]. Aunque no debían preocuparse por el alojamiento y la comida, sí que debían hacer frente a sus propios gastos de lavandería, viajes a casa y cuidados médicos. Además tenían que vestir con propiedad, lo que significaba que tenían que dedicar una cantidad relativamente importante a su ropa, y normalmente eran ellas las que compraban el material necesario para impartir las clases, por ejemplo, nuevos libros o partituras de música, y, en ocasiones, tenían que contribuir al mantenimiento de sus familias. Agnes hace sus propias cuentas con el sueldo que espera recibir de los Murray:

> ... debía tener ropa decente de acuerdo con mi posición; debía, parecía ser, mandar hacer la colada fuera de la casa, y también pagar los cuatro viajes anuales entre Horton Lodge y mi casa; pero, poniendo estricta atención en la economía, estaba segura de que veinte libras, o poco más, cubrirían estos gastos y quedarían treinta para el banco, o poco menos.

La esperanza de muchas institutrices era, efectivamente, poder ahorrar algo de dinero, bien para poder abrir su propia escuela, lo que les evitaría tener que vivir bajo un techo que no era el suyo, o simplemente para intentar subsistir en caso de perder el empleo o cuando tuvieran que retirarse -que podía ser muy pronto, pues a los cuarenta años ya eran consideradas mayores para desempeñar el oficio-, que eran dos de los grandes temores que siempre acechaban su vida profesional.

Como respuesta al interés social que la «situación» de las institutrices suscitaba surgieron distintas iniciativas para paliarla. La más importante fue la fundación a principios de la década de los cuarenta de la Governesses' Benevolent Institution (Institución de Ayuda para las Institutrices); uno de sus objetivos era proporcionar ayuda a las institutrices cuando fueran mayores o estuvieran enfermas, pero en muchas ocasiones también actuó como agencia de colocación e incluso como residencia temporal entre un puesto y otro. En *1848* se fundó en Londres el Queen's College para proporcionar una

[97] Estos sueldos contrastaban con los percibidos por los profesores que daban clases particulares a los hijos de estas mismas familias, que ya contaban con la ventaja de no tener que vivir bajo el techo de otros, y con los de algunas escuelas que, en el caso de las de mejor reputación, podían llegar a cobrar cantidades de entre 200 y 400 libras anuales; L. Davidoff y C. Hall, op. cit., pág. 221.

Librodot

mayor formación a las institutrices de modo que, por una parte, pudieran aumentar su autoestima, y, por otra, su salario, al tener una educación más amplia. A partir de mitad de siglo hubo un movimiento para ampliar las oportunidades laborales de las mujeres[98]; sin embargo, en opinión de M. Jeanne Peterson[99], el objetivo no era tanto dar nuevas oportunidades a las damas con necesidad de empleo, sino que aquellas que no lo eran, por ejemplo las hijas de comerciantes y fabricantes, tuvieran otras posibilidades y no les quitaran a las primeras puestos como institutrices.

Posiblemente, una de las grandes diferencias entre *Agnes Grey y* otras novelas de institutrices sea la voluntad de la protagonista de convertirse en institutriz y de conseguir que esto sea un medio para su realización como persona, y esto es lo que hace que, a pesar de su primer fracaso y de todas las humillaciones por las que tiene que pasar persista en su empeño

> ... a pesar de lo molesta que era mi situación, quena encarecidamente conservarla [...] fue por mi propia voluntad que había conseguido el puesto, yo misma me había buscado toda esta congoja, y estaba empeñada en soportarlo.

De esta manera, Anne está reclamando una identidad profesional y el derecho al trabajo de la mujer sin ser menospreciada por ello. Aunque al final de la novela se casa con Weston, cubriendo así sus necesidades económicas, en realidad Agnes, en compañía de su madre, otra mujer, ya había conseguido su independencia económica gracias a la escuela que habían abierto y esto también hace que *Agnes Grey* se diferencie de otros finales felices que salvan a la heroína de la desgracia en el último momento. Agnes, a pesar de su aparente fragilidad, ya había sido capaz de encontrar su propio lugar y de salvarse a sí misma.

RECEPCIÓN CRITICA

Agnes Grey fue terminada probablemente en la primavera-verano de *1846 y* aceptada por Thomas Cautley Newby para su publicación junto a *Wuthering Heights* aproximadamente un año más tarde, pero no apareció realmente hasta diciembre de *1947,* cuando *Jane Eyre,* la novela firmada por Currer Bell, ya había alcanzado el éxito y Newby aprovechó la circunstancia y se apresuró a publicar las novelas de los otros dos Bell, Acton y Ellis. El resultado fue una edición descuidada en tres tomos, siguiendo la moda prevalente en la época, de los cuales los dos primeros correspondían a *Wuthering Heights y* el último a *Agnes Grey.* Por muy distintas razones, esta edición compartida no benefició para nada a *Agnes Grey,* así como tampoco ayudó la publicación previa y éxito de *Jane Eyre.*

Aunque el libro apenas recibió atención, el hecho de que también hubieran publicado sus poemas conjuntamente hizo que los críticos compararan con frecuencia a los tres autores y que incluso cuestionaran si eran uno o tres los escritores. De las dos novelas que

[98] K. Hughes, op, cit., págs. 188-191, y M. Shaw, «Arene Brontë: A Quiet Feminist, *Brontë Society Transactions,* 21:4,1994, pág. 129.
[99] Op. cit., pág. 1 8.

Librodot

aparecieron conjuntamente, la de Anne siempre recibió menos atención y menos alabanzas. La primera revista en ocuparse del libro fue *The Spectator* que, en su edición del 18 de diciembre, señalaba que *Agnes Grey* no era tan variada en personajes e incidentes como *Wuthering Heights,* advirtiendo también de algunos puntos en común con la obra de otro autor del mismo apellido, Bell[100]. Una semana más tarde *The Athenaeum* fue un poco más lejos sugiriendo que las tres novelas pudieran haber sido escritas por la misma mano; sin embargo, destacaba *jane Eyre* como la mejor, a *Wuthering Heights* la acusaba de desagradable, y de *Agnes Grey* decía que, aunque era más aceptable, carecía de la fuerza de las anteriores[101]. Otros críticos, sin embargo, no tuvieron dudas en determinar que ambos autores, Ellis y Acton, tenían «estilos totalmente diferentes de composición y dos modos completamente opuestos del tratamiento de la novela»[102]. Lo que también parece obvio es que el contundente realismo de *Afines Grey* quedaba eclipsado cuando se comparaba con la fuerza y la pasión de *Wuthering Heights,* sobre todo en una época en la que el gusto por las historias románticas no haría inclinarse a los lectores por una historia de las características de la novela de Anne Brontë.

Otros críticos vieron en la joven institutriz una hermana pequeña de Jane Eyre, «pero inferior a ella en todos los sentidos»[103]. Es curioso el hecho de que algunos críticos contemporáneos piensen que la realidad es justo la contraria[104]. Debemos recordar que, aunque *jane Eyre* fue publicada antes, en realidad fue escrita mucho después que *Agnes Grey.* Es prácticamente seguro que antes de enviarlas a cualquier editor las tres hermanas compartieron y discutieron el contenido de sus respectivas novelas. *Wuthering Heights, Agnes Grey y The Professor* estuvieron dando tumbos durante todo un año de editorial en editorial y fue sólo después de que las dos primeras hubieran sido aceptadas por Newby y a raíz de que la última fuera rechazada por Smith & Elders cuando Charlotte presentó a estos últimos el texto de *jane Eyre.*

La publicación de *The Tenant of Wildfell Hall* afectó no sólo a la reputación y la visión que hasta entonces se había tenido de la obra de Anne, sino también a la de sus hermanas. A las circunstancias que hemos apuntado más arriba hay que añadir que el mismo Newby, el editor de las novelas de Anne, aumentó la confusión que existía sobre la identidad de los Bell. La novela fue publicada en julio de 1848 y en octubre la *North American Review* lanzaba una de las más duras críticas contra las hermanas y sus obras:

> La verdad es que toda la empresa de Bell y Cía. parece tener un sentido de la depravación y la naturaleza humana peculiarmente propio. [...] Especialmente éste es el caso de Acton Bell, el autor de *Wuthering Heights, The Tenant of Wildfell Hall, y, si no* nos equivocamos, de ciertas partes ofensivas, pero poderosas de *jane Eyre*[105].

[100] Citado en M. Allott, op. *cit.,* págs. 217-218.
[101] 25 diciembre 1847; citado *ibídem,* pág. 219.
[102] *New Monthly Magazine,* enero 1848; citado *ibídem,* pág. 229.
[103] *Douglas Jerrold's Weekly Newspapers,* 15 enero 1848; citado *ibídem,* pág. 227.
[104] Elizabeth Langland afirma que Anne descubrió el potencial narrativo de una mujer inteligente y discerniente, aunque discreta en todos los sentidos, modelo que luego seguiría Charlotte para Jane Eyre; este personaje también recibió la herencia del carácter decidido e independiente que Agnes muestra en toda la novela; además, estilísticamente, Atine utiliza una narradora en primera persona, que continuamente se dirige al lector, al igual que haría Charlotte en *jane Eyre,* cuando nunca antes había utilizado este recurso, ni siquiera en su literatura juvenil. *Op. cit.,* págs. 31 y 96.
[105] Citado en M. Allott, op. cit., pág. 247.

Librodot

Y el firmante de la reseña, E. P. Whipple continúa detallando cuáles son, en su opinión, los aspectos más morbosos que se detectan en estas novelas. No todas las críticas fueron negativas y, aun sin estar de acuerdo con el tema de la novela, algunos señalaron «la fuerza y el efecto» de sus páginas[106], y otros la calificaron como la mejor novela del mes o incluso colocaban a Anne por encima de Dickens[107]. Estas críticas positivas, junto con la buena aceptación por una buena parte del público lector, deberían haber colocado a *The Tenant... y* a su autora en un lugar más alto dentro de la literatura en lengua inglesa.

George Moore acusó a Charlotte de que esto no fuera así, pues sus comentarios siempre fueron negativos hacia la obra y hacia su autora. En opinión de Elizabeth Langland[108], podría haber varias razones por las que Charlotte minimizara el éxito de *The Tenant...:* para empezar, el personaje de Huntingdon podía recordar demasiado a Branwell; también culpaba a la novela (tanto por lo que se refería al esfuerzo de tratar un tema tan poco afín a la naturaleza de Anne como a las críticas negativas que cosechó) del deterioro de la salud de Anne, es posible también que en algunos aspectos viera críticas a su novela *Jane Eyre*[109]*,* y, por último, podía culpar a Anne de los ataques colaterales a su propia novela, acusada también de vulgaridad. Como única superviviente de las tres hermanas y heredera de su legado literario, es cierto que Charlotte pudo dirigir, cuando no manipular, la opinión pública sobre sus hermanas, ella misma y sus obras, y se considera que Charlotte inició la segunda etapa de crítica hacia la obra de las Brontë y la visión que de ellas tenemos. En la «Nota Biográfica» que precede a la reedición de *Wuthering Heights y Agnes Grey* de 1850 dice de Anne que

> ... [su] carácter era más apacible y sumiso; le faltaba la fuerza, el fuego, la originalidad de [Emily], pero estaba bien dotada de discretas virtudes propias. Sufrida, abnegada, reflexiva, e inteligente, su reserva y taciturnidad innatas la situaban y mantenían en la sombra, y cubrían su mente, y especialmente sus sentimientos, con una especie de velo monjil, que rara vez se levantaba[110].

La biografia que Elizabeth Gaskell publicó sobre la vida de Charlotte, basada en gran parte en las conversaciones que con ella mantuvo, reitera esta valoración de Anne. Además pone mucho énfasis en el carácter biográfico de sus novelas, lo cual, de algún modo, resta mérito a su valor artístico. La crítica del siglo XIX siguió básicamente estas pautas y, poco a poco, se fue creando el mito en el que Anne tiene el papel de la hermana discreta, que sirve de contraste para el genio de sus dos hermanas mayores. Sin embargo, no todas las críticas fueron en este sentido y W C. Roscoe en su reseña de junio de 1857 para *The National Reviene* señalaba que

[106] *The Spectator,* 8 julio 1848; citado *ibídem,* pág. 250.
[107] *The Athenaeum,* 8 julio 1848, *y Literary World,* 12 agosto 1848; citados *ibídem,* págs. 251 y 261, respectivamente.
[108] Op. cit., pág. *152.*
[109] Véase nota número *36* de esta introducción.
[110] A. Goreau, *op. cit.,* pág. *57.*

Librodot

> Anne tenía más facultades artísticas que cualquiera de sus hermanas. Sus historias son mucho más homogéneas en su estructura, sus personajes más consistentes, y, aunque menos originales y sorprendentes, dirigidos con una percepción más agradable de la propiedad dramática[111].

Y Émile Montégut en *Revu des deux mondes* de julio del mismo año valora positivamente el realismo detallista de *Afines Grey.* En el primer tercio del siglo xx el mayor valedor de Anne fue George Moore, que hizo una continua defensa de su obra tanto por sí misma como en comparación con la de sus hermanas. A partir de la segunda mitad ha habido un resurgir del interés por Anne y sus obras. Sin embargo, ninguno de estos esfuerzos, tal como ya vimos al principio de este estudio, han conseguido dar a Anne todo el mérito que merece.

Por otra parte, de entre sus dos novelas, y a pesar de las duras críticas recibidas por su temática y el realismo de determinadas escenas, *The Tenant...* siempre ha sido más valorada artísticamente[112]*;* mientras que *Afines Grey* es considerada a menudo como una obra menor y permanece en la mente de muchos como un diario en forma de novela que escribió Anne Brontë.

[111] Citado en *M.* Allott, *op. cit.,* pág. *351.*

[112] *A.* Craig Bell dice de *Agnes Grey* que no se ve en ella la promesa que estaba por venir en *su* segunda novela y que le falta la sutil alquimia por la que un novelista transforma la realidad en una obra de arte; «Anne Brontë: A Re-appraisal», *Quarterly Review, 304 (1966),* págs. *315-321.*

Librodot

AGNES GREY

CAPITULO PRI MERO
LA RECTORÍA

En todas las historias verdaderas hay enseñanzas, aunque puede que en algunas nos cueste encontrar el tesoro, o cuando lo encontramos es en cantidad tan exigua que el fruto tan seco y marchito apenas compensa el esfuerzo de romper la cáscara. Si éste es el caso de mi historia, no soy competente para juzgarlo; a veces creo que puede resultar útil para algunos y entretenida para otros, pero que la juzgue el mundo: protegida por mi oscuridad y por el transcurso de los años, no tengo miedo de arriesgarme y expondré cándidamente ante el público cosas que no revelaría al amigo más íntimo. Mi padre era un clérigo en el norte de Inglaterra, que se ganó el respeto de todos los que lo conocían, y en sus años de juventud vivió holgadamente de los emolumentos combinados de una pequeña prebenda y unos bienes propios. Mi madre, que se casó con él en contra de los deseos de los suyos, era la hija de un hacendado y una mujer de carácter. En vano le dijeron que, si se convertía en la esposa del pobre rector, debía renunciar a tener carruaje propio y doncella personal y todos los lujos y finuras que eran para ella algo menos que lo esencial de la vida. Un carruaje y una doncella personal eran grandes comodidades; pero, gracias a Dios, ella tenía pies para caminar y manos para atender a sus propias necesidades. No eran desdeñables una casa elegante y un amplio jardín, pero ella preferiría vivir en una casucha con Richard Grey que en un palacio con cualquier otro hombre del mundo.

Viendo que sus argumentos no surtían ningún efecto, su padre finalmente dijo a los enamorados que se casaran si querían, pero que si lo hacían, su hija perdería cada penique de su fortuna. Confiaba en que esto enfriaría el entusiasmo de la pareja; pero se equivocaba. Mi padre conocía de sobra lo mucho que valía mi madre, hasta el punto de darse cuenta de que era una fortuna valiosa por sí misma; y si ella consentía en adornar su humilde hogar, él estaría encantado de aceptarla bajo cualquier concepto. Ella, por su parte, prefería trabajar con sus propias manos que separarse del hombre al que amaba, cuya felicidad le encantaría procurar y que ya se fundía con ella en corazón y alma. De modo que su fortuna fue a engrosar la dote de una hermana más sensata, que se había casado con un ricachón, mientras que ella acabó enterrándose en la sencilla rectoría aldeana, para sorpresa y pesadumbre de todos aquellos que la conocían. Y sin embargo, a pesar de todo esto, y a pesar del fuerte carácter de mi madre y los caprichos de mi padre, creo que no se encontraría una pareja más feliz aunque se buscase por toda Inglaterra.

De seis hijos, mi hermana Mary y yo fuimos las únicas que sobrevivimos a los peligros de la infancia y la adolescencia. Al ser yo cinco o seis años más joven, siempre se me consideraba la niña, la mimada de la familia; padre, madre y hermana se ponían de acuerdo para consentirme todo, no con una necia indulgencia que me hiciera díscola e indisciplinada, sino con una incesante amabilidad que me hizo desvalida y dependiente, inepta para soportar los golpes de las preocupaciones y tribulaciones de la vida.

A Mary y a mí nos educaron en el más absoluto aislamiento. Mi madre, que era una mujer a la vez de muchos talentos, bien educada y trabajadora, se hizo cargo ella sola de nuestra educación, con excepción del latín, que se encargaba de enseñarnos mi padre, de modo que ni siquiera íbamos al colegio; y como no había gente de nuestro rango en los alrededores, nuestro único contacto con el mundo consistía en una solemne merienda con los más importantes agricultores y comerciantes de la zona de vez en cuando, para evitar que nos

Librodot

tildaran de demasiado orgullosos para asociarnos con nuestros vecinos, y una visita anual a casa de nuestro abuelo paterno, donde las únicas personas que veíamos eran éste, nuestra querida abuela, una tía soltera y dos o tres damas y caballeros mayores. A veces nos entretenía nuestra madre con historias y anécdotas de su juventud, las cuales, aunque nos divertían muchísimo, frecuentemente despertaban, por lo menos en mí, un vago deseo secreto de ver algo más del mundo.

Yo pensaba que ella había debido de ser muy feliz; pero nunca parecía echar de menos el pasado. Sin embargo, mi padre, cuyo temperamento no era tranquilo ni alegre por naturaleza, a menudo se angustiaba pensando en los sacrificios que había hecho por él su querida esposa y se devanaba los sesos ideando un sinfín de proyectos para aumentar su pequeña fortuna, por ella y por nosotras. Mi madre le aseguraba en vano que estaba totalmente satisfecha, y que si ahorraba un poco para las hijas, tendríamos todos más que suficiente, ahora y en el futuro. Pero ahorrar no era el fuerte de mi padre; no contraía deudas (por lo menos mi madre cuidaba mucho de que no lo hiciese), pero cuando tenía dinero, tenía que gastarlo; le gustaba tener comodidad en la casa y ver a su esposa y a sus hijas bien vestidas y bien atendidas; además, era de disposición caritativa y le gustaba dar a los pobres según sus posibilidades o, pensaban algunos, por encima de ellas.

Finalmente, sin embargo, un amigo le sugirió un medio de duplicar su renta personal de un solo golpe; y de aumentarlo en adelante hasta una cantidad incalculable. Su amigo era comerciante, un hombre de espíritu emprendedor e inequívoco talento, que estaba algo limitado en sus actividades mercantiles por falta de capital, pero ofrecía generosamente a mi padre darle la parte alícuota de sus beneficios si se decidía a confiarle todo lo que se podía permitir, y pensaba que le podía prometer sin exagerar que, fuera cual fuese la suma que se dignaba poner en sus manos, le rendiría el ciento por ciento. Este vendió enseguida su pequeño patrimonio y el precio total fue encomendado en manos del comerciante amigo, que inmediatamente se puso a embarcar su cargamento y prepararse para el viaje.

Mi padre estaba encantado, como lo estábamos todos, ante nuestras brillantes perspectivas: de momento, es verdad, estábamos reducidos a los escasos ingresos del curato, pero mi padre parecía creer que no hacía falta limitar nuestros gastos estrictamente a éstos. Así que con una cuenta pendiente en la tienda del señor Jackson, otra en la tienda de Smith y otra en la de Hobson, nos arreglábamos incluso con más holgura que antes, aunque mi madre afirmaba que debíamos restringirnos, pues nuestras perspectivas de riquezas eran precarias, y que si mi padre dejaba que ella lo administrase todo, no notaría las economías; pero esta vez fue incorregible.

Qué horas tan felices pasamos Mary y yo, sentadas junto al fuego haciendo labores o paseando por las colinas cubiertas de brezo u holgazaneando bajo el sauce llorón (el único árbol grande del jardín), hablando de nuestra futura felicidad y la de nuestros padres, de las cosas que haríamos, veríamos y poseeríamos, sin base más firme para nuestra gran quimera que las riquezas que esperábamos nos llovieran como resultado del éxito de las especulaciones del buen comerciante. Nuestro padre estaba casi igual que nosotras; sólo que fingía no tomárselo tan en serio, expresando sus grandes esperanzas y expectativas optimistas por medio de chistes y festivas ocurrencias que siempre me parecieron el colmo del humor y el ingenio. Nuestra madre se reía encantada de verlo tan contento y feliz; pero aun así tenía miedo de que se ilusionara demasiado por el asunto. Una vez, al salir de la habitación, la oí susurrar:

«¡Dios quiera que no se vea decepcionado! No sé cómo lo soportaría.»

Pero se vio decepcionado, y mucho. Nos cayó a todos como un rayo la noticia que el navío que transportaba nuestra fortuna había naufragado y se había hundido con todo el cargamento, varios miembros de la tripulación y el mismo comerciante desafortunado. Lo sentí por él; lo sentí por el derrumbe de todos los castillos que habíamos construido en el aire, pero con la elasticidad de la juventud no tardé en recuperarme del golpe.

Aunque las riquezas tenían su encanto, la pobreza no encerraba ningún terror para una joven sin experiencia como yo. Es más, y a decir verdad, había algo vivificante en la idea de

Librodot

vernos en apuros y tener que depender de nuestros propios recursos. Yo hubiera querido que papá, mamá y Mary pensaran todos como yo, en cuyo caso, en lugar de lamentarse por las calamidades pasadas, pondríamos manos a la obra de buena gana para remediarlas; y cuanto mayores las dificultades y más duras las privaciones actuales, con más buen humor soportaríamos éstas y con mayor vigor lucharíamos contra aquéllas.

Mary no se lamentaba, pero rumiaba continuamente la desgracia y se hundió en un estado de abatimiento del que ningún esfuerzo mío lograba sacarla. No había manera de hacerle ver el lado positivo de las cosas que veía yo; y de hecho yo tenía tanto miedo de que me acusara de frivolidad infantil o de necia insensibilidad que tuve buen cuidado de guardar para mí la mayoría de mis brillantes ideas y ocurrencias optimistas, pues sabía que no las iba a apreciar.

A mi madre lo único que le preocupaba era consolar a mi padre, pagar nuestras deudas y recortar nuestros gastos por todos los medios posibles; pero mi padre estaba totalmente abrumado por la calamidad: se le hundieron la salud, las fuerzas y los ánimos con el golpe, y nunca volvió a recuperarlos. Fue en vano que mi madre intentase animarle apelando a su religiosidad, a su valor, a su cariño por ella y nosotras. Ese mismo cariño era su mayor tormento: por nosotras había deseado tan ardientemente aumentar su fortuna; nuestro interés era lo que había llenado de tanto optimismo sus esperanzas y lo que ahora dotaba de tanta amargura su aflicción. Lo torturaban los remordimientos por no haber hecho caso de los consejos de mi madre, que le habrían librado por lo menos de la carga adicional de las deudas. Se reprochaba inútilmente por haberla sacado de la dignidad, la comodidad y el lujo de su posición anterior para que se afanara a su lado en las preocupaciones y las fatigas de la pobreza. Era una amargura y una mortificación para su alma ver a aquella espléndida mujer de talento, antaño tan adulada y admirada, convertida en ama de casa y administradora activa, con la cabeza y las manos ocupadas continuamente con las labores del hogar y la economía doméstica. Su genial autotortura corrompía el buen humor con el que ella llevaba a cabo todas estas obligaciones, la alegría con la que soportaba los infortunios y la amabilidad que le impedía imputarle a él la más mínima culpa, hasta convertirlos en una agravación de su sufrimiento. Y de esta forma la mente le oprimía el cuerpo y le trastornaba el sistema nervioso, que a su vez le aumentaban las perturbaciones de la mente, hasta que poco a poco se resintió gravemente su salud; y ninguna de nosotras logró convencerle de que nuestros asuntos no iban tan mal, que no estaban tan absolutamente desesperados como su mórbida imaginación los representaba.

Vendimos el útil faetón junto con el rollizo caballito bien alimentado: un favorito de todos que habíamos decidido viviría sus últimos años en paz y nunca pasaría a otras manos que las nuestras; arrendamos la pequeña cochera y el establo, despedimos al mozo y a la más eficiente (y la más cara) de las dos doncellas. A nuestra ropa la remendaban, le daban la vuelta y zurcían hasta el mismo borde de la decencia; nuestros alimentos, siempre frugales, se simplificaron hasta un grado sin precedentes, con la excepción de los platos preferidos de mi padre; economizamos de manera dolorosa el carbón y las velas, siendo reducida la pareja de éstas a una, que se utilizaba parcamente, y el carbón cuidadosamente administrado en el hogar medio vacío, especialmente cuando mi padre se hallaba ausente cumpliendo sus obligaciones parroquiales o confinado en la cama por enfermedad; entonces nos sentábamos con los pies en el guardafuego, juntando de vez en cuando las ascuas agonizantes y echando cada tanto polvillo y fragmentos de carbón, simplemente para mantenerlas con vida. En cuanto a las alfombras, con el tiempo quedaron raídas, con más parches y zurcidos incluso que nuestra ropa. Para ahorrarnos el sueldo de un jardinero, Mary y yo nos comprometimos a mantener ordenado el jardín; y todo lo que de cocina y labores de la casa no podía realizar con facilidad una sola criada, lo hacían mi madre y mi hermana, con un poco de ayuda por mi parte de vez en cuando, pero sólo un poco, pues aunque yo ya me consideraba una mujer, ellas me veían como una niña. Mi madre, como la mayoría de las mujeres emprendedoras y activas, no se vio favorecida con hijas muy activas; por este motivo, siendo ella tan lista y diligente, no se sentía tentada a delegar sus asuntos sino al contrario, se encontraba dispuesta

Librodot

a actuar y a pensar por los demás y no sólo por sí misma; y fuera cual fuese el asunto que tenía entre manos, solía creer que nadie sabría hacerlo tan bien como ella, por lo que cuando yo me ofrecía a ayudarla, recibía una respuesta como: «No, querida, no puedes, de verdad. No hay nada que puedas hacer tú. Ve a ayudar a tu hermana, o dile que vaya a dar un paseo contigo -dile que no se pase tanto tiempo sentada ni se quede siempre en casa-, con razón está delgada y con aspecto abatido.»

-Mary, dice mamá que te ayude, o que te diga que vengas a dar un paseo conmigo; dice que con razón estás delgada y con aspecto abatido, por estar siempre sentada dentro de casa.

-No puedes ayudarme, Agnes, ni yo puedo salir contigo, porque tengo demasiado que hacer.

-Entonces deja que te ayude.

-No puedes, de verdad, querida. Ve a practicar música o a jugar con la gatita.

Siempre había gran cantidad de costura que hacer, pero a mí no me habían enseñado a cortar ninguna prenda, y sabía hacer poco más que simples pespuntes o hilvanes, ya que ambas sostenían que les era más fácil hacer el trabajo personalmente que preparármelo a mí. Además preferían verme proseguir con mis estudios o divertirme; ya tendría tiempo de estar doblada sobre la labor como una solemne matrona cuando mi gatita preferida se convirtiera en una gata vieja y juiciosa. Bajo tales circunstancias, aunque era poco más útil que la gatita, mi ociosidad no estaba totalmente injustificada.

En toda la época de nuestros infortunios, sólo una vez oí a mi madre quejarse por nuestra falta de dinero. Poco antes de llegar el verano, comentó a Mary y a mí:

-Qué estupendo sería que vuestro padre pudiera pasar unas semanas en un balneario. Estoy convencida de que el aire del mar y el cambio de ambiente le harían un bien incalculable. Pero, veréis, no hay dinero -añadió con un suspiro.

A las dos nos hubiese encantado que se pudiera hacer, y nos lamentamos mucho de que no fuera posible.

-Bien, pues -dijo-, no sirve de nada quejarse. Quizás podamos hacer algo para poner en práctica el proyecto después de todo. Mary, eres una gran dibujante. ¿Qué te parece-

ría hacer unos cuantos nuevos dibujos con tu mejor estilo, y mandarlos enmarcar junto con las acuarelas que ya tienes hechas, e intentar que se los quede algún generoso marchante con suficiente sentido para discernir sus méritos?

-Mamá, me encantaría, si crees que podrían venderse por una cantidad que valga la pena.

-Vale la pena intentarlo de todas formas, querida; tú haz los dibujos y yo procuraré encontrar a un comprador.

-Ojaláyo pudiese hacer algo -dije.

-¿Tú, Agnes? ¿Quién sabe? Tú también dibujas muy bien; si eliges una pieza sencilla como tema, estoy segura de que sabrás hacer algo que a todos nos enorgullecerá exhibir.

-Pero tengo otro proyecto en la cabeza, mamá, desde hace tiempo... aunque no quería mencionarlo.

-¿De veras? Dinos cuál es.

-Quisiera ser institutriz.

A mi madre se le escapó una exclamación de sorpresa, y luego se rió. A mi hermana se le cayó la labor con el asombro, y exclamó:

-¡Tú, institutriz, Agnes! ¿En qué estás pensando?

-Pues no veo que tenga nada de extraordinario. No pretendo ponerme a enseñar a muchachas mayores; pero creo que podría enseñar a unas pequeñas... y me gustaría tanto... me encantan los niños. ¡Déjame hacerlo, mamá!

-Pero, cariño, aún no has aprendido a cuidar de ti misma; y manejar a los niños pequeños requiere de más juicio y experiencia que a los mayores.

-Pero, mamá, tengo más de dieciocho años y soy totalmente capaz de cuidar de mí misma y de otros también. No sabes ni la mitad de la sabiduría y prudencia que poseo, porque nunca me has puesto a prueba.

-Pero piensa -dijo Mary- en qué harás en una casa llena de extraños, sin que mamá o yo estemos para hablar y actuar por ti... con un montón de niños, además de ti misma, para atender, y nadie que te pueda aconsejar. No sabrías ni qué ropa ponerte.

-Crees, porque siempre hago lo que me ordenas, que no tengo opinión propia; pero ponme a prueba -es lo único que pido-, y verás de lo que soy capaz.

En aquel momento entró mi padre y le explicamos el tema de nuestra conversación.

-¿Qué, mi pequeña Agnes institutriz? -gritó y, a pesar de su abatimiento, se rió ante la idea.

-Sí, papá, tú no digas nada en contra. Me encantaría hacerlo, y estoy segura de que me saldría muy bien.

-Pero, cariño, no podremos prescindir de ti -y brilló una lágrima en sus ojos cuando añadió-: ¡No, no!, por afligidos que estemos, no es posible que hayamos llegado a eso.

-¡Oh, no! -dijo mi madre-. No hace falta en absoluto dar semejante paso; no es más que un capricho suyo. Así que debes callarte, niña traviesa, pues aunque tú estés dispuesta a dejarnos a nosotros, sabes bien que nosotros no podemos separarnos de ti.

Me hicieron callar durante aquel día y muchos días después, pero no renuncié del todo a mi plan predilecto. Mary preparó los materiales de dibujo y puso manos a la obra. Yo también preparé los míos; pero mientras dibujaba, pensaba en otras cosas.

¡Qué delicioso ser institutriz! Salir al mundo; emprender una nueva vida; actuar por mí misma; ejercitar mis facultades aún sin utilizar; poner a prueba mis fuerzas desconocidas; ganar mi propia manutención y algo que consolara y ayudara a mi padre, mi madre y mi hermana, además de librarles de tener que proporcionarme comida y ropa; enseñarle a papá de lo que era capaz su pequeña Agnes; convencer a mamá y a Mary de que no era exactamente el ser desvalido y atolondrado que creían. Y además, ¡qué encantador que me encomendaran el cuidado y la educación de unos niños! Dijeran lo que dijeran los demás, yo me sentía perfectamente capacitada para la misión: el claro recuerdo de mis propios pensamientos y sentimientos de la primera infancia serían mejor guía que las instrucciones de un consejero más maduro. Sólo tenía que volver los ojos desde mis pequeños alumnos a mí misma a su edad para saber enseguida cómo hacerme con su confianza y afecto, cómo despertar la contrición de los descarriados y consolar a los afligidos, cómo hacer viable la Virtud, deseable la Educación y preciosa y comprensible la Religión.

¡Tarea encantadora,
enseñar a brotar las ideas jóvenes![113].

¡Dirigir las tiernas plantas y mirar desplegarse día a día sus botones! Influenciada por tantos alicientes, decidí perseverar, aunque el temor de disgustar a mi madre o de herir los sentimientos de mi padre me impidieron sacar de nuevo el tema durante varios días. Finalmente, lo mencioné a mi madre en privado, y con alguna dificultad logré que prometiese ayudarme en mi empeño. Luego conseguí el consentimiento reacio de mi padre y luego, aunque Mary todavía suspiraba con desaprobación, mi querida madre comenzó a buscarme un puesto. Escribió a los familiares de mi padre y consultó los anuncios de los periódicos. Hacía tiempo que había dejado de comunicarse del todo con su propia familia; el intercambio formal de cartas de vez en cuando era lo único que los unía desde su boda, y nunca se le hubiera ocurrido acudir a ellos para un asunto de esta naturaleza. Pero el retiro de mis padres del mundo había sido tan completo y había durado tanto tiempo que pasaron muchas semanas

[113] Versos del poema «Spring» del libro The Seasons de James Thomson, poeta y dramaturgo de la primera mitad del siglo XVIII.

Librodot

antes de que encontráramos un puesto adecuado. Por fin, para gran alegría mía, se decidió que me ocupase de la joven familia de una tal señora Bloomfield, a la que había conocido de joven mi amable y estirada tía Grey, quien decía que era una señora muy simpática. Su marido era un comerciante retirado, que había ganado una bonita fortuna, pero a quien no podían persuadir de que pagase un sueldo mayor de veinticinco libras a la institutriz de sus hijos. No obstante, yo prefería aceptarlo que renunciar al puesto, aunque mis padres tendían a considerar que esto último sería el mejor plan.

Pero aún tenía que dedicar unas semanas a los preparativos. ¡Qué largas y tediosas me parecieron aquellas semanas! Sin embargo, eran felices en la mayor parte, llenas de brillantes esperanzas y ardientes expectativas. ¡Con qué extraño placer ayudé a hacer mi nueva ropa y luego a preparar los baúles!

Pero había una sensación de amargura mezclada en esta última ocupación, y cuando se acabó, cuando ya estaba todo preparado para mi partida al día siguiente y se acercaba la última noche en casa, una súbita angustia pareció llenarme el corazón. Mis seres queridos tenían un aspecto tan triste y hablaban con tanta amabilidad que me costaba trabajo evitar derramar unas lágrimas, pero aun así fingí estar alegre. Había dado el último paseo con Mary por los páramos, la última vuelta por el jardín y por la casa; con ella había dado de comer por última vez a las palomas, animales preciosos a los que habíamos enseñado a comer en nuestras manos. Les había acariciado la espalda por última vez mientras se apiñaban en mi regazo. Había dado un tierno beso a mis favoritas, la pareja de colipavas blancas como la nieve; había tocado la última melodía en el viejo piano amigo y cantado para papá la última canción; esperaba que no fuera la última, pero sería la última en lo que me parecía a mí muchísimo tiempo; y quizás cuando volviese a hacer todas estas cosas, ya sería con otros sentimientos; puede que las circunstancias cambiaran y que esta casa no volviera a ser mi hogar nunca más.

Mi queridísima amiga, la gatita, cambiaría sin remedio; ya se estaba convirtiendo en una hermosa gata adulta; y cuando volviera, aunque fuese una apresurada visita en Navidades, lo más probable era que hubiera olvidado tanto a su compañera de juegos como sus alegres travesuras. Había retozado con ella por última vez; y cuando acaricié su brillante piel suave mientras ronroneaba dormitando en mi regazo, tuve un sentimiento de tristeza que no pude disimular. Luego, a la hora de acostarnos, cuando me retiré con Mary a nuestro dormitorio silencioso, donde ya mis cajones y mi parte de la librería estaban vacíos, y donde en adelante ella tendría que dormir sin compañía, en triste soledad, tal como ella lo expresaba, me pesaba el corazón más todavía. Sentí que había sido egoísta y mala al insistir en dejarla; y cuando me arrodillé una vez más junto a nuestra pequeña cama, pedí bendiciones para ella y mis padres con más fervor que nunca. Para disimular mi emoción, hundí la cara en las manos, y enseguida se mojaron de lágrimas. Al levantarme, me di cuenta de que ella también había llorado, pero no hablamos ninguna de las dos; en silencio nos tumbamos a descansar, juntándonos un poco más con la conciencia de que muy pronto habíamos de separarnos.

Pero la mañana trajo renovadas esperanzas y ánimos. Iba a marcharme temprano, para que el vehículo que me llevaba (una calesa alquilada al señor Smith, el mercero, especiero y mercader de té del lugar) pudiese regresar el mismo día. Me levanté, me lavé, me vestí, desayuné apresuradamente, recibí los cariñosos abrazos de mi padre, mi madre y mi hermana, besé a la gata, para gran escándalo de Sally, la criada, le estreché la mano a ésta, subí a la calesa, me tapé la cara con el velo y entonces, y ni un minuto antes, me deshice en lágrimas.

La calesa se alejó balanceándose, y miré atrás: mis queridas madre y hermana estaban aún en la puerta mirando cómo me marchaba y diciéndome adiós con la mano. Les devolví el saludo y rogué a Dios con todo mi corazón que las bendijera. Bajamos la cuesta y ya no las vi más.

-Hace fresquito esta mañana, señorita Agnes -comentó Smith- y está oscuro también; pero quizás lleguemos a aquel lugar antes de que se ponga a llover con fuerza.

-Espero que sí -le respondí con toda la tranquilidad de la que fui capaz.

Librodot

-Cayó un buen chaparrón anoche también.

-Sí.

-Pero quizás este viento frío mantendrá alejada la lluvia.

-Puede que sí.

Y aquí acabó nuestra conversación. Cruzamos el valle y comenzamos a subir por la colina siguiente. Mientras la subíamos, volví la vista atrás de nuevo: allí estaba la aguja de la iglesia de la aldea, y más allá la vieja rectoría gris, iluminada con un rayo oblicuo de sol, un rayo débil, nada más, pero la aldea y las colinas que la rodeaban estaban todas en sombra y celebré esta luz fortuita como un buen augurio para mi hogar. Con las manos juntas, pedí fervorosamente una bendición para sus ocupantes, y volví la vista precipitadamente, pues vi que desaparecía la luz; y tuve cuidado de evitar mirar más por si lo veía envuelto en tinieblas como el resto del paisaje.

CAPÍTULO II
PRIMERAS LECCIONES EN EL ARTE DE LA ENSEÑANZA

MIENTRAS íbamos avanzando, recuperé los ánimos y me dediqué con placer a la contemplación de la nueva vida que iba a emprender; pero, aunque no pasaba mucho de mediados de septiembre, las oscuras nubes y el fuerte viento del nordeste se combinaban para hacer el día extremadamente frío y melancólico, y el viaje parecía muy largo, pues, como había comentado Smith, las carreteras estaban «muy pesadas», y desde luego su caballo estaba muy pesado también: subía trabajosamente las cuestas y las bajaba lentamente, y sólo se dignaba ponerse al trote cuando la carretera estaba llana del todo o muy poco inclinada, lo que ocurría muy pocas veces en aquella región rugosa; así que era casi la una cuando llegamos a nuestro destino. Sin embargo, cuando cruzamos la alta puerta de hierro y nos dirigimos lentamente por el suave y bien apisonado camino de carruajes, con el verde césped a cada lado, y nos acercamos a la mansión de Wellwood, imponente a pesar de lo nuevo, que se erguía por encima de los bosquecillos de álamos, me sentí desfallecer, y hubiera querido que todavía faltase una milla o dos: por primera vez en mi vida, debía arreglármelas sola -ya no podía retroceder-, debía entrar en aquella casa y presentarme ante sus desconocidos habitantes, pero, ¿cómo iba a hacerlo? Es verdad que tenía casi diecinueve años, pero, gracias a la vida retirada y los cuidados protectores de mi madre y mi hermana, sabía que muchas jóvenes de quince años o menos estaban dotadas de un porte más maduro, de mayor serenidad y aplomo que yo. No obstante, si la señora Bloomfield era una mujer amable y maternal, no estaría tan mal; con los niños, por supuesto, enseguida me encontraría a mis anchas, y con el señor Bloomfield esperaba tener muy poco trato.

«Estáte tranquila, pase lo que pase», me dije a mí misma, y la verdad es que me ceñí tanto a esta resolución y estaba tan ocupada controlándome los nervios y tranquilizándome el aleteo rebelde del corazón que cuando me admitieron al recibidor y después me hicieron pasar a presencia de la señora Bloomfield, casi se me olvidó responder a su cortés saludo; y después pensé que lo poco que había acertado a decir lo había dicho con el tono de alguien medio muerto o medio dormido. La señora también fue algo fría en su comportamiento, como me di cuenta cuando tuve tiempo de reflexionar. Era una mujer alta, delgada y majestuosa, con el cabello negro, los ojos de un gris frío y el cutis extremadamente cetrino.

Con adecuada cortesía, sin embargo, me acompañó a mi dormitorio, y me dejó allí para que me quitara la ropa de viaje, diciéndome que bajase después a tomar un tentempié. Me consternó un poco mi aspecto cuando me miré en el espejo: el viento frío me había hinchado y enrojecido las manos, me había deshecho los rizos y enmarañado el cabello, y teñido la cara

de un color morado claro; hay que añadir a esto que llevaba el cuello terriblemente arrugado, el vestido salpicado de barro, los pies calzados con fuertes botas nuevas y, como no me habían subido los baúles, nada de esto tenía remedio. Por lo que, tras alisarme el cabello lo mejor que pude y tirar repetidas veces del obstinado cuello, bajé torpemente los dos tramos de escalera, filosofando conmigo misma, y con alguna dificultad encontré el camino al aposento donde me esperaba la señora Bloomfield.

Me llevó al comedor, donde habían servido el almuerzo para la familia. Me sirvieron algunos filetes de buey y patatas frías partidas por la mitad, y mientras comía, ella se sentó enfrente, mirándome (me pareció) e intentando sostener algo parecido a una conversación, que consistió sobre todo en una serie de lugares comunes, expresados con frígida formalidad; pero puede que esto fuese más culpa mía que suya, pues no me sentía capaz de conversar. De hecho, toda mi atención estaba puesta en la comida; no porque tuviese un apetito voraz, sino por la dureza de los filetes y el entumecimiento de mis manos, casi paralizadas tras cinco horas de exposición al gélido viento. De buena gana hubiera comido sólo las patatas y dejado la carne, pero ya que tenía un gran trozo en el plato, no podía ser tan descortés como para despreciarlo. Así, después de muchos torpes intentos infructuosos de cortarla con el cuchillo, o desgarrarla con el tenedor, o despedazarla con ambos, consciente de que la formidable señora era testigo de toda la transacción, por fin agarré desesperada el cuchillo y el tenedor en los puños como un niño de dos años de edad y me puse a trabajar con toda la poca fuerza de que era capaz. Pero esto requería una especie de disculpa, por lo que con una débil risita dije:

-Tengo las manos tan ateridas de frío que apenas puedo manejar el cuchillo y el tenedor.

-Supongo que a usted le parece que hace frío -respondió ella con una gravedad indiferente e inmutable que no sirvió para tranquilizarme.

Cuando hubo concluido la ceremonia, me condujo de vuelta al salón, donde tocó la campana para llamar a los niños.

-Los encontrará usted poco adelantados en sus estudios -dijo-, pues he tenido muy poco tiempo para cuidar de su educación yo misma y hasta ahora nos han parecido demasiado jóvenes para tener una institutriz; pero creo que son unos niños inteligentes y muy dispuestos a aprender, especialmente el muchacho. Creo que él es la flor del rebaño, un niño generoso y noble de espíritu, que necesita ser guiado, pero no forzado, y con un afán extraordinario por decir siempre la verdad. Parece despreciar los engaños (eran buenas noticias). Su hermana, Mary Ann, requerirá vigilancia, pero es una niña muy buena en conjunto, aunque quiero que se la mantenga fuera del cuarto de los niños en lo posible, ya que tiene casi seis años y las niñeras podrían contagiarle malas costumbres[114]. He mandado que pongan su cuna en la habitación de usted, y si me hace el favor de supervisar su aseo y su vestuario y se hace cargo de su ropa, no tendrá que tener más tratos con la niñera.

Respondí que estaría encantada de hacerlo, y en ese momento mis jóvenes alumnos entraron en la habitación con sus dos hermanas menores. El señorito Tom Bloomfield era un muchacho desarrollado de siete años, de complexión algo delgada, el pelo rubio, los ojos azules, una naricita respingona y la tez pálida. Mary Ann era una niña alta también, bastante morena como su madre, pero con el rostro lleno y redondo y las mejillas encendidas. La segunda hermana era Fanny, una niña muy bonita; la señora Bloomfield afirmó que era una niña muy dócil, que necesitaba estímulos; aún no había aprendido nada, pero iba a cumplir cuatro años dentro de unos días, y entonces podría tomar las primeras lecciones del alfabeto y asistir al aula. La que quedaba era Harriet, un retoño rollizo, gordo y alegre de apenas dos años, que me atraía más que el resto, aunque no iba a tener nada que ver con ella.

Hablé con mis pequeños alumnos lo mejor que pude, intentando aparecer agradable, pero me temo que con poco éxito, porque la presencia de su madre me cohibía de forma desagradable. Ellos, sin embargo, eran muy poco tímidos. Parecían unos niños audaces y

[114] Se refiere al acento sobre todo: uno de los objetivos de contratar a una institutriz era precisamente que sus pupilas adquirieran el acento propio de las damas.

Librodot

vivarachos y yo confiaba en hacerme enseguida amiga suya, sobre todo del muchacho, cuyo carácter era tan bueno, según la descripción de su madre. En Mary Ann había ciertos melindres afectados y un deseo de atenciones que lamenté observar. Pero su hermano reclamaba toda mi atención: se quedó erguido de pie entre el fuego y yo con las manos a la espalda, hablando como un orador, interrumpiendo el discurso de vez en cuando para reñir a sus hermanas cuando hacían demasiado ruido.

-¡Oh, Tom, que encantador eres! -exclamó su madre-. Ven a darle un beso a tu madre, y luego irás a enseñar a la señorita Grey el aula y tus bonitos libros nuevos, ¿verdad?

-No te voy a dar un beso, mamá, pero sí enseñaré a la señorita Grey mi aula y mis libros nuevos.

-Es mi aula también, Tom, y son mis libros nuevos -dijo Mary Ann-. También son míos. -Son míos -dijo él en tono decidido-. Venga, señorita Grey, le enseñaré el camino.

Cuando me habían enseñado el aula y los libros, con algún altercado entre los hermanos que me esforcé al máximo por apaciguar o mitigar, Mary Ann me sacó su muñeca y se puso a hablar muy locuaz de su elegante ropa, su cama, su cómoda y otros enseres. Pero Tom le dijo que se callara para que la señorita Grey pudiera ver su caballo de balancín, que, con gran estrépito, sacó a rastras del rincón al centro de la habitación, gritándome en voz alta para que le hiciese caso. Después, dando órdenes a su hermana de que sujetara las riendas, montó y me hizo estar de pie diez minutos mirando con cuánta hombría utilizaba el látigo y las espuelas. Mientras tanto, sin embargo, admiré la bonita muñeca de Mary Ann, con todas sus pertenencias; luego le dije al señorito Tom que era un excelente jinete, pero que esperaba que no utilizara tanto el látigo y las espuelas cuando montara a un caballo de verdad.

-¿Cómo que no? -dijo, zurrándole con redoblado ardor-. ¡Le haré trizas! ¡Ya lo creo! Le haré echar el bofe.

Esto era horroroso, pero tenía la esperanza de corregirlo con el tiempo.

-Ahora debe usted ponerse el sombrero y el chal -me dijo el pequeño héroe-, y le enseñaré mi jardín.

-Y el mío también -dijo Mary Ann.

Tom alzó el puño en un gesto amenazador, ella soltó un fuerte chillido agudo, se escondió detrás de mí y le hizo una mueca.

-No me digas, Tom, que pegarías a tu hermana. Espero que nunca te vea hacer eso.

-Lo verá algunas veces; no tengo más remedio que hacerlo de vez en cuando para mantenerla a raya.

-Pero a ti no te corresponde mantenerla a raya, ¿sabes? sino a...

-Vamos, vaya a ponerse el sombrero.

-No sé, está muy nublado y hace frío, y parece que va a llover... y ya sabes que he hecho un viaje muy largo.

-No importa, debe venir; no quiero excusas -respondió el altivo caballerete. Y ya que era el primer día de conocernos, me pareció oportuno consentírselo. Hacía demasiado frío para que saliese Mary Ann, así que se quedó con su mamá, para gran alivio de su hermano, que quería tenerme para él solo.

Era un jardín grande y diseñado con mucho gusto; además de algunas dalias, había otras hermosas plantas aún en flor, pero mi acompañante no me quiso dar tiempo a examinarlas. Debía ir con él, a través del húmedo césped, hasta un rincón apartado y recóndito, el lugar más importante de la hacienda, porque contenía su jardín. Había dos eras redondas, repletas de una variedad de plantas. En una de ellas había un precioso rosal. Me detuve para admirar sus bellas flores.

-¡No le haga caso a eso! -dijo con desdén-. Ése es el jardín de Mary Ann; mire, ÉSTE es el mío.

Después de haber observado cada flor y escuchar un discurso sobre cada planta, se me permitió marcharme, pero primero, con gran pompa, cogió un narciso y me lo ofreció, como si me confiriese un enorme honor. Noté sobre el césped de su jardín ciertos aparatos hechos de palos y cuerdas, y le pregunté qué eran.

Librodot

-Trampas para pájaros.

-¿Por qué los coges?

-Papá dice que son dañinos.

-¿Y qué haces con ellos cuando los coges?

-Diferentes cosas. A veces se los doy al gato, a veces los despedazo con mi cortaplumas; pero el próximo pienso asarlo vivo.

-¿Y por qué quieres hacer una cosa tan horrible?

-Por dos motivos: primero, para ver cuánto aguanta vivo, y luego para ver a qué sabe.

-Pero ¿no sabes que es muy perverso hacer tales cosas? Recuerda que los pájaros sienten lo mismo que tú, y piensa si a ti te gustaría que te lo hicieran.

-Oh, eso no es nada. No soy pájaro y no puedo sentir lo que les hago.

-Pero tendrás que sentirlo alguna vez, Tom; has oído hablar de dónde van los malvados cuando mueren; y si tú no dejas de torturar pájaros inocentes, recuerda que tú tendrás que ir allí, y sufrir lo que les has hecho sufrir a ellos.

-¡Tonterías! No ocurrirá eso. Papá sabe cómo los trato y nunca me recrimina por ello; dice que es exactamente lo mismo que hacía él cuando niño. El verano pasado me dio un nido lleno de gorrioncitos y me vio arrancarles las patas, las alas y la cabeza y no me dijo nada, sólo que eran unos bichos desagradables y que no debía dejar que me manchasen los pantalones. Y el tío Robson también estaba y se río y dijo que yo era un muchacho estupendo.

-¿Pero qué diría tu mamá?

-¡Oh, a ella no le importa! Dice que es una lástima matar bonitos pájaros cantores, pero que puedo hacer lo que me plazca con los traviesos gorriones y con los ratones y las ratas. Así que, señorita Grey, ya ve usted que lo que hago no es malvado.

-Yo creo que sí, Tom, y quizás también opinaran lo mismo tu papá y tu mamá si se pusieran a pensarlo. «Sin embargo», añadí para mí, «pueden decir lo que quieran, pero yo estoy decidida a que no harás nada parecido si yo tengo poder para evitarlo».

Después me llevó al otro lado del césped para ver sus trampas para topos, y luego al corral para ver sus trampas para comadrejas, una de las cuales, para gran regocijo suyo, contenía una comadreja muerta; y a continuación al establo, no para ver los bellos caballos de los carruajes sino un bronco potrillo, que me informó había sido criado exclusivamente para él, y al que montaría en cuando estuviese adecuadamente domado.

Intenté complacer al muchacho escuchando su charla con toda la paciencia que pude reunir, porque pensé que si él era capaz de sentir cariño, debía esforzarme por ganarlo con el fin de poder, con el tiempo, mostrarle lo equivocado que estaba. Pero busqué en vano el espíritu generoso y noble del que hablara su madre, aunque pude ver que no le faltaba cierta agilidad y discernimiento cuando se esforzaba.

Cuando volvimos a entrar en la casa, ya era casi la hora del té. El señorito Tom me dijo que, ya que su padre no estaba en casa, él y yo y Mary Ann íbamos a tomar el té con mamá como cosa especial, pues en tales ocasiones ella siempre comía con ellos a mediodía en vez de a las seis[115]. Poco después del té, Mary Ann se fue a la cama, pero Tom nos deleitó con su compañía y su conversación hasta las ocho. Después de que se hubiese marchado, la señora Bloomfeld me instruyó más sobre la disposición y los conocimientos de sus hijos y sobre lo que debían aprender y cómo había que manejarlos y me advirtió que no hablase de sus defectos con nadie más que con ella misma. Mi madre ya me había advertido que se los mencionase a ella lo menos posible, pues a la gente no le gusta que se le hable de los defectos de sus hijos, por lo que deduje que debía mantener un silencio total sobre el asunto. Alrededor de las nueve y media, la señora Bloomfield me invitó a tomar una cena frugal de

[115] El horario y la cantidad de alimentos ingerida en una u otra comida realizada a lo largo del día variaba mucho en la sociedad británica, dependiendo de la clase social y las actividades de cada familia o casa. A lo largo de la novela hay varias referencias más a estas cuestiones y al hecho de que los niños coman con sus padres o no, o los acompañan sólo a la hora de tomar el postre.

fiambre y pan. Me alegré cuando se hubo acabado y ella cogió la palmatoria de su dormitorio para retirarse a descansar; porque aunque quería que me cayera bien, su compañía me resultaba extremadamente molesta y no pude evitar sentir que era fría, reservada y formidable: todo lo contrario de la amable matrona bondadosa que había esperado encontrar.

CAPÍTULO III
UNAS CUANTAS LECCIONES MÁS

Me levanté a la mañana siguiente con una sensación de esperanzada alegría, a pesar de las desilusiones que ya había experimentado; pero descubrí que vestir a Mary Ann no era tarea fácil, pues había que untarle el abundante cabello con pomada, luego hacer tres largas trenzas y rematarlas con lazos de cinta, tarea que causó grandes dificultades a mis dedos inexpertos. Me dijo que su niñera lo hacía en la mitad de tiempo y, por culpa de su inquieta impaciencia, consiguió que tardase aun más. Cuando ya lo hube hecho todo, fuimos al aula, donde me reuní con mi otro alumno y charlé con ambos hasta la hora de bajar a desayunar. Una vez concluida dicha comida y tras intercambiar unas palabras de cortesía con la señora Bloomfield, nos dirigimos de nuevo al aula, donde comenzamos la tarea del día. Encontré muy atrasados a mis alumnos; pero Tom, aunque contrario a cualquier tipo de ejercicio mental, no carecía de facultades. Mary Ann apenas sabía leer una palabra y era tan descuidada y distraída que no avancé mucho con ella. Sin embargo, a fuerza de grandes arrestos y mucha paciencia, logré hacer alguna cosa a lo largo de la mañana, y después acompañé a mis jóvenes discípulos al jardín y al parque contiguo para disfrutar de un recreo antes de almorzar. Allí nos fue bastante bien, excepto que me di cuenta de que ellos no pensaban que iban conmigo: era yo quien debía ir con ellos adonde quisieran llevarme. Debía correr, andar o estarme quieta exactamente según su capricho. A mí me pareció que esto era el sentido inverso del orden de las cosas; y me resultaba doblemente desagradable ya que, tanto en esta ocasión como en otras posteriores, parecían preferir los lugares más sucios y las ocupaciones más lúgubres. Pero no había más remedio: o los seguía o me mantenía alejada de ellos, dando la impresión de descuidar mis responsabilidades. Hoy manifestaban una especial preferencia por un pozo que había al fondo del césped, donde estuvieron chapoteando con palos y guijarros durante más de media hora. Yo tenía un miedo constante de que los viese su madre por la ventana y me echase a mí la culpa por permitirles ensuciarse la ropa y mojarse las manos y los pies en vez de tomar ejercicio; pero ningún razonamiento, orden o ruego conseguía apartarlos de allí. Si ella no los vio, sí los vio otra persona: un señor montado a caballo había entrado por la verja y se acercaba por el camino; a unos pies de distancia, se detuvo y, gritando a los niños con un tono penetrante e irascible, les ordenó mantenerse «fuera de ese agua».

-Señorita Grey -dijo- (supongo que es usted la señorita Grey), me sorprende que permita usted que se ensucien la ropa de esta manera. ¿No ve usted que la señorita Bloomfield se ha manchado el vestido? ¿Y que los calcetines del señorito Bloomfield están calados? ¡Y ninguno de los dos lleva guantes! ¡Vaya, vaya! Permítame rogarle que en el futuro los mantenga usted decentes, por lo menos-. Y con estas palabras se dio la vuelta y reanudó su cabalgata hasta la casa. Este era el señor Bloomfield. Me sorprendió que llamara a sus hijos señorito y señorita Bloomfield, y aún más que me hablara con tan poca cortesía a mí, su institutriz y una persona totalmente desconocida para él. Poco después sonó la campana llamándonos. Yo comí con los niños a la una, mientras que él y su esposa almorzaron en la misma mesa. Su comportamiento allí no lo hizo mejorar mucho en mi estima. Era un hombre de estatura normal, más por debajo que por encima, y más flaco que gordo, aparentemente de entre treinta y cuarenta años; tenía la boca grande, un cutis pálido y deslucido, los ojos de un azul lechoso y el cabello del color del cáñamo. Tenía una pierna de

carnero delante; nos sirvió a la señora Bloomfield, a los niños y a mí, pidiéndome que les cortara la carne a los niños y luego, tras dar varias vueltas al carnero y examinarlo desde diferentes puntos, lo pronunció no apto para el consumo, y pidió que le trajeran buey frío.

-¿Qué le pasa al carnero, querido? -preguntó su compañera.

-Está demasiado hecho. ¿No se da usted cuenta, señora Bloomfield, de que ha perdido todo su gracia? ¿Y no ve usted que el jugo rojo se ha secado del todo?

-Bien, creo que el buey estará a su gusto.

Le pusieron el buey delante y él comenzó a trincharlo, pero con una expresión de disgusto de lo más lastimoso.

-¿Qué le ocurre al buey, señor Bloomfield? Yo creía que estaba muy bueno.

-Y estaba muy bueno. No podría haber un trozo mejor, pero está totalmente echado a perder -respondió él con tristeza.

-¿Cómo es eso?

-¡Que cómo! ¿Pero no ve usted cómo lo han cortado? ¡Válgame Dios, es una vergüenza!

-Han debido de cortarlo mal en la cocina entonces, pues estoy segura de que yo lo trinché perfectamente ayer aquí.

-Sin duda que lo han cortado mal en la cocina, los muy bestias. ¡Vaya, vaya! ¿Alguien ha visto un trozo de buey tan bueno tan completamente destrozado? Pero recuerde que, en el futuro, cuando un plato decente se retire de esta mesa, en la cocina no deben ni tocarlo. Recuerde eso, señora Bloomfield.

A pesar del estado lastimoso del buey, el caballero consiguió cortarse algunas tajadas apetitosas, parte de las cuales se comió en silencio. Cuando volvió a hablar, fue en un tono menos quejumbroso, para preguntar qué había para cenar.

-Pavo y urogallo -fue la concisa respuesta. -¿Y qué más?

-Pescado.

-¿Qué clase de pescado?

-No lo sé.

-Que no lo sabe? -gritó él, levantando solemne la vista del plato y dejando suspensos por el asombro el tenedor y el cuchillo.

-No. Le he dicho a la cocinera que comprase algo de pescado, pero no le he dicho de cuál.

-¡Es el colmo! ¡Una señora aparenta llevar una casa y ni siquiera sabe qué pescado hay para la cena! ¡Admite pedir pescado, pero no especifica cuál!

-Quizás, señor Bloomfield, querrá usted pedir la cena personalmente de ahora en adelante.

No se dijo nada más, y yo me alegré mucho de salir del comedor con mis alumnos, porque nunca en la vida me había sentido tan avergonzada e incómoda por una cosa que no fuera culpa mía.

Por la tarde nos aplicamos a las lecciones de nuevo; después volvimos a salir; luego tomamos el té en el aula; después vestí a Mary Ann para el postre, y cuando ella y su hermano estaban abajo en el comedor, aproveché la oportunidad para empezar a escribir una carta a mis seres queridos, pero los niños subieron antes de que hubiese escrito la mitad.

A las siete había acostado a Mary Ann; luego jugué con Tom hasta las ocho; cuando él también se marchó, terminé la carta y deshice las maletas, que antes no había tenido ocasión de hacer y, finalmente, yo también me acosté.

Pero éste es un ejemplo muy favorable del transcurso de un día.

Mis tareas de educación y vigilancia, en lugar de hacerse más fáciles al irnos acostumbrando yo y mis alumnos unos a otros, se me hicieron más trabajosas según iba descubriendo sus caracteres. El nombre de institutriz, descubrí enseguida, era una mera burla tal como me lo aplicaban; mis alumnos tenían menos nociones de lo que es la obediencia que un caballo salvaje e indómito. El miedo habitual al genio quisquilloso de su padre y el temor a los castigos que solía infligirles cuando se irritaba, generalmente los mantenía a raya

Librodot

cuando él estaba presente. Las niñas también temían algo la ira de su madre, y al muchacho de vez en cuando lo sobornaba ésta para que hiciera lo que le mandaba con la esperanza de una recompensa. Pero yo no tenía recompensas que ofrecer y, en cuanto a castigos, se me dio a entender que los padres se reservaban ese privilegio; sin embargo, esperaban que mantuviese controlados a mis alumnos. El miedo a la ira y el deseo de la aprobación podían encaminar a otros niños, pero ninguna de las dos cosas tenía ningún efecto en éstos.

El señorito Tom no se contentaba con no permitir que se le dominase, sino que quería erigirse él mismo en dominador y manifestaba con gestos de las manos y los pies su voluntad de meter en cintura no sólo a sus hermanas, sino también a su institutriz y, como era un muchacho alto y fuerte para su edad, esto ocasionaba bastantes penalidades. Unas cuantas manotadas en estas ocasiones habrían podido resolver la situación sin mayores problemas; pero como en tal caso era capaz de inventarse alguna historia para contársela a su madre, que ella sin duda se creería, ya que tenía una fe tan firme en su veracidad -aunque yo ya había comprobado que no era en absoluto irreprochable-, decidí abstenerme de pegarle incluso en defensa propia. Así, en sus momentos más violentos, mi único recurso era tumbarlo de espaldas y sujetarle de pies y manos hasta que se le pasara un poco la locura.

A la dificultad de evitar que hiciera lo que no debía se sumaba la de obligarle a hacer lo que sí debía. A menudo simplemente se negaba a aprender, o a repetir las lecciones, o incluso a mirar el libro. Aquí también quizás hubiese sido útil una buena vara de abedul; pero como mis poderes estaban muy limitados, debía aprovechar al máximo los medios de los que disponía. Como no había horas fijas asignadas al estudio y al recreo, decidí imponer a mis alumnos una tarea determinada, que, con moderada atención, podrían completar en poco tiempo, y hasta que la hubieran hecho, por cansada que yo estuviera o por perversos que se mostrasen, nada menos que la intervención paternal me induciría a permitirles salir del aula, incluso si era necesario sentarme con la silla pegada a la puerta para mantenerlos allí. La Paciencia, la Firmeza y la Perseverancia eran mis únicas armas, y resolví utilizarlas lo más posible.

Decidí siempre cumplir al pie de la letra las amenazas y promesas que hacía, y con tal propósito, debía tener cuidado de no amenazar o prometer nada que no pudiera hacer realidad. De esta forma, podía contener cuidadosamente toda infructuosa irritabilidad e indulgencia con mi propio mal genio. Cuando se comportasen bien, sería todo lo amable y

complaciente que pudiera, con el fin de hacer la distinción más amplia posible entre el buen y el mal comportamiento; también razonaría con ellos de la manera más sencilla y efectiva. Cuando les riñera, o me negara a conceder sus deseos después de un yerro notorio, lo haría con más pena que ira. Haría comprensibles para ellos sus himnos y oraciones; cuando orasen por la noche y pidieran perdón por sus ofensas, les recordaría los pecados del día pasado con solemnidad pero con perfecta amabilidad, para evitar provocar el espíritu de la oposición; si habían sido traviesos cantarían himnos de penitencia y si habían sido relativamente buenos, cantarían himnos alegres; y yo les impartiría todo tipo de instrucción en lo posible por medio de un discurso entretenido, con ningún objetivo aparente que no fuese divertirles.

Con estos medios esperaba, con el tiempo, tanto beneficiar a los niños como ganarme la aprobación de sus padres, y también convencer a los míos de que no me faltaban habilidad y prudencia, como suponían. Sabía que me las tenía que ver con grandes dificultades; pero sabía (por lo menos creía) que una incansable paciencia y perseverancia conseguirían vencerlas, y mañana y noche pedía la asistencia divina para este fin. Pero o los niños eran tan incorregibles, los padres tan poco razonables o yo misma estaba tan equivocada en mis ideas o era tan incapaz de ponerlas en práctica, que mis mejores intenciones y mis esfuerzos más enérgicos no parecían producir mejor efecto que la diversión de los niños, la insatisfacción de sus padres y un tormento para mí.

La tarea de la instrucción era tan ardua para el cuerpo como para la mente. Tenía que correr detrás de mis alumnos, cogerlos, llevar o arrastrarlos a la mesa y a veces mantenerlos allí a la fuerza hasta el final de la clase. A menudo colocaba a Tom en un rincón, sentándome

delante de él en una silla sujetando en la mano el libro que contenía la pequeña tarea que debía leer antes de soltarlo. Él no tenía la suficiente fuerza para apartarme a mí y la silla, por lo que se quedaba moviendo el cuerpo y la cara con las contorsiones más grotescas y singulares imaginables -risibles, sin duda, para un espectador indiferente, pero no para mí-, gritando y chillando con fuertes sonidos tristes que pretendían representar el llanto,

pero sin derramar ni una sola lágrima. Yo sabía que lo hacía con el único fin de molestarme; por lo tanto, por mucho que temblara interiormente de impaciencia y exasperación, valientemente intentaba suprimir cualquier señal visible de irritación y me quedaba sentada con tranquila indiferencia esperando que se dignara suspender este pasatiempo y prepararse para corretear en el jardín, echando un vistazo al libro y leyendo o repitiendo unas cuantas palabras tal como se le pedía.

A veces decidía hacer mal la caligrafía, y yo tenía que sujetarle la mano para evitar que manchase o desfigurase el papel. Con frecuencia le amenazaba con que, si no lo hacía mejor, tendría que escribir otro renglón; en tal caso, se negaba obstinadamente a escribir el renglón actual, y yo, para salvar las apariencias, finalmente tenía que utilizar el recurso de sujetarle los dedos alrededor de la pluma y moverle la mano arriba y abajo hasta que, a pesar de su resistencia, el renglón se completase de alguna forma.

No obstante, Tom no era ni mucho menos el menos tratable de mis alumnos: a veces, para gran regocijo mío, tenía el sentido común para ver que la política más sensata era completar las tareas y salir a divertirse hasta que sus hermanas y yo saliésemos a reunirnos con él, lo que muchas veces no ocurría, pues Mary Ann rara vez le seguía el ejemplo en este sentido. Aparentemente le complacía más revolcarse por el suelo que cualquier otra diversión. Se dejaba caer como un plomo, y cuando yo, con gran esfuerzo, lograba inmovilizarla, tenía que sostenerla incorporada con un brazo mientras con la otra mano sujetaba el libro en el que debía leer o estudiar la lección. Cuando el peso muerto de la niña grande de seis años se hacía excesivo para que lo soportase un brazo, lo trasladaba al otro, o si los dos se cansaban de su carga, la llevaba a un rincón y le decía que podría salir cuando recuperase el uso de los pies y se levantase; pero generalmente prefería yacer allí como un leño hasta la hora de la cena o el té cuando, ya que yo no podía privarle de la comida, debía liberarla, y salía a cuatro patas con una mueca de triunfo en la cara redonda y colorada.

A menudo se negaba tozuda a pronunciar una palabra concreta de la lección, y ahora lamento los esfuerzos perdidos en tratar de conquistar su obstinación. Si lo hubiera dejado pasar como una cosa sin importancia, nos habría ido mejor a las dos partes que intentar en vano superarlo como hacía; pero consideraba que era un deber absoluto sofocar en su origen esta tendencia viciosa, y así era, si hubiese podido lograrlo. Y, si mis poderes hubiesen estado menos limitados, quizás hubiera impuesto la obediencia, pero tal como estaban las cosas, no era más que una prueba de fuerza entre ella y yo, de la que ella solía salir victoriosa; y cada victoria servía para animarla y reforzarla para la contienda siguiente.

En vano yo razonaba, instaba, suplicaba, amenazaba, reprendía. En vano la dejaba sin recreo, o, si me veía obligada a dejarla salir, me negaba a jugar con ella o a hablarle con amabilidad o a tener nada que ver con ella. En vano trataba de hacerle ver las ventajas de cumplir lo que se le ordenaba, y de ser amada y tratada con amabilidad como resultado, y las desventajas de persistir en su perversidad absurda. A veces, cuando me pedía que hiciera algo por ella, le respondía:

-Sí, lo haré, Mary Ann, si tú dices aquella palabra. Vamos, más te vale decirla enseguida y no preocuparte más de ello.

-No.

-Entonces, por supuesto que no puedo hacer nada por ti. En mi caso, a su edad o menos, el abandono y el disfavor eran el más terrible castigo, pero en ella no surtían ningún efecto.

A veces, exasperada hasta el limite, la cogía de los hombros y la sacudía con violencia o le tiraba del largo pelo o la ponía en un rincón, y ella me castigaba por ello con unos fuertes chillidos penetrantes que me perforaban la cabeza como un cuchillo. Sabía que yo odiaba

Librodot

esto, y cuando se había hartado de chillar, me miraba a la cara con un aire de satisfacción vengativa, exclamando:

-¡Ahí tiene, va por usted!

Y luego chillaba una y otra vez hasta obligarme a taparme los oídos. A menudo estos terribles gritos atraían a la señora Bloomfield, que acudía a ver qué ocurría.

-Mary Ann ha sido mala, señora.

-¿Pero qué son estos horrendos gritos?

-Grita de mal genio.

-¡Nunca he oído un estruendo semejante! Es como si la estuviera usted matando. ¿Por qué no está fuera con su hermano?

-No logro que acabe sus lecciones.

-Pero Mary Ann debe ser una buena niña y acabar sus lecciones.

Esto lo decía dulcemente a la niña.

-Y espero no volver a oír semejantes gritos nunca más. Y fijando los fríos, pétreos ojos en mí con una mirada inequívoca, cerraba la puerta y se marchaba.

A veces yo intentaba coger por sorpresa a la pequeña obstinada y preguntarle la palabra mientras pensaba en otra cosa; con frecuencia empezaba a decirla y se detenía de repente, con una mirada provocativa que parecía decir: «Ah, soy demasiado lista para ti; no vas a conseguir sacármela con engaños.»

En otra ocasión fingí olvidarme de todo el asunto, y hablé y jugué con ella como de costumbre hasta la noche, cuando fui a acostarla; entonces, justo antes de marcharme, inclinándome sobre ella, que yacía toda sonrisas y buen humor, le dije, tan alegre y amable como antes:

-Bien, Mary Ann, dime esa palabra antes de que te dé un beso de despedida; ahora eres buena, y por supuesto la dirás.

-No, no la diré.

-Entonces no puedo besarte.

-Bien, no me importa.

En vano le expresaba mi pena; en vano me rezagaba esperando algún síntoma de contrición. Pero realmente «no le importaba» y la dejaba sola en la oscuridad, sorprendida sobre todo por esta última muestra de obstinación insensata. En mi propia niñez no podía imaginar un castigo más penoso que el que mi madre se negase a darme un beso por la noche: la sola idea era espantosa. Nunca llegué a sufrir más que la idea, pues afortunadamente nunca cometí un crimen que se considerase digno de tal pena. Pero una vez, recuerdo, por alguna transgresión de mi hermana, a mi madre le pareció conveniente infligírsela. No sé lo que sentiría ella, pero tardaré mucho en olvidar mis lágrimas y el sufrimiento que experimenté por compasión hacia ella.

Otro rasgo molesto de Mary Ann era su incorregible predisposición a correr una y otra vez al cuarto de los niños para jugar con sus hermanas pequeñas y con la niñera. Esto era bastante natural pero, como iba contra el deseo expreso de su madre, por supuesto yo le prohibí que lo hiciera y hacía todo lo que podía por mantenerla conmigo, pero eso sólo consiguió aumentar sus deseos de estar en el cuarto de los niños; y cuanto más me esforzaba por mantenerla alejada, más a menudo iba allí y más tiempo se quedaba, para gran disgusto de la señora Bloomfield, quien, como bien sabía yo, me echaría toda la culpa a mí.

También me suponía una vejación vestirla por las mañanas; unas veces se negaba a que la lavase; otras, no se dejaba vestir como no le permitiese ponerse algún vestido determinado que, yo sabía, a su madre no le gustaría; otras gritaba y salía corriendo cuando me disponía a tocarle el pelo. De modo que muchas veces cuando, tras grandes dificultades e infortunios, por fin había logrado que bajase, el desayuno ya casi se había acabado, y era seguro que unas miradas coléricas de «mamá» y unos comentarios malhumorados de «papá» dedicados, si no dirigidos a mí, serían mi recompensa, pues había pocas cosas que irritasen más al padre que la falta de puntualidad en las comidas.

Librodot

Después, entre las molestias menores, estaba mi incapacidad de satisfacer a la señora Bloomfield con la vestimenta de su hija, y el pelo de la niña nunca estaba «presentable». A veces, como gran reproche para mí, realizaba ella misma el oficio de doncella, quejándose amargamente después por el fastidio que le ocasionaba.

Cuando la pequeña Fanny vino al aula, yo esperaba que ella por lo menos sería dócil y obediente. Pero unos cuantos días, si no unas cuantas horas, fueron suficientes para destruir la ilusión: resultó ser una criatura traviesa y huraña, dada a los embustes y los engaños a pesar de su tierna edad, y alarmantemente aficionada a ejercitar sus dos armas ofensivas y defensivas: el escupirles a la cara a los que provocaran su desagrado y el rugir como un toro cuando no se cumplieran sus irrazonables deseos. Como solía estar callada en presencia de sus padres y éstos tenían la impresión de que era una niña excepcionalmente apacible, solían creer sus mentiras y sus fuertes alborotos les llevaban a sospechar un tratamiento duro e insensato por mi parte; y cuando finalmente su mala disposición se hizo manifiesta incluso a los ojos parciales de ellos, yo sentía que me echaban la culpa de todo a mí.

-Qué traviesa se está volviendo Fanny -decía la señora Bloomfield a su marido-. ¿No te has dado cuenta, querido, de lo que ha cambiado desde que asiste a clase? Pronto será tan mala como los otros dos y, siento decirlo, ellos han empeorado mucho últimamente.

-Tienes razón -era la respuesta-. Yo pensaba lo mismo. Pensaba que cuando tuviéramos institutriz, mejorarían, pero, al contrario, están cada vez peor. No sé qué ocurrirá con sus conocimientos, pero sus hábitos, desde luego, no mejoran nada. Están más alborotados, más sucios y más indecorosos con cada día que pasa.

Yo sabía que todo esto iba dirigido a mí; éstas y todas las indirectas parecidas me afectaban mucho más profundamente que una acusación abierta, porque contra ésta me hubiese atrevido a hablar para defenderme. Tal como estaban las cosas, me pareció que el sistema más sensato era reprimir todos los impulsos de ira, sofocar la cohibición sensible y seguir perseverando lo mejor que podía, porque a pesar de lo molesta que era mi situación, quería encarecidamente conservarla. Pensaba que si lograba seguir luchando con firmeza e integridad incansables, con el tiempo los niños se tornarían más humanos: cada mes contribuiría a hacerles un poco más sensatos y, en consecuencia, más manejables, pues un niño de nueve o diez años tan desequilibrado e ingobernable como éstos con seis y siete sería un maníaco.

Me hacía ilusiones de que ayudaba a mis padres y a mi hermana quedándome aquí, porque por pequeño que fuera el sueldo, aun ganaba algo, y con estrictas economías, podría arreglármelas para que me sobrase algo para ellos, si me hacían el favor de aceptarlo. Además, fue por mi propia voluntad como había conseguido el puesto, yo misma me había buscado toda esta congoja, y estaba empeñada en soportarlo. No, más aún, ni siquiera lamentaba el paso que había dado y tenía muchas ganas de demostrarles a mi familia que, incluso ahora, era capaz de sobrellevar la responsabilidad y de desempeñar mi cometido honorablemente hasta el final. Y si alguna vez me parecía degradante rendirse tan fácilmente, o intolerable luchar tan constantemente, me volvía hacia mi casa y decía para mí:

Pueden aplastarme, pero no me someterán;
es en ti en quien pienso, no en ellos[116].

En Navidades me permitieron hacer una visita a casa, pero sólo durante quince días.

-Porque -dijo la señora Bloomfield- he pensado que, como hace poco que ha visto usted a sus seres queridos, no querrá quedarse más tiempo.

[116] Versos de «Stanzas to Augusta» de Lord Byron, poeta romántico de principios del siglo XIX.

Librodot

Dejé que pensara así; pero no imaginaba ella lo largas y cansadas que me habían parecido las catorce semanas de ausencia, con qué intensidad deseaba las vacaciones, con qué gran desilusión acogía su reducción. Sin embargo, no podía culparla por esto; nunca le había hablado de mis sentimientos y no podía esperar que los adivinase. No llevaba con ella ni un trimestre completo, y ella estaba justificada en no concederme unas vacaciones completas.

CAPÍTULO IV
LA ABUELA

Les ahorro a mis lectores la historia de mi alegría al regresar a casa y la felicidad que experimenté allí -disfrutando de un breve espacio de descanso y libertad en aquel lugar querido y familiar, entre los que amaba y me amaban- y de mi tristeza al tener que decirles de nuevo un largo adiós.

Volví, sin embargo, con vigor nada disminuido a mi trabajo: una tarea más ardua de lo que nadie se pueda imaginar si no ha sentido algo parecido a la tortura de estar al mando de un grupo de rebeldes traviesos y turbulentos a los que ni sus máximos esfuerzos logran hacer cumplir con el deber, mientras que, al mismo tiempo, es responsable de su conducta ante un poder mayor, que le exige algo que no puede conseguirse sin la ayuda de la más potente autoridad del superior, quien se niega a prestársela o bien por indolencia o por miedo de granjearse el desafecto de la pandilla de revoltosos. Puedo concebir pocas situaciones más vejatorias que aquella en la que, por mucho que busques el éxito, por mucho que te afanes por cumplir con tu deber, tus esfuerzos son frustrados y ninguneados por tus inferiores e injustamente censurados y malinterpretados por tus superiores.

No he nombrado ni la mitad de las propensiones ultrajantes de mis alumnos ni la mitad de los problemas que surgían como resultado de mis onerosas responsabilidades por temor a abusar de la paciencia del lector, cosa que quizás ya haya hecho. Pero mi propósito al escribir las últimas páginas no ha sido entretener sino beneficiar a las personas a las que pudieran afectar: quien no tenga ningún interés en tales asuntos sin duda se las habrá saltado tras apenas una mirada superficial y, tal vez, una imprecación por la prolijidad de la autora. Pero si de ellas algún padre ha recibido alguna indicación útil o si alguna infortunada institutriz ha sacado el más ligero beneficio, estaré bien recompensada por mi celo.

Para evitar problemas y confusión, he tomado a mis alumnos uno por uno para hablar de sus diferentes cualidades; pero esto no puede dar una idea adecuada de lo que suponía ser atormentada por los tres a la vez, cuando, como sucedía a menudo, todos se empeñaban en «ser malos y provocar a la señorita Grey y sacarla de sus casillas».

A veces, en tales ocasiones, se me ocurría este pensamiento: «¡Si me pudieran ver ellos ahora!», refiriéndome a mi familia, y la idea de la pena que sentirían por mí me hacía sentir pena de mí misma, con tal intensidad que me costaba muchísimo trabajo reprimir las lágrimas; pero las reprimía hasta que se hubieran ido mis pequeños torturadores a tomar el postre o a la cama (mis únicas perspectivas de salvación) y entonces, en la dicha de la soledad[117], me abandonaba al lujo de una llantina sin restricciones. Pero ésta era una debilidad que no me permitía con mucha frecuencia; mis obligaciones eran demasiado numerosas y mis momentos de ocio demasiado preciosos para permitirme dedicar mucho tiempo a infructuosos lamentos.

Recuerdo especialmente una tarde de viento y de nieve, poco después de mi regreso en enero: los niños habían subido después de cenar, declarando en voz alta que pensaban «ser malos»; y habían cumplido sobradamente su propósito aunque yo me había quedado afónica

[117] Expresión que aparece en un poema de William Wordsworth, poeta romántico de principios del siglo XIX.

y agotado cada músculo de la garganta con el vano intento de disuadirles de ello. Tenía a Tom inmovilizado en un rincón, de donde le dije que no saldría hasta que no hubiese completado la tarea asignada.

Mientras tanto, Fanny se había apropiado de la bolsa de mis labores y estaba registrando el contenido, y escupiendo dentro, además. Le dije que la dejara, pero en vano, naturalmente.

-¡Quémala, Fanny! -gritó Tom; y ella se apresuró a obedecer esta orden. Corrí al fuego para rescatarla y Tom saltó hacia la puerta.

-¡Mary Ann, tira su escribanía[118] por la ventana! -gritó, y mi preciosa escribanía, que contenía mis cartas y documentos, mi exigua cantidad de dinero y todos mis objetos de valor, estaba a punto de salir arrojada de una ventana del segundo piso. Fui volando al rescate. Mientras tanto Tom había salido de la habitación y corría escaleras abajo, seguido por Fanny. Habiendo salvado mi escribanía, corrí tras ellos, con Mary Ann correteando detrás. Los tres me eludieron y salieron de la casa al jardín, donde se zambulleron en la nieve, gritando y chillando con enorme júbilo.

¿Qué debía hacer? Si los seguía, probablemente no cogería a ninguno, sino que se alejarían aun más; si no, ¿cómo conseguir que entrasen en la casa?, ¿y qué pensarían de mí sus padres si viesen u oyesen a los niños alborotando sin sombreros, sin guantes y sin botas en la profunda y mullida nieve?

Mientras me hallaba en la puerta con este dilema, intentando por medio de severas miradas y palabras airadas someterlos a mi voluntad, oí una voz a mis espaldas que exclamaba en tono áspero y penetrante:

-¡Señorita Grey! ¿Será posible? ¿Qué diablos está usted pensando?

-No consigo que entren, señor -dije, dándome la vuelta para ver al señor Bloomfield, con el pelo de punta y los ojos azul pálido saltándole de las órbitas.

-¡Pero INSISTO en que los haga entrar! -gritó, acercándose más con un aspecto de lo más feroz.

-Entonces, señor, debe hacer el favor de llamarlos usted mismo, pues a mí no me hacen caso -respondí, dando un paso hacia atrás.

-¡Entrad ahora mismo, mocosos asquerosos, u os azotaré a todos! -rugió, y los niños obedecieron al instante-. ¡Ya lo ve usted! Obedecen a la primera.

-Sí, cuando es usted quien habla.

-Y es muy extraño, ya que usted es la que los cuida, que no los controle mejor que eso. Ahí están, subiendo la escalera con los pies sucios de nieve. ¡Sígalos y adecéntelos, por el amor de Dios!

La madre del caballero estaba alojada en la casa por aquellos días. Mientras subía la escalera y pasaba delante de la puerta del salón, tuve la satisfacción de oír arengar a la anciana señora en este sentido (pues sólo pude distinguir las palabras más enfáticas):

-¡Santo Cielo! ... en toda mi vida ... seguro que cogerán un catarro de muerte... ¿Tú crees, querida, que ella es la persona adecuada?... Puedes creer lo que te digo...

No oí más, pero fue suficiente.

La madre del señor Bloomfield había estado muy atenta y cortés conmigo, y hasta ahora me había parecido una anciana amable, bondadosa y charlatana. A menudo se acercaba a mí y charlaba conmigo en tono confidencial, moviendo la cabeza de un lado a otro y de arriba abajo, y gesticulando con las manos y los ojos, como suele hacer cierta clase de ancianas damas, aunque nunca había conocido a ninguna que manifestara hasta tal punto dicha idiosincrasia; incluso me compadecía por los problemas que me causaban los niños y a veces expresaba, con medias frases intercaladas con cabeceos y guiños de complicidad, su sentido de la conducta poco sensata de la madre al restringir mi poder y al no apoyarme con su autoridad. Esta forma de mostrar su desaprobación no era de mi gusto; en general me

[118] Especie de mesita plegable con todos los instrumentos necesarios para escribir. El de Anne Brontë se encuentra en el museo dedicado a la familia en la rectoría de Haworth.

negaba a hacerle caso o a entender más de lo que decía abiertamente; por lo menos, nunca pasé del reconocimiento implicado de que, si las cosas estuvieran de otra forma, mi tarea sería menos difícil, y me sería más fácil guiar y educar a mis alumnos; pero ahora debía estar doblemente precavida. Hasta ahora, aunque había visto que la anciana tenía sus defectos (uno de los cuales era una propensión de proclamar sus propias perfecciones), siempre había querido perdonárselos y darle crédito por todas las virtudes que profesaba e incluso adjudicarle otras que aún no había mencionado. La amabilidad, que había sido el sustento de mi vida durante tantos años, me había sido negada tan completamente en los últimos tiempos que había recibido con agradecimiento y alegría cualquier cosa parecida. No es de sorprender, pues, que sintiese simpatía por la anciana señora y me alegrase cuando se acercaba y lo lamentase cuando se marchaba.

Pero ahora las pocas palabras, por suerte o por desgracia oídas al pasar, habían revolucionado totalmente mi opinión de ella; ahora la veía como hipócrita y mendaz, aduladora y espía de mis palabras y actos. Sin duda me hubiera convenido seguir recibiéndola con la misma alegre sonrisa y el tono de cordialidad respetuosa de antes; pero era incapaz, aunque hubiera querido; mis sentimientos alteraron mis modales, y me hice tan fría y tímida que no podía evitar darse cuenta. Se dio cuenta, de hecho, y su actitud cambió también: una reverencia ceremoniosa reemplazó los amables cabeceos, la sonrisa benevolente dio paso a una mirada de ferocidad de gorgona[119], su locuacidad vivaz se transfirió de mí a los «queridísimos muchacho y niñas», a quienes adulaba y consentía de forma más absurda incluso que la madre.

Reconozco que este cambio me inquietó un poco: temía las consecuencias de su desaprobación e incluso hice algunos intentos de recuperar el terreno perdido, y con más éxito aparente del que me esperaba. En una ocasión y por simple cortesía, le pregunté por la tos; su largo rostro inmediatamente se relajó en una sonrisa, y me favoreció con la historia detallada de aquél y otros achaques, seguida del relato de su piadosa resignación, contados con su habitual estilo declamatorio, imposible de reproducir por escrito.

-Pero hay un remedio para todo, querida, y es la resignación (irguiendo la cabeza), la resignación ante la voluntad del Cielo (elevando las manos y los ojos). Siempre me ha ayudado en todas mis tribulaciones, y siempre lo hará (asintiendo con una serie de movimientos de cabeza). Y no todo el mundo puede presumir de lo mismo (negando con la cabeza), pero yo soy de las pías, señorita Grey (asintiendo e irguiendo significativamente la cabeza). Y gracias al Cielo, siempre lo he sido (asintiendo de nuevo), y me enorgullezco de ello (apretándose enfáticamente las manos y moviendo la cabeza) y con varios textos de las Sagradas Escrituras, mal citados y mal aplicados, y unas exclamaciones religiosas tan impregnadas del absurdo en el estilo de recitarlas y la manera de introducirlas, ya que no en las expresiones mismas, que me excuso de repetirlas, se marchó, sacudiendo la gran cabeza de muy buen humor -consigo misma al menos- y me dejó con la esperanza de que, después de todo, fuese más débil que perversa.

En la siguiente visita que hizo a Wellwood House, incluso me atreví a decirle que me alegraba de verla con tan buen aspecto. El efecto fue mágico: las palabras, que proferí en señal de cortesía, fueron tomadas como gran cumplido; se le iluminó el semblante, y a partir de aquel momento se mostró tan amable y benévola como se pudiera desear, por lo menos en su apariencia externa; y por lo que la veía ahora, y lo que me contaban los niños, sabía que para granjearme su cordial amistad, sólo tenía que pronunciar una palabra de halago cuando surgiese la ocasión. Pero esto iba en contra de mis principios, y por culpa de ello, la anciana dama me retiró su favor una vez más y creo que me causó grandes perjuicios en secreto.

No pudo influir mucho en su nuera en mi contra, pues entre dicha señora y ella existía una clara antipatía, mostrada principalmente en su caso en difamaciones y calumnias secretas, y en el de la otra, en un exceso de frígida formalidad en su comportamiento. No había

[119] Según la mitología griega, las gorgonas eran tres hermanas que tenían serpientes por cabellos y convertían en piedra a quien las mirase.

Librodot

adulaciones zalameras de la anciana que pudieran derretir el muro de hielo que la más joven interpuso entre ambas. Pero con su hijo la señora tenía más éxito: él escuchaba todo lo que tenía ella que decir, a condición de que pudiese apaciguar su terrible genio y no lo irritase con sus propias asperezas; y tengo motivos para creer que ella contribuyó considerablemente a aumentar su prejuicio contra mí. Solía decirle que yo tenía abandonados a los niños, y que ni siquiera su esposa se ocupaba de ellos como debía, y que él mismo debía cuidar de ellos personalmente si no quería que se echaran a perder.

Exhortado de esta manera, a menudo él se molestaba en vigilarlos desde la ventana mientras jugaban; a veces los seguía alrededor del parque, y con demasiada frecuencia los sorprendía cuando chapoteaban en el pozo prohibido, hablaban con el cochero en los establos o se revolcaban en las inmundicias del corral, mientras que yo me quedaba mirándolos alelada, después de haber agotado toda mi energía en vanos intentos de alejarlos de allí. A menudo también asomaba la cabeza al aula a las horas de las comidas infantiles y los encontraba derramando la leche sobre la mesa y sobre sí mismos, metiendo los dedos en las tazas propias y ajenas o peleándose por la comida como unos cachorros de tigre. Si yo estaba callada en aquel momento, es que hacía la vista gorda a su comportamiento alborotador; si (como ocurría a menudo) elevaba la voz para imponer orden, es que utilizaba excesiva violencia y daba mal ejemplo a las niñas con semejante rudeza de tono y lenguaje.

Recuerdo una tarde de primavera, en la que, debido a la lluvia, no podían salir; pero, por una asombrosa buena suerte, todos habían acabado sus lecciones y, a pesar de ello, se habían privado de bajar corriendo a molestar a sus padres, un truco que me fastidiaba sobremanera, pero que rara vez lograba impedir en los días de lluvia, porque abajo encontraban novedad y diversiones, especialmente cuando había visita. Su madre, aunque me ordenaba que los retuviera en el aula, nunca les reprendía por salir de ella, ni se molestaba en enviarles de vuelta allí. Pero hoy parecían estar satisfechos con su paradero actual y, lo que es incluso más asombroso, parecían estar dispuestos a jugar ellos solos sin depender de que yo los entretuviese, y sin reñir. Su ocupación era algo misteriosa: todos estaban en cuclillas en el suelo cerca de la ventana con un montón de juguetes rotos y un número de huevos de ave, o, mejor dicho, cáscaras, pues afortunadamente el contenido había sido extraído. Habían despedazado estas cáscaras y las estaban pulverizando, pero para qué propósito no fui capaz de imaginarme. Pero ya que estaban callados y sin hacer ninguna travesura, no me importaba, y, con una sensación inusitada de descanso, estaba sentada junto al fuego, dando las últimas puntadas a un vestido para la muñeca de Mary Ann, con la intención de comenzar a escribir una carta a mi madre cuando hubiese acabado. Pero de repente se abrió la puerta y se asomó la cabeza poca atractiva del señor Bloomfield.

-¡Qué callados estáis? ¿Qué estáis haciendo? «Nada malo hoy, por lo menos», pensé.

Pero él no compartía mi opinión. Acercándose a la ventana y viendo la ocupación de los niños, dijo enojado:

-¿Qué demonios estáis haciendo?

-Estamos moliendo cáscaras de huevo, papá -gritó Tom.

-¿Cómo os atrevéis a hacer tal estropicio, diablillos? ¿No veis cómo estáis dejando la alfombra? (La alfombra era corriente, de lana.) Señorita Grey, ¿sabía usted lo que estaban haciendo?

-Sí, señor.

-¿Lo sabía?

-Sí.

-¡Lo sabía y se ha quedado ahí sentada y les ha permitido seguir, sin una palabra de reproche!

-No creía que estuvieran haciendo nada malo.

-¡Nada malo! ¡Mire allí! Mire la alfombra y verá, ¿se ha visto algo parecido alguna vez en un hogar cristiano? ¡No me extraña que su dormitorio sea peor que una pocilga! ¡No me extraña que sus alumnos estén peores que una piara de cerdos! ¡No me extraña...! ¡Desde

luego, esto me saca de quicio! -y se marchó, dando un portazo al salir que hizo reír a los niños.

«¡A mí también me saca de quicio!» murmuré, levantándome; y agarrando el atizador, lo dirigí repetidas veces contra las brasas, removiéndolas con inusitada energía, desahogando así la irritación que sentía con el pretexto de atender al fuego.

Después de esto, el señor Bloomfield se asomaba continuamente para ver si el aula estaba ordenada; y, puesto que los niños continuamente ensuciaban el suelo con trozos de juguete, palos, guijarros, rastrojos, hojas y otras basuras que yo no podía impedir que trajeran ni obligarles a que los recogieran, y los criados se negaban a «ir limpiando detrás de ellos», yo tenía que pasar una parte considerable de mis valiosos momentos de ocio de rodillas en el suelo, restaurando trabajosamente el orden. Una vez les dije que no probarían la cena hasta que no hubiesen recogido todo de la alfombra; Fanny podría cenar cuando hubiese recogido una cantidad, Mary Ann, cuando hubiese recogido el doble y Tom había de recoger el resto.

Por milagroso que parezca, las niñas hicieron su parte, pero Tom estaba tan furioso que se lanzó sobre la mesa, tiró el pan y la leche por todo el suelo, pegó a sus hermanas, sacó el carbón del cubo de un puntapié, intentó volcar la mesa y las sillas y parecía dispuesto a hacer un caos con todo el contenido de la habitación. Pero lo agarré y envié a Mary Ann a buscar a su mamá, sujetándolo a pesar de las patadas, puñetazos, escupitajos, gritos y maldiciones hasta que la señora Bloomfield hiciera su aparición.

-¿Qué le pasa a mi niño? -preguntó.

Y cuando le expliqué el asunto, lo único que hizo fue llamar a la doncella para ordenar la habitación y traerle la cena al señorito Bloomfield.

-¡Ya está! -dijo Tom, exultante, levantando la vista de las viandas con la boca casi demasiado llena para hablar-. ¡Ya está, señorita Grey! Ya ve que me han dado la cena a su pesar, y eso que no he recogido ni una sola cosa.

La única persona de la casa que me compadecía era la niñera, pues ella había padecido aflicciones parecidas, aunque menores, puesto que no tenía la obligación de enseñar ni era tan responsable de la conducta de los niños.

-¡Ay, señorita Grey -me decía-, tiene usted muchos problemas con estos niños!

-Desde luego que sí, Betty, y me imagino que tú sabes lo que es eso.

-¡Ya lo creo! Pero yo no me angustio tanto como usted. Y luego, verá usted, yo les doy un azote a veces; y a las pequeñas, les zurro bien de vez en cuando, pues no hay más remedio, como dicen. Sin embargo, eso me ha hecho perder mi puesto.

-¿De veras, Betty? He oído decir que te marchabas.

-¡Sí, señorita, válgame Dios! La señora me lo advirtió hace tres semanas. Me dijo antes de Navidad lo que pasaría si los volvía a pegar; pero no pude evitar darles de ninguna manera. No sé cómo lo consigue usted, pues Mary Ann es muchísimo peor que sus hermanas.

CAPÍTULO V
EL TÍO

Además de la anciana dama, había otro pariente cuyas visitas me fastidiaban enormemente: era «el tío Robson», hermano de la señora Bloomfield un tipo alto y arrogante con el cabello negro y el cutis cetrino como su hermana, una nariz que parecía desdeñar la tierra entera y unos ojillos grises, a menudo medio cerrados con una mezcla de auténtica estulticia y fingido desprecio por todos los objetos que lo rodeaban. Era un hombre fornido y de fuerte constitución, pero encontraba alguna manera de comprimirse la cintura en un espacio notablemente reducido, y esto, junto con la rigidez poco natural de su porte,

demostraba que el altivo, varonil señor Robson, tan desdeñoso del sexo femenino, no estaba por encima de la afectación de ceñirse un corsé.

Rara vez se dignaba fijarse en mí; y cuando lo hacía, era con cierta altanera insolencia de tono y modales que me convencía de que no era un caballero, aunque él pretendiese producir el efecto contrario. Pero no era tanto por eso que no me agradaban sus visitas cuanto por el daño que causaba a los niños: alentando toda su propensión hacia el mal y deshaciendo en unos cuantos minutos el poco bien que a mí me había costado meses de esfuerzos conseguir.

Pocas veces condescendía en hacerles caso a Fanny y la pequeña Harriet, pero Mary Ann era su favorita. Constantemente estimulaba su tendencia a la afectación (que yo había hecho todo lo posible por erradicar), hablaba de su cara bonita y le llenaba la cabeza de toda clase de ideas vanidosas referentes a su apariencia personal (que yo le había instruido que considerase como polvo en comparación con el cultivo de la mente y el espíritu), y yo nunca había conocido a una niña más susceptible a las lisonjas que ella. Todo lo que había de malo en su hermano y en ella lo espoleaba con sus risas cuando no con alabanzas; y las personas no se dan cuenta del daño que hacen a los niños riéndose de sus defectos y bromeando sobre lo que sus verdaderos amigos se han esforzado por enseñarles que aborrezcan.

Aunque no era un borracho declarado, el señor Robson solía ingerir grandes cantidades de vino, y se deleitaba en tomar de vez en cuando un vaso de coñac con agua. Enseñaba a su sobrino a imitarlo en lo posible en este respecto y a creer que cuanto más vino y licores pudiera tomar, y cuanto más disfrutara de ellos, más manifestaba un espíritu gallardo y varonil y más se elevaba por encima de sus hermanas. El señor Bloomfield no tenía gran cosa que decir en contra, pues a él lo que más le gustaba era la ginebra con agua, de la que consumía una cantidad considerable cada día a fuerza de repetidos sorbos, y a esto principalmente yo atribuía su color malsano y su temperamento irascible.

El señor Robson también alentaba la predisposición de Tom de perseguir a los seres inferiores, tanto de palabra como de obra. Como frecuentemente venía a cazar en las tierras de su cuñado, solía traer consigo sus perros predilectos, y los trataba con tanta brutalidad que yo, pobre como era, hubiese dado gustosamente un soberano por ver a alguno de ellos morderlo, siempre que el animal pudiese hacerlo con impunidad. A veces, cuando estaba de muy buen humor, iba en busca de nidos de aves con sus sobrinos, cosa que a mí me irritaba y fastidiaba enormemente, ya que, gracias a repetidos y perseverantes intentos, me complacía en creer que les había hecho ver la maldad de dicho pasatiempo y esperaba, con el tiempo, inculcarles algún sentido general de la justicia y la humanidad; pero diez minutos de buscar nidos con el tío Robson, o incluso una carcajada suya al oírles contar alguna de sus barbaridades anteriores, era suficiente para destruir en el acto el efecto de toda mi elaborada campaña de razonamientos y persuasión. Sin embargo, por fortuna, aquella primavera únicamente una vez encontraron un nido que no estuviese vacío o contuviera sólo huevos, ya que eran demasiado impacientes para esperar a que se incubaran los pajarillos; en aquella ocasión, Tom, que había estado con su tío en la huerta contigua, vino corriendo con gran júbilo al jardín con una nidada de implumes polluelos en las manos.

Mary Ann y Fanny, a las que yo estaba sacando en aquel momento, se acercaron apresuradamente para admirar su botín y rogarle que les diese un pajarillo a cada una.

-¡No, ni uno! -gritó Tom-. Son todos míos; el tío Robson me los ha dado -uno, dos, tres, cuatro, cinco-, ¡no tocaréis ninguno de ellos! ¡No, por nada del mundo! -continuó exultante, dejando el nido en el suelo, y poniéndose de pie sobre él con las piernas bien separadas, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, el cuerpo inclinado hacia delante y el rostro dibujando toda suerte de contorsiones debido al éxtasis de su júbilo.

-Pero ya veréis cómo los pongo. ¡Dios mío, cómo voy a zurrarles! ¡Ya veréis cómo sí! ¡Válgame Dios, tengo diversión de sobra con este nido!

-Pero, Tom -le dije yo-, no voy a permitirte torturar a esos pájaros. O debes matarlos de una vez o devolverlos al lugar de donde los has cogido, para que los pájaros adultos puedan continuar alimentándolos.

-Pero usted no sabe dónde es, señorita. Sólo yo y el tío Robson lo sabemos.

-Pero si no me lo dices, los mataré yo misma, por mucho que me duela.

-No se atreverá. ¡Por nada del mundo se atreverá! Porque sabe que papá y mamá y el tío Robson se enfadarían. ¡Ja, ja! Ahí la he cogido, señorita.

-Haré lo que me parezca adecuado en un caso de este tipo, sin consultar a nadie. Si da la casualidad de que tu papá o tu mamá no lo aprueban, sentiré ofenderles, pero las opiniones de tu tío Robson a mí no me incumben.

Diciendo esto, impelida por el sentido del deber, con el riesgo tanto de ponerme enferma como de incurrir en la ira de mis patronos, cogí una gran piedra plana que el jardinero había preparado como trampa para ratones y, tras intentar una vez más convencer al pequeño tirano de que me dejara devolver los pajarillos a su sitio, le pregunté qué pensaba hacer con ellos. Con diabólico regocijo comenzó a enumerar una lista de tormentos y mientras estaba ocupado recitándola, dejé caer la piedra sobre sus pretendidas víctimas, aplastándolas del todo.

Como consecuencia de este atrevido ultraje, hubo grandes protestas y terribles execraciones: el tío Robson venía por la avenida con su escopeta y en ese momento se había detenido para darle un puntapié al perro. Tom se lanzó hacia él, jurando que lograría que me pegase el puntapié a mí y no a Juno. El señor Robson se apoyó en la escopeta y se rió excesivamente de la violencia de la pasión de su sobrino y de las amargas maldiciones e infamantes epítetos con los que me colmaba.

-¡Eres todo un tipo, desde luego! -exclamó por fin, levantando su arma y siguiendo camino hacia la casa-. ¡Que me condenen si este niño no tiene coraje! ¡Maldita sea mi alma, nunca he visto a un pillo más noble que él! Ya está más allá del dominio de las faldas: por Dios, ¡desafía a su madre, a su institutriz, a su abuela y a todas! ¡Ja, ja, ja! No te preocupes, Tom, te conseguiré otra nidada mañana.

-Si lo hace usted, señor Robson, también los mataré -dije yo.

-¡Mm! -respondió él, y tras honrarme con una larga mirada, que, contra lo que él esperaba, sostuve sin acobardarme, se dio la vuelta con un aire de absoluto desdén, y entró majestuosamente en la casa.

Luego Tom fue a contárselo a su mamá. Ella no era dada a explayarse mucho sobre ningún tema; pero la siguiente vez que me vio, tenía el aspecto y el porte doblemente oscuros y gélidos.

Después de algún comentario improvisado sobre el tiempo, apostilló:

-Lamento el hecho, señorita Grey, de que usted considere necesario interferir en las diversiones del señorito Bloomfield; está muy disgustado porque le haya matado los pájaros.

-Cuando las diversiones del señorito Bloomfield consisten en lastimar a criaturas sensibles -contesté-, creo que es mi deber interferir.

-Parece usted haber olvidado -dijo tranquila- que todas las criaturas han sido creadas para nuestro provecho.

Me parecía que aquella doctrina admitía algunas dudas, pero repliqué solamente:

-Si es así, no tenemos derecho a atormentarlas para nuestra propia diversión.

-Yo creo -dijo ella- que la diversión de un niño pesa bastante más que el bienestar de una bestia sin alma.

-Pero para el bien del niño, no hay que alentarle a que se entretenga con tales diversiones -respondí, tan mansamente como me fue posible, para compensar mi inusitada perseverancia. «Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos alcanzarán misericordia»[120].

-Oh, por supuesto. Pero eso se refiere a nuestra conducta unos con otros.

-«El hombre misericordioso tiene misericordia para con su bestia»[121] -me atreví a añadir.

[120] Mateo 5, 7.

[121] Proverbios 12, 10.

Librodot

-¡Me parece que usted no ha dado muestras de tener mucha misericordia -respondió ella, con una risa corta y amarga-, al matar a todos los pajarillos de aquella manera tan espantosa y hacérselo pasar tan mal al querido muchacho, todo por un capricho!

Creí prudente no decir nada más.

Esto fue lo más cerca que llegué nunca a discutir con la señora Bloomfield, además de ser el mayor número de palabras que intercambié con ella en una sola ocasión desde el día de mi llegada.

Pero el señor Robson y la señora Bloomfield no eran las únicas personas cuyas visitas a Wellwood House me incomodaban; todos los huéspedes me molestaban más o menos, no tanto porque me ignoraran (aunque su conducta en este sentido me parecía extraña y desagradable) cuanto porque me resultaba imposible mantener alejados de ellos a mis alumnos, tal y como se me pedía repetidas veces. Tom se empeñaba en hablar con ellos y Mary Ann exigía que le hicieran caso. Ni uno ni otra sabía lo que significaba experimentar el más mínimo grado de timidez, ni siquiera de modestia común. Interrumpían insolente y clamorosamente la conversación de sus mayores, les importunaban con las preguntas más impertinentes, a los caballeros los abordaban rudamente, se subían a su regazo sin permiso, se colgaban de sus hombros o les registraban los bolsillos; a las señoras les tiraban de los vestidos, les desordenaban el cabello, les desencajaban los cuellos y les pedían insistentemente sus alhajas.

La señora Bloomfield tenía suficiente sentido para escandalizarse y molestarse por todo esto, pero no para evitarlo. Esperaba que lo impidiese yo. ¿Y cómo iba a hacerlo?; si los invitados, con sus espléndidos vestidos y sus caras nuevas, continuamente los halagaba y les consentía para congraciarse con sus padres, ¿cómo iba yo, con mis prendas sencillas, mi cara corriente y mis palabras sinceras, a alejarlos? Me esforcé al máximo para lograrlo; intentando distraerlos, procuraba atraerlos a mi lado; empleando la poca autoridad que poseía y toda la severidad que me atrevía a utilizar, hacía lo posible por evitar que atormentasen a los huéspedes; y reprochándolos por sus malos modales, pretendía avergonzarlos para que no lo volviesen a hacer. Pero no tenían vergüenza: desdeñaban toda autoridad que no estuviera apoyada en el terror, y en cuanto a la amabilidad y el afecto, o no tenían corazón o lo tenían tan fuertemente guardado y tan bien oculto que yo, pese a todos mis desvelos, aún no había averiguado cómo alcanzarlo.

Pero pronto mis tribulaciones en este sentido tocaron a su fin, antes de lo que esperaba o deseaba; pues una apacible tarde hacia finales de mayo, mientras me regocijaba por la proximidad de las vacaciones y me felicitaba por haber hecho algunos progresos con mis alumnos -por lo menos en lo tocante a los estudios, pues sí había logrado meter algo en sus cabezas, y finalmente había conseguido hacerles un poco, un poquito, más racionales sobre acabar sus tareas a tiempo para dejar espacio para el recreo, en lugar de atormentarse inútilmente a sí mismos y a mí todo el día-, me mandó llamar la señora Bloomfield y me informó tranquilamente que después del solsticio de verano ya no iban a requerir mis servicios. Me aseguró que mi carácter y mi conducta en general eran intachables, pero que los niños habían hecho tan pocos progresos desde mi llegada que el señor Bloomfield y ella se sentían obligados a buscar otro modo de instrucción para ellos. Aunque eran superiores en habilidad a la mayoría de los niños de su misma edad, estaban muy por debajo de ellos en cuanto a logros, sus modales eran zafios y su comportamiento revoltoso. Y atribuía esto a la falta de firmeza y de cuidados diligentes y perseverantes por mi parte.

Una firmeza inquebrantable, una diligencia ferviente, una perseverancia incansable y unos cuidados incesantes eran precisamente las cualidades de las que me enorgullecía en privado y con las que esperaba, con el tiempo, vencer todas las dificultades y lograr por fin el éxito. Quería decir algo para justificarme, pero al intentar hablar noté que me temblaba la voz, y por no mostrar mi emoción ni permitir que se me saltasen las lágrimas que se me acumulaban en los ojos, opté por guardar silencio y soportarlo todo, como una rea confesa.

Así se me despedía y así me iba a mi casa. ¡Ay de mí! ¿Qué pensarían de mí? Incapaz, después de todo lo que me había lactado, de mantener ni siquiera durante un año el puesto de

Librodot

institutriz para tres niños pequeños, cuya madre, en palabras de mi propia tía era «una señora muy simpática». Habiendo sido pesada en la balanza[122] de esta forma y resultado deficiente, no podía albergar esperanzas de que se me permitiese volverlo a intentar. Y esta idea me sentó muy mal porque a pesar de lo mucho que me habían hostigado, vejado y desilusionado y lo mucho que había aprendido a valorar y apreciar mi hogar, aún no estaba cansada de aventuras ni dispuesta a renunciar a intentarlo. Sabía que todos los padres no eran como los señores Bloomfield, y que no todos los niños eran como los suyos. La siguiente familia sería diferente, y cualquier cambio sería para mejorar. La adversidad me había hecho madurar y la experiencia me había enseñado, y ansiaba redimir el honor perdido a los ojos de aquellos cuya opinión me importaba más que ninguna otra del mundo.

CAPÍTULO VI
DE VUELTA A LA RECTORÍA

Durante unos cuantos meses permanecí tranquilamente en casa, disfrutando apaciblemente de la libertad y el descanso y el verdadero afecto, de los que me había visto tanto tiempo privada, y siguiendo seriamente con mis estudios con el fin de recuperar lo perdido durante mi estancia en Wellwood House y acumular nuevas reservas para futuro uso.

La salud de mi padre aún no estaba muy bien, aunque no materialmente peor que la última vez que lo había visto, y me alegraba de tener la capacidad de animarlo con mi regreso y divertirlo cantando sus melodías preferidas.

Nadie se alegró de mi fracaso ni me dijo que debía haber escuchado sus consejos y haberme quedado en casa. Todos estaban contentos de tenerme de vuelta y me colmaban de más amabilidad que antes, para compensarme por todo lo que había sufrido. Pero nadie consintió en tocar ni un chelín de lo que tan a gusto había ganado y tan cuidadosamente ahorrado, con la esperanza de gastarlo con ellos. A fuerza de hacer economías y escatimar gastos, nuestras deudas ya estaban casi todas pagadas. Mary había tenido mucho éxito con sus dibujos, pero nuestro padre había insistido en que ella también se quedase con todos los beneficios de su industria. Todo lo que podíamos evitar invertir en abastecer nuestro humilde guardarropa y en nuestros pequeños gastos personales nos ordenó guardarlo en la caja de ahorros, diciendo que no sabíamos lo pronto que podríamos tener que depender sólo de esta cantidad para sobrevivir, pues él creía que le quedaba poco tiempo de estar con nosotros, y que sólo Dios sabía qué sería de nuestra madre y de nosotras cuando él ya no estuviera.

¡Querido papá!, si se hubiera preocupado menos de las aflicciones que nos amenazaban en caso de su muerte, estoy convencida de que ese funesto acontecimiento no hubiese tenido lugar tan pronto. Mi madre nunca le permitía reflexionar sobre ello si podía evitarlo.

-¡Oh, Richard! -exclamó en una ocasión-, si te olvidaras de esas cuestiones tan tétricas, vivirías tanto como cualquiera de nosotras; por lo menos vivirías bastante para ver casadas a las chicas y para ser un feliz abuelo con una jovial vieja por compañera.

Mi madre se rió y mi padre también, pero la risa de él se convirtió en un melancólico suspiro.

-¡Casadas ellas, pobres indigentes! -dijo-. ¿Quién querrá casarse con ellas?

-Pues nadie que no esté encantado de conseguirlas. ¿No era yo una indigente cuando te casaste tú conmigo? Y por lo menos fingiste estar muy contento con tu adquisición. Pero no importa que se casen o no; podemos inventar mil maneras de ganarnos el pan; y me extraña, Richard, que puedas calentarte la cabeza preocupándote por nuestra pobreza en caso de tu muerte, como si nos importase eso comparado con la calamidad de perderte a ti, una aflicción

[122] Daniel 5,27.

que, lo sabes bien, eclipsaría a todas las demás y que tú debes hacer todo lo posible por evitarnos; no hay nada como una mente optimista para mantener sano el cuerpo.

-Ya sé, Alice, que no está bien estar siempre lamentándose como yo, pero no puedo evitarlo; debes tener paciencia conmigo.

-¡No tendré paciencia contigo si logro hacerte cambiar! -respondió mi madre, pero el sincero afecto de su tono y su bonita sonrisa superaban la aspereza de sus palabras y mi padre volvió a sonreír con menos tristeza y por más tiempo de lo habitual.

-Mamá -dije yo en cuanto encontré la oportunidad de hablar con ella a solas-, tengo poco dinero y durará poco; si pudiera aumentarlo, reduciría la ansiedad de papá por un tema por lo menos. No sé dibujar como Mary, y lo mejor que podría hacer sería buscar otro empleo.

-¡Conque lo volverías a intentar, Agnes!

-Desde luego que sí.

-Pues, querida mía, yo creía que ya habías tenido suficiente.

-Pero yo sé -dije- que no todo el mundo es como los señores Bloomfield...

-Los hay peores -interrumpió mi madre.

-Pero no muchos, creo -repliqué-, y estoy segura de que no todos los niños son como los suyos; pues Mary y yo no éramos así; siempre os obedecíamos, ¿verdad?

-Generalmente. Pero yo no os mimaba, y no erais ángeles después de todo: Mary era bastante terca y tú tenías algo de mal genio; pero en general erais muy buenas.

-Sé que a veces me enfurruñaba, y me hubiera gustado ver disgustados a estos niños también a veces, porque lo hubiera podido comprender. Pero ellos no se enfurruñaban, porque no había forma de ofenderlos ni herirlos ni avergonzarlos; no se les podía hacer desgraciados de ninguna manera, excepto cuando estaban furiosos.

-Bien, si no se podía, no era culpa suya; no puedes esperar que la piedra sea tan dúctil como la arcilla.

-No, pero aun así, es muy desagradable convivir con unas criaturas tan poco impresionables y tan incomprensibles. No puedes quererlos, y aunque pudieras, sería un desperdicio total de cariño, pues ellos ni lo comprenderían ni lo apreciarían ni corresponderían a él. Sin embargo, aunque me topara de nuevo con una familia semejante, lo cual es poco probable, tengo toda esta experiencia desde el principio y me iría mucho mejor que antes; el propósito final de todo este preámbulo es: deja que lo intente de nuevo.

-Desde luego, hija mía, ya veo que no es fácil desalentarte; y me alegro de ello. Pero deja que te diga: estás mucho más pálida y delgada que cuando te marchaste de casa al principio y no podemos consentir que te arruines la salud para acumular dinero ni para ti ni para los demás.

-Mary también dice que he cambiado, y no me extraña mucho, pues estaba en un constante estado de agitación y ansiedad todo el santo día; pero la próxima vez estoy decidida a tomarme las cosas con calma.

Después de algunas discusiones más, mi madre prometió una vez más ayudarme, siempre que me esperase y tuviese paciencia; y yo dejé que fuera ella quien sacara el tema con mi padre cuando y como le pareciese más aconsejable, no dudando ni por un momento de su capacidad de lograr su consentimiento.

Mientras tanto, buscaba con gran interés en las columnas de anuncios de los periódicos, y escribí respuesta a todos los «Se busca institutriz» que parecieran mínimamente aceptables. Pero enseñaba concienzudamente a mi madre todas mis cartas y las respuestas a ellas, cuando las había, y ella, para gran desazón mía, me hizo rechazarlos puestos uno tras otro: unos porque eran personas rastreras, otros demasiado exigentes en sus requerimientos y aquéllos demasiado tacaños a la hora de la remuneración.

-Tus talentos no son los de cualquier hija de clérigo, Agnes -me decía-, y no debes desperdiciarlos. Recuerda que has prometido tener paciencia, no hay ninguna prisa, tienes mucho tiempo por delante, y habrá muchas más ocasiones.

Librodot

Finalmente me aconsejó que pusiera un anuncio en el periódico, diciendo mis cualificaciones, etc.

-Música, canto, dibujo, francés, latín y alemán –dijo- no son poca cosa; muchos se alegrarán de reunir tanto en un mismo profesor y esta vez probarás fortuna con una familia algo más encumbrada, con la de un verdadero caballero de pura cepa, pues es más probable que éstas te traten con el debido respeto y consideración que los peseteros comerciantes y arrogantes advenedizos. He conocido a varias familias de las más elevadas que trataban a las institutrices como a una de la familia, aunque sé que algunos son tan insolentes y exigentes como cualquiera, pues hay bueno y malo entre todas las clases sociales.

Redacté y envié el anuncio rápidamente. De las dos personas que respondieron, sólo una consentía en pagarme cincuenta libras, la suma que me aconsejó mi madre que nombrara como el sueldo que pretendía ganar; y yo dudaba sobre aceptar o no, pues temía que los niños fuesen demasiado mayores y que sus padres quisieran a alguien más ostentoso, o con más experiencia, o más talento que yo; pero mi madre me persuadió que no lo rechazara por estos motivos: me iría estupendamente, dijo, si conseguía vencer mi apocamiento y adquirir un poco más de confianza en mí misma. Sólo debía decir llana y sinceramente mis habilidades y cualificaciones, exponer las estipulaciones que decidiese hacer y esperar el resultado.

La única estipulación que me atreví a proponer fue pedir dos meses de vacaciones al año para visitar a los míos, en verano y en Navidades. La dama desconocida, en su respuesta, no puso reparos a esto, y declaró que en lo referente a mis habilidades estaba segura que resultaría satisfactoria; pero en la contratación de institutrices consideraba estas cosas meros puntos subordinados, pues al hallarse ubicados en las proximidades de O[123], podría encontrar a maestros para suplir cualquier deficiencia en ese respecto, pero que, en su opinión, aparte de una moralidad irreprochable, un temperamento dulce y jovial y una disposición servicial, eran los requisitos más esenciales.

A mi madre esto no le hizo ninguna gracia y puso muchos reparos a que aceptase el puesto, con el caluroso apoyo de mi hermana; pero no queriendo sufrir otro desengaño, les vencí a ambas; y, habiendo obtenido primeramente el consentimiento de mi padre, a quien había dado parte poco tiempo antes de estas transacciones, escribí una epístola de lo más servicial a mi desconocida correspondiente y, finalmente, se concluyó el negocio.

Se decretó que el último día de enero debía ocupar mi nuevo puesto como institutriz con la familia del señor Murray, de Horton Lodge, cerca de O-, a unas setenta millas de nuestra aldea, una distancia formidable para mí, que nunca me había alejado más de veinte millas de casa en el transcurso de mis veinte años de estancia sobre la tierra y como, además, cada miembro de aquella familia y cada persona de los alrededores era desconocida para mí y para todos mis amigos. Pero esto lo hacía incluso más emocionante: hasta cierto punto me había librado de la *mauvaise honte* que me había oprimido tanto; había un agradable aliciente en la idea de aventurarme por regiones desconocidas y abrirme paso sola entre los extraños habitantes. Me complacía que iba a ver algo del mundo; la residencia del señor Murray estaba cerca de una gran ciudad, y no en un distrito industrial, donde la gente no tenía otra cosa que hacer que ganar dinero; su rango, por lo que pude deducir, parecía ser mayor que el del señor Bloomfield y, sin duda, sería uno de aquellos hidalgos de pura cepa de los que hablaba mi madre, que trataría a su institutriz con la debida consideración como una señorita respetable y bien educada, instructora y guía de sus hijos, y no meramente una criada superior; además, mis alumnos, al ser mayores, serían más racionales, más instruibles y menos fastidiosos que los anteriores, estarían menos confinados en el aula y no necesitarían una labor constante y una vigilancia incesante. Y finalmente... se entremezclaban brillantes visiones con mis esperanzas, con las que poco o nada tenían que ver el cuidado de los niños y las simples obligaciones de una institutriz. Así verá el lector que no pretendía ser considerada un mártir a la devoción filial, que salía dispuesta a sacrificar la paz y la libertad con el solo propósito de acumular reservas para el bienestar y sustento de mis padres; aunque, desde luego, el

[123] Presumiblemente la ciudad de York.

Librodot

bienestar de mi padre y el futuro sustento de mi madre ocupaban un importante lugar en mis cálculos, y cincuenta libras no me parecía una cantidad corriente. Debía tener ropa decente de acuerdo con mi posición; debía, parecía ser, mandar hacer la colada fuera de la casa, y también pagar los cuatro viajes anuales entre Horton Lodge y mi casa; pero, poniendo estricta atención en la economía, estaba segura de que veinte libras, o poco más, cubrirían estos gastos y quedarían treinta para el banco, o poco menos. ¡Qué valioso aumento de nuestro capital! ¡Oh, debía esforzarme por mantenerme en este puesto, fuera como fuese! Tanto por mi propio honor ante los míos como por el gran servicio que les prestaría quedándome allí.

CAPÍTULO VII
HORTON LODGE

EL treinta y uno de enero era un día desapacible y tormentoso; soplaba un fuerte viento del norte, y una constante ventisca se amontonaba en el suelo y remolineaba por el aire. Mi familia hubiera querido que retrasase mi partida, pero, temerosa de predisponer a mis patrones en mi contra por semejante falta de puntualidad al inicio de mi compromiso, insistí en cumplir lo acordado.

No infligiré a los lectores el castigo de una descripción de mi partida aquella mañana oscura e invernal, de las cariñosas despedidas, del largo, larguísimo viaje a O-, de las solitarias esperas en las posadas por coches o trenes -pues entonces ya había algunos ferrocarriles-[124] y, finalmente, del encuentro en O- con el criado del señor Murray, a quien habían mandado con el faetón para llevarme desde allí a Horton Lodge.

Sólo diré que la fuerte nevada había puesto tantos obstáculos a los caballos y a las máquinas de tren que ya se había hecho de noche unas cuantas horas antes de que alcanzase el término de mi viaje, y que al final se desató una tormenta muy desalentadora, que convirtió el espacio de unas cuantas millas que hay entre O- y Horton Lodge en una travesía larga y formidable. Estuve sentada resignada, la fría y cortante nieve atravesándome el velo y amontonándoseme en el regazo, sin ver nada, preguntándome cómo el pobre caballo y el pobre cochero podían progresar siquiera tan bien como lo hacían, y verdaderamente era una manera lenta y laboriosa de progresar por decir poco.

Por fin hicimos una pausa; y a un grito del cochero, alguien corrió el cerrojo y giró sobre unos chirriantes goznes lo que parecía ser la puerta del parque. Luego avanzamos por un camino más suave, donde de vez en cuando vislumbraba una enorme masa blanquecina que centelleaba a través de la oscuridad, que tomé por un árbol cubierto de nieve.

Después de bastante tiempo hicimos una nueva pausa, ante el elegante pórtico de una casa grande con largas ventanas que llegaban al suelo.

Me levanté con alguna dificultad de debajo de la montaña de nieve que me cubría y me apeé del carruaje, esperando que una recepción amable y hospitalaria me compensaría por las penas y fatigas del día. Un personaje caballeroso vestido de negro abrió la puerta, admitiéndome a un espacioso vestíbulo iluminado por una lámpara de color ámbar que colgaba del techo; me condujo a través de éste, a lo largo de un corredor y, abriendo la puerta de un cuarto trasero, me dijo que era el aula. Entré y encontré a dos jóvenes damas y dos jóvenes caballeros, mis futuros alumnos, supuse. Después de un saludo formal, la muchacha mayor, que jugueteaba con un pedazo de lienzo y una cesta de lanas alemanas[125], me preguntó si quería subir a mi cuarto.

Contesté afirmativamente, como es natural.

[124] La primera línea de ferrocarril que llegaba hasta York fue terminada en 1840.

[125] Lana refinada y de colores utilizada para tejer y hacer tapices; posteriormente vuelve a aparecer como «lanas de Berlín».

-Matilda, coge una vela y acompáñala a su habitación -dijo.

La señorita Matilda, una robusta jovenzuela de unos catorce años, con un vestido corto y pantalones, se encogió de hombros e hizo una pequeña mueca, pero cogió una vela y me precedió por la escalera de atrás, por dos tramos largos y empinados, y a través de un largo pasillo hasta una habitación pequeña pero tolerablemente cómoda. Entonces me preguntó si quería té o café. Estuve a punto de responder que no, pero, recordando que no había tomado nada desde las siete de la mañana y sintiéndome algo desmayada por esta causa, dije que tomaría una taza de té. Asegurándome de que se lo diría a «Brown», se marchó la joven; y cuando me hube quitado la capa pesada y húmeda, el chal, el sombrero y lo demás, vino una melindrosa doncella a decir que las señoritas querían saber si tomaría el té allí arriba o en el aula. Con la excusa del cansancio, decidí tomarlo allí. Se retiró y, después de un rato, regresó con una pequeña bandeja de té, que colocó en la cómoda que hacía las veces de tocador. Después de darle las gracias con cortesía, le pregunté a qué hora se esperaba que me levantase por la mañana.

-Las señoritas y los señoritos desayunan a las ocho y media, señora -me dijo-; se levantan temprano, pero como rara vez dan las clases antes del desayuno, supongo que estará bien que se levante usted poco después de las siete.

Le pedí que me hiciera el favor de despertarme a las siete y, prometiendo que así lo haría, se retiró. Entonces, después de romper el largo ayuno con una taza de té y unas finas rebanadas de pan con mantequilla, me senté junto al pequeño fuego humeante y me entretuve con un espontáneo ataque de llanto; después de lo cual dije mis oraciones y entonces, sintiéndome considerablemente aliviada, empecé los preparativos para acostarme; pero dándome cuenta de que no me habían subido el equipaje, inicié la búsqueda de la campana, y no encontrando señales de objeto tan útil en ningún rincón del cuarto, cogí la vela y me embarqué a través del largo pasillo y por la empinada escalera en un viaje de reconocimiento. Al encontrarme con una dama bien vestida por el camino, le dije lo que quería, pero no sin gran vacilación, pues no estaba muy segura si sería una criada superior o la mismísima señora Murray. Dio la casualidad, sin embargo, de que era su doncella personal.

Con el aire de alguien que concede un favor excepcional, se dignó encargarse de hacer que me enviasen las cosas; y cuando hube regresado a mi habitación y esperado perpleja mucho rato, con gran temor de que se le hubiera olvidado o hubiera dejado de cumplir su promesa, dudando si debía seguir esperando, acostarme o volver a bajar, al fin se me reavivaron las esperanzas al oír voces y risas, acompañadas de pisadas en el corredor, y al poco me trajeron el equipaje una doncella con aspecto tosco y un hombre, ninguno de los cuales reflejó en su comportamiento mucho respeto hacia mi persona.

Habiendo cerrado la puerta al retirarse ellos y sacado algunas cosas de las maletas, por fin me dispuse a descansar, con bastante gusto, pues me sentía fatigada en cuerpo y alma.

Con una extraña sensación de desolación mezclada con una fuerte conciencia de lo novedoso de mi situación y una curiosidad exenta de alegría por lo que había de venir, desperté a la mañana siguiente, sintiéndome como alguien transportado por un hechizo y lanzado de repente desde las nubes a una tierra remota y extraña, completamente aislada de todo lo que hubiera visto o conocido antes; o como una semilla de cardo llevada por el viento a algún recóndito rincón de suelo hostil, donde debía permanecer mucho tiempo hasta echar raíces y germinar, si es que tal cosa es posible, nutriéndose de algo tan ajeno a su naturaleza. Pero esto no da en absoluto una idea exacta de mis sentimientos; y nadie que no haya vivido una vida tan retirada y recoleta como la mía puede imaginar cuáles eran, ni siquiera si sabe lo que significa despertar una mañana para encontrarse en Port Nelson en Nueva Zelanda, con un mundo de aguas[126] entre él y todos los suyos.

Tardaré en olvidar la extraña sensación con la que levanté la persiana y miré el mundo desconocido: todo lo que encontraron mis ojos fue un desierto blanco, un yermo de

[126] *World of waters* en el original. Palabras de *El paraíso perdido* de Milton, poeta del siglo XVII.

Librodot

Desiertos pasados por nieve,

y bosquecillos bien cargado[127].

Bajé al aula sin gran avidez por reunirme con mis alumnos, aunque tampoco desprovista del todo de curiosidad por lo que podría revelar un trato más estrecho con ellos. Entre otras cosas de más obvia importancia, me propuse hacer una cosa: debía llamarles señorita y señorito. Me pareció de una meticulosidad desalentadora y antinatural entre los hijos de una familia y su profesora y compañera cotidiana, especialmente cuando aquéllos estaban en plena niñez, como en el caso de Wellwood House; pero incluso allí, el que llamase a los pequeños Bloomfield simplemente por sus nombres se había tomado por una libertad ofensiva, como sus padres se habían preocupado de comunicarme, nombrándoles cuidadosamente como el señorito y la señorita Bloomfield, etc., cuando hablaban conmigo. Había tardado mucho en darme por aludida, pues todo el asunto me pareció de lo más absurdo; pero ahora decidí ser más sensata, y comenzar desde el principio con toda la formalidad y ceremonia que pudiera desear cualquier miembro de la familia. Además, al ser mayores los jóvenes, me costaría menos trabajo, aunque las palabras señorita y señorito parecían estar dotadas de un efecto sorprendente para reprimir toda amabilidad familiar y sincera y extinguir cada llamarada de cordialidad que pudiera surgir entre nosotros.

Como no me siento capaz, a la manera de Dogbeny[128], de descargar todo lo tedioso sobre el lector, no pasaré a aburrirle con los detalles precisos de todos los descubrimientos y procederes de aquel día y el siguiente. Sin duda se sentirá muy satisfecho con un ligero bosquejo de los diferentes miembros de la familia, y un panorama general del primer año o dos de mi estancia entre ellos.

Para empezar con el cabeza de familia, el señor Murray era, según la opinión general, un terrateniente fanfarrón y jaranero, aficionado a la caza del zorro, experto jinete y veterinario, agricultor activo y pragmático y un entusiasta *bon vivant; y* digo según la opinión general porque, con excepción de los domingos cuando iba a la iglesia, yo no le veía de un mes al siguiente, a no ser que me cruzara por casualidad con la figura de un caballero alto y corpulento, con mejillas escarlata y nariz carmesí al cruzar el vestíbulo o pasear por el jardín. En tales ocasiones, si pasaba lo bastante cerca como para poder hablar, solía dedicarme una inclinación informal de cabeza, acompañada de un «Buenos días, señorita Grey» o un saludo igualmente breve. A menudo oía sus fuertes carcajadas desde lo lejos, y aun más a menudo lo oía renegar y blasfemar contra los criados, el palafrenero, el cochero o algún otro sirviente desafortunado.

La señora Murray era una vistosa y bien parecida dama de cuarenta años, que no necesitaba de colorete ni de rellenos para aumentar sus encantos, y cuyos principales placeres eran, o parecían ser, dar frecuentes fiestas y vestir a la ultimísima moda.

No la vi hasta las once de la mañana siguiente a mi llegada, cuando me honró con una visita, exactamente igual que mi madre solía acudir a la cocina pasa ver a una nueva doncella... pero tampoco, pues mi madre la habría ido a ver nada más llegar, y no habría esperado hasta el día siguiente. Además, se habría dirigido a ella de manera más abierta y amable, y le habría dedicado alguna palabra de aliento amén de la simple explicación de sus deberes; pero la señora Murray no hizo ni una cosa ni la otra. Simplemente se dejó caer por el aula, a su regreso de encargar el almuerzo en la habitación del ama de llaves, me deseó los buenos días, se quedó de pie dos minutos junto al fuego, dijo algunas palabras referentes al tiempo y el viaje «algo duro» que debí de sufrir el día anterior, acarició a su benjamín -un muchacho de diez años, que acababa de limpiarse las manos en su vestido, después de darse

[127] Versos del poema «Winter> del libro *The Seasons* de James Thomson, ya mencionado en la nota 1.
[128] Personaje de la obra de Shakespeare *Mucho ruido y pocas nueces* que en 111. v. 20-22 se ofrece a endosar todo su tedio a su acompañante.

el gusto de comer algún sabroso bocado tomado de la despensa del ama de llaves-, me contó lo dulce y bueno que era, y después salió majestuosamente, con una sonrisa satisfecha en la cara, pensando, sin duda, que había cumplido sobradamente de momento y que además había sido deliciosamente condescendiente. Era evidente que sus hijos compartían su opinión, y sólo yo pensaba de otro modo.

Después de esto vino a verme una o dos veces, en ausencia de mis alumnos, para informanne de mis obligaciones para con ellos. En cuanto a las chicas, parecía ansiosa de que adquirieran sólo tal cantidad de atractivos superficiales y destrezas ostentosas como no les causara molestias o fastidios adquirir; y yo debía de actuar en consonancia: estudiar y esforzarme por divertirlas y complacer, instruir, refinar y pulirlas con el mínimo esfuerzo por su parte y sin ejercer ninguna autoridad por la mía. Con respecto a los dos muchachos, pretendía más o menos lo mismo, sólo que en vez de destrezas debía llenarles la cabeza todo lo que podía de gramática latina y del *Delectus* de Valpy[129], en preparación para el colegio, es decir, todo lo que podía sin causarles incomodidad a *ellos.* Puede que John fuese «una pizca fogoso» y Charles un poco «nervioso y tedioso...».

-Pero en cualquier caso, señorita Grey -me dijo-, espero que usted mantenga la calma y siempre sea paciente y tolerante, sobre todo con el querido Charles, que es tan nervioso y sensible, y está desacostumbrado a nada que no sea el trato más suave. Me perdonará por decirle estas cosas; el caso es que hasta ahora todas las institutrices, incluso las mejores, me han parecido deficientes en este respecto. Les faltaba ese carácter manso y sosegado que san Mateo[130], o algún otro, dice que es mejor que cubrirse de adornos... usted sabrá a qué pasaje me refiero, pues es hija de clérigo, pero no dudo de que usted cumplirá en este aspecto como en el resto. Y recuerde, en todas las ocasiones, cuando alguno de los jóvenes hace algo inadecuado, si no se las arregla con persuasión y reproches, que venga uno de los otros a contármelo a mí, porque yo puedo hablarles más llanamente de lo que sería correcto que lo hiciera usted. Y hágales todo lo felices que pueda, señorita Grey, y me atrevo a decir que le irá muy bien.

Me di cuenta de que mientras que la señora Murray se preocupaba sobremanera por el bienestar y felicidad de sus hijos y hablaba continuamente de ello, ni una vez se refirió a los míos, aunque ellos estaban en su propia casa y rodeados de los suyos y yo era una forastera entre extraños; yo aún no conocía bastante el mundo como para no sorprenderme considerablemente por esta anomalía.

La mayor de las señoritas Murray, por otro nombre Rosalie, tenía unos dieciséis años cuando yo llegué y era una joven muy bonita. Dos años después, cuando el tiempo hubo desarrollado más sus formas y añadido gracia a su porte y presencia, se hizo realmente bella, de una manera absolutamente fuera de lo común. Era alta y esbelta, pero no delgada, perfectamente formada, exquisitamente rubia, pero sin carecer de una frescura lozana y saludable. El cabello, que llevaba peinado en profusión de largos tirabuzones, era de un castaño muy claro, casi dorado, los ojos de un azul celeste, pero tan claros y brillantes que casi nadie querría que fuesen más oscuros, sus demás facciones eran pequeñas, no del todo regulares y tampoco lo contrario, por lo que nadie dudaría en pronunciarla una muchacha preciosísima. Ojalá pudiera decir lo mismo de su mente y su disposición que de su figura y su semblante.

Sin embargo, no piensen que tengo que hacer ninguna terrible revelación: era vivaz, alegre y podía ser muy agradable, con los que no le llevaran la contraria. Conmigo, al principio de mi estancia era fría y altiva, y luego insolente y arrogante; pero al conocernos más, poco a poco dejó a un lado sus aires, y con el tiempo llegó a tenerme tanto afecto como le era posible a *ella* tenerle a alguien de mi carácter y posición; porque rara vez se olvidaba durante más de media hora seguida de que yo era una empleada y la hija de un clérigo pobre.

[129] El *Delectus Sententiarum et Historiarum* de Richard Valpy era un libro de texto latino muy utilizado en aquellos años. Parece ser que Anne Brontë precisamente adquirió un ejemplar de la obra en la época en que trabajaba para la familia Robinson.

[130] En realidad se refiere a 1 Pedro 3, 3-4. La equivocación supone una pequeña broma a expensas de la señora Robinson, que era hija de un canónigo.

Librodot

Y no obstante, en general, creo que me respetaba más de lo que ella misma se daba cuenta, porque yo era la única persona de aquella casa que siempre manifestaba buenos principios, habitualmente decía la verdad y procuraba anteponer el deber a la inclinación; y digo esto no para alabarme yo sino para mostrar el estado deplorable de la familia a la que dedicaba, de momento, mis servicios. No había ningún miembro de la familia en que lamentase esta falta de principios más que en la propia señorita Rosalie; no sólo porque se hubiera encariñado conmigo, sino porque ella misma poseía tanta amabilidad y simpatía que, a pesar de sus defectos, la apreciaba realmente, cuando no me indignaba o me exasperaba con un despliegue demasiado importante de sus defectos, los cuales, no obstante, hubiera querido pensar, eran más el efecto de su educación que de su disposición. Nunca le habían enseñado a distinguir entre el bien y el mal. Como a sus hermanos, desde la infancia le habían permitido tiranizar a sus niñeras, institutrices y doncellas; no le habían enseñado a moderar sus deseos, controlar su genio o sacrificar sus propios placeres por el bien ajeno. Al tener un temperamento bueno por naturaleza, nunca era violenta o arisca, pero por un exceso de complacencia y una falta habitual de razón, a menudo era quisquillosa y caprichosa; nunca le habían cultivado la mente: su intelecto era, como mucho, bastante escaso. Tenía bastante vivacidad, algo de rapidez perceptiva, y un poco de talento para la música y el aprendizaje de los idiomas, pero hasta los quince años no se había molestado en aprender nada. Entonces un afán de protagonismo había despertado sus facultades y le había inducido a aplicarse, pero sólo en las habilidades más vistosas. Y así estaban las cosas cuando llegué yo: todo estaba relegado a un segundo término menos el francés, el alemán, el canto, el baile, las labores de costura y un poco de dibujo[131], el tipo de dibujo que produjera el máximo efecto con el mínimo esfuerzo, y las partes principales del cual generalmente realizaba yo. Para la música y el canto, además de mis enseñanzas esporádicas, disfrutaba de los servicios del mejor profesor que había en la región; y en estas destrezas, además de en el baile, adquirió gran pericia. A decir verdad, dedicaba demasiado tiempo a la música, como yo, simple institutriz que era, le decía con frecuencia. Pero su madre opinaba que si le gustaba, era imposible que dedicara demasiado tiempo a adquirir unos conocimientos tan atractivos.

De las labores yo no sabía nada más de lo que me había explicado mi alumna y lo que había visto por mí misma; pero una vez iniciada, me utilizaba ésta de veinte maneras diferentes: pasó a mis hombros todas las partes tediosas de su labor, tales como preparar los bastidores, fijar el lienzo, clasificar las lanas y las sedas, hacer los rellenos, contar las puntadas y acabar las piezas cuando ella se cansaba de ellas.

A los dieciséis años, la señorita Rosalie era algo traviesa, pero no más de lo normal y permisible en una joven de esa edad; pero a los diecisiete, esa propensión, como todo lo demás, comenzó a dar paso a la pasión predominante y pronto quedó engullida por la ambición absorbente de atraer y deslumbrar al sexo contrario. Pero basta de hablar de ella: veamos ahora a su hermana.

La señorita Matilda Murray era una verdadera tunanta de la que poco hay que decir. Tenía unos dos años y medio menos que su hermana, las facciones más grandes y el cutis mucho más moreno. Era posible que se convirtiera en una mujer bien parecida, pero era demasiado grande y torpe para ser considerada una joven bonita y, de momento, le importaba bien poco. Rosalie conocía todos sus encantos y los creía aun mayores de lo que eran, y los valoraba más de lo que hubiera debido valorarlos aunque hubiesen sido tres veces más grandes. Matilda se veía muy bien, pero la cuestión le preocupaba poco, y aun menos le preocupaban el cultivo de la mente y la adquisición de talentos sociales. La manera en la que aprendía las lecciones y practicaba la música estaba calculada para hacer enloquecer a cualquier institutriz. Por cortas y fáciles que fuesen sus tareas, las hacía sin orden o concierto en cualquier momento, si es que las hacía, pero generalmente en los momentos menos oportunos, de la forma menos beneficiosa para ella misma y la menos satisfactoria

[131] Éstos parecían ser los únicos conocimientos importantes y apropiados que una joven de la alta sociedad necesitaba.

Librodot

para mí. Durante la media hora corta de práctica de la música, cencerreaba de forma horrible; mientras tanto, no cesaba de insultarme o por interrumpirle para corregirle o por no rectificar sus errores antes de cometerlos, o por algún otro motivo igualmente poco razonable.

Una o dos veces me atreví a reñirle en serio por una conducta tan irracional, pero en cada una de estas ocasiones recibí unas reconvenciones tan sentidas de parte de su madre que me convencieron de que, si quería mantenerme en el puesto, debía dejar a la señorita Matilda que siguiera a su aire.

Cuando acababan las lecciones, sin embargo, generalmente terminaba también su mal humor. Mientras montaba en su brioso caballo o jugueteaba con los perros, o con sus hermanos, pero sobre todo con su querido hermano John, estaba más contenta que unas pascuas.

Como animal, Matilda estaba bien, llena de vida, vigor y actividad; como ser inteligente, era bárbaramente ignorante, indócil, descuidada e irracional, y por lo tanto, muy perturbadora para quien tuviera la tarea de cultivar su entendimiento, reformar sus modales y ayudarle a adquirir el refinamiento que ella, a diferencia de su hermana, despreciaba tanto como lo demás. Su madre era parcialmente consciente de sus deficiencias y me dio muchos sermones sobre cómo debía intentar formar sus gustos y procurar despertar y alimentar su latente vanidad y, por medio de hábil e insinuante adulación, dirigir su atención hacia los objetivos deseados -cosa que yo no quería hacer- y cómo debía preparar y allanar el camino del aprendizaje hasta que pudiera deslizarse por él sin hacer el más mínimo esfuerzo, cosa que no podía hacer, porque nada útil puede enseñarse sin un poco de esfuerzo por parte del aprendiz.

Moralmente hablando, era temeraria, voluntariosa, violenta e incapaz de avenirse a razones. Una prueba del estado lamentable de su mente era que, siguiendo el ejemplo de su padre, había aprendido a blasfemar como un arriero.

Su madre se sentía muy escandalizada por esta «travesura poco femenina» y se preguntaba «dónde la habría aprendido».

-Pero usted no tardará en hacérsela olvidar, señorita Grey -me dijo-; sólo es una costumbre, y si usted se lo recuerda con delicadeza cada vez que lo hace, estoy segura de que pronto dejará de hacerlo.

No sólo se lo «recordaba con delicadeza», sino que intentaba hacerle ver qué impropio era y qué perturbador para los oídos de las personas decentes; pero era inútil; me respondía simplemente con una risa desenfadada y las palabras:

-¡Oh, señorita Grey! La he escandalizado. ¡Qué contenta estoy!

-Bien, no puedo evitarlo. Papá no hubiera debido enseñarme. Lo he aprendido todo de él, y quizás un poco del cochero.

Su hermano John, alias el señorito Murray, tendría unos once años cuando yo llegué, y era un muchachote corpulento y sano, franco y bonachón por lo general, y hubiera podido ser un joven estupendo si hubiese sido educado adecuadamente, pero era tan bruto como un osezno, alborotado, revoltoso, indisciplinado, ineducado, ineducable... por lo menos para una institutriz vigilada por su madre. Puede que en la escuela sus maestros lo manejaran mejor, pues lo iban a mandar a la escuela, para gran alivio mío, al año siguiente, en un estado, hay que decir, de escandalosa ignorancia del latín, además de las cosas más útiles aunque también más descuidadas. Sin duda todo esto se achacaría a que su educación había sido confiada a una maestrilla ignorante, que se había atrevido a emprender algo para lo que era totalmente incompetente. No me libré de su hermano hasta doce meses después, cuando a él también lo despacharon en el mismo estado de vergonzosa ignorancia como el primero.

El señorito Charles era el favorito de su madre. Tenía algo más de un año menos que John, pero era mucho más pequeño, más pálido y menos activo y robusto; un niño quisquilloso, cobarde, caprichoso y egoísta, sólo activo para cometer travesuras, y sólo inteligente para inventar embustes, no simplemente para disimular sus propios defectos, sino, con maliciosa crueldad, para crear inquina entre los demás. A decir verdad, el señorito

Librodot

Charles era un gran fastidio para mí: era una prueba para la paciencia convivir con él pacíficamente; cuidarlo era peor; y enseñarle, o pretender enseñarle, era impensable.

A los diez años no sabía leer correctamente el renglón más sencillo del libro más fácil; y puesto que, según los principios de la madre, había que decirle cada palabra antes de que tuviese tiempo de vacilar o de examinar su ortografía y nunca había que informarle, como estímulo para que se esforzase, de que había otros muchachos más adelantados que él, no es sorprendente que hiciese pocos progresos durante los dos años que yo me encargué de su educación.

Había que repetirle sus diminutas porciones de gramática latina etc. hasta que él decidiera decir que ya se las sabía, y luego había que ayudarle a decirlas. Si cometía errores en las sencillas operaciones aritméticas, había que enseñárselos enseguida y hacerle las operaciones correctamente, en vez de dejarle ejercer sus facultades buscándolos él mismo; de esta forma, por supuesto, no se afanaba por evitar los errores, sino que frecuentemente ponía los números al azar sin hacer ningún cálculo.

Sin embargo, no siempre me limitaba a cumplir estas normas; hacerlo iba contra mi conciencia; pero rara vez conseguía desviarme de ellas ni siquiera un poco sin incurrir en la cólera de mi pequeño alumno, y después en la de su mamá, a quien narraba mis transgresiones, maliciosamente exageradas o adomadas con fantasías suyas; y a menudo, en consecuencia, estuve a punto de perder o renunciar a mi puesto. Pero por el bien de los míos, me tragaba el orgullo y contenía la indignación, y así logré seguir adelante hasta que mi pequeño atormentador fue enviado a la escuela, pues su padre declaró que la educación en el hogar «no le iba bien, estaba claro; su madre lo mimaba de manera ultrajante y su institutriz era incapaz de sacarle partido».

Unas cuantas observaciones más sobre Horton House y lo sucedido allí, y dejaré las áridas descripciones de momento. Era una casa muy respetable, superior a la del señor Bloomfield tanto por su edad y tamaño como por su magnificencia: el jardín no estaba diseñado con tanto gusto, pero en lugar de un simple césped bien segado y jóvenes árboles protegidos por vallas, el bosquecillo de álamos intrusos y la plantación de abetos, había un amplio parque, repleto de ciervos y embellecido por hermosos árboles añosos. El paisaje de los alrededores era agradable, con sus campos fértiles, sus árboles frondosos, sus tranquilos caminos verdes y sus alegres setos salpicados de flores silvestres en toda su extensión; pero era tristemente llano para una persona nacida y criada entre las escarpadas colinas de -.

Nos hallábamos situados a unas dos millas de la iglesia de la aldea y, en consecuencia, el carruaje familiar se sacaba todos los domingos por la mañana y a veces con más frecuencia.

A los señores Murray generalmente les parecía suficiente dejarse ver en la iglesia una vez a lo largo del día, pero frecuentemente los chicos optaban por ir una segunda vez en lugar de deambular por el jardín sin nada que hacer.

Si algunos de mis alumnos decidían ir andando y llevarme con ellos, a mí me venía bien; de otro modo, mi puesto en el carruaje consistía en apretujarme en el rincón más alejado de la ventanilla abierta, de espaldas a los caballos, puesto que invariablemente me producía mareo; y si no me veía obligada a salir de la iglesia a mitad del servicio, una sensación de languidez y angustia interfería con mis devociones, junto con el temor atormentador de ponerme peor; y solía acompañarme un dolor de cabeza deprimente durante el resto del día, que de otro modo hubiera sido un día de asueto muy bien recibido y de goce tranquilo y piadoso.

-Es muy raro, señorita Grey, que siempre se maree usted en el carruaje --comentaba la señorita Matilda-. A mí no me ocurre nunca.

-A mí tampoco -decía su hermana-, pero supongo que me marearía si me sentase donde ella: un sitio feo y desagradable, señorita Grey; no sé cómo puede soportarlo.

-Oh, pero si es un trayecto muy corto, y si no me mareo en la iglesia, no me importa.

Si se me pidiese hacer una descripción de las habituales divisiones y disposiciones del día, me resultaría muy difícil. Tomaba todas las comidas en el aula con mis alumnos, a las

Librodot

horas que se les antojaban a ellos: a veces llamaban para reclamar el almuerzo antes de que estuviera medio cocinado; a veces lo dejaban esperar sobre la mesa más de una hora, y luego se disgustaban porque las patatas estaban frías y la salsa cuajada de grasa solidificada; a veces tomaban el té a las cuatro; frecuentemente reñían a los criados por no servirlo precisamente a las cinco; y cuando obedecían estas órdenes, para alentar la puntualidad, solían dejarlo intacto sobre la mesa hasta las siete o las ocho.

Las horas de estudio se organizaban más o menos del mismo modo: nunca me pedían mi opinión ni tenían en cuenta mi bienestar. A veces John y Matilda decidían «despachar todos los asuntos enojosos antes del desayuno» y enviaban a la doncella a despertarme a las cinco y media, sin ningún escrúpulo ni disculpa. A veces me decían que estuviera preparada para las seis, y habiéndome vestido de prisa, bajaba a un cuarto vacío, y tras esperar ansiosa largo rato, me enteraba de que habían cambiado de idea y estaban todavía en la cama. O quizás, si era una espléndida mañana de verano, Brown venía a decirme que los jóvenes caballeros y damas se habían cogido el día de fiesta y habían salido; en tales ocasiones, me quedaba esperando el desayuno hasta estar casi a punto de desmayarme, pues ellos habrían tomado alguna cosa antes de marcharse.

A menudo daban las clases al aire libre, a lo que yo no tenía nada que objetar, excepto que frecuentemente me constipaba al sentarme en la hierba húmeda o al exponerme al rocío de la tarde o a alguna corriente traicionera, que no parecía afectarles a ellos de ninguna manera. Estaba bien que fuesen robustos; sin embargo, hubieran debido aprender a tener consideración por los que lo éramos menos. Pero no debo culparles por lo que, quizás, fuera culpa mía, pues nunca hacía objeciones a sentarme donde ellos querían, tontamente decidida a correr el riesgo antes de molestarles a causa de mi bienestar.

Su forma indecorosa de dar las clases era tan llamativa como el capricho exhibido en su elección de la hora y el lugar. Mientras recibían mis enseñanzas o repetían lo que habían aprendido, se repantigaban en el sofá, se tumbaban en la alfombra, se desperezaban, bostezaban, hablaban entre sí o miraban por la ventana, mientras que yo no podía ni atizar el fuego ni recoger un pañuelo que se me hubiera caído sin que alguno de mis alumnos me reprochase mi falta de atención o me decía que «a mamá no le gustaría que fuera tan descuidada».

Los criados, viendo la poca estima que tenían para la institutriz tanto los padres como los hijos, regulaban su comportamiento por el mismo patrón.

A menudo los defendía a ellos, a riesgo de algún perjuicio para mí misma, de la tiranía e injusticia de sus jóvenes amos; y siempre procuré darles tan pocas molestias como me fuera posible; pero ellos descuidaban absolutamente mi bienestar, despreciaban mis peticiones y desatendían mis instrucciones. Estoy convencida de que no todos los criados hubiesen actuado de esta forma; pero los sirvientes en general, siendo ignorantes y poco acostumbrados a razonar y reflexionar, son muy fácilmente corrompidos por la negligencia y el mal ejemplo de sus superiores; y éstos, creo yo, no habían sido nunca de primera categoría.

Algunas veces me sentía degradada por la vida que llevaba y avergonzada por someterme a tantas vejaciones; y a veces me sentía absolutamente idiota por preocuparme tanto por ellos, y me parecía que me faltaba humildad cristiana, o que la caridad, que es longánima y benigna, no busca lo suyo, no se irrita, todo lo excusa, todo lo tolera[132].

Pero, con el tiempo y con paciencia, los asuntos mejoraron un poco, lenta, la verdad sea dicha, y casi imperceptiblemente; pero me deshice de mis alumnos masculinos (que no era poca ventaja) y las chicas, como insinué antes al referirme a una de ellas, se hicieron algo menos insolentes y comenzaron a mostrarme algunos síntomas de aprecio.

La señorita Grey era una criatura extraña; nunca adulaba, no las elogiaba lo suficiente, ni mucho menos, pero cuando hablaba favorablemente de ellas, podían sentirse seguras de que su aprobación era sincera.

[132] 1 Corintios 13, 4-7.

Librodot

Era muy complaciente, sosegada y generalmente pacífica, pero algunas cosas la sacaban de quicio; esto no les importaba mucho, desde luego, pero así y todo era mejor tenerla contenta, pues cuando estaba de buen humor, charlaba con ellas y a veces era muy simpática y divertida, a su manera, que era bastante diferente de la de la mamá, pero que estaba muy bien para variar. Tenía opiniones propias sobre todos los temas, y las mantenía firmemente, y a veces eran unas opiniones muy molestas, ya que siempre estaba pensando en lo que estaba bien y lo que estaba mal, y tenía una extraña reverencia hacia cuestiones que atañían a la religión y un gusto incomprensible por las personas de bien.

CAPÍTULO VIII EL DEBUT

A los dieciocho años, la señorita Murray habría de salir de la tranquila oscuridad del aula al esplendor del mundo elegante, tanto esplendor, por lo menos, como era posible encontrar fuera de Londres, pues a su papá no se le pudo convencer para que dejase sus placeres y actividades rurales para residir en la ciudad ni siquiera unas cuantas semanas.

Iba a ser presentada en sociedad el tres de enero, en un magnífico baile que su madre se proponía dar para toda la nobleza y la clase pudiente de O- y los alrededores en veinte millas a la redonda. Por supuesto lo esperaba con terrible impaciencia y enorme ilusión.

-Señorita Grey -me dijo una tarde, un mes antes del día señalado, mientras yo leía atentamente una larga y muy interesante carta de mi hermana que apenas había mirado por la mañana para asegurarme de que no contenía malas noticias, y que había guardado hasta ahora sin haber podido encontrar un momento de tranquilidad para leerla-. Señorita Grey, ¡haga el favor de guardar esa carta tonta y aburrida y escucharme a mí! Estoy segura de que mi conversación debe de ser más interesante.

Se sentó en el escabel que había a mis pies, mientras yo, suprimiendo un suspiro de vejación, comencé a doblar la carta. -Debería decir a la buena gente de su casa que no la aburran con cartas tan largas -dijo-, y, sobre todo, dígales que escriban en papel adecuado para cartas y no en aquellas hojas grandes y ordinarias. Debería ver las notitas encantadoras y femeninas que escribe mamá a sus amistades.

-La buena gente de mi casa -respondí- sabe de sobra que cuanto más largas son sus cartas, más me gustan. Lamentaría mucho recibir una notita encantadora y femenina de alguno de ellos, y pensé que usted, señorita Murray, sería demasiado señora para hablar de la «ordinariez» de escribir sobre una hoja grande de papel.

-Bien, sólo lo he dicho para tomarle el pelo. Pero ahora quiero hablar del baile, y decirle que debe posponer sus vacaciones hasta después.

-¿Por qué? Si no voy a estar presente en el baile.

-No, pero verá las habitaciones arregladas antes de que empiece y oirá la música y, sobre todo, ¡verá mi espléndido vestido nuevo! Estaré tan encantadora que estará usted dispuesta a rendirme culto. Debe quedarse.

-Me gustaría mucho verla, pero tendré muchas oportunidades de verla igualmente encantadora en ocasión de alguno de los innumerables bailes y fiestas futuros, y no puedo decepcionar a los míos posponiendo tanto tiempo mi regreso.

-¡Oh, qué importan los suyos! Dígales que no dejamos que se marche.

-Pero, a decir verdad, para mí también sería una decepción; tengo tantas ganas de verlos a ellos como ellos a mí, o quizás más.

-Bien, pero es poco tiempo.

Librodot

-Casi quince días, según mis cálculos. Además, no soporto la idea de unas Navidades pasadas lejos de mi casa. Y por otra parte, se va a casar mi hermana.

-¿De veras? ¿Cuándo?

-No hasta el mes que viene; pero quiero estar allí para ayudarla a hacer los preparativos y aprovecharme de su compañía el poco tiempo que aún estará con nosotros.

-¿Por qué no me lo ha contado antes?

-Acabo de enterarme de la noticia en esta carta, que usted tacha de aburrida y tonta, y no me permite leer.

-¿Con quién se va a casar?

-Con el señor Richardson, vicario de una parroquia vecina.

-¿Es rico?

-No, sólo acomodado.

-¿Es guapo?

-No, sólo pasable.

-¿Joven?

-No, sólo de mediana edad.

-¡Dios santo! ¡Qué desgracia! ¿Cómo es la casa?

-Una pequeña vicaría, con un porche cubierto de hiedra, un jardín anticuado y...

-¡Deténgase! Me estoy poniendo enferma. ¿Cómo puede soportarlo ella?

-Supongo que no sólo va a soportarlo, sino que va a ser muy feliz. No me ha preguntado usted si el señor Richardson es un hombre bueno, sensato o amable. Le habría respondido que sí a todas estas preguntas, por lo menos a Mary se lo parece, y espero que no descubra que se ha equivocado.

-Pero, pobre criatura, ¿cómo puede pensar en pasarse la vida allí, enjaulada con aquel viejo desagradable, sin ninguna esperanza de escaparse?

-No es viejo; sólo tiene treinta y seis o siete; y ella ya tiene veintiocho, y es tan seria como si tuviese cincuenta.

-Oh, eso está mejor, pues son tal para cual; pero ¿a él lo llaman «el respetable vicario»?

-No lo sé, pero si lo llaman así, creo que se merece el epíteto.

-¡Santo cielo, es espantoso! ¿Y ella llevará un delantal blanco y hará tartas y pasteles?

-No sé si llevará delantal blanco, pero seguro que hará tartas y pasteles de vez en cuando. Pero no será un trabajo demasiado penoso para ella, pues ya lo ha hecho antes.

-¿E irá por ahí con un sencillo chal y un gran sombrero de paja, llevando versículos y caldos de hueso a los pobres feligreses de su marido?

-No estoy segura, pero sí sé que hará todo lo que pueda para que estén cómodos de cuerpo y de alma, siguiendo el ejemplo de nuestra madre.

CAPÍTULO IX
EL BAILE

Bien, señorita Grey -exclamó la señorita Rosalie, en cuanto entré en el aula tras quitarme las prendas de abrigo al regreso de mis cuatro semanas de vacaciones-. Bien, cierre usted la puerta y siéntese y le hablaré del baile.

-¡No, maldita sea, no! -gritó la señorita Matilda-. Cierra el pico, ¿quieres?, y deja que le hable yo de mi nueva yegua... ¡Qué maravilla, señorita Grey! Una espléndida pura-sangre...

-¡Chitón, Matilda, deja que yo le cuente mis noticias primero!

-¡Que no, maldita sea, Rosalie, tardarías mucho tiempo! Me escuchará a mí primero, ¡que me cuelguen si no!

-Siento darme cuenta, señorita Matilda, de que aún no se ha deshecho de ese terrible hábito.

-Bien, pues no puedo evitarlo: pero no volveré a decir una palabra malsonante si me escucha a mí y le dice a Rosalie que cierre el maldito pico.

Rosalie protestó y creí que me iban a partir en pedazos entre las dos, pero como la señorita Matilda tenía la voz más fuerte, al final se rindió su hermana y le permitió contar su historia antes: así me vi condenada a oír una larga descripción de su maravillosa yegua, su crianza y su pedigrí, sus pasos, sus hazañas, su brío, etc., y de su propia habilidad y valor asombrosos al montarla, concluyendo con la afirmación de que podía saltar una valla de cinco barras «tan fácilmente como guiñan», que su papá había dicho que podía ir con ellos en la próxima caza del zorro y que su mamá le había mandado hacer un traje de amazona de color escarlata vivo.

-¡Oh, Matilda, qué embustes le cuentas!

-Bien -respondió ella-, sé que *podría* saltar una valla de cinco barras si me lo propusiera, y papá me dirá que puedo ir a la caza y mamá mandará hacer el traje cuando se lo pida.

-Bien, ahora cállate -respondió la señorita Rosalie- y, querida Matilda, intenta ser un poco más femenina. Señorita Grey, ojalá le dijera usted que no utilice unas palabras tan ofensivas: se *empeña* en llamar yegua a su caballo, ¡es tan *inconcebiblemente* ofensivo! Y luego utiliza unas expresiones tan terribles para describirlo, que ha debido de aprender de los mozos de cuadra. Casi me da un ataque cada vez que empieza.

-¡Las he aprendido de papá, idiota, y de sus divertidos amigos! -dijo la joven, haciendo chasquear vigorosamente el látigo que llevaba habitualmente en la mano-. Soy tan buena conocedora de los caballos como el que más.

-Bueno, pues cállate ya, muchacha escandalosa; de verdad que me va a dar un ataque si sigues así. Y ahora, señorita Grey, hágame caso, que le voy a hablar del baile. Debe de estar muerta de ganas de enterarse, lo sé. ¡Y qué baile! ¡Nunca ha visto ni oído ni leído ni soñado con nada parecido en toda su vida! Los adornos, la diversión, la cena, la música fueron indescriptibles. ¡Y los invitados! ¡Vinieron dos nobles, tres hidalgos y tres damas linajudas!, además de innumerables damas y caballeros más. Las damas, por supuesto, no me interesaban excepto para ponerme de buen humor al ver lo feas y torpes que eran casi todas; y las mejores, me dijo mamá, las bellezas más trascendentales de entre ellas, no eran nada a mi lado. En cuanto a *mí,* señorita Grey, siento *muchísimo* que no me viese usted. Estaba *encantadora,* ¿verdad, Matilda?

-Regular.

-No, de verdad que lo estaba, por lo menos eso dijo mamá... y Brown y Williamson. Brown dijo que estaba segura de que ningún caballero me podría echar la vista encima sin enamorarse en el acto, así que hay que permitir que me sienta un poco vanidosa. Ya sé que usted me considera una joven frívola y engreída, pero sabe que no lo achaco *todo* a mi atractivo personal. Tengo que dar algún crédito a la peluquera, y también a mi vestido exquisito -mañana lo verá-, gasa blanca sobre raso rosado, y *tan* bien hecho, y un collar y una pulsera de preciosas perlas grandes.

-No tengo ninguna duda de que estuviera usted encantadora. ¿.Pero debe darle *tanta* importancia?

-Oh, no... no sólo a eso. Pero, verá, me admiraron *tanto* e hice *tantas* conquistas aquella noche que le asombraría saber...

-¿Pero de qué le servirá?

-¿Que de qué me servirá? ¡Y que una mujer me pregunte eso!

-Bien, a mí me parece que una conquista debería ser suficiente, o demasiado, a no ser que la atracción sea mutua.

Librodot

-Vaya, pero ya sabe que nunca estoy de acuerdo con usted en estos temas. Espere un poco y le contaré quiénes fueron mis principales admiradores, los que destacaron aquella noche y después, pues he ido a dos fiestas desde entonces. Desgraciadamente los dos nobles, lord G- y lord F-, están casados, o puede ser que yo me hubiese dignado ser especialmente amables con *ellos.* Dado que es así, no lo hice, aunque era evidente que lord F-, que odia a su esposa, había quedado prendado de mí. Me sacó a bailar dos veces; por cierto baila muy bien, y yo también, no se imagina lo bien que lo hice... me sorprendí a mí misma. Milord también me felicitó mucho -demasiado, a decir verdad- y me pareció que lo correcto sería mostrarme un poco altiva y distante. Pero tuve el gusto de ver cómo su desagradable esposa quisquillosa estaba a punto de morirse de despecho y enojo...

-¡Oh, señorita Murray! ¡No me diga que disfrutó de una cosa así! Por quisquillosa o...

-Bien ya sé que no está bien, pero no importa. Pienso ser buena alguna vez, pero no me sermonee, ande, sea buena... aún no le he contado ni la mitad... Veamos... Oh, iba a contarle cuántos admiradores tuve: sir Thomas Ashby fue uno, sir Hugh Meltham y sir Broadley Wilson son unos viejos excéntricos, dignos compañeros de mamá y papá. Sir Thomas es joven, rico y alegre, pero feísimo; no obstante, mamá dice que eso no me importará después de conocerlo algunos meses. Luego estaba Harry Meltham, el hijo menor de sir Hugh, bastante bien parecido y un tipo agradable para coquetear con él; pero al ser un hijo menor, no sirve para nada más que eso[133]. También estaba el joven señor Green, bastante poco, pero su familia no es nadie, y él es muy tonto, un cateto bobalicón; después, nuestro buen rector, el señor Hatfield, que debía considerarse un *humilde* admirador, pero me temo que se le ha olvidado incluir la humildad entre su colección de virtudes cristianas.

-¿El señor Hatfield estuvo en el baile?

-Sí, desde luego. ¿Creía usted que era demasiado bueno para venir?

-Pensé que le podía parecer poco clerical.

-Nada de eso. No profanó su vocación bailando, pero le costó reprimirse, pobre hombre. Tenía aspecto de estar muriéndose de ganas de pedirme por lo menos un baile; y por cierto, tiene un asistente nuevo... el viejo enclenque del señor Bligh ha conseguido por fin la parroquia tanto tiempo deseada y se ha marchado.

-¿Y cómo es el nuevo?

-¡Un bruto! Weston se llama. Se lo puedo describir con tres palabras: un zoquete insensible, feo y tonto. Son cuatro, pero es igual... basta de hablar de *ése.*

Volvió al baile y me contó más sobre lo que hizo allí y en las varias fiestas a las que había asistido después, y más datos sobre sir Thomas Ashby y los señores Meltham, Green y Hatfield y la impresión imborrable que había causado en cada uno de ellos.

-Bien, ¿y cuál de los cuatro le gusta más? -pregunté, reprimiendo el tercer o cuarto bostezo.

-Los detesto a todos -respondió ella, sacudiendo sus relucientes tirabuzones con enérgico desdén.

-Eso quiere decir, supongo, que le gustan todos, pero, ¿cuál le gusta más?

-No, verdaderamente los detesto a todos. Pero Harry Meltham es el más guapo y divertido, el señor Hatfield el más inteligente, sir Thomas el más malvado y el señor Green el más tonto. Pero al que voy a elegir, supongo, si estoy condenada a elegir a alguno de ellos, es a sir Thomas Ashby.

-No será verdad, si es tan malvado y si no le gusta.

-Oh, no me importa que sea malvado; eso es lo mejor que tiene. Y en cuanto a no gustarme, no me importaría mucho ser lady Ashby de Ashby Park, si he de casarme; pero si pudiera ser siempre joven, seguiría siempre soltera. Me gustaría divertirme mucho y coquetear con todo el mundo hasta que esté a punto de que me llamen solterona. Y

[133] El título y las propiedades eran para el hijo mayor de la familia.

Librodot

entonces, para librarme de la infamia de eso, después de haber hecho diez mil conquistas, me gustaría romperles el corazón a todos menos a uno casándome con un marido de alta alcurnia, rico e indulgente a quien, por otra parte, cincuenta mujeres se mueran por atrapar.

-Bien, ya que opina usted así, quédese soltera, por supuesto, y no se case nunca, ni siquiera para librarse de la infamia de ser solterona.

CAPÍTULO X
LA IGLESIA

Bien, señorita Grey, ¿qué opina usted del nuevo ayudante del párroco? -me preguntó la señorita Rosalie cuando regresábamos de la iglesia el domingo siguiente a la reanudación de mis obligaciones.

-Aún no tengo opinión -fue mi respuesta-, pues ni siquiera le he oído predicar.

-Bueno, pero lo ha visto, ¿verdad?

-Sí, pero no puedo pretender juzgar el carácter de un hombre con una sola mirada superficial a su rostro.

-Pero, ¿no lo encuentra muy feo?

-No me lo ha parecido especialmente; no me desagrada ese tipo de semblante. Pero lo único que sí me ha llamado especialmente la atención ha sido su estilo al leer, que me ha parecido bueno, infinitamente mejor, por lo menos, que el del señor Hatfield. Ha leído las lecciones como si se empeñase en dar a cada pasaje el máximo efecto: me ha parecido que la persona más desatenta no hubiera podido menos que atender ni la más ignorante hubiera podido evitar comprender. Y ha leído las oraciones como si no estuviera leyendo sino rezando, intensa y sinceramente, de corazón.

-Oh, sí, es para lo único que sirve. Sabe bastante bien conducir el servicio, pero no tiene ninguna idea que vaya más allá.

-¿Cómo lo sabe?

-Oh, lo sé muy bien; soy muy entendida en estos asuntos. ¿Ha visto cómo ha salido de la iglesia? Caminando pesadamente, como si no hubiera nadie allí más que él mismo, sin mirar a izquierda ni derecha y evidentemente no pensando en nada más que en salir de la iglesia y, quizás, en ir a casa para comer. Esa gran cabeza tonta no puede contener más ideas que ésas.

-Supongo que a usted le hubiera gustado que echase un vistazo al banco del terrateniente Murray-dije, riéndome de la vehemencia de su hostilidad.

-¡Por supuesto que me hubiese indignado muchísimo si se hubiera atrevido a hacer tal cosa! -respondió ella, alzando altivamente la cabeza. Después, tras un momento de reflexión, añadió-: Bien, pues. Supongo que será lo bastante bueno para el puesto que ocupa, pero me alegro de no depender de él para divertirme, eso es todo. ¿Ha visto cómo el señor Hatfield se ha apresurado a salir para que yo le saludase y para ayudarnos a subir al carruaje?

-Sí -contesté yo, añadiendo para mis adentros «y me ha parecido algo desdeñoso para con su dignidad de clérigo el que se precipitase con tanto entusiasmo desde el púlpito para estrecharle la mano al terrateniente y ayudar a su esposa e hijas a subir al coche; además, le guardo rencor por casi dejarme fuera». De hecho, aunque yo estaba de pie delante de él, junto a los peldaños del carruaje, esperando para subir, insistió en ayudarlas a ellas a subir y en cerrar la puerta después, hasta que un miembro de la familia se lo impidió gritándole que aún no había subido la institutriz. En eso, sin una palabra de disculpa, se marchó, dándoles los buenos días y dejando al lacayo que acabase el trabajo. *Nota tiene:* El señor Hatfield nunca me dirigió la palabra, ni tampoco sir Hugh ni lady Meltham, ni el señor

Harry ni la señorita Meltham, ni el señor Green ni sus hermanas, ni ningún otro caballero o dama de los que frecuentaban aquella iglesia, ni, a decir verdad, ninguno de los que iban de visita a Horton Lodge.

La señorita Rosalie pidió de nuevo el carruaje por la tarde para ella y su hermana. Dijo que hacía demasiado frío para que disfrutaran del jardín y que, además, creía que Harry Meltham iría a la iglesia.

-Porque -dijo, sonriendo disimuladamente a su bella imagen en el espejo -ha sido un asistente ejemplar a la iglesia estos últimos domingos. Cualquiera creería que es buen cristiano. Y usted puede venir con nosotros, señorita Grey, pues quiero que lo vea. Ha mejorado mucho desde que ha vuelto del extranjero, parece mentira. Y además, así tendrá la oportunidad de volver a ver al hermoso señor Weston y oírlo predicar.

Lo oí predicar y me complació mucho la verdad evangélica de su doctrina así como la sincera sencillez de sus modales y la claridad y vigor de su estilo.

Fue de verdad refrescante oír semejante sermón después de estar acostumbrada a oír durante tanto tiempo los discursos secos y prosaicos del ayudante anterior y las arengas aun menos edificantes del rector, que solía pasar por la nave central, o más bien avanzar como un torbellino con su rico hábito de seda ondulando a su espalda, crujiendo al rozar las puertas de los bancos, subir al púlpito como un conquistador ascendiendo al coche triunfal, y luego dejarse caer sobre el almohadón de terciopelo en una postura de estudiada elegancia y permanecer en silenciosa postración durante algún tiempo. Después solía murmurar una colecta y mascullar el padrenuestro, levantarse, quitarse un guante de color lavanda para que la congregación se deleitase con la visión de sus centelleantes sortijas, pasarse suavemente los dedos por el cabello bien ensortijado, sacudir un pañuelo de holanda, recitar un pasaje muy corto o, quizás, una sola frase de las Sagradas Escrituras, como encabezamiento de su discurso y, finalmente, pronunciar una redacción que, como redacción, se podría considerar buena, aunque demasiado afectada y artificial para mi gusto: las proposiciones estaban bien fundadas, los argumentos desarrollados con lógica y, no obstante, a veces era dificil escucharla entera con tranquilidad sin alguna pequeña muestra de desaprobación o impaciencia.

Sus temas preferidos eran la disciplina eclesiástica, los ritos y las ceremonias, la sucesión apostólica, la obligación de reverenciar y obedecer a los clérigos, el atroz delito de la disidencia, la absoluta necesidad de observar todas las formas de piedad, la censurable presunción de los individuos que intentaban pensar por sí mismos en temas relacionados con la religión o seguían sus propias interpretaciones de las Sagradas Escrituras y, de vez en cuando (para tener contentos a sus feligreses ricos), la necesidad de que los pobres hicieran gala de respetuosa obediencia a los ricos, apoyando sus máximas y exhortaciones todo el tiempo en citas de los Padres[134], a los que parecía conocer mucho mejor que a los apóstoles y los evangelistas y cuya importancia parecía considerar por lo menos a la par que la de éstos.

Pero de cuando en cuando nos daba un sermón de otra índole, que algunos llamarían muy bueno, pero árido y severo, representando la deidad más como un terrible patrón que como un padre benévolo. Sin embargo, mientras lo escuchaba, me sentía inclinada a creer que el hombre era sincero en todo lo que decía, que había debido de cambiar sus opiniones y hacerse verdaderamente religioso, lóbrego y austero, pero piadoso. Mas generalmente se disipaban estas ilusiones al salir de la iglesia cuando oía su voz en alegre diálogo con algunos Meltham o Green o, quizás, los mismos Murray, probablemente riéndose de su propio sermón y diciendo que esperaba haber dado que pensar al pueblo malhechor y a lo mejor regocijándose al pensar que la vieja Betty Holmes dejaría el pecaminoso capricho de la pipa que había sido su solaz cotidiano desde hacía más de treinta años, que George Higgins se asustaría y dejaría sus paseos vespertinos del domingo y que Thomas Jackson

[134] Véase, en la Introducción, la sección «Había padecido de melancolía religiosa», dentro del apartado «Análisis de *Agnes Grey*».

Librodot

tendría la conciencia muy inquieta, y se tambalearía su confiada esperanza de una resurrección jubilosa el día del juicio final.

De esta forma, no podía menos que concluir que el señor Hatfield era uno de aquellos que atan pesadas cargas, penosas de llevar, y las colocan en los hombros de las personas mientras que ellos mismos no las moverán con un solo dedo, y que hacen que la palabra de Dios pierda sentido con sus tradiciones, al enseñar como doctrinas los mandamientos de los hombres[135]. Estaba muy contenta de constatar que el nuevo ayudante, por lo que yo podía ver, no se le parecía en ninguno de estos aspectos.

-Bien, señorita Grey, ¿qué opina de él ahora? -me preguntó la señorita Rosalie mientras nos sentábamos en el coche después del servicio.

-Nada malo todavía -respondí.

-¿Nada malo? -repitió con asombro-. ¿Qué quiere usted decir?

-Quiero decir que no tengo peor opinión de él que antes.

-¡Que no la tiene peor! ¡Ya lo creo que no, todo lo contrario! ¿No ha mejorado mucho?

-Oh, sí, muchísimo -respondí, porque acababa de darme cuenta de que se refería a Harry Meltham y no al señor Weston. Aquel caballero se había adelantado con entusiasmo para hablar con las jóvenes damas, algo que no se hubiera atrevido a hacer si su madre se hallase presente. Asimismo, las ayudó a subir al carruaje, y no intentó dejarme fuera como el señor Hatfield. Tampoco me ofreció ayuda, por supuesto (yo no habría aceptado de todas formas), pero mientras la puerta siguió abierta se quedó sonriendo tontamente y charlando con ellas, y después se quitó el sombrero y se marchó a su propia casa, pero yo apenas me fijé en él. Mis compañeras, sin embargo, fueron más observadoras, y, mientras íbamos traqueteando, hablaron entre ellas no sólo de su apariencia, sus palabras y actos, sino de cada facción de su rostro y cada artículo de su vestido.

-No lo vas a tener sólo para ti, Rosalie -dijo la señorita Matilda al final de esta conversación-. A mí me gusta: sé que sería un compañero agradable y jovial para mí.

-Bien, te lo puedes quedar, Matilda -respondió su hermana, con un tono de afectada indiferencia.

-Y estoy segura -dijo la otra- de que me admira a mí tanto como a ti, ¿.verdad, señorita Grey?

-No lo sé. No conozco sus sentimientos. -Bien, pero es verdad.

-Querida Matilda, ¡nadie va a admirarte hasta que no te deshagas de tus modales rudos y toscos!

-¡Tonterías! A Harry Meltham le gustan estos modales, y a los amigos de papá también.

-Bien, puede que atraigas a los viejos y a los hijos menores, pero nadie más, estoy segura, se va a encaprichar contigo.

-No me importa: no siempre me desvivo por el dinero, como tú y mamá. Si mi marido es capaz de mantener unos cuantos buenos caballos y perros, me daré por satisfecha, y todo lo demás puede llevárselo el diablo.

-Bien, si tienes que utilizar unas expresiones tan ofensivas, estoy segura de que ningún caballero se atreverá a acercarse a ti. Realmente, señorita Grey, no debería usted permitírselo.

-No hay forma de que lo evite, señorita Murray.

-Y estás muy equivocada, Matilda, al creer que Harry Meltham te admira. Te aseguro que no es así en absoluto. Matilda empezaba a responderle airada cuando, por fortuna, nuestro viaje llegó a su fin; el lacayo interrumpió la disputa al abrir la puerta del coche y sacar los peldaños para que nos apeásemos.

[135] Mateo 23, 4, y 15, 6 y 9.

Librodot

CAPÍTULO XI
LOS COLONOS

Como ya me quedaba sólo una alumna regular -aunque se las arreglaba para darme tantos problemas como tres o cuatro normales, y su hermana aún asistía a clases de alemán y dibujo-, disponía de bastante más tiempo del que hubiera tenido la suerte de disfrutar antes, desde que me había calzado el yugo de institutriz. Dedicaba este tiempo en parte a mantener correspondencia con mi familia, en parte a leer, estudiar y practicar música, canto, etc., en parte a deambular por el parque o por los campos adyacentes, con mis alumnas si ellas querían, o sola si no.

A menudo, cuando no tenían nada más agradable que hacer, las señoritas Murray se entretenían visitando a los colonos pobres que vivían en las tierras de su padre[136] para recibir el halago de su reverencia u oír las viejas historias o los últimos chismes de las ancianas charlatanas; o, quizás, disfrutar del placer más puro de hacer felices a las pobres gentes con su grata presencia y sus infrecuentes regalos, hechos con tanta facilidad y recibidos con tanta gratitud. A veces me llamaban para acompañar a una o a ambas hermanas en estas visitas; y a veces me pedían que fuese yo sola para cumplir alguna promesa que habían estado más dispuestas a hacer que a satisfacer, para llevar algún pequeño donativo o leer a alguien que estuviera enfermo o indispuesto. De esta forma, hice algunas amistades entre los jornaleros y algunas veces iba a visitarles por mi cuenta.

Generalmente me satisfacía más ir sola que con alguna de las jóvenes damas, pues éstas, debido sobre todo a su educación, se comportaban hacia sus inferiores de una manera que me resultaba muy desagradable contemplar. Nunca se ponían mentalmente en su lugar, y, en consecuencia, no tenían ninguna consideración por sus sentimientos, juzgándolos de un orden de personas totalmente distinto del suyo.

Miraban a las pobres criaturas a las horas de las comidas, haciendo comentarios descorteses sobre sus alimentos y su forma de comer; se reían de sus ideas sencillas y sus expresiones provincianas, hasta tal punto que algunos de ellos apenas se atrevían a hablar; a los serios hombres y mujeres ancianos les llamaban a la cara viejos tontos y zoquetes; y todo esto sin ninguna intención de ofenderlos.

Yo me daba cuenta de que a menudo se sentían heridos y molestos por esta conducta, aunque su miedo a las «grandes damas» les impedía expresar su disgusto; ellas, sin embargo, no se percataban de ello. Creían que, como estos colonos eran pobres e incultos, debían de ser tontos y brutos, y siempre que ellas, sus superiores, condescendieran a hablar con ellos y darles chelines y medias coronas o prendas de vestir, tendrían derecho a divertirse, incluso a costa de ellos, y la gente debía adorarlas como ángeles de luz, que se complacían en atender a sus necesidades e iluminar sus humildes moradas.

Hice muchos intentos variados de librar a mis alumnas de estas ideas delusorias sin alarmar su orgullo, fácil de herir y no tan fácil de aplacar, pero con pocos resultados aparentes. No sé cuál de las dos era más reprobable: Matilda era más grosera y exuberante; pero la edad y el aspecto maduro de Rosalie hacían esperar otra cosa: sin embargo era tan provocativamente descuidada y poco considerada como una niña de doce años.

Un brillante día de la última semana de febrero me encontraba caminando en el parque, disfrutando del triple lujo de la soledad, un libro y el buen tiempo, pues la señorita Matilda había salido a dar su paseo diario a caballo y la señorita Rosalie se había marchado con su madre en el carruaje a hacer algunas visitas matutinas. Pero se me ocurrió que debía

[136] Estaba de moda que las jóvenes de clase alta visitaran a los pobres. Esto ocurre también, por ejemplo, en Emma de Jane Austen.

dejar estos gozos egoístas y el parque con su gloriosa bóveda de cielo azul claro, el viento del este soplando a través de las ramas todavía desnudas, los montoncitos de nieve rezagados en las hondonadas, aunque derritiéndose rápidamente al sol, y los gráciles ciervos paciendo la húmeda hierba, que ya asumía la frescura y verdor de la primavera... para ir a la casa de una tal Nancy Brown, viuda, cuyo hijo trabajaba todo el día en el campo y que padecía una inflamación de los ojos que no le permitía leer, para gran disgusto suyo, pues era una mujer de mente seria y ponderada.

Por lo tanto, fui allá y la encontré sola, como siempre, en su casita oscura y mal ventilada, que olía a humo y aire estancado pero que estaba todo lo limpia y ordenada que podía conseguir. Estaba sentada junto al pequeño fuego (que consistía en unas cuantas brasas y un poco de leña), tejiendo afanosamente, con un almohadón de arpillera colocado a sus pies para que se acomodase su dulce amiga la gata, que estaba tumbada encima, con la larga cola rodeando las patas de terciopelo y los ojos semicerrados mirando soñolientos el guardafuego bajo y torcido.

-Bien, Nancy, ¿cómo se encuentra usted hoy?

-Pues regular, señorita, nada más... los ojos no los tengo mejor, pero estoy mucho más tranquila de lo que he estado -respondió ella, levantándose para darme la bienvenida con una sonrisa de alegría que me encantó ver, porque Nancy había padecido de melancolía religiosa.

La felicité por el cambio. Estuvo de acuerdo en que era una gran bendición y se declaró «muy agradecida por ello» y añadió «si Dios quiere guardarme la vista de modo que pueda volver a leer la Biblia, creo que estaré tan contenta como una reina».

-Espero que sí, Nancy -contesté-, y, mientras tanto, yo vendré a leerle de vez en cuando, cuando tenga un poco de tiempo libre.

Con expresiones de placer y agradecimiento, la pobre mujer hizo ademán de acercarme una silla, pero puesto que le ahorré la molestia, se puso a atizar el fuego y añadió un poco más de leña a las brasas ya débiles. Luego, cogiendo su gastada Biblia de la repisa, la limpió con cuidado y me la pasó. Al preguntarle si quería que le leyese algún pasaje en especial, me respondió:

-Bien, señorita Grey, si a usted le da lo mismo, me gustaría oír el capítulo de la Primera Epístola de San Juan, el que dice: «Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»[137].

Tras buscar un poco, encontré aquellas palabras en el capítulo cuatro. Cuando llegué al séptimo versículo, me interrumpió, y disculpándose sin necesidad por tomarse semejante libertad, me rogó que lo leyera muy despacio, para que pudiese enterarse bien de todo y saborear cada palabra, esperando que le perdonara pues era sólo un ser sencillo.

-La persona más sabia -respondí- podría dar vueltas a cada uno de estos versículos durante una hora y sentirse mejor después, y a mí me gusta más leerlos despacio que rápido.

De esta forma, acabé el capítulo tan despacio como quiso y al mismo tiempo de manera tan emocionante como pude. Mi oyente escuchó con atención todo el tiempo, y me lo agradeció de corazón cuando acabé. Me quedé callada medio minuto para darle tiempo de reflexionar sobre ello y, para mi sorpresa, rompió el silencio para preguntarme qué me parecía el señor Weston.

-No lo sé -contesté, algo alarmada por lo repentino de su pregunta-; creo que predica muy bien.

-Ya lo creo, y habla bien también.

-¿Ah, sí?

-Sí. Quizás no lo haya visto usted aún... no para hablar con él.

-No, nunca veo a nadie con quien hablar, excepto a las jóvenes señoritas de la mansión.

-Ah, son unas señoritas agradables y amables; ¡pero no saben hablar como él!

[137] I Juan 4, 16.

-Entonces, ¿es que viene a verla, Nancy?

-Sí, señorita; y se lo agradezco. Viene a vernos a todos los pobres mucho más a menudo que el señor Bligh o el rector; y está muy bien, y nos alegramos de verlo; y no podemos decir otro tanto del rector: hay quien dice que le tiene miedo incluso. Cuando entra en una casa, dicen que es seguro que encontrará algo malo, y empieza a reñirles en cuanto cruza el umbral. Pero quizás crea que es su deber decirles lo que está mal. Y a menudo viene a regañar a la gente por no ir a la iglesia, o por no arrodillarse o levantarse cuando lo hacen los demás, o por ir a la capilla de los metodistas[138] o algo así; pero no puedo decir que a mí me haya regañado mucho. Vino a verme una o dos veces antes de venir el señor Weston, cuando estaba tan deprimida; y como tenía mala salud además, me atreví a mandarle llamar, y vino, desde luego. Estaba muy angustiada, señorita Grey -gracias a Dios que ya se me ha pasado-, pero cuando cogía la Biblia, no me tranquilizaba nada. Ese mismo capítulo que me acaba usted de leer me preocupaba tanto como lo demás: «El que no ama, no conoce a Dios»[139]. A mí me parecía terrible, pues sentía que no amaba ni a Dios ni a los hombres como debía, y no podía por mucho que lo intentaba. Y el capítulo anterior, donde pone: «Todo el que ha nacido de Dios no peca»[140]. Y en otro sitio pone: «El amor es la plenitud de la Ley»[141]. Y muchos, muchos más, señorita; le agotaría a usted si le dijera todos. Pero todo parecía condenarme y mostrarme que no iba por buen camino; y como no sabía ponerme en él, mandé a Bill a pedirle al señor Hatfield que tuviera la amabilidad de pasar a verme un día. Y cuando vino, le conté mis problemas.

-¿Y qué dijo, Nancy?

-Pues, señorita, pareció burlarse de mí. Puede que me equivoque, pero soltó una especie de silbido y le vi sonreír un poquito; y dijo: «¡Oh, todo son tonterías! Has estado con los metodistas, buena mujer.» Pero le dije que nunca me había acercado a los metodistas. Y luego dijo:

»"Bien, debes venir a la iglesia, donde oirás las escrituras bien explicadas, en vez de quedarte estudiando la Biblia en casa".

»Pero le dije que siempre iba a la iglesia cuando tenía salud; pero aquel invierno tan frío no me atrevía a ir tan lejos, con el reuma tan malo que tenía.

»Pero él dijo: "Le hará bien a tu reuma ir renqueando a la iglesia; no hay nada mejor que el ejercicio para el reuma. Puedes andar por la casa sin problema; ¿por qué no puedes ir andando a la iglesia? El caso es", dijo él, "que te estás acostumbrando a la buena vida. Siempre es fácil encontrar una excusa para no cumplir con el deber".

»Pero usted sabe, señorita Grey, que no era así. No obstante, le dije que lo intentaría. "Pero por favor, señor", le dije, "si voy a la iglesia, ten qué voy a estar mejor? Quiero que mis pecados queden borrados y sentir que ya no figuran en mi contra, y que el amor de Dios se expanda por todo mi corazón; y si no puedo sacar ningún bien de leer la Biblia y decir mis oraciones en casa, ¿qué sacaré de ir a la iglesia?"

»"La iglesia", dice él, "es el lugar señalado por Dios para rendirle culto. Es tu deber ir allí cuantas veces puedas. Si quieres consuelo, debes buscarlo por el camino del deber", y me dijo muchas más cosas, pero no recuerdo todas sus elegantes palabras. Sin embargo, venía a decir lo siguiente: que debía ir a la iglesia tan a menudo como me fuera posible, llevando el libro de oraciones conmigo, y repetir los responsorios después del clérigo, y ponerme de pie y arrodillarme y hacer todo de la forma debida, y tomar la cena del Señor siempre que pudiera y escuchar los sermones del señor Bligh y todo estaría bien. Si seguía cumpliendo con mi deber, al final conseguiría la bendición.

»"Pero si no recibes consuelo de esta forma", dice él, "se acabó".

»"Entonces, señor", digo yo, "¿creerá usted que soy una réproba?".

[138] Véase, en la Introducción, la sección «Había padecido de melancolía religiosa», dentro del apartado «Análisis de *Agnes Grey*».
[139] I Juan 4, 8.
[140] I Juan 3, 9.
[141] Romanos 13, 10.

Librodot

»`Bien", dice él, "si haces todo lo que puedes para ir al cielo y no lo consigues, debes de ser de aquellos que intentan entrar por la puerta estrecha y no podrán [142].

»Luego me preguntó si había visto a alguna de las damas de la mansión aquella mañana; así que le dije dónde había visto a las jóvenes señoritas en el sendero del musgo... y de una patada mandó a mi pobre gata al otro lado del cuarto y salió a buscarlas a ellas tan alegre como una alondra; pero yo estaba muy triste. Sus últimas palabras me habían llegado al corazón y yacían allí como un trozo de plomo hasta que me cansé de aguantarlo.

»Sin embargo, seguí sus consejos: creía que tenía buenas intenciones aunque sus modales eran tan extraños... pero ya sabe usted, señorita, es rico y joven, y los que son como él no pueden comprender las ideas de una pobre vieja como yo. Sin embargo, hice todo lo que pude para cumplir todo lo que me mandó... pero a lo mejor le estoy dando la lata, señorita, con tanta charla.

-¡Oh, no, Nancy! Siga, cuéntemelo todo.

-Bien, se me mejoró el reuma, no sé si por ir a la iglesia o no, pero un domingo helado se me enfriaron los ojos. No salió la inflamación enseguida, sino poco a poco -pero no iba a hablarle de mis ojos, le hablaba de mis inquietudes mentales- y, a decir verdad, señorita Grey, no creo que mejorasen nada por ir a la iglesia, por lo menos nada apreciable. Se me mejoró la salud, pero eso no me curó el alma. Escuché una y otra vez a los pastores y leí una y otra vez el libro de oraciones, pero era todo como bronce que suena o como címbalo que retiñe[143]: no entendía los sermones y el libro de oraciones sólo servía para demostrarme lo malvada que era por poder leer unas palabras tan buenas y no sentirme mejor, y, además, a menudo sentía que era una ardua tarea y no la bendición y el privilegio que creen todos los buenos cristianos. A mí me parecía todo árido y oscuro. Y luego esas palabras tremendas: «Muchos serán los que busquen entrar y no podrán.» Casi consiguen secarme el espíritu.

»Pero un domingo, cuando el señor Hatfield hablaba de la comunión, me di cuenta de que dijo: "Si hay alguno entre vosotros que no puede acallar su conciencia, sino que necesita de más consuelo o consejos, que venga a hablar conmigo 0 con otro clérigo discreto de la palabra de Dios, para comunicar su pesar"[144]. Así que el domingo siguiente, antes del servicio, me asomé a la sacristía y comencé a hablar con el rector de nuevo... No sé cómo me atreví a hacer tal cosa, pero como mi alma estaba en juego, no podía detenerme por una menudencia. Pero me dijo que no tenía tiempo para atenderme en aquel momento.

»"Y a decir verdad", me dice, "no tengo nada que decirte excepto lo que he dicho antes... toma el sacramento, por supuesto, y sigue cumpliendo con tu deber; y si eso no te ayuda, nada lo hará. Con que no me molestes más".

»Así que me marché. Pero oí al señor Weston... el señor Weston estaba allí, señorita, fue su primer domingo en Horton, ¿sabe usted? y estaba en la sacristía con la sobrepelliz puesta, ayudando al rector a ponerse la sobreveste.

-Sí, Nancy.

-Y lo oí preguntar al señor Hatfield quién era yo; y éste dijo: "Oh, es una vieja quejica y tonta."

»Y me sentí muy afligida, señorita Grey; pero me fui a mi asiento e intenté cumplir con mi deber como antes, pero no podía tranquilizarme. E incluso tomé el sacramento; pero me sentí como si estuviese comiendo y bebiendo para buscarme la condenación eterna. Así que me fui a casa, muy turbada.

»Pero al día siguiente, antes de arreglar la casa -pues, señorita Grey, no tenía ganas de barrer y limpiar y fregar los cacharros, con que me senté entre la porquería- y cuál no sería mi sorpresa al ver entrar al señor Weston. Entonces me puse a recoger y barrer y limpiar, porque creía que se pondría a insultarme por mi holgazanería como lo hubiese hecho el

[142] Lucas 13, 24. Se repite más adelante. Véase nota 34.

[143] Corintios 13, 1

[144] Cita de memoria de la oración que se reza inmediatamente antes de la comunión y que aparece en el *Book of Common Prayer,* libro de la liturgia de la Iglesia Anglicana.

señor Hatfield, pero me equivocaba. Sólo me dio los buenos días de una forma tranquila y agradable. Así que le quité el polvo a una silla y arreglé un poco la chimenea, pero no me había olvidado de las palabras del rector, así que dije:

»"Me pregunto, señor, por qué se molesta usted tanto en venir a ver a una `vieja quejica y tonta' como yo."

»Pareció algo desconcertado al oír eso, pero quiso convencerme de que el rector hablaba en broma, y cuando no lo consiguió, me dijo:

»"Bien, Nancy, no debe usted darle tanta importancia; el señor Hatfield estaba un poco disgustado en ese momento; sabe usted que no somos perfectos ninguno de nosotros, incluso Moisés habló a la ligera[145] Pero siéntese un minuto, si tiene tiempo, y cuénteme todas sus dudas y temores, y yo intentaré eliminarlos."

»Así que me senté frente a él. Me era totalmente desconocido, ¿sabe usted, señorita Grey?, e incluso más joven que el señor Hatfield, creo, y me había parecido menos apuesto que aquél y de aspecto un poco malhumorado, pero hablaba con tanta amabilidad, y cuando la pobre gata saltó sobre su regazo, sólo la acarició y sonrió, y eso me pareció buena señal; pues una vez, cuando hizo lo mismo al rector, la apartó como con desagrado y enojo, la pobre. Pero no se puede esperar que un gato tenga los modales de un cristiano, ¿verdad, señorita Grey?

-Claro que no, Nancy. Pero ¿qué dijo el señor Weston después?

-No dijo nada, pero me escuchó con mucha atención y paciencia, sin nada de desdén; así que fui y se lo conté todo, igual que a usted -y más incluso.

»"Bien", dice, "el señor Hatfield tenía razón al decirle que siguiera cumpliendo con su deber, pero al aconsejarle que fuera a la iglesia y atendiera el servicio, y cosas así, no quería decir que ése era todo el deber de un cristiano; sólo pensó que podría usted aprender así más sobre lo que se debe hacer y disfrutar de aquellos ejercicios, en lugar de que le parecieran una obligación y una carga. Y si usted le hubiese pedido que le explicase aquellas palabras que le preocupan tanto, creo que lo que le habría dicho es que si muchos buscan entrar por la puerta estrecha y no pueden[146], son sus propios pecados lo que se lo impide, como a un hombre que lleva un gran saco a la espalda y quiere pasar por una puerta estrecha, le será imposible hacerlo si no deja el saco[147]. Pero usted, Nancy, estoy seguro de que no tiene ningún pecado del que no se desharía si supiera cómo hacerlo".

»”Desde luego, señor, lo que dice usted es verdad", respondí yo.

»¿”Bien”, dijo él, "¿conoce usted el primer gran mandamiento y el segundo que se le parece, los dos mandamientos de los que penden toda la ley y los profetas?[148]. Dice que no puede amar a Dios, pero se me ocurre que si considera usted bien quién y qué es, no puede evitarlo. Él es su padre, su mejor amigo; cada bendición, cada bien, todo lo agradable o útil procede de El; y todo lo malo, todo lo que tiene motivos para odiar, rehuir o temer procede de Satanás, enemigo tanto de Él como nuestro; y por esta causa Dios fue hecho carne, a fin de destruir las obras del diablo: en una palabra, Dios ES AMOR[149] y cuanto más amor tengamos dentro de nosotros, más cerca estaremos de Él y más poseeremos del espíritu de Él".

»"Bien, señor", le dije, "si siempre puedo pensar en estas cosas, es fácil que ame a Dios; pero ¿cómo voy a amar a mis semejantes, si algunos de ellos me sacan de quicio y son tercos y pecaminosos?".

»"Podría parecer un asunto difícil", dijo él, "amar a nuestros semejantes, que tienen tanto de malvados y tan a menudo despiertan el mal que yace dentro de nosotros, pero recuerde que Él los hizo y Ellos ama; y el que ama al que le engendró, ama al engendrado de

[145] Salmos 106, 33
[146] Lucas 13, 24. Ya había aparecido anteriormente, véase nota 30.
[147] Versión basada en Mateo 19, 24; Marcos 10, 25; Lucas 18, 25, en donde se dice que antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos.
[148] Mateo 22, 38-40.
[149] I Juan 4, 8 y 16. En las líneas siguientes hay varias referencias a los capítulos 3-5 de I Juan.

Librodot

El. Y si tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito hijo para que muriese por nosotros, deberíamos amarnos los unos a los otros. Pero si no consigue usted sentir verdadero afecto por los que no la quieren, por lo menos puede tratar de hacer por ellos lo que quisiera que hicieran por usted[150]; puede intentar compadecerles los defectos y perdonarles sus ofensas, y hacer todo el bien que pueda a los que la rodean. Y si se acostumbra usted a esto, Nancy, el mismo esfuerzo hará que los ame un poco, sin mencionar la buena voluntad que la bondad de usted despertará en ellos, aunque tengan poco más de bueno dentro. Si amamos a Dios y queremos servirle, intentemos ser como Él, hacer su obra, luchar por su gloria, que es el bien de los hombres, para apresurar la llegada de su reino, que es la paz y la felicidad de todo el mundo; por desvalidos que parezcamos, al hacer todo el bien que podamos a lo largo de nuestra vida, hasta el más humilde de nosotros puede hacer mucho para contribuir a ello; así que vivamos en el amor, para que Él viva en nosotros y nosotros en Él. Cuanta más felicidad confiramos, más recibiremos, incluso aquí, y mayor será nuestra recompensa en el Cielo cuando descansemos de nuestras labores".

Creo, señorita, que aquéllas son sus palabras exactas, pues les he dado muchas vueltas. Y luego cogió aquella Biblia y leyó trozos de aquí y de allí y me las explicó tan claro como el agua; y me pareció que una nueva luz me había irrumpido en el alma; y sentí calor alrededor del corazón, y hubiera querido que Bill y todo el mundo estuvieran allí para oírlo y alegrarse conmigo.

Después de marcharse, vino Hannah Rogers, una de las vecinas, para que le ayudara a lavar. Le dije que no podía en aquel momento, pues aún no había puesto las patatas para el almuerzo ni fregado los platos del desayuno. Así que se puso a reñirme por mi forma de ser perezosa. Me enfadé un poco al principio, pero no le dije nada malo: sólo le dije, muy tranquila, que había venido el nuevo clérigo a verme, pero que haría lo que tenía que hacer lo más deprisa posible y luego iría a ayudarla. Entonces se suavizó, y era como si mi corazón se llenara de afecto hacia ella, y un rato después, éramos muy amigas.

Así es, señorita Grey, «una respuesta blanda calma la ira; pero una palabra áspera enciende la cólera»[151]. No sólo en los demás, sino en ti también.

-Es verdad, Nancy, ¡ojalá lo recordásemos siempre!

-¡Sí, ojalá!

-¿Y el señor Weston ha vuelto a visitarla?

-Sí, muchas veces; y desde que tengo tan mal los ojos, se sienta a leerme durante media hora cada vez, pero, ya sabe usted, señorita Grey, que tiene otras personas a las que visitar y otras cosas que hacer, ¡que Dios le bendiga! Y el domingo siguiente, ¡qué sermón predicó! El texto era: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré»[152] y los dos benditos versículos que siguen. Usted no estaba allí, señorita, estaba usted con su familia por entonces, pero ¡me hizo sentir tan feliz! ¡Y me siento feliz ahora, gracias a Dios, y me causa placer hacer pequeños favores a mis vecinos, dentro de lo que puede hacer una pobre vieja medio ciega, y ellos me lo agradecen, tal como él dijo. Verá usted, señorita, ahora estoy haciendo un par de medias para Thomas Jackson: es un tipo algo raro, y hemos reñido en muchas ocasiones y hemos tenido algunas pendencias. Así que me ha parecido que lo mejor que podía hacer era tejerle un par de medias calentitas, y siento que me cae mucho mejor, el pobre, desde que empecé. Las cosas han resultado exactamente como dijo el señor Weston.

-Bien, pues me alegro mucho de verla tan contenta, Nancy, y tan sensata; pero debo irme ya. Me estarán buscando en la casa -dije; y diciéndole adiós, me marché, prometiéndole que volvería en cuanto tuviese tiempo, y sintiéndome casi tan feliz como ella.

En otra ocasión fui a leerle a un pobre jornalero que se encontraba en la última fase de la tisis. Las jóvenes señoritas habían ido a verlo, y de alguna forma les había sacado la

[150] Lucas 6, 31.
[151] Proverbios 15, 1
[152] Mateo 11, 28-30.

Librodot

promesa de leerle, pero era demasiada molestia para ellas, por lo que me pidieron que fuera en su lugar. Fui de bastante buena gana, y allí también me complació oír las alabanzas del señor Weston, de parte del enfermo y su esposa. Aquél me dijo que le proporcionaban gran consuelo y beneficios las visitas del nuevo clérigo, que iba frecuentemente a verlo y que «era un hombre muy diferente» del señor Hatfield, que había ido de vez en cuando a visitarlo antes de la llegada del otro a Horton, siempre insistiendo en que se mantuviera abierta la puerta de la casita para su propia comodidad, sin tener en cuenta el daño que podía ocasionarle al enfermo, y habiendo abierto el libro de oraciones y leído deprisa parte del servicio para los enfermos, se iba corriendo de nuevo, si no se quedaba para increpar a la afligida esposa con alguna reprimenda o para hacer algún comentario desconsiderado, por no decir cruel, que contribuía más a aumentar las penas del desgraciado matrimonio que a disminuirlas.

-Mientras que -dijo el hombre- el señor Weston reza conmigo de manera muy diferente, y me habla con toda amabilidad, y a menudo me lee también, y se sienta junto a mí igual que un hermano.

-¡Exactamente igual! -exclamó su esposa-. Y hace unas tres semanas, cuando se dio cuenta de que tiritaba de frío el pobre Jem, y vio el triste fuego que teníamos, preguntó si nos estábamos quedando sin carbón. Le dije que sí, y que nos era difícil conseguir más... pero, ¿sabe usted, señora?, no pensaba que él fuera a ayudamos... y, sin embargo, nos mandó un saco de carbón al día siguiente, y tenemos buenos fuegos desde entonces, lo que es una bendición en el invierno. Pero así es él, señorita Grey: cuando va a casa de una pobre gente a visitar a algún enfermo, se fija en lo que más falta le hace y si piensa que no le es fácil conseguirlo por sí misma, no dice una palabra, sino va y lo consigue él; y no todos los que tienen tan poco como él harían lo mismo, pues, ¿sabe usted, señora?, no tiene nada para vivir aparte de lo que le da el rector, y dicen que es bien poco.

Recordé entonces, con una especie de exultación, que la encantadora señorita Rosalie lo había tildado muchas veces de bruto vulgar, por llevar un reloj de plata[153] y unas ropas no del todo tan pulcras y nuevas como las del señor Hatfield. Al regresar a la casa, me sentía muy feliz y di las gracias a Dios por tener ahora algo en qué pensar, algo que ponderar para aliviar la tediosa monotonía, la solitaria pesadez de mi nueva vida -porque verdaderamente me encontraba sola pues nunca, de mes en mes, de año en año, con excepción de los breves intervalos de descanso en casa, veía a una persona a la que pudiera abrir el corazón, o con la que pudiera expresar libremente mis pensamientos con esperanza de que los compartiera o siquiera los comprendiera; nadie, salvo a la pobre Nancy Brown, con quien pudiera disfrutar de un momento de verdadera comunicación social, o cuya conversación fuera a hacerme mejor, más sabia o más feliz que antes, o, por lo que yo podía ver, sacase algún beneficio de la mía. Mis únicos compañeros habían sido niños poco amables, y muchachas ignorantes y obstinadas, de cuya agotadora insensatez la soledad ininterrumpida a menudo era un alivio sinceramente deseado y muy apreciado. Pero verse restringida a tener tales compañeros era un grave mal, tanto por sus efectos inmediatos como por las consecuencias que pudiera acarrear.

Ninguna idea nueva o conmovedora me llegaba desde fuera; y las que nacían dentro de mí en su mayoría eran reprimidas enseguida o estaban condenadas a marchitarse y desaparecer por falta de luz.

Se sabe que los compañeros habituales ejercen gran influencia sobre sus mutuas mentes y maneras. Aquellos cuyas acciones están siempre ante nuestros ojos y cuyas palabras están siempre en nuestros oídos naturalmente nos conducirán, aunque sea en contra de nuestra voluntad, lenta, gradual e imperceptiblemente, quizás, a actuar y a hablar como ellos. No pretendo determinar hasta dónde llega este poder de asimilación; pero si un hombre civilizado estuviese condenado a pasar una docena de años entre una raza de

[153] El metal de que estuviera hecho un reloj era signo de mayor o menor riqueza y distinción. En el capítulo XXII, Agnes comenta sobre sí misma que es demasiado pobre para tener un reloj.

Librodot

salvajes ingobernables, a no ser que tuviera el poder de mejorarlos, dudo mucho que al final de dicho periodo no se hubiera convertido él mismo en bárbaro, por lo menos. Y yo, puesto que no podía mejorar a mis jóvenes compañeros, tenía mucho miedo de que ellos me empeorasen a mí, que gradualmente me bajasen los sentimientos, las costumbres y las capacidades a su mismo nivel, pero sin impartirme a mí su despreocupación y alegre vivacidad. Ya me parecía notar que se me deterioraba el intelecto, se me petrificaba el corazón, se me encogía el alma y temblaba por si incluso se amortiguaban mis percepciones morales, se confundían mis distinciones entre el bien y el mal y se hundían mis mejores cualidades bajo la influencia de una forma de vida tan malsana. Se concentraban a mi alrededor los burdos vapores de la tierra y encerraban mi cielo interior; y de esta forma se alzó por fin ante mí el señor Weston, apareciendo como el lucero del alba sobre mi horizonte, para salvarme del miedo a la oscuridad total; y me alegré de tener ya un tema de contemplación más elevada que yo, y no más baja. Estaba contenta de ver que no todo el mundo estaba hecho de gentes como los Bloomfield, los Murray, los Hatfield, los Ashby, etc., y de que la excelencia humana no era una mera quimera de la imaginación. Cuando nos cuentan algo de bueno y nada de malo sobre una persona, es fácil y agradable imaginar más... resumiendo, no es necesario analizar todos mis pensamientos, pero el domingo se había convertido en un día de peculiar deleite para mí (ya casi me había acostumbrado al rincón de atrás del carruaje), pues me gustaba oírlo... y. me gustaba verlo también, aunque sabía que no era guapo m siquiera lo que se dice agradable de aspecto externo; pero desde luego no era feo.

De estatura, era un poco -muy poco- por encima de la media; perfectamente simétrico de tipo, de pecho corpulento y complexión fornida; la forma de su rostro estaría considerada demasiado cuadrada para la belleza pero, para mí, anunciaba un carácter decidido; su cabello castaño oscuro no estaba cuidadosamente rizado como el del señor Hatfield, sino simplemente cepillado hacia un lado sobre una frente amplia y blanca; las cejas, supongo, sobresalían demasiado, pero desde debajo de aquellas cejas oscuras destellaban unos ojos de excepcional poder, de color castaño, no grandes y algo hundidos, pero muy brillantes y expresivos; también había carácter en la boca, algo que delataba a un hombre de firmes propósitos y un pensador habitual, y cuando sonreía... pero aún no hablaré de eso, porque en la fecha de la que hablo, nunca lo había visto sonreír; y de hecho, su apariencia general no me transmitía la idea de un hombre muy dado a semejante relajación, ni de un individuo tal como describían los colonos. Desde el principio yo formé una opinión sobre él y, a pesar de las reconvenciones de la señorita Rosalie, estaba completamente convencida de que era un hombre de gran sensatez, firme fe y ardiente piedad, pero precavido y severo: y cuando descubrí que a sus otras buenas cualidades se sumaban una verdadera benevolencia y una amabilidad tierna y considerada, quizás el descubrimiento me encantó tanto más por no esperarlo.

CAPÍTULO XII
EL CHAPARRÓN

La siguiente visita que hice a Nancy Brown fue durante la segunda semana de marzo porque, a pesar de que tenía muchos minutos libres a lo largo del día, rara vez conseguía tener una hora entera para mí sola, ya que, como todo dependía del capricho de la señorita Matilda y su hermana, no podía haber orden ni regularidad; y cualquier actividad que yo eligiera, cuando no estaba ocupada por ellas o sus asuntos, debía mantener los lomos

ceñidos, los pies calzados y el báculo en la mano[154], por así decirlo, pues no estar disponible en el mismo momento en que me llamaban era considerado una ofensa imperdonable no sólo por mis alumnas y su madre sino incluso por la criada que venía sin aliento en mi busca, exclamando:

-Debe usted ir *directamente* al aula, señora, ¡las señoritas la ESPERAN!

¡Clímax de horror! ¡Esperando a su institutriz, nada menos!

Pero esta vez estaba bastante confiada en tener una hora o dos a mi disposición, pues Matilda se estaba preparando para un largo paseo a caballo y Rosalie se estaba vistiendo para ir a cenar a casa de lady Ashby, por lo que aproveché la ocasión para dirigirme a la casita de la viuda, donde la encontré algo preocupada por su gata, que llevaba ausente todo el día. La consolé con todas las anécdotas de las correrías habituales del animal que pude recordar.

-Me dan miedo los guardabosques -dijo- y no pienso en otra cosa. Si los jóvenes caballeros estuvieran en casa, pensaría que ellos habían mandado sus perros tras ella, para fastidiarla, pobrecita, como han hecho con los gatos de mucha pobre gente, pero ahora no puedo temer eso.

Nancy tenía mejor los ojos, aunque distaban mucho de estar bien del todo; había estado intentando hacer una camisa de domingo para su hijo, pero me dijo que sólo soportaba hacer un poquito de vez en cuando, por lo que progresaba con lentitud, aunque al pobre muchacho le hacía mucha falta. Así que me proponía ayudarla un poco, después de leerle, pues me sobraba tiempo aquella tarde y no debía regresar hasta la caída de la tarde. Aceptó agradecida mi ofrecimiento.

-Y además usted me hará compañía, señorita -dijo-, pues me siento muy sola sin la gata.

Pero cuando había acabado de leer y llevaba media costura hecha, con el ancho dedal de Nancy acoplado al dedo por medio de un papel enrollado alrededor, me interrumpió la llegada del señor Weston con la susodicha gata en brazos. Ahora vi que sabía sonreír, y que además lo hacía de forma muy agradable.

-Le he hecho un gran favor, Nancy -comenzó; luego, al verme, reconoció mi presencia con una pequeña reverencia. Yo hubiera sido invisible para el señor Hatfield o cualquier otro caballero de aquel entorno-. Le he rescatado la gata -continuó- de las manos, o mejor dicho la escopeta, del guardabosque del señor Murray.

-Que Dios le bendiga, señor -exclamó la anciana agradecida, a punto de llorar de felicidad al coger de sus brazos a su favorita.

-Cuide usted de ella -dijo él- y no permita que se acerque a la conejera, pues el guardabosque jura que la matará de un tiro si vuelve a verla allí. Lo habría hecho hoy si no llego a estar yo allí a tiempo para impedírselo. Creo que llueve, señorita Grey -añadió con voz más queda, viendo que había apartado mi labor y me preparaba para marcharme-. No permita usted que yo le moleste... No me quedaré más de un par de minutos.

-Se quedarán ambos hasta que acabe este chaparrón -dijo Nancy mientras atizaba el fuego y colocaba otra silla junto a él-. ¡Vaya!, si hay sitio aquí para todos.

-Veo mejor aquí, gracias, Nancy -respondí, llevando mi labor junto a la ventana, donde tuvo la bondad de dejar que me quedara tranquila, mientras ella cogió un cepillo para quitarle los pelos de la gata al abrigo del señor Weston, le quitó cuidadosamente la lluvia del sombrero, y le dio de cenar a la gata, sin dejar de hablar todo el rato: ora dando las gracias a su amigo el clérigo por lo que había hecho, ora preguntándose cómo la gata habría descubierto la conejera, ora lamentándose de las posibles consecuencias de dicho descubrimiento. Él escuchaba con una sonrisa tranquila y bonachona y finalmente, accediendo a sus insistentes invitaciones, tomó asiento, aunque repitió que no tenía intención de quedarse.

[154] Éxodo 12, 11.

Librodot

-Tengo que ir a otro lugar -dijo- y veo (mirando el libro que estaba sobre la mesa) que otra persona le ha leído.

-Sí, señor, la señorita Grey ha tenido la amabilidad de leerme un capítulo, y ahora me ayuda con una camisa para Bill, pero me temo que vaya a tener frío allí. ¿No quiere usted acercarse al fuego, señorita?

-No, gracias, Nancy, no tengo frío. Debo irme en cuanto se acabe este chaparrón.

-¡Ay, señorita! Si ha dicho usted que podía quedarse hasta la caída de la tarde -exclamó la anciana provocativa, y el señor Weston cogió el sombrero.

-No, señor -dijo ella-, por favor no se vaya ahora que llueve tanto.

-Pero tengo la impresión de que impido a su visita acercarse al fuego.

-En absoluto, señor Weston -respondí, esperando que no habría ninguna maldad en un embuste de tal naturaleza.

-¡No, ya lo creo! -exclamó Nancy-. Si hay sitio de sobra. -Señorita Grey-dijo él, medio en broma, como si sintiera la necesidad de cambiar de tema aunque no tuviese nada especial que decir-, quisiera que me disculpara usted ante el señor de la mansión cuando lo vea. Estaba presente cuando he rescatado a la gata de Nancy, y no ha aprobado exactamente mi hazaña. Le he dicho que la gata significaba más para ella que todos los conejos para él, y tan audaz afirmación ha merecido que me dedicase unas palabras muy poco caballerosas y me temo que le he replicado con demasiado entusiasmo.

-¡Vaya por Dios, señor! Espero que no se haya peleado con el amo por culpa de mi gata. No soporta el señor que se le replique.

-Oh, no importa, Nancy. No me preocupa realmente: no he dicho nada muy descortés, y supongo que el señor Murray está acostumbrado a utilizar un lenguaje algo fuerte cuando se enfada.

-Sí, señor; es una lástima.

-Y ahora realmente debo marcharme. Tengo que ir a visitar un sitio una milla más allá, y no querrá usted que vuelva a oscuras; además, casi ha dejado de llover ahora, así que buenas tardes, Nancy. Buenas tardes, señorita Grey.

-Buenas tardes, señor Weston... pero no cuente usted conmigo para que le haga las paces con el señor Murray, pues nunca lo veo, o no para hablar con él.

-¿De veras? Entonces no tiene remedio -contestó con afligida resignación; luego, con una extraña medio sonrisa, añadió-: pero no importa; creo que el señor tiene más motivos para disculparse que yo -y salió de la casita.

Continué cosiendo mientras tuve luz para ver; luego le deseé buenas noches a Nancy, cortando su excesiva gratitud con la innegable afirmación que sólo había hecho por ella lo que ella hubiera hecho por mí, si hubiera estado en mi lugar y yo en el de ella, y regresé apresurada a Horton Lodge, donde, al entrar en el aula, encontré la mesa del té envuelta en confusión, con la bandeja inundada de té y la señorita Matilda de un humor feroz.

-Señorita Grey, ¿qué demonios hacía? Tomé el té hace media hora, y tuve que preparármelo yo y beberlo sola. ¡Debería usted volver más pronto!

-He ido a ver a Nancy Brown. No creía que hubiera regresado usted de cabalgar.

-¡Me gustaría saber cómo iba a cabalgar bajo la lluvia! El condenado chaparrón ya fue bastante molesto, llegando cuando estaba en plena marcha; y luego venir para encontrar que no había nadie para tomar el té conmigo... iy sabe usted que no sé hacer el té a mi gusto!

Aguanté sus vulgares reproches con sorprendente ecuanimidad, incluso con buen humor, pues era consciente de que había hecho más bien a Nancy Brown que mal a ella; y quizás algún otro pensamiento ayudara a no perder el ánimo e impartir gusto a la taza de té frío y pasado y encanto a la mesa por lo demás desagradable y -he estado a punto de decir a la cara poco amable de la señorita Matilda. Pero al poco rato se fue a los establos y me dejó para que disfrutase tranquilamente de la comida solitaria.

Librodot

CAPÍTULO XIII
LAS PRÍMULAS

La señorita Rosalie acostumbraba a ir dos veces a la iglesia ahora, pues le gustaba tanto la admiración que no soportaba perder una sola oportunidad de conseguirla; y era tan seguro que la conseguiría allí donde se presentara que, estuvieran o no presentes Harry Meltham y el señor Green, nunca faltaba quien se mostrara devoto de sus encantos, además del rector, que estaba generalmente obligado a asistir por razón de su cargo oficial.

Generalmente también, si el tiempo lo permitía, ella y su hermana volvían a casa a pie; Matilda, porque odiaba confinarse en el carruaje, y ella, porque le desagradaba el aislamiento que proporcionaba y disfrutaba de la compañía que solía animar la primera milla del camino entre la iglesia y la verja del señor Green, cerca de la cual se iniciaba la carretera privada que conducía a Horton Lodge, que se encontraba en dirección contraria, mientras que la carretera pública llevaba en línea recta a la mansión aun más apartada de sir Hugh Meltham. De esta forma, siempre había una posibilidad de que las acompañara hasta allí o bien Harry Meltham, con o sin la señorita Meltham, o el señor Green, quizás acompañado de una de sus hermanas o ambas, y algún caballero que estuviese con ellos de visita.

El que yo fuese caminando con las jóvenes damas o en el carruaje con sus padres dependía totalmente del capricho de aquéllas; si decidían «llevarme» con ellas, iba a pie; si, por razones que sólo ellas conocían, preferían ir solas, yo ocupaba mi lugar en el carruaje. Me agradaba más ir a pie, pero un sentido de renuencia a imponer mi presencia a alguien que no la deseaba siempre me mantenía pasiva en estas ocasiones y otras similares, y nunca cuestionaba las causas de sus cambiantes veleidades. Y ésta era sin duda la mejor política, pues someterse y complacer era el papel de la institutriz mientras que satisfacer su propio placer era el de las alumnas. Pero cuando iba caminando, la primera mitad del camino solía resultarme un gran incordio. Como ninguno de los susodichos caballeros o damas se dignaba darse cuenta de mi presencia, era desagradable andar a su lado, como si estuviera escuchando lo que decían o deseando que me considerasen uno de ellos, mientras ellos hablaban encima o a través de mí, y si mientras hablaban sus ojos caían sobre mí, parecían observar el vacío, como si no me vieran o tuvieran muchas ganas de que así pareciera.

Era desagradable también caminar detrás, como si reconociera mi propia inferioridad, pues la verdad es que me consideraba casi tan buena como el mejor de ellos, y quería que lo supieran y no creyeran que me consideraba una mera sirviente, que conocía demasiado bien su lugar como para ir caminando junto a unos caballeros y damas tan espléndidos como ellos... aunque sus jóvenes damas quisieran tenerla con ellas e incluso se dignaban conversar con ella cuando no había mejor compañía disponible.

Así -casi me avergüenza decirlo- me tomaba grandes molestias (si es que iba junto a ellos) por aparecer absolutamente inconsciente de su presencia o indiferente a ella, como si estuviera totalmente absorbida en mis propias reflexiones o en la contemplación de los objetos que me rodeaban; o, si me rezagaba, algún pájaro o algún insecto me atraía la atención y, después de examinarlo con el debido interés, seguía el paseo a solas, pausadamente, hasta que mis alumnas se despedían de sus compañeros y se desviaban por la tranquila carretera particular.

Recuerdo bien una ocasión de éstas, una preciosa tarde hacia finales de marzo: el señor Green y sus hermanas habían mandado regresar vacío su carruaje con el fin de disfrutar del brillante sol y la suave brisa paseando sociablemente con sus visitantes el capitán Fulano y el teniente Mengano (un par de militares lechuguinos) y las señoritas Murray, las cuales, por supuesto, se las ingeniaron para unirse a ellos.

Esta compañía agradaba especialmente a Rosalie, pero, al no encontrarla enteramente de mi gusto, yo no tardé en rezagarme y me puse a explorar plantas e insectos a lo largo de

los verdes setos y las floridas cercas hasta que el grupo estuvo bastante adelantado y pude oír el dulce canto de la lozana alondra. Entonces el espíritu de misantropía que me embargaba comenzó a esfumarse bajo el suave aire puro y el sol templado, pero en su lugar surgieron tristes pensamientos de mi primera infancia, la añoranza de gozos perdidos o el anhelo de un destino futuro más halagüeño.

Mientras recoma con los ojos los altos setos cubiertos de hierba nueva y hojas verdes y coronados con arbustos florecientes, deseé intensamente ver alguna flor conocida que me recordase los arbolados valles o las verdes colinas de casa... los páramos oscuros, por supuesto, eran impensables. Tal descubrimiento haría que me brotasen lágrimas de los ojos, sin duda, pero era uno de mis mayores placeres en aquel tiempo.

Por fin vislumbré en alto, entre las retorcidas raíces de un roble, tres preciosas prímulas, que se asomaban con tanto encanto de su escondrijo que se me saltaron las lágrimas nada más verlas, pero estaban tan altas que intenté en vano coger una o dos para soñar con ellas y llevármelas; no podía alcanzarlas sin trepar por el terraplén, pero me impidió hacerlo el sonido de una pisada detrás de mí en ese momento, y estaba a punto de alejarme cuando me sorprendieron las palabras: «Permítame que se las coja, señorita Grey», con los tonos graves y serios de una voz muy conocida.

Inmediatamente cogió las flores y me las entregó. Era el señor Weston, por supuesto... ¿qué otro se habría molestado en hacer tanto por mí?

Le di las gracias, no sé si cálida o fríamente, pero estoy convencida de que no expresé ni la mitad del agradecimiento que sentía. Era tonto, quizás, sentir agradecimiento siquiera, pero me pareció a mí en aquel momento una muestra extraordinaria de su bondad, un acto de amabilidad a la que no podría corresponder pero que nunca olvidaría. Y es que estaba muy poco acostumbrada a recibir semejantes gentilezas, muy poco preparada para esperarlas... de ninguna persona que se hallara a cincuenta millas a la redonda de Horton Lodge.

Sin embargo, eso no me impidió sentirme algo incómoda en su presencia, y me puse a seguir a mis alumnas a mucha mayor velocidad que antes. Aunque, quizás, si el señor Weston se hubiera dado por aludido y me hubiera permitido pasar sin decir otra palabra, me habría arrepentido una hora después; pero no fue así. Un paso algo acelerado para mí era un paso normal para él.

-Sus jóvenes damas la han dejado sola -dijo.

-Sí; están ocupadas con una compañía más agradable. -Entonces no se moleste usted en alcanzarlas.

Aflojé el paso, pero al momento siguiente me arrepentí de ello; mi acompañante no decía nada, y a mí no se me ocurría nada en absoluto que decir, y me temía que él se encontrara en la misma tesitura. Finalmente, sin embargo, rompió la pausa para preguntarme, con una peculiar brusquedad muy suya, si me gustaban las flores.

-Sí, mucho -respondí-, sobre todo las silvestres.

-A mí me gustan las flores silvestres -dijo-; no me gustan las demás, porque no hay ninguna cosa especial que asocie con ellas, con la excepción de una o dos. ¿Cuáles son sus flores preferidas?

-Las prímulas, las campánulas[155] y el brezo.

-¿No las violetas?

-No, porque, como usted dice, no hay nada especial que asocie con ellas, pues no hay dulces violetas en las colinas y valles alrededor de mi casa.

-Debe de ser un gran consuelo para usted tener hogar, señorita Grey -observó mi acompañante tras una corta pausa-; por lejano que esté, o por poco que lo visite, es algo que recordar.

-Tanto, que creo que no podría vivir sin él -respondí, con un entusiasmo del que me arrepentí enseguida, porque pensé que debía de parecer esencialmente boba.

[155] Durante su estancia con la familia Robinson en Thorp Green, Anne escribió un poema titulado «The Bluebell» (la campánula), en el que recuerda sus días de infancia, felices y despreocupados.

Librodot

-Sí que podría -dijo él, con una sonrisa meditativa-. Las ataduras que nos unen a la vida son más resistentes de lo que usted o cualquiera se imagina, si no ha sentido con qué fuerza se puede tirar de ellas sin romperlas. Podría sentirse triste sin hogar, pero incluso usted podría vivir, y no tan triste como cree. El corazón humano es como el caucho: se hincha muy fácilmente pero es muy difícil hacerlo estallar. Si «poco más que nada» lo altera, «poco menos que todo bastará»[156] para romperlo. Como en las partes externas de nuestro cuerpo existe un poder inherente que lo fortalece contra la violencia externa. Cada golpe que lo hace tambalear servirá para endurecerlo contra un golpe futuro, igual que la piel de la mano se hace más gruesa y los músculos se vigorizan con el trabajo constante, en vez de debilitarse, por lo que un día de arduo trabajo que podría desollarle la palma a una dama no haría mella en la de un robusto labrador.

»Hablo por experiencia, en parte propia. Hubo una época en la que pensaba igual que usted... por lo menos estaba convencido de que el Hogar y sus afectos eran lo único que hacían tolerable la vida, y que, privada de ellos, la existencia se convertiría en una carga dificil de soportar. Pero ahora no tengo hogar, a no ser que quiera usted dignificar con tal nombre las dos habitaciones que tengo alquiladas en Horton. Y no hace ni doce meses que perdí al último y más querido de los míos. Sin embargo, no sólo vivo sino que no estoy del todo desprovisto de esperanza y consuelo, incluso en esta vida, aunque debo reconocer que pocas veces consigo entrar en una casita humilde a la caída de la tarde y veo a los moradores reunidos pacíficamente alrededor del alegre fuego sin casi sentir envidia de su bienestar doméstico.

-Aún no sabe usted qué felicidad tiene por delante -dije-; ahora está usted al principio del viaje.

-La mejor felicidad ya es mía -respondió él-: el poder y el deseo de ser útil.

Nos acercábamos a un hueco en el seto que daba a un sendero que conducía a una granja, adonde supuse que se dirigía el señor Weston para ser «útil», pues se despidió de mí, pasó por el hueco y caminó por el sendero con su habitual paso firme y elástico, dejándome meditando sus palabras mientras seguía mi camino sola.

Ya me había enterado de que había perdido a su madre no muchos meses antes de venir. Ella era, pues, el último y más querido de los suyos, y *no tenía* hogar. Le compadecía de corazón, casi lloré de pena por él. Y esto, pensé, explicaba la sombra de cautela prematura que tan frecuentemente le oscurecía el semblante y le granjeaba la reputación de tener un carácter adusto y taciturno entre la caritativa señorita Rosalie y toda su tribu.

«Pero», pensé, «no está tan abatido como lo estaría yo ante tales privaciones: lleva una vida activa y tiene ante él un amplio campo para el empleo útil, puede hacer amigos, y puede construir un hogar también si lo desea, y sin duda lo deseará alguna vez; y que Dios le conceda que la pareja para aquel hogar sea digna de él, y lo convierta en un hogar feliz, el tipo de hogar que él merece tener. Y qué delicioso sería...». Pero no importa qué pensé.

Empecé a escribir este libro con la intención de no ocultar nada, para que los que quisieran pudieran beneficiarse de examinar el corazón de un semejante. Pero tenemos algunos pensamientos que pueden mirar a sus anchas todos los ángeles del cielo, pero no nuestros congéneres, ni siquiera los mejores y más amables de entre ellos.

Para entonces los Green se habían marchado a su casa y las Murray habían doblado por la carretera privada, por donde me apresuré a seguirlas. Encontré a las dos muchachas inmersas en una discusión animada sobre los méritos respectivos de los dos jóvenes oficiales; pero, al verme a mí, Rosalie se interrumpió en mitad de una oración para exclamar con malicioso júbilo:

-¡Ajá, señorita Grey!, conque por fin ha venido, ¿eh? No me extraña que se haya rezagado tanto, y tampoco me sorprende que defienda usted con tanto ahínco al señor Weston cada vez que me meto con él... ¡Ajá, ya lo entiendo todo!

[156] Cita sin identificar.

Librodot

-Vamos, señorita Murray, no sea tonta -dije, intentando reírme con buen humor-, ya sabe usted que estas pamplinas no me impresionan.

Pero siguió con tantas intolerables tonterías, con la ayuda de su hermana, que se inventó unos embustes apropiados a la ocasión, que me pareció necesario decir algo para justificarme.

-¡Qué farsa es todo esto! -exclamé-. Si el camino del señor Weston ha coincidido con el mío durante unas cuantas yardas, y si ha tenido a bien intercambiar unas palabras conmigo al cruzarnos, ¿qué tiene de extraordinario? Les aseguro que nunca antes he hablado con él, con excepción de una ocasión.

-¿Dónde? ¿Dónde y cuándo? -exclamaron ansiosas.

-En casa de Nancy.

-¡Ajá! Conque lo ha visto allí, ¿eh? -exclamó Rosalie, con una risita alborozada-. Ya ves, Matilda, acabo de averiguar por qué le gusta tanto ir a casa de Nancy Brown: ¡es para coquetear con el señor Weston!

-¡La verdad es que no vale la pena ni contradecirla!... Si sólo lo vi allí una vez... ¿y cómo había de saber que iría él? Por irritada que me sentía ante su necia hilaridad y molestas insinuaciones, mi desasosiego no duró mucho rato; en cuanto se cansaron de burlarse, volvieron una vez más con el capitán y el teniente; y mientras discutían y comentaban sobre éstos, se me calmó rápidamente la indignación, se me olvidó enseguida el motivo que la había causado y dirigí mis pensamientos a temas más agradables.

Así fuimos adentrándonos en el parque y llegamos a la mansión; y mientras subía la escalera hacia mi cuarto, sólo me ocupaba un pensamiento y un solo deseo ferviente me llenaba hasta rebosar el corazón. En cuanto hube entrado y cerrado la puerta, me hinqué de rodillas y pronuncié una oración ferviente aunque no impetuosa: «Hágase tu voluntad», intenté decir, pero «Padre, todas las cosas son posibles para ti y que sea tu voluntad...» era seguro que vendría después. Por ese deseo... por esa oración, me hubieran despreciado tanto los hombres como las mujeres, pero... «Padre, tú no me despreciarás...», dije, convencida de que era verdad. Me parecía a mí que deseaba el bienestar de otro con tanto ahínco como el mío... no, que eso era el objeto principal de mi deseo. Es posible que me engañara a mí misma, pero esa convicción me dio la confianza para rogar y la fuerza para esperar que no rogaba en vano.

En cuanto a las prímulas, guardé dos de ellas en un vaso en mi habitación hasta que se marchitaron del todo y las tiró la doncella, y puse los pétalos de la otra entre las hojas de mi Biblia... aún las tengo y pienso quedármelas para siempre.

CAPÍTULO XIV
EL RECTOR

El día siguiente fue tan espléndido como el anterior. Poco después del desayuno, la señorita Matilda, tras galopar y desbarrar por unas cuantas lecciones sin provecho y aporrear vengativa el piano durante una hora, muy enfadada con él y conmigo, porque su mamá no había querido darle fiesta, se había marchado a su lugar preferido: el corral, los establos y las perreras, y la señorita Rosalie había salido para disfrutar de una tranquila caminata acompañada de una nueva novela de moda, dejándome en el aula, ocupada en una acuarela que había prometido hacerle y que insistía en que acabase aquel día.

A mis pies yacía un pequeño y velludo terrier. Era propiedad de la señorita Matilda, pero lo odiaba y tenía intención de venderlo, alegando que estaba muy mimado. Realmente era un ejemplar excelente de su especie, pero ella afirmaba que no servía para nada y que ni siquiera tenía inteligencia suficiente para conocer a su ama.

El caso es que lo había comprado cuando era un cachorro, insistiendo, al principio, en que no lo tocase nadie más que ella; pero como no tardó en cansarse de un animalito tan desvalido y molesto, de buena gana accedió a mis ruegos de hacerme cargo de él; y yo, al cuidar cariñosamente de la criatura desde la infancia hasta la adolescencia, naturalmente obtuve su afecto, recompensa que hubiera valorado muchísimo y que me hubiera parecido superaba con creces todas las molestias que me había tomado si no fuera porque el sentimiento de gratitud del pobre Snap le exponía a muchas palabras duras y patadas y pellizcos maliciosos de parte de su dueña y si no se hallara ahora en peligro de que lo «sacrificaran» en consecuencia o lo transfirieran a algún amo rudo y cruel. ¿Pero qué podía hacer yo para remediarlo? No podía conseguir que el perro me odiase con un trato cruel, y ella no se lo iba a ganar con amabilidades.

No obstante, mientras estaba sentada de esta guisa, trabajando con el lápiz, la señora Murray hizo su entrada en la habitación, medio aparatosa, medio bulliciosa.

-Señorita Grey -comenzó-, querida, ¿cómo puede estar usted dibujando en un día como hoy? (creía que lo hacía por mi propio gusto). Me sorprende que no se ponga el sombrero y salga con las señoritas.

-Creo, señora, que la señorita Rosalie está leyendo y la señorita Matilda está entretenida con los perros.

-Si usted intentara entretener un poco más a la señorita Matilda, creo que no se vería *obligada* a buscar entretenimiento tanto como lo hace con la compañía de perros, caballos y caballerizos; y si estuviera usted un poco más alegre y dispuesta a conversar con la señorita Rosalie, no iría a deambular tanto por los campos con un libro en la mano. Sin embargo, no quiero molestarla -dijo, viendo, supongo, que me ardían las mejillas y me temblaban las manos de desagradable emoción-, por favor, no sea tan susceptible, o no habrá manera de hablar con usted. Y dígame, ¿sabe adónde se ha ido Rosahe y por qué le gusta tanto estar sola?

-Dice que le gusta estar sola cuando tiene un libro nuevo que leer.

-Pero ¿por qué no puede leerlo en el parque o en el jardín? ¿Por qué ha de marcharse al campo y a las veredas? ¿Y cómo es que la encuentra tantas veces el señor Hatfield? Me dijo la semana pasada que había ido cabalgando junto a ella por todo el camino del musgo, y estoy segura de que ha sido a él a quien he visto desde la ventana de mi cuarto de vestir, caminando muy deprisa ante las puertas del parque hacia el campo donde va ella tan a menudo. Quisiera que fuese usted a ver si está allí, y recuérdele con delicadeza que no es correcto que una señorita de su rango y posición deambule a solas de esta forma, expuesta a las atenciones de cualquiera que se quiera dirigir a ella, como alguna pobre muchacha abandonada que no tenga un parque donde pasear ni familia que se ocupe de ella; y dígale que su papá se enfadaría muchísimo si supiera que trata al señor Hatfield de la manera tan familiar que me temo que lo hace; y... ¡oh!, si usted, o *si cualquier* institutriz tuviera la mitad de la vigilancia de una madre, la mitad del cuidado ansioso de una madre, a mí me ahorraría este trabajo, y usted vería enseguida la necesidad de no perderla de vista y de hacer que le resultara agradable su compañía para que... Bueno, váyase, váyase, no hay tiempo que perder -gritó, viendo que yo había guardado mis pertrechos de pintar y estaba en la puerta esperando la conclusión de su alocución.

De acuerdo con sus pronósticos, encontré a la señorita Rosalie en su campo favorito colindante con el parque; y, por desgracia, no estaba sola, pues la figura alta y majestuosa del señor Hatfield caminaba lentamente a su lado.

Aquí tenía un conflicto. Era mi deber interrumpir el *tête-à-tête:* pero ¿cómo hacerlo? Al señor Hatfield no lo podía espantar una persona tan insignificante como yo, e ir a colocarme al otro lado de la señorita Rosalie, imponiendo mi presencia inoportuna al hacer caso omiso a su compañero era una grosería de la que no era capaz; tampoco tenía el valor para llamarla desde el extremo del campo, diciendo que se requería su presencia en otra parte. De modo que opté por la solución intermedia de caminar lenta

Librodot

pero constantemente en dirección a ellos, decidida, si mi presencia no era suficiente para ahuyentar al pretendiente, pasar de largo diciendo a la señorita Rosalie que la buscaba su madre.

Tenía un aspecto encantador al deambular despacio bajo los frondosos castaños que extendían sus largos brazos por encima de la valla del parque, el libro cerrado en una mano y en la otra un grácil retoño de mirto que le servía de muy bonito juguete, sus relucientes tirabuzones escapándose profusamente del pequeño sombrero y suavemente mecidos por la brisa, las bellas mejillas ruborizadas con vanidad satisfecha, los risueños ojos azules ora lanzando miradas furtivas a su admirador, ora mirando su ramito de mirto. Pero Snap, corriendo delante de mí, la interrumpió en mitad de alguna réplica medio vivaz, medio juguetona, al cogerle vigorosamente el vestido y tirar con fuerza, hasta que el señor Hatfield asestó un golpe resonante en el cráneo del animal con su bastón, lo que le hizo volver conmigo aullando con un clamoroso alboroto que divirtió sobremanera al caballero; pero al verme tan cerca, supongo que le pareció oportuno despedirse, y al agacharme yo a acariciar al perro, con ostentosa compasión para mostrarle mi desaprobación de su severidad, lo oí decir:

-¿Cuándo la veré de nuevo, señorita Murray?

-En la iglesia, supongo -respondió ella-, a no ser que sus negocios le traigan otra vez por aquí en el preciso momento en que yo pase.

-Siempre me las puedo arreglar para tener negocios por los alrededores, si sé exactamente cuándo y dónde encontrarla. -Pero aunque quisiera, no podría decírselo, porque soy tan poco metódica que nunca sé lo que voy a hacer de un día para otro.

-Entonces, déme eso, mientras tanto, para consolarme -dijo él, medio en broma y medio en serio, extendiendo la mano hacia el ramito de mirto.

-¡No, desde luego que no!

-¡Sí! ¡Por favor! Seré el más triste de todos los hombres si no me lo da. No puede usted ser tan cruel como para negarme un don tan fácil de conceder y sin embargo tan apreciado -rogó él tan fervorosamente como si su vida dependiese de ello.

Para entonces yo ya estaba a pocas yardas de ellos, esperando impaciente que él se marchara.

-¡Entonces, tenga, cójalo y márchese! -dijo Rosalie.

Él aceptó gustoso el regalo, murmuró alguna cosa que la hizo ruborizarse y ladear la cabeza con un movimiento brusco, pero con una risita que demostraba que su disgusto era del todo fingido; luego, con un saludo cortés, se retiró.

-¿Ha visto alguna vez un hombre semejante, señorita Grey? -preguntó ella, volviéndose hacia mí-. ¡Me alegro muchísimo que haya aparecido usted! Creía que nunca me lo iba a quitar de encima... y tenía mucho miedo de que lo viese papá.

-¿Llevaba mucho tiempo con usted?

-No, no mucho, pero es muy impertinente; y siempre está merodeando por ahí, fingiendo que sus negocios o sus obligaciones sacerdotales requieren que venga a estas partes, y realmente acechando y saltando encima de mi pobre persona cada vez que me ve.

-Pues su madre opina que no debería usted pasar del parque o del jardín sin que la acompañe una persona discreta y matronal como yo para mantener a raya a los intrusos. Ha visto al señor Hatfield pasar apresuradamente por las puertas del parque y por lo tanto me ha enviado a mí con instrucciones de buscarla a usted y cuidarla, y de advertirle además...

-¡Oh, mamá es muy pesada! ¡Como si yo no pudiera cuidar de mí misma! Ya me ha fastidiado antes con lo del señor Hatfield, y le he dicho que puede confiar en mí -no olvidaría mi rango y posición ni por el hombre más encantador que haya existido jamás-; ojalá se hincara de rodillas mañana y me suplicara que fuera su esposa para poder demostrarle lo equivocada que está al suponer que yo podría alguna vez... ¡Oh, cómo me irrita! ¡Pensar que pudiera ser tan tonta como para *enamorarme! Es* impropio de una mujer hacer tal cosa. ¡El amor! ¡Detesto la palabra! Tal como se aplica a una de nuestro sexo, ¡creo que es un perfecto insulto! Podría reconocer una debilidad, pero nunca por uno como el pobre señor

Hatfield que no tiene ni setecientas libras al año para apañarse. Me gusta hablar con él, porque es muy listo y divertido -ojalá sir Thomas Ashby fuese la mitad de simpático-; además, debo tener a *alguien* con quien coquetear, y nadie más tiene la sensatez de venir por aquí; y cuando salimos, mamá no me permite coquetear con nadie más que con sir Thomas, si es que está, y si no está me siento atada de pies y manos por si alguien va y se inventa alguna historia exagerada, y le mete en la cabeza que estoy prometida o a punto de prometerme con otro. O, lo que es más probable, por miedo de que su desagradable madre vea o se entere de mis procederes y considere que no sería una esposa digna de su excelente hijo, como si dicho hijo no fuese el mayor pícaro de la cristiandad, y como si cualquier mujer medianamente decente no fuese demasiado buena para él.

-¿Es verdad eso, señorita Murray? ¿Y lo sabe su madre, y, a pesar de todo, quiere que se case usted con él?

-¡Desde luego que sí! Ella sabe más cosas en su contra que yo, tengo entendido: me lo oculta por si me desanimo, pues no sabe que me importan poco tales cosas. Porque no es para tanto; estará bien una vez que se case, como dice mamá, *y todo el mundo* sabe que los bribones reformados se convierten en los mejores maridos[157]. Lo único que yo quisiera es que no fuese tan feo... *eso* es lo que me preocupa a mí, pero aquí en el campo hay tan poco donde elegir, y papá no consiente que nos vayamos a Londres.

-Pero a mí me parece que el señor Hatfield sería mucho mejor.

-Y lo sería si fuera de Ashby Park, no cabe duda; pero el caso es que he de hacerme con Ashby Park, lo comparta con quien lo comparta.

-Pero el señor Hatfield cree que usted le aprecia todo este tiempo; ¿no se le ocurre pensar en lo decepcionado que se sentirá cuando descubra que estaba equivocado?

-¡Claro que no! Será un justo castigo por su presunción, por *atreverse* siquiera a pensar que yo podría apreciarlo. No hay nada que más me pueda divertir que quitarle el velo de los ojos.

-Cuanto antes lo haga, mejor, pues.

-No, ya le digo que me gusta divertirme con él. Además, realmente no cree que lo aprecie. Cuido mucho de que sea así, no sabe usted lo bien que me las apaño. Es posible que presuma que puede *inducirme* a apreciarlo, por lo que pienso castigarle como se merece.

-Pues cuidado que no le dé demasiado pie para que lo presuma, es lo único que le digo -respondí.

Pero todas mis amonestaciones fueron en vano: sólo sirvieron para hacerla un poco más deseosa de ocultarme sus deseos y sus pensamientos. No volvió a hablarme del rector, pero podía ver que su mente, si no su corazón, aún estaba fija en él y que estaba decidida a celebrar otra entrevista con él; pues aunque, cumpliendo los deseos de su madre, me había convertido en su compañera de paseos durante un tiempo, aún persistía en deambular por los campos y los caminos que estaban más cerca de la carretera; y, aunque hablase conmigo o leyese el libro que llevaba en la mano, no paraba de detenerse y mirar alrededor o dirigir la vista a la carretera a ver si venía alguien; y si pasaba algún caballero, yo sabía por las injurias ilimitadas que dedicaba al pobre jinete, fuera quien fuese, que lo odiaba por *no* ser el señor Hatfield.

«Creo», pensé yo, «que no le es tan indiferente como ella se cree o quiere que creamos los demás, y que la preocupación de su madre no está tan infundada como afirma».

Pasaron tres días, y él no apareció. En la tarde del cuarto día, mientras paseábamos junto a la valla del parque en el campo antes mencionado, cada una provista de un libro (pues yo siempre procuraba llevarme algo que hacer para cuando ella no quisiera que hablara), de repente interrumpió mis estudios diciendo:

[157] Esta idea estaba bastante generalizada en la época. Richardson, novelista del siglo XVIII, la había introducido en *Pamela y Sir Charles Grandison.* Helen Graham, la protagonista de la otra novela de Anne Brontë, *The Tenant of fWild-fell Hall,* también está convencida de poder reformar a su disoluto marido.

Librodot

-Oh, señorita Grey, haga el favor de ir a ver a Mark Wood y llevarle media corona a su mujer de mi parte... tenía que habérsela mandado hace una semana, pero se me ha olvidado por completo. ¡Tenga! -dijo, lanzándome su monedero y hablando atropelladamente-. No se preocupe en sacarla ahora, llévese el monedero y déles lo que le parezca oportuno... Iría con usted, pero quiero acabar este tomo. Iré a buscarla cuando acabe. Pero dése prisa, ¿quiere? Y.. espere... ¿No será mejor que le lea un poco? Vaya corriendo a la casa en busca de algún buen libro, cualquier cosa servirá.

Hice lo que deseaba pero, sospechando algo por la brusquedad de su actitud y lo repentino de su petición, miré atrás antes de salir del campo y allí estaba el señor Hatfield a punto de pasar por la puerta. Al enviarme a buscar el libro, había evitado que me cruzara con él en la carretera.

-¡No importa! -pensé-, no pasará nada grave. A Mark le vendrá bien la media corona, y quizás el buen libro también. Y si el rector le roba el corazón a la señorita Rosalie, sólo le suavizará un poco el orgullo; y si al final se casan, sólo le salvará de un destino peor; ella será una pareja suficientemente buena para él y él para ella.

Mark Wood era el jornalero tísico que he nombrado antes. Ahora se estaba consumiendo muy deprisa. La señorita Murray, con su munificencia, obtuvo literalmente la bendición de uno que estaba preparado para morir[158]; pues aunque la media corona le serviría de muy poco a él, se alegró por su mujer e hijos, que pronto quedarían viuda y huérfanos.

Después de sentarme unos minutos y leer un poco para el consuelo y la edificación de él y su afligida esposa, los dejé; pero no había avanzado ni cincuenta yardas antes de encontrarme con el señor Weston, que evidentemente se dirigía a la misma casa.

Me saludó a su manera tranquila y sencilla, se paró a preguntarme por el estado del enfermo y su familia, y, con una especie de falta de ceremonia fraternal e inconsciente, me cogió de la mano el libro que estaba leyendo, volvió unas páginas e hizo unos comentarios breves pero muy sensatos antes de devolvérmelo; luego me habló de algún pobre enfermo que acababa de visitar, y un poco sobre Nancy Brown, hizo algunas observaciones sobre mi amiguito peludo el terrier, que jugueteaba a sus pies, finalmente sobre la bondad del tiempo y se marchó.

He omitido dar los detalles de sus palabras con la noción de que no iban a interesar al lector tanto como me interesaron a mí, y no porque se me hayan olvidado. No, las recuerdo bien; pues les di vueltas una y otra vez durante aquel día y muchos días posteriores, no sé con cuánta frecuencia, y recordaba cada entonación de su voz grave y clara, cada destello de sus vivos ojos castaño, y cada atisbo de su agradable aunque demasiado fugaz sonrisa. Tal confesión parecerá de lo más absurdo, me temo, pero no importa, ya la he escrito, y los que la lean no conocerán a quien la escribe.

Mientras iba caminando, íntimamente feliz y contenta con todo lo que me rodeaba, la señorita Rosalie vino apresurada a reunirse conmigo, el paso boyante, la mejilla arrebolada y la sonrisa radiante mostrándome que ella también era feliz, a su manera. Corriendo hacia mí, enlazó su brazo con el mío y sin esperar a recuperar el aliento, comenzó:

-Bien, señorita Grey, considérese muy honrada, pues voy a contarle mis nuevas antes de decir una palabra a otra persona.

-Bien, ¿cuáles son?

-¡Oh, qué noticias! En primer lugar, debe saber que el señor Hatfield me ha abordado en cuanto se ha marchado usted. Estaba muy preocupada por si lo veía papá o mamá, pero usted sabe que no podía llamarla para que volviera, así que... ¡Dios mío! No puedo contárselo ahora, porque veo a Matilda en el parque y debo ir a contarle el chisme a ella. Sin embargo, Hatfield ha estado extraordinariamente audaz, indeciblemente halagador e inauditamente tierno -por lo menos lo ha intentado-, aunque no tuvo mucho éxito, pues no es lo suyo. Le contaré todo lo que ha dicho en otra ocasión.

-Pero ¡.qué le ha dicho usted a él? Eso me interesa más.

[158] Job 29, 13.

-Se lo contaré también en algún momento futuro. Da la casualidad de que me encontraba de muy buen humor en ese momento, pero aunque he estado bastante afable e indulgente, he tenido cuidado de no comprometerme de ninguna forma. No obstante, el desgraciado engreído ha querido interpretar a su gusto mi amabilidad y finalmente ha abusado de mi indulgencia hasta el punto de... ¿qué le parece?... realmente ha llegado a hacerme una propuesta matrimonial.

-Y usted...

-Me he erguido altiva y con la máxima frialdad he expresado mi asombro por semejante incidente y mi esperanza de que no hubiera visto nada en mi conducta que justificase esas expectativas. ¡Tenía que haber visto la decepción que se reflejaba en su rostro! Se ha quedado completamente blanco. Le he asegurado que por supuesto lo apreciaba, pero que de ninguna manera podía acceder a sus propuestas; y que aunque yo accediera, mis padres nunca darían su consentimiento.

»"Pero si lo dieran», dijo él, «¿usted me aceptaría?". »"Desde luego que no", respondí yo, con una fría determinación que sofocó inmediatamente sus esperanzas. ¡Oh, si hubiera visto usted lo mortificado que se sentía, lo abatido por la desilusión! A decir verdad, casi le tenía pena yo misma.

»Aún hizo un intento desesperado, sin embargo. Tras un silencio bastante largo, durante el cual él luchaba por serenarse y yo por mantenerme seria -pues tenía unas ganas tremendas de reírme, lo cual lo hubiera estropeado todo-, dijo él con un remedo de sonrisa:

»"Pero dígame claramente, señorita Murray, si tuviese la riqueza de sir Hugh Meltham o las perspectivas de su hijo mayor, ¿también me rechazaría? Contésteme sinceramente, por su honor."

»"Por supuesto", dije yo. "Eso no cambiaría nada en absoluto."

»Era una gran mentira, pero aún parecía tener tanta confianza en su propio atractivo que decidí derribarle sin dejar piedra sobre piedra. Me miró directamente a la cara, pero me mantuve tan impasible que no podía imaginarse que decía otra cosa que la pura verdad.

»"Entonces todo ha acabado, supongo", dijo él, con aspecto de ser capaz de caerse muerto en el acto por el disgusto y la intensidad de su desesperación. Pero estaba enfadado además de desilusionado. Allí estaba él, sufriendo lo indecible, y allí estaba yo, causa inmisericorde de todo, totalmente impermeable a la artillería de sus miradas y palabras, serenamente fría y orgullosa, y era inevitable que sintiera algo de resentimiento. Así que comenzó con extraordinaria amargura:

»"Desde luego que no me esperaba esto, señorita Murray. Podría decir algo sobre su conducta pasada y las esperanzas que me ha hecho abrigar, pero me abstengo a condición..."

»"Sin condiciones, señor Hatfield", le dije, realmente indignada por su insolencia.

»"Entonces permita que se lo pida como favor", respondió, bajando inmediatamente la voz para hablar con un tono más humilde, "permítame rogarle que no mencione este asunto a nadie. Si guarda silencio al respecto, no hace falta que sufra ninguna de las dos partes, quiero decir nada más de lo inevitable; porque yo intentaré guardar mis propios sentimientos para mí si no consigo aniquilarlos; intentaré perdonar aunque no pueda olvidar la causa de mis sufrimientos. Supongo, señorita Murray, que no sabe lo mucho que me ha herido. No quisiera que lo supiera, pero si encima de lo mucho que ya me ha herido -perdóneme, pero inocentemente o no, lo ha hecho usted-, lo aumenta dando publicidad a este asunto desafortunado o si lo menciona siquiera, descubrirá usted que yo también puedo hablar; y aunque ha despreciado mi amor, no creo que vaya a despreciar...".

»Se detuvo, pero se mordió los labios exangües y puso una cara tan terriblemente feroz que tuve miedo. No obstante, el orgullo me mantenía aún, por lo que respondí desdeñosa:

»"No sé qué motivo supone usted que pueda tener para mencionárselo a nadie, señor Hatfield; pero si tuviera intención de hacerlo, no conseguiría usted detenerme con amenazas y no me parece muy caballeroso que lo intente."

»"Perdóneme, señorita Murray", dijo él, "la he querido tan intensamente... aún la adoro tan intensamente que no quisiera ofenderla; pero aunque nunca he querido, y nunca podré amar a ninguna mujer como la he querido a usted, también es cierto que ninguna me ha maltratado tanto. Al contrario, siempre me ha parecido que su sexo era el más amable, dulce y tierno de la creación de Dios hasta este momento". (¡Qué tipo más engreído por decir eso!) "Y lo novedoso y lo duro de la lección que me ha enseñado usted hoy y la amargura de sentirme desilusionado en el único punto del que dependía la felicidad de mi vida debe excusarme por cualquier aspereza aparente. Si mi presencia le resulta desagradable, señorita Murray", dijo (pues yo miraba alrededor para que viese lo poco que me importaba, de modo que se creía que me había cansado de él, supongo), "si mi presencia le resulta desagradable, señorita Murray, sólo debe usted prometerme el favor que le he nombrado y la dejo enseguida. Hay muchas damas, algunas incluso de esta parroquia, que estarían encantadas de aceptar lo que usted ha pisoteado bajo los pies con tanto desdén. Naturalmente se sentirían inclinadas a odiar a una persona cuya extraordinaria belleza ha alejado de ellas mi corazón y me ha dejado ciego a sus encantos; y una simple insinuación por mi parte a alguna de éstas de la verdad sería suficiente para provocar tales chismes contra usted que podrían hacer peligrar su futuro y disminuir sus posibilidades de éxito con cualquier otro caballero que usted o su madre pudiera decidir enredar."

»"¿Qué quiere usted decir, señor?" le pregunté, a punto de patalear de ira.

»"Quiero decir que este asunto desde principio a fin me parece un caso de redomado... coqueteo, por no decir algo peor... un caso que no le conviene nada que se proclame a todo el mundo, especialmente con los añadidos y exageraciones de sus amistades femeninas, que estarían encantadas de dar publicidad al asunto si yo les diese el pretexto. Pero le prometo, palabra de caballero, que ni una palabra ni una sílaba que pueda perjudicarla a usted saldrá jamás de mis labios a condición de que..."

"Bien, bien, no diré nada", le dije. "Puede usted contar con mi silencio, si eso le proporciona algún consuelo." »"¿Me lo promete?"

»"Sí", respondí, pues ya quería deshacerme de él.

»"¡Adiós, pues!", dijo él, con un tono de lo más lúgubre y desconsolado; y con una mirada en la que el orgullo luchaba en vano contra la desesperación, se volvió y se marchó, deseando, sin duda, llegar a su casa para encerrarse en el estudio a llorar... si no se le saltan las lágrimas antes de llegar.

-¡Pero si ya ha roto usted su promesa! -exclamé, verdaderamente horrorizada ante su traición.

-Oh, pero sólo con usted... Sé que no lo va a repetir.

-Desde luego que no; pero dice usted que se lo va a contar a su hermana; y ella se lo contará a sus hermanos cuando vengan a casa, y a Brown inmediatamente, si no se lo cuenta usted antes, y Brown lo promulgará o hará que se promulgue por todo el condado.

-Por supuesto que no lo hará. No se lo contaremos siquiera, a menos que prometa guardarlo absolutamente para sí.

-¿Pero cómo pretende que ella cumpla mejor su palabra que su ama más instruida?

-Pues no se lo contaremos entonces -dijo la señorita Rosalie, algo irritable.

-Pero se lo contará usted a su madre, por supuesto -seguí yo-, y ésta se lo contará a su padre.

-Pues claro que se lo contaré a mamá: eso es exactamente lo que tanto me complace. Ahora podré convencerla de lo equivocada que estaba al temer por mí.

-Así que es eso, ¿verdad? Me preguntaba qué era lo que le deleitaba tanto.

-Sí; y otra cosa es el haber humillado al señor Hatfeld de una manera tan encantadora; y otra... bien, debe usted concederme alguna porción de vanidad femenina; no pretendo carecer del atributo más esencial de nuestro sexo; y si hubiera visto usted la intensa vehemencia del pobre Hatfield al declarárseme tan ardientemente y hacerme tan

Librodot

halagadora propuesta, y su aflicción extrema, que no logró ocultar ningún esfuerzo de su orgullo, cuando le rechacé, reconocería usted que tengo motivos para sentirme satisfecha.

-Cuanto mayor su aflicción, me parece a mí, menos causa de satisfacción tiene usted.

-¡Oh, tonterías! -gritó la joven, temblando de enojo-. O no puede o no quiere entenderme. Si no estuviera segura de su magnanimidad, pensaría que me tiene envidia. Pero quizás comprenda esta causa -satisfacción, que no es menor que otra, y es que estoy encantada conmigo misma por mi prudencia, mi aplomo, mi crueldad, podríamos decir; no me cogió por sorpresa, no me quedé confusa, ni torpe, ni lela; actué y hablé simplemente como debía, y dominé la situación de principio a fin. Y ahí había un hombre, decididamente bien parecido -Jane y Susan dicen que es hechiceramente guapo, supongo que éstas son dos de las damas que él pretende estarían encantadas de aceptarlo-, pero, sin' embargo, era un compañero muy inteligente, ingenioso y agradable... no lo que *usted* llama inteligente, pero sí suficiente para que sea divertido; y es un hombre del que no habría que avergonzarse en ninguna parte, y del que no se cansaría una pronto; y, si le he de confesar la verdad, a mí me agradaba mucho, incluso más últimamente que Harry Meltham; y era evidente que él me adoraba a mí; y sin embargo, aunque me abordó sola y sin estar preparada, tuve la sensatez, el orgullo y la fuerza para rechazarlo, y con semejante desdén y frialdad: ¡ya lo creo que tengo motivos para enorgullecerme!

-¿Y se enorgullece usted igualmente de haberle dicho que habría actuado de la misma forma aunque hubiera tenido la riqueza de sir Hugh Meltham cuando no era así; y de haberle prometido no hablar a nadie de su desgracia, aparentemente sin tener la más mínima intención de cumplirlo?

-¡Desde luego! ¿Qué otra cosa podía hacer? Usted no hubiera querido que... pero veo, señorita Grey, que no está de buen humor. Aquí viene Matilda; iré a ver qué tienen que decir ella y mamá sobre esto.

Me dejó, ofendida por mi falta de compasión y pensando, sin duda, que le tenía envidia. No era así, por lo menos creo firmemente que no. Le tenía pena; me asombraba, me asqueaba su cruel vanidad; me preguntaba por qué se daba tanta belleza a las que tan mal la utilizaban, y se les negaba a algunas que la convertirían en un beneficio para sí mismas y los demás.

Pero Dios es sabio, concluí. Supongo que hay hombres tan vanidosos, egoístas y crueles como ella, y puede que estas mujeres sirvan para castigarlos.

CAPÍTULO XV
EL PASEO

-¡VAYA! ¡Ojalá Hatfield no se hubiera precipitado tanto! -dijo Rosalie al día siguiente a las cuatro de la tarde mientras, con un prodigioso bostezo, dejaba su labor de estambre y miró apática hacia la ventana.

-Ya no hay estímulo para salir, ni hay ningún aliciente. Los días serán muy largos y aburridos cuando no haya fiestas para alegrarlos; y no hay ninguna esta semana ni tampoco la semana que viene, que yo sepa.

-Es una lástima que fueras tan antipática con él -observó Matilda, a quien iba dirigida esta lamentación-. No volverá jamás; y sospecho que te caía bien después de todo. Yo esperaba que lo adoptaras como pretendiente tuyo, dejándome a mí el querido Harry.

-¡Bah! Mi pretendiente tendrá que ser un verdadero Adonis, Matilda, admirado por todos los que lo vean, si he de conformarme con uno solo. Siento perder a Hatfield, lo

confieso; pero recibiré con beneplácito al primer hombre, o grupo de hombres aceptables que venga a ocupar su lugar. Mañana es domingo... me pregunto qué aspecto tendrá y si podrá llevar el servicio a su término. Es probable que finja estar resfriado para que se lo haga todo el señor Weston.

-¡Qué va! -exclamó Matilda, algo desdeñosa-. Por tonto que sea, no es tan bobo como para eso.

Su hermana se sintió un poco ofendida, pero las circunstancias le dieron la razón a Matilda. El enamorado rechazado cumplió como de costumbre con sus obligaciones pastorales. De hecho, Rosalie afirmó que estaba muy pálido y abatido; puede que estuviera algo más pálido, pero la diferencia, si es que la había, era apenas perceptible. En cuanto a su abatimiento, yo no le oí reír en la sacristía como otras veces, ni oí su voz tronar con un discurso divertido, aunque sí le oí levantar la voz para reñir al sacristán de un modo que sorprendió a la congregación; y en sus idas y venidas entre el púlpito y la mesa de la comunión hubo más pompa solemne y menos de la arrogancia irreverente, llena de confianza en sí mismo o, mejor dicho, de complacencia con la que solía moverse, con un aire que parecía decir: «Todos me adoráis y veneráis, lo sé; pero si hay alguno que no, ¡le desafío en su cara!»

Pero el cambio más extraordinario fue que no permitió que sus ojos se dirigieran ni una vez hacia el banco de la señorita Rosalie, y que no salió de la iglesia hasta después de que nos marchásemos.

El señor Hatfield había recibido un golpe muy duro, sin duda; pero su orgullo le incitó a utilizar todos los esfuerzos posibles para ocultar sus efectos. Se le había frustrado su confianza de obtener una esposa no sólo bella y, para él, extremadamente atractiva, sino cuyo rango y fortuna pudieran dar brillo a encantos muy inferiores. Además, sin duda se sentía intensamente mortificado por su rechazo, y profundamente ofendido por el comportamiento de la señorita Rosalie a lo largo del incidente.

Le habría consolado bastante saber lo desilusionada que ella se sentía de notarlo tan poco afectado, y de ver que fue capaz de no dirigirle ni una sola mirada durante los dos servicios, aunque, declaró ella, demostraba que pensaba en ella todo el rato, o que, si no, sus ojos se habrían posado en ella aunque fuera por casualidad; pero si se hubieran posado sobre ella, ella habría afirmado que era por no poder resistir su atractivo. También puede que le alegrase, hasta cierto punto, ver lo aburrida y descontenta que ella se sintió aquella semana (la mayor parte de ella, por lo menos) a causa de la ausencia de su habitual fuente de emociones, y saber con qué frecuencia se lamentaba de «haberlo gastado tan pronto», como un niño que, tras devorar demasiado deprisa su tarta, se queda chupando los dedos y lamentándose por su propia gula.

Por fin me llamó una buena mañana para acompañarla en un paseo a la aldea. Ostensiblemente, iba a comprar algunos tonos de lana de Berlín[159] en una tienda bastante respetable donde compraban principalmente las damas de los alrededores; en realidad... espero no faltar a la caridad si supongo que se marchó con la idea de encontrarse por el camino o bien con el rector mismo o bien con algún otro admirador, porque mientras caminábamos, no hacía más que preguntarse «qué haría o diría Hatfield si nos lo encontráramos», etc. Cuando pasamos por delante de las puertas del parque del señor Green se preguntó «si estaría en casa -el muy zoquete-». Cuando nos cruzamos con el carruaje de lady Meltham, se preguntó «qué estaría haciendo el señor Harry este espléndido día», y luego empezó a insultar al hermano mayor de éste por «ser tan tonto como para casarse e ir a vivir a Londres».

-Pero -dije yo- si yo creía que usted misma quería vivir en Londres.

-Sí, porque es muy aburrido vivir aquí; pero él lo hace aun más aburrido marchándose, y si no estuviera casado, podría quedarme yo con él en lugar del odioso sir Thomas.

[159] Véase nota 13.

Luego, observando las huellas de un caballo en la carretera algo lodosa, se preguntó «si sería el caballo de un señor», y finalmente concluyó que sí, pues las marcas eran demasiado pequeñas para ser de «un percherón torpe y grandote». Luego se preguntó «quién sería el jinete», y si nos lo encontraríamos a la vuelta, pues estaba segura de que había pasado esa misma mañana; y finalmente, cuando entramos en la aldea y vimos sólo a unos cuantos humildes habitantes paseándose por ahí, se preguntó «por qué los muy tontos no podían quedarse en casa; ella desde luego no quería ver sus feas caras ni sus ropas sucias y ordinarias... ¡no había venido a Horton por eso!».

En medio de todo esto, confieso, yo también me preguntaba, para mis adentros, si nos encontraríamos o vislumbraríamos a alguien más; y cuando pasamos delante de sus habitaciones, incluso llegué a preguntarme si no estaría junto a la ventana.

Al entrar en la tienda, la señorita Rosalie me pidió que me quedara en la puerta mientras despachaba sus asuntos, para decirle si pasaba alguien. Pero por desgracia no se veía a nadie más que a los aldeanos, con excepción de Jane y Susan Green que bajaban por la calle, aparentemente de regreso de un paseo.

-¡So tontas! -murmuró ella, al salir después de concluir su compra-. ¿Por qué no traen consigo al idiota de su hermano? ¡Incluso él sería mejor que nada!

Las saludó, sin embargo, con una alegre sonrisa y afirmaciones de placer por el feliz encuentro a la par de las suyas. Se colocaron una a cada lado de ella, y las tres se marcharon charlando y riéndose tal como lo hacen las jóvenes cuando se reúnen, si congenian mínimamente. Pero yo, sintiendo que sobraba, las dejé con su alborozo y me quedé atrás, como sosa hacer en tales ocasiones: no era de mi agrado caminar junto a la señorita Jane o la señorita Susan como una sordomuda, sin hablar ni que me hablasen.

Pero esta vez no estuve mucho tiempo sola. Al principio me pareció de lo más extraño que justo cuando pensaba en el señor Weston, él se acercara y trabara conversación conmigo; pero después, al reflexionar un poco, pensé que no tenía nada de extraño, a no ser por el hecho de que hablase conmigo, pues, en una mañana así y tan cerca de su casa, era bastante natural que él se encontrara allí; y en cuanto a que yo pensara en él, lo llevaba haciendo, con pocas interrupciones, desde que iniciamos el paseo, por lo que no tenía nada de extraordinario. -Está usted sola otra vez, señorita Grey -dijo.

-Sí.

-¿Qué clase de personas son esas jóvenes, las señoritas Green?

-Realmente no lo sé.

-Qué raro, viviendo usted tan cerca de ellas y viéndolas tan a menudo.

-Bien, supongo que son unas muchachas vivaces y de buen corazón; pero me imagino que usted debe de conocerlas mejor que yo, pues yo jamás he hablado con ninguna de las dos.

-¿De veras? No me dan la impresión de ser especialmente reservadas.

-Es probable que no lo sean con personas de su misma clase; pero consideran que se mueven en una esfera muy diferente de la mía.

No respondió a esto, pero, tras una breve pausa, dijo:

-Supongo que son estas cosas, señorita Grey, las que la hacen pensar que no podría vivir sin su casa.

-No exactamente. El caso es que soy demasiado sociable para poder vivir feliz sin ningún amigo, y puesto que los únicos amigos que tengo o es probable que vaya a tener están en casa, si la casa, o mejor dicho, si ellos no estuvieran, no digo que no podría vivir, pero preferiría no vivir en un mundo tan desolado.

-¿Pero por qué dice los únicos amigos que vaya a tener? ¿Es usted tan poco sociable que no sabe hacer amigos?

-No, pero nunca he hecho ninguno hasta ahora; y en mi posición actual, no hay posibilidad de que los haga, ni siquiera de trabar una simple relación. Puede que la culpa sea mía en parte, pero espero que no del todo.

Librodot

-La culpa es en parte de la sociedad y en parte, creo yo, de sus vecinos inmediatos, y en parte, también, de usted; pues muchas señoras, en su posición, se harían notar y tener en cuenta. Pero sus alumnas deberían ser compañeras suyas hasta cierto punto; no deben de ser muchos años más jóvenes que usted.

-Oh sí, a veces son buenas compañeras, pero no puedo llamarlas amigas, ni a ellas se les ocurriría darme tal nombre... tienen otras compañeras que se ajustan más a su gusto.

-Quizás sea usted demasiado culta para ellas. ¿Cómo se entretiene cuando está sola? ¿Lee usted mucho?

-Leer es mi ocupación preferida cuando tengo tiempo para hacerlo, y libros que leer.

De hablar de los libros en general pasó a hablar de diferentes libros en particular, y siguió con rápidas transiciones de un tema a otro, hasta que pasamos media hora discutiendo largamente varios asuntos, tanto de gusto como de opinión, pero sin que él contribuyera con muchos comentarios, pues era evidente que le interesaba menos comunicar sus propios pensamientos y preferencias que descubrir los míos. No tenía ni el tacto ni el arte para realizar este propósito sonsacándome hábilmente mis sentimientos o ideas por medio de la declaración real o aparente de los suyos, o llevando la conversación por gradaciones imperceptibles a los temas que quería tocar. Pero una rudeza tan gentil y una franqueza tan sin doblez no podían ofenderme.

«¿Y por qué se interesa por mis capacidades morales e intelectuales?», me pregunté. «¿Qué le importa a él lo que yo opine o sienta?»

Y el corazón me palpitó en respuesta a esta pregunta.

Pero Jane y Susan Green llegaron pronto a su casa. Mientras estuvieron de pie charlando en las puertas del parque, intentando convencer a la señorita Rosalie de que pasara, yo deseaba que se marchase el señor Weston, para que ella no lo viera conmigo al darse la vuelta; pero, por desgracia, sus quehaceres, que consistían en hacer una visita más al pobre Mark Wood, le hacían seguir el mismo camino que nosotras hasta casi el foral de nuestro paseo.

Sin embargo, cuando vio que Rosalie se había despedido de sus amigas y que yo estaba a punto de alcanzarla, me habría dejado para seguir adelante a paso más rápido; pero, al quitarse cortésmente el sombrero para saludarla, para mi sorpresa, en vez de devolverle el saludo con una inclinación rígida y poco afable, ella le dedicó una de sus más dulces sonrisas y, andando a su lado, comenzó a hablar con él con toda la jovialidad y amabilidad imaginables, y así proseguimos los tres.

Tras una breve pausa en la conversación, el señor Weston hizo un comentario que me dirigió a mí particularmente, como referencia a algo de que habíamos hablado antes; pero, antes de que pudiera responder, la señorita Rosalie contestó a su observación y se explayó más en el tema; él respondió; y desde ese momento hasta el final de la entrevista, ella sola lo monopolizó.

Puede que se debiera en parte a mi propia estupidez, a mi falta de tacto y aplomo, pero me sentí ofendida; temblaba de aprensión, y escuchaba con envidia el fácil y rápido flujo de sus palabras, y vi con ansiedad la brillante sonrisa con la que le miraba al rostro de vez en cuando, pues caminaba un poco delante con el propósito (supuse) de que la viese además de oírla. Aunque su conversación era ligera y trivial, también era divertida, y nunca se quedaba sin palabras o sin la forma adecuada de expresarse. No había nada fatuo o petulante en sus modales ahora, como cuando paseaba con el señor Hatfield; sólo había una especie de vivacidad dulce y juguetona que yo pensaba debía de agradar especialmente a un hombre de la disposición y temperamento del señor Weston.

Cuando éste se hubo marchado, empezó a reírse y murmuró para sí:

-¡Sabía que lo conseguiría! -¿Conseguir qué? -le pregunté.

-Hacerme con ese hombre. -¿Pero qué quiere usted decir?

-Quiero decir que se marchará a casa y soñará conmigo. ¡Le he disparado al corazón!

-¿Cómo lo sabe usted?

-Por muchas pruebas infalibles: sobre todo la mirada que me ha echado al marcharse. No ha sido una mirada impertinente -de eso le exonero-, ha sido una mirada de adoración tierna y respetuosa. ¡Ja, ja! No es tan bobalicón como creía.

No respondí, pues tenía el corazón en la garganta, o algo parecido, y no me atreví a hablar.

«¡Que Dios no lo permita!», grité para mis adentros, «por el bien de él, no por el mío».

La señorita Rosalie hizo varias observaciones triviales mientras nos adentramos en el parque, a las que (a pesar de mi renuencia a que vislumbrase ni un ápice de mis sentimientos) sólo pude responder con monosílabos.

Si pretendía atormentarme o simplemente divertirse, no pude saberlo... y me importaba poco; pero pensé en el pobre con su único cordero, y en el rico con sus mil rebaño[160], y temía no sabía qué por el señor Weston, independientemente de mis propias esperanzas malogradas.

Estuve muy contenta de alcanzar la casa y encontrarme a solas en mi habitación de nuevo. Mi primer impulso fue dejarme caer en el sillón que estaba junto a la cama y, apoyando la cabeza en la almohada, buscar alivio con una apasionada explosión de llanto: sentí un perentorio anhelo de sucumbir a tal debilidad, pero debía contenerme y reprimir mis sentimientos de momento: sonó la campana, la odiosa campana avisando de la cena en el aula, y debía bajar con el rostro sereno y reírme y decir tonterías, sí, y comer también, si podía, como si todo estuviera bien y acabara de regresar de un paseo agradable.

CAPÍTULO XVI
LA SUSTITUCIÓN

El domingo siguiente fue uno de los días más sombríos de abril, un día de nubes densas y oscuras y de fuertes chaparrones. Ninguno de los Murray se mostró dispuesto a ir a la iglesia por la tarde, excepto Rosalie: ella se empeñaba en ir como de costumbre; así que pidió que le preparasen el carruaje y yo fui con ella, de muy buena gana, por supuesto, pues en la iglesia podía mirar sin miedo de desprecio o censura una forma y un rostro más agradables para mí que la más hermosa de las creaciones de Dios; podía escuchar sin estorbos una voz más encantadora para mis oídos que la música más dulce; podía establecer comunicación con el alma que me interesaba tan profundamente, y embeberme en sus pensamientos más puros y sus aspiraciones más sagradas sin nada que estropeara tal felicidad excepto los secretos reproches de mi conciencia, que me susurraba demasiado a menudo que me engañaba a mí misma y me burlaba de Dios al dedicar más el corazón a la criatura que al creador.

A veces estos pensamientos me inquietaban mucho, pero a veces conseguía acallarlos pensando:

No es al hombre, sino su bondad, lo que amo.

«Cuanto hay de verdadero, de honorable, de laudable, de virtuoso y de digno de alabanza, a eso estad atentos»[161].

Hacemos bien adorando a Dios en sus obras; y no conozco ninguna de ellas donde brillen tantos de sus atributos o tanto de su propio espíritu como en este fiel siervo suyo, a quien conocer y no apreciar sería una insensibilidad obtusa por mi parte, ya que tengo tan pocas cosas que ocupen mi corazón.

[160] En II Samuel 12, 1-6, se cuenta la historia de un hombre rico que poseía un gran rebaño, pero un día que le llegó un huésped, en vez de coger de sus corderos o bueyes, le robó a un pobre hombre el único cordero que tenía para agasajarlo.
[161] Filipenses 4, 8.

Casi inmediatamente después de la conclusión del servicio, la señorita Rosalie abandonó la iglesia. Tuvimos que quedarnos de pie en el porche, porque llovía y el carruaje no había llegado todavía. Me sorprendió que hubiera salido tan precipitadamente, porque no estaba ni el joven Meltham ni el caballero Green, pero pronto me di cuenta de que lo había hecho con el fin de conseguir una entrevista con el señor Weston cuando saliera, cosa que hizo enseguida, y, después de saludarnos a ambas, habría seguido su camino, pero ella lo detuvo, primero con comentarios sobre el tiempo desapacible y después preguntándole si tendría la bondad de acudir al día siguiente a ver a la nieta de la anciana que cuidaba de la casita del portero, pues la niña tenía fiebre y quería verlo. Prometió hacerlo.

-¿Y a qué hora es probable que vaya usted, señor Weston? La anciana quisiera saber cuándo esperarlo... ya sabe usted que esta gente le da más importancia a tener sus casitas ordenadas cuando los visitan las personas de bien de lo que solemos imaginar.

He aquí un maravilloso ejemplo de consideración de la irreflexiva señorita Rosalie.

El señor Weston dijo una hora de la mañana a la que intentaría ir allí. Para entonces, ya estaba listo el carruaje y esperaba el lacayo, con paraguas abierto, a escoltar a la señorita Rosalie a través del patio de la iglesia. Yo estaba a punto de seguirlos, pero el señor Weston también tenía un paraguas y me ofreció el beneficio de su protección, pues llovía fuertemente. -No, gracias, no me molesta la lluvia -dije.

Siempre me abandonaba el sentido común cuando me tomaban por sorpresa.

-Pero no le gustará, supongo. En cualquier caso, un paraguas no le hará ningún daño -respondió, con una sonrisa que demostraba que no estaba ofendido, como lo hubiera estado un hombre de peor carácter o menos perspicacia por semejante negativa a aceptar su ayuda.

No podía negar la veracidad de su afirmación, por lo que fui con él hasta el carruaje; incluso me ofreció la mano al subir, una cortesía innecesaria, pero también la acepté por temor a ofenderlo. Me dirigió una mirada, una sonrisita al separarnos... fue sólo un momento, pero vi en ella, o me pareció ver, un significado que prendió en mi corazón una llama más viva de esperanza de la que hubiera existido antes.

-Habría enviado al lacayo a por usted, señorita Grey, si hubiera esperado un momento. No hacía falta que aceptase el paraguas del señor Weston -comentó Rosalie, con una nube muy poco amable en su bonito rostro.

-Habría venido sin paraguas, pero el señor Weston me ha ofrecido el suyo y no podía rechazar más su ofrecimiento de lo que he hecho sin ofenderlo -respondí yo con una plácida sonrisa, pues mi felicidad interior convertía en divertido algo que en otra ocasión me habría herido.

El carruaje ya estaba en marcha. La señorita Rosalie se inclinó hacia delante y miró por la ventanilla al adelantar al señor Weston. Éste iba caminando por la carretera en dirección a su casa, y no volvió la cabeza.

-¡Idiota! -exclamó, apoyándose violentamente en el asiento-. ¡No sabes lo que te has perdido por no mirar hacia aquí!

-¿Qué se ha perdido?

-Una reverencia mía, que lo habría elevado al séptimo cielo.

No contesté. Vi que estaba de mal humor, hecho que me proporcionó un placer secreto, no porque estuviera molesta, sino porque creía tener motivos para estarlo. Me hizo pensar que mis esperanzas no eran del todo fruto de mis deseos y mi imaginación.

-Pienso quedarme con el señor Weston en lugar del señor Hatfield -dijo mi compañera tras una breve pausa, recuperando un poco su buen humor habitual-. El baile de Ashby Hall se celebra el martes, ¿sabe?, y mamá cree que es muy probable que sir Thomas me proponga matrimonio entonces... estas cosas se hacen a menudo en la intimidad del salón de baile, cuando es más fácil seducir a los caballeros y las damas están más seductoras. Pero si he de casarme tan pronto, debo aprovechar al máximo el momento presente: estoy decidida a que Hatfield no sea el único hombre que me ponga a los pies el corazón, rogándome en vano que acepte tan despreciable regalo.

Librodot

-Si pretende usted que el señor Weston sea uno de sus víctimas -dije yo, con fingida indiferencia-, tendrá usted que hacer tales proposiciones que le será difícil retractarse cuando él le pida que cumpla con las expectativas que ha suscitado.

-No creo que llegue a pedirme que me case con él, ni lo deseo... ¡sería demasiado presuntuoso por su parte! Pero pretendo que sienta mi poder -de hecho ya lo ha sentido- y que lo reconozca. Y las esperanzas visionarias que pueda albergar, debe guardarlas para sí, y a mí sólo divertirme con el resultado de las mismas... durante algún tiempo.

«¡Ojalá algún espíritu amable le susurrase estas palabras en el oído!», exclamé para mis adentros. Estaba demasiado indignada para arriesgarme a responder a su observación en voz alta; y no se dijo nada más sobre el señor Weston aquel día, por mí o que yo oyera.

Pero a la mañana siguiente, poco después del desayuno, la señorita Rosalie entró en el aula, donde se encontraba conmigo su hermana, ocupada en sus estudios... o mejor dicho, sus lecciones, pues no estudiaba... y dijo:

-Matilda, quiero que des un paseo conmigo alrededor de las once.

-¡Oh, no puedo, Rosalie! Tengo que dar instrucciones sobre la nueva brida y sudadero, y hablar con el cazador de ratas sobre sus perros... Debe acompañarte la señorita Grey.

-No, quiero que vengas tú -dijo Rosalie, y llevando a su hermana junto a la ventana, le susurró al oído una explicación, tras lo cual consintió en ir con ella.

Yo recordaba que las once era la hora a la que el señor Weston pensaba ir a la casita del portero; y, al recordarlo, me di cuenta de toda la maquinación.

En consecuencia, en la cena se me brindó una larga explicación de cómo les había alcanzado el señor Weston mientras caminaban por la carretera; y de cómo habían dado un largo paseo y mantenido una larga conversación con él, y lo habían encontrado un compañero agradable; y de cómo él debía estar, y evidentemente estaba, encantado con ellas y con su asombrosa condescendencia, etc.

CAPÍTULO XVII
CONFESIONES

Ya que estoy de confesiones, más vale que reconozca que, en esta época, ponía más atención en el vestir que nunca antes... esto no quiere decir gran cosa, pues hasta entonces había sido un poco abandonada en este sentido... pero ahora, no era raro que pasara hasta dos minutos mirándome en el espejo, aunque nunca sacaba ningún consuelo de semejante escrutinio: no descubría ninguna belleza en aquellas facciones marcadas, las pálidas mejillas huecas, el cabello castaño corriente; puede que hubiera intelecto en la frente, puede que hubiera expresión en los ojos gris oscuro, ¿y qué?... Una estrecha frente griega y unos grandes ojos negros sin sentimiento serían considerados muy preferibles.

Es tonto desear la belleza. Las personas sensatas nunca la desean para sí ni le dan importancia en los demás. Si la mente está bien cultivada y el corazón bien dispuesto, a nadie le importa el exterior.

Eso decían los profesores de nuestra infancia, y eso decimos nosotros a los niños de hoy. Todo muy juicioso y correcto, sin duda, pero ¿la experiencia apoya tales afirmaciones?

Por naturaleza nos inclinamos a amar lo que nos proporciona placer, y ¿qué es más bello que un rostro hermoso, por lo menos cuando no sabemos nada malo de su dueño? Una niña ama a su pajarillo... ¿Por qué? Porque vive y siente, porque es indefenso e inocente. Un sapo vive y siente igualmente, y es igualmente indefenso e inocente; pero aunque ella no le haría

daño a un sapo, no puede amarlo como al pajarillo, con su forma grácil, sus suaves plumas y sus brillantes ojos expresivos. Si una mujer es bella y amable, la elogia por ambas cualidades, pero sobre todo por aquélla, la mayor parte de los humanos. Si, por el contrario, es desagradable de apariencia y carácter, se suele vituperar su fealdad como su peor crimen, pues es lo que más ofende a los simples observadores. Por otra parte, si es fea y buena, siempre que sea una persona de maneras reservadas y vida solitaria, nadie se entera jamás de su bondad, con excepción de los más allegados; los demás, por el contrario, están predispuestos a formar opiniones desfavorables de su mente y disposición, aunque sea sólo para excusarse por su desagrado instintivo hacia una persona tan poco favorecida por la naturaleza. Otra cosa ocurre con aquella cuya forma de ángel oculta un corazón vicioso, o que esconde con un encanto falso y engañoso unos defectos y flaquezas que no serían tolerados en otra.

Los que poseen belleza, que estén agradecidos y la utilicen bien, como cualquier otro don; los que no, que se consuelen y se las arreglen lo mejor que puedan sin ella; desde luego, aunque se le suele sobrestimar, es un don de Dios y no debe despreciarse. Muchos sentirán esto que han sentido que eran capaces de amar, y cuyos corazones les dicen que son dignos de ser amados de nuevo, aunque estén excluidos por la falta de ésta o de alguna otra aparente menudencia de dar y recibir la felicidad que casi parecen hechos para sentir e impartir. Sería lo mismo que la humilde luciérnaga despreciase el poder de despedir luz, sin el cual el moscardón errabundo podría pasar junto a ella mil veces sin verla; ésta podría oír a su amado zumbar a su alrededor, buscándola en vano, mientras que ella quiere que la encuentre pero carece del poder de dar a conocer su presencia, sin voz para llamarlo, sin alas para seguir su vuelo... el moscardón ha de buscar otra pareja; la luciérnaga ha de vivir y morir sola.

Éstas eran algunas de mis reflexiones en este periodo. Podría escribir mucho más, podría ahondar aún y revelar otros pensamientos, proponer preguntas que le costaría al lector responder y deducir argumentos que podrían suscitar sus prejuicios o quizás provocar su burla, porque no las podría comprender; pero me abstengo.

Volvamos, pues, con la señorita Rosalie. Acompañó a su mamá al baile el martes, espléndidamente ataviada, por supuesto, y satisfecha de sus perspectivas y sus encantos. Ya que Ashby Park estaba a casi diez millas de Horton Lodge, tuvieron que emprender el camino bastante pronto, y yo pensaba pasar la tarde con Nancy Brown, a quien no veía desde hacía mucho tiempo; pero mi amable alumna se cuidó de que no la pasase ni allí m en ningún otro sitio fuera de los límites del aula dándome una pieza de música para que se la copiara, lo que me mantuvo muy ocupada hasta la hora de acostarme.

Alrededor de las once de la mañana siguiente, en cuanto salió ella de su cuarto, vino a contarme sus noticias. Sir Thomas sí le había propuesto matrimonio en el baile, evento que reflejaba el mucho crédito de la sagacidad de su madre, si no su habilidad para las maquinaciones. Yo me inclino a creer que primero hizo sus planes y luego predijo su éxito.

La oferta había sido aceptada, por supuesto, y el novio electo venía aquel día a arreglar los asuntos con el señor Murray. Rosalie estaba contenta de la idea de convertirse en ama de Ashby Park; estaba entusiasmada con la perspectiva de la ceremonia nupcial y el esplendor y la pompa correspondientes, la luna de miel en el extranjero y las subsiguientes diversiones que esperaba disfrutar en Londres y en otros lugares; parecía estar bastante contenta también, de momento, con el propio sir Thomas, porque tan recientemente lo había visto, había bailado con él y recibido sus halagos; pero, así y todo, parecía aborrecer la idea de unirse a él tan pronto: deseaba que la ceremonia se retrasara unos meses, por lo menos, y yo también lo deseaba. Parecía una cosa horrible precipitar el casamiento poco propicio, y no darle a la pobre criatura tiempo para pensar y razonar sobre el paso irrevocable que estaba a punto de dar. Yo no pretendía sentir «el cuidado vigilante y ansioso de una madre», pero estaba asombrada ante la crueldad de la señora Murray o su falta de interés en el verdadero bien de su hija; y, con mis advertencias y exhortaciones desoídas, intentaba en vano remediar el mal. La señorita Rosalie sólo se reía de lo que decía; y pronto me enteré de que su renuencia a una unión inmediata se debía principalmente a un deseo de llevar a cabo todas las ejecuciones que pudiera entre todos los jóvenes caballeros que conocía antes de verse incapacitada de hacer

Librodot

más malicias de este tipo. Fue por este motivo por lo que, antes de confiarme el secreto de su compromiso, me había hecho prometer que no diría ni una palabra a nadie. Y cuando vi esto, y cuando la contemplé sumergirse con más temeridad que nunca en las profundidades de sus despiadados coqueteos, ya no le tuve pena.

«Pase lo que pase», pensé, «se lo merece. Sir Thomas no puede ser demasiado malo para ella, y cuanto antes se le impida a ella engañar y herir a los demás, mejor».

La boda se fijó para el primero de junio. Entre esta fecha y el baile crítico mediaban poco más de seis semanas; pero, con la consumada habilidad y los resueltos esfuerzos de Rosalle, se pudo hacer mucho, teniendo en cuenta especialmente que sir Thomas pasó la mayor parte del ínterin en Londres, adonde se dirigió, se decía, para arreglar sus asuntos con su abogado y hacer otros preparativos para las inminentes nupcias.

Intentó suplir la falta de su presencia con un constante bombardeo de cartas de amor, pero éstas no atrajeron la atención de los vecinos ni les abrieron los ojos tal como lo hubieran hecho las visitas personales; y el espíritu de reserva altivo y agrio de lady Ashby le impedía divulgar la noticia, mientras que su mediocre salud le impedía ir a visitar a su futura nuera; de modo que, en general, este asunto se mantuvo mucho más en secreto de lo que suele ser el caso.

A veces Rosalie me enseñaba las epístolas de su amado para convencerme de que sería un marido amable y devoto. Me enseñaba las cartas de otro individuo también, del desgraciado señor Green, que no tenía el valor o, como ella lo expresaba, «los redaños» para defender su causa en persona, pero que no se contentaba con una negativa; tenía que escribir una y otra vez.

No lo habría hecho si hubiera podido ver las muecas que hacía su bella idolatrada ante las conmovedoras apelaciones a sus sentimientos u oír sus desdeñosas carcajadas y los ignominiosos epítetos que le dedicaba por su perseverancia.

-¿Por qué no le dice usted, de una vez, que está prometida? -le pregunté.

-Oh, no quiero que lo sepa -respondió-. Si lo supiese él, lo sabrían también sus hermanas y todo el mundo, y eso supondría el fin de mi... ejem... Y además, si se lo dijese, creería que mi compromiso era el único obstáculo y que lo elegiría a él si estuviera libre, cosa que no soportaría que ningún hombre creyese, y él menos que ninguno. Además, no me gustan sus cartas -añadió desdeñosa-; puede escribir todo lo que quiera y poner toda la cara de cordero degollado que quiera cuando me encuentre con él; a mí sólo me sirve de diversión.

Mientras tanto, el joven Meltham visitaba o pasaba por delante de la casa con bastante frecuencia; y a juzgar por las execraciones y reproches de Matilda, su hermana le hacía más caso de lo que requería la cortesía, en otras palabras, llevaba a cabo un coqueteo tan vivo como permitía la presencia de sus padres.

Hizo algunos intentos de atraer al señor Hatfield a sus pies de nuevo, pero, al no resultar, le pagaba su orgullosa indiferencia con un desprecio aun más altanero, y hablaba de él con tanto desdén y aborrecimiento como antes hablara de su ayudante.

Pero en medio de todo esto, ni por un momento perdió de vista al señor Weston. Aprovechaba cada oportunidad de encontrarse con él, probaba todas sus artes para fascinarlo y lo perseguía con tanta perseverancia como si realmente lo quisiese a él y a ningún otro, y como si la felicidad de su vida dependiese de conseguir que correspondiera a su afecto. Esta conducta iba más allá de mi comprensión. Si la hubiera visto retratada en una novela, me habría parecido poco natural; si hubiera oído a los demás contarla, me habría parecido un error o una exageración; pero cuando la vi con mis propios ojos, y la padecí además, sólo pude concluir que un exceso de vanidad, como la borrachera, endurece el corazón, esclaviza las facultades y pervierte los sentimientos, y que los perros no son las únicas criaturas que, aunque estén hartas de comer, siguen vigilando lo que ya no pueden devorar y escatiman a un hermano famélico el ínfimo bocado.

Empezó a ser extremadamente benéfica con los pobres colonos. Su presencia entre ellos se hizo más dilatada, sus visitas a sus humildes viviendas se hicieron más frecuentes que nunca. De ahí que mereció la reputación de ser una dama condescendiente y muy caritativa; y era

Librodot

seguro que sus elogios llegarían a oídos del señor Weston, con quien de esta forma tenía la oportunidad de encontrarse a diario en una u otra de sus casas o en el camino hacia ellas; y de la misma forma a menudo se enteraba, por sus charlas, de dónde podría estar a una hora determinada, o bien para bautizar a un niño o para visitar a los ancianos, a los enfermos, a los abatidos o los moribundos; y así hacía sus planes con gran habilidad.

A veces en estas excursiones iba con su hermana, a quien, con alguna estratagema, había convencido o sobornado para que le siguiera las intrigas, a veces sola, y ya nunca conmigo; de esta forma se me vedaba el placer de ver al señor Weston o de oír su voz, incluso en conversación con otra, que habría sido un gran placer por angustioso o doloroso que resultara.

Ni siquiera lo veía en la iglesia, pues la señorita Rosalie, con algún pretexto trivial, decidió ocupar ese rincón del banco familiar que había sido mío desde mi llegada; y, a no ser que tuviera la desfachatez de colocarme entre la señora y el señor Murray, debía sentarme de espaldas al púlpito, que es lo que hacía.

Ahora tampoco iba caminando a casa con mis alumnas: dijeron que su madre decía que no se veía bien que fuesen andando tres personas de la familia y sólo dos montados en el carruaje; y como ellas preferían ir a pie con el buen tiempo, debía sentirme honrada de ir con los mayores.

-Y además -decían-, no anda usted tan deprisa como nosotras; sabe que siempre se rezaga.

Sabía que eran excusas falsas, pero no ponía reparos y nunca contradecía tales afirmaciones, sabiendo de sobra los motivos que las dictaban.

Y por las tardes, durante aquellas seis memorables semanas, ni siquiera iba a la iglesia. Si estaba resfriada o ligeramente indispuesta, ellas lo aprovechaban para obligarme a quedarme en casa; y a menudo me decían que no iban más aquel día y luego fingían cambiar de idea y se marchaban sin decírmelo, organizando de tal modo su partida que nunca me enteraba de su cambio de planes hasta que fuera demasiado tarde.

Al regresar a casa en una de tales ocasiones, me divirtieron con un animado relato de una conversación que habían mantenido con el señor Weston por el camino.

-Y preguntó si estaba usted enferma, señorita Grey -dijo Matilda-, y le dijimos que estaba perfectamente pero que no quería ir a la iglesia, así que creerá que se ha vuelto malvada.

Cualquier encuentro fortuito entre semana también se impedía, pues la señorita Rosalie se cuidaba mucho de darme ocupaciones suficientes para llenar mis horas de ocio por si se me ocurría ir a ver a la pobre Nancy Brown o a cualquier otro. Siempre había algún dibujo que terminar, alguna música que copiar o algún trabajo que hacer, lo suficiente para impedir que me diera el gusto de algo más que un corto paseo por el parque, hicieran lo que hicieran ella y su hermana.

Una mañana, tras buscar y abordar al señor Weston, volvieron jubilosas para contarme la entrevista.

-Preguntó por usted otra vez -dijo Matilda, a pesar de la indicación silenciosa pero imperiosa de su hermana de que se callara-. Se preguntaba por qué nunca venía usted con nosotras, y pensaba que debía de estar delicada de salud por lo poco que salía.

-No ha dicho eso, Matilda... ¡Qué tonterías dices! -¡Oh, Rosalie, qué embuste! Ya sabes que sí, y tú dijiste... ¡No hagas eso, Rosalie! ¡Maldita sea! ¡No permito que me pellizques de esa forma! Y, señorita Grey, Rosalie le dijo que estaba usted perfectamente, pero que siempre estaba tan enfrascada en sus libros que no disfrutaba de otra cosa.

«¡Qué idea tendrá de mí!», pensé.

-Y -pregunté-, ¿Nancy pregunta por mí alguna vez?

-Sí, y le decimos que es usted tan aficionada a leer y dibujar que no hace otra cosa.

-Sin embargo, ése no es el caso. Si le hubieran dicho que estaba tan ocupada que no me era posible ir a verla, se habría acercado más a la verdad.

Librodot

-Yo creo que no -respondió la señorita Rosalie, acalorándose de repente-. Estoy segura de que tiene usted mucho tiempo libre ahora, con tan pocas clases que dar.

Era inútil empezar a discutir con unas criaturas tan mimadas y poco racionales, por lo que me callé. Ya estaba acostumbrada a guardar silencio cuando se decían cosas que me resultaban desagradables al oído; y ahora también estaba acostumbrada a poner un semblante plácidamente sonriente cuando sentía el corazón amargo. Sólo los que han experimentado algo parecido podrán imaginar mis sentimientos mientras estaba allí sentada con apariencia de sonriente indiferencia escuchando las relaciones de aquellos encuentros y entrevistas con el señor Weston que parecían deleitarse tanto en describirme y oyéndolas atribuirle cosas que, por el carácter del hombre, sabía eran exageraciones y perversiones de la verdad, si no enteramente falsas -cosas que lo desacreditaban a él y las halagaban a ellas, especialmente a la señorita Rosalie- sobre las que yo ardía en deseos de contradecir o, por lo menos, mostrar mis dudas, pero no me atrevía por si, al expresar mi incredulidad, revelaba también mi interés.

Oí otras cosas que sentía o temía fueran realmente verdad, pero debía ocultar mi ansiedad respecto a él y mi indignación contra ellas bajo un aspecto despreocupado; y otras más -simples insinuaciones de algo dicho o hecho del que ansiaba saber más-, pero no me atrevía a preguntar.

Así pasó el tiempo fatigoso. Ni siquiera podía consolarme pensando: «Pronto estará casada y entonces puede que haya esperanzas.»

Poco después de su boda, vendrían las vacaciones, y lo más probable era que, cuando yo regresase de las vacaciones, el señor Weston ya se hubiera marchado, pues me habían dicho que él y el rector no se entendían (culpa del rector, por supuesto) y que él estaba a punto de marcharse a otro lugar.

No, aparte de las esperanzas en Dios, mi único consuelo era pensar que, aunque él no lo supiera, yo era más merecedora de su amor que Rosalie Murray, por encantadora y atractiva que ésta fuera, porque yo sabía apreciar la excelencia de él, cosa que ella no era capaz de hacer; yo dedicaría mi vida a darle felicidad; ella destruiría su felicidad con tal de gratificar momentáneamente su propia vanidad.

«¡Ojalá se diera cuenta él!», me decía con viveza. «Pero no, no quisiera que me viese el corazón... pero si se diera cuenta de su insinceridad, de su frivolidad vana y cruel, él estaría a salvo y yo sería... casi feliz, aunque no lo volviera a ver.»

Me temo que el lector ya debe de estar casi hastiado de la insensatez y debilidad que le he mostrado tan francamente. No las revelé a nadie entonces, y no lo hubiese hecho aunque mi propia hermana o mi madre hubieran estado en la casa conmigo.

Era una disimuladora absoluta y resuelta por lo menos en este único caso-. Mis oraciones, mis lágrimas, mis deseos, temores y lamentos eran presenciados por mí misma y el cielo únicamente.

Cuando estamos atormentados por penas o angustias, o durante mucho tiempo oprimidos por cualesquiera sentimientos poderosos que hemos de guardar en secreto, por los que no podemos obtener ni buscar compasión de ninguna criatura viva, y que sin embargo no podemos, o no queremos, extinguir del todo, a menudo de manera natural buscamos alivio en la poesía y a menudo lo hallamos también- o bien en las efusiones de los demás que parecen armonizar con nuestro caso o en nuestros propios intentos de expresar aquellos pensamientos y sentimientos en un estilo menos musical quizás, pero más apropiado, y por lo tanto más penetrante y compasivo y, de momento, más consolador o más poderoso para estimular y desahogar el corazón oprimido y rebosante.

Antes de este periodo, en Wellwood House y aquí, cuando padecía la melancolía de la nostalgia, había buscado alivio dos o tres veces en esta fuente secreta de consuelo; y ahora acudí a ella también, con más avidez que nunca, pues parecía necesitarla más. Aún conservo

aquellas reliquias de sufrimientos y experiencias pasados como pilares de testimonio construidos, al viajar por el valle de la vida, para marcar sucesos particulares[162].

Las pisadas ya están borradas; puede que haya cambiado la faz de la campiña, pero el pilar está allí todavía para recordarme de cómo eran las cosas cuando se levantó.

Por si el lector tiene curiosidad por ver alguna de estas efusiones, le dedicaré un espécimen corto: por fríos y lánguidos que parezcan los versos, debían su existencia a lo que era casi una pasión de pesadumbre.

Oh, me han despojado de las esperanzas
que tanto estimaba mi espíritu;
no me permiten oír la voz
que mi alma se deleita en escuchar.
No me permiten ver el semblante
que tanto me alegra ver;
y me han arrebatado todas tus sonrisas
y todo tu cariño también.

Pues que cojan todo lo que puedan;
aún me queda un tesoro a mí:
un corazón que disfruta pensando en ti
y que conoce el valor del tuyo[163]*.*

Sí, por lo menos no podían privarme de eso: podía pensar en él día y noche, y podía sentir que era digno de que pensara en él. Nadie lo conocía como yo; nadie sabía apreciarlo como yo; nadie podría amarlo como yo... podría, si se me permitiese, pero ahí estaba el mal. ¿Qué derecho tenía yo a pensar en uno que nunca pensaba en mí? ¿No era insensato?... ¿No era censurable?

Sin embargo, si encontraba tanto placer pensando en él y si guardaba los pensamientos para mí y no molestaba a nadie contándoselos, me preguntaba qué tenía de malo.

Y tales razonamientos me impedían hacer el esfuerzo suficiente para librarme de las cadenas.

Pero si dichos pensamientos me proporcionaban gusto, era un placer doloroso y turbulento, demasiado cerca de la angustia, y que me hacía más daño del que me diera cuenta. Era una indulgencia que una persona con más sabiduría o más experiencia sin duda se habría ahorrado.

Y no obstante... ¡qué triste privar a los ojos de la contemplación de aquel objeto luminoso y obligarlos a posarse en el paisaje monótono, gris y desolado que me rodeaba, el camino sombrío, desesperanzado y solitario que se extendía ante mí!

Era impropio ser tan lúgubre, estar tan abatida; hubiera debido hacerme amiga de Dios y convertir en el placer y la misión de mi vida hacer su voluntad; pero la Fe era débil y la Pasión demasiado fuerte.

En este tiempo de infortunio tenía otros dos motivos de aflicción. El primero puede parecer una nimiedad, pero me costó muchas lágrimas: Snap, mi compañero mudo y feo pero de ojos vivos y corazón bondadoso, la única cosa que me quería, me fue arrebatado y entregado a la tierna piedad del cazador de ratas de la aldea, un hombre bien conocido por su brutal trato hacia sus esclavos caninos.

[162] Génesis 31, 51-2.

[163] Éste es uno de los denominados «poemas de amor» que se supone Anne escribió pensando en William Weigluman. Véase nota 26 de la Introducción.

El otro era bastante grave: las cartas de mi casa me hacían sospechar que la salud de mi padre había empeorado. No expresaban temores ominosos, pero yo me había vuelto apocada y desanimada y no podía evitar temer que nos esperaba alguna terrible calamidad. Me parecía ver concentrarse nubes negras alrededor de mis colinas nativas y oír el airado murmullo de una tormenta a punto de estallar y devastar nuestro hogar.

CAPÍTULO XVIII ALEGRÍA Y AFLICCIÓN

El primero de junio llegó por fin y Rosalie Murray se convirtió en lady Ashby. Tenía un aspecto muy hermoso en su vestido nupcial.

Al volver a casa después de la ceremonia, entró corriendo al aula, sonrojada de emoción, y riéndose... mitad de alegría, mitad de atolondrada desesperación, me pareció a mí.

-¡Señorita Grey, ya soy lady Ashby! -exclamó-. ¡Ya está hecho! ¡Mi destino está decidido, ya no hay vuelta atrás! He venido a que me felicite usted y a decirle adiós; luego me voy... a París, Roma, Nápoles, Suiza, Londres... ¡Dios mío! ¡Cuántas cosas voy a ver y oír antes de volver aquí! Pero no me olvide; yo no la olvidaré a usted, aunque haya sido una niña mala. ¡Vamos! ¿Por qué no me felicita?

-No puedo felicitarla -respondí- hasta que no sepa si el cambio realmente es para bien; pero espero sinceramente que lo sea, y le deseo verdadera felicidad y la mejor de las bendiciones.

-Adiós, pues... el carruaje espera y me llaman.

Me dio un beso precipitado y ya se marchaba, pero de repente regresó y me abrazó con más afecto del que la creía capaz de demostrar, y se fue con lágrimas en los ojos.

¡Pobre muchacha! La quería de veras en aquel momento, y le perdoné de corazón por todo el daño que había hecho, a mí y a los demás; no era plenamente consciente de ello, estaba segura, y rogué a Dios que la perdonara también.

Durante el resto de aquel día de tristeza festiva me dejaron entretenerme sola. Al encontrarme demasiado alterada para cualquier ocupación serena, deambulé por ahí con un libro en la mano durante varias horas... pensando más que leyendo, pues tenía muchas cosas en que pensar. Y por la tarde, aproveché mi libertad para ir a ver a mi vieja amiga Nancy de nuevo, disculparme por mi larga ausencia, que debía parecerle tan negligente y cruel, explicándole lo ocupada que había estado, y hablar con ella o leerle o hacerle algún trabajo, lo que le viniera mejor; y también, por supuesto, darle las noticias de ese día tan importante y quizás obtener de ella un poco de información a cambio, respecto a la inminente partida del señor Weston. Pero no parecía saber nada de esto, y yo esperaba, igual que ella, que todo fuesen habladurías.

Se alegró mucho de verme, pero afortunadamente tenía tan bien los ojos ya que casi no requería mis servicios. Se interesó mucho por la boda, pero mientras le entretenía con los detalles del día festivo, los esplendores del banquete nupcial y de la propia novia, a menudo suspiraba y movía la cabeza, deseando que todo fuera para bien. Ella, como yo, parecía considerarlo un tema para lamentarse más que para alegrarse. Estuve largo rato sentada hablando con ella de aquello y de otros asuntos... *pero no vino nadie.*

¿Debo confesar que a veces miraba hacia la puerta con un deseo medio esperanzado de verla abrirse para dar paso al señor Weston, tal como había ocurrido una vez? ¿Y que, al regresar a través de los campos y los senderos, a menudo me paraba a mirar alrededor y caminaba más despacio de lo necesario -pues, aunque hacía buena tarde, no hacía calor-y, finalmente, experimenté una sensación de vacío y desilusión al haber llegado a la casa sin

encontrar ni siquiera vislumbrar a nadie con excepción de unos cuantos jornaleros que volvían de trabajar?

Sin embargo, se acercaba el domingo; lo vería entonces, pues ahora que se había marchado la señorita Rosalie, podría ocupar de nuevo mi antiguo rincón, y lo vería, y por su aspecto, sus palabras y su porte podría juzgar si la circunstancia de su boda le había afligido mucho.

Afortunadamente no pude percibir ni una sombra de diferencia: tenía el mismo aspecto que había tenido dos meses antes -la voz, el apariencia, el porte-, todo sin cambio. Su discurso tenía la misma veracidad perspicaz y despejada, su estilo la misma enérgica claridad, todo lo que dijo e hizo la misma sincera sencillez que se hizo sentir, no en el ojo ni el oído, sino en el corazón de quienes lo escucharon.

Volví a casa andando con la señorita Matilda, pero *él no se unió a nosotras.* Matilda se sentía tristemente privada de diversiones y echaba de menos penosamente a un compañero. Sus hermanos en el colegio, su hermana casada y lejos, ella demasiado joven para ser admitida en sociedad, por la que, por influencia de Rosalie, empezaba a adquirir gusto hasta cierto punto, por lo menos gusto por la compañía de cierta clase de caballeros... en esta época aburrida del año... nada de caza del zorro... nada de caza de aves tampoco... pues aunque no la dejaban participar, ya era *algo* ver a su padre o el guardabosque marcharse con los perros y hablar con ellos a su vuelta sobre los diferentes ejemplares que habían cobrado. Ahora también estaba privada del solaz que le podían proporcionar el cochero, el caballerizo, los caballos, los galgos y los perdigueros, pues su madre, que a pesar de las desventajas de la vida en el campo se había desembarazado tan satisfactoriamente de su hija mayor, la niña de sus ojos, había comenzado a fijar su atención en la menor y, verdaderamente alarmada por la aspereza de sus modales y pensando que ya era hora de obrar un cambio, se encontraba por fin animada a ejercer su autoridad, por lo que le prohibió que frecuentase los patios, los establos, las perreras y la cochera. Por supuesto no era obedecida implícitamente, pero por indulgente que hubiera sido hasta la fecha, una vez despierto su espíritu, su genio era menos suave de lo que le exigía a su institutriz, y no se le podía contrariar impunemente. Y tras muchas escenas de disputa entre madre e hija, muchos estallidos violentos que me avergonzaba presenciar, en las que a menudo se reclamaba la autoridad paterna para confirmar, entre juramentos y amenazas, las prohibiciones desatendidas de la madre... pues incluso él podía ver que «Tilly», aunque hubiese sido un muchachote estupendo, no era exactamente todo lo que se podía desear en una joven dama... al final Matilda descubrió que el plan más fácil era evitar las regiones prohibidas, a no ser que pudiese acercarse a hurtadillas de vez en cuando sin el conocimiento de su vigilante madre.

En medio de todo esto no debe imaginarse que yo me escapaba sin muchas reprimendas y muchos reproches implícitos que no escocían menos por no ser expresados abiertamente, sino que herían incluso más, pues por eso mismo parecían imposibilitar la legítima defensa. Frecuentemente se me decía que entretuviera a la señorita Matilda con otras cosas y le *recordase los* preceptos y prohibiciones de su madre. Yo lo hacía lo mejor que podía, pero no permitía que se la entretuviese contra su voluntad y era imposible ir en contra de sus gustos, y aunque hacía más que recordárselo simplemente, las suaves reconvenciones que utilizaba eran totalmente inútiles.

-¡Querida señorita Grey! Es *rarísimo...* supongo que no puede usted remediarlo, que no está en su naturaleza, pero me *pregunto si* no será capaz de granjearse la confianza de esa muchacha y conseguir que su compañía le sea tan grata *por lo menos* como la de Robert o Joseph.

-Ellos saben hablar mejor de los temas que más le interesan a ella -respondía yo.

-¡Vaya! ¡Ésa es una extraña confesión, *desde luego,* viniendo de su *institutriz!* ¿Quién ha de formar los gustos de una joven, me pregunto yo, sino la institutriz? He conocido institutrices que se han identificado hasta tal punto con la reputación de sus jóvenes damas en cuanto a elegancia y decoro de mente y modales que se hubieran *ruborizado* al pronunciar

Librodot

una palabra en su contra, y oír imputar la más mínima culpa a sus alumnas era peor que una censura contra su propia persona, y a mí, por mi parte, me parece muy natural.

-¿De veras, señora?

-Sí; desde luego a la institutriz le importan más las habilidades y la elegancia de la joven que las suyas propias, y también al resto del mundo. Si quiere medrar en su vocación, debe dedicar todas sus energías a su trabajo; todas sus ideas y toda su ambición se dirigirán a la consecución de ese solo objetivo. Cuando queremos decidir sobre los méritos de una institutriz, naturalmente miramos a las jóvenes que dice haber educado, y la juzgamos en consecuencia. La institutriz *juiciosa* sabe esto; sabe que, mientras ella vive en el anonimato, las virtudes y defectos de sus alumnas estarán expuestos a los ojos de todos y, a no ser que se olvide de sí misma en su afán de cultivarlas a ellas, no tiene esperanza de éxito. Verá usted, señorita Grey, es exactamente igual que cualquier otro oficio o profesión: los que quieren avanzar deben dedicarse en cuerpo y alma a su vocación, y si empiezan a ceder ante la indolencia o la complacencia, rápidamente serán reemplazados por competidores más sensatos; hay poca diferencia entre una persona que echa a perder a sus alumnas por negligencia y otra que las pervierte con el ejemplo. Me perdonará que le insinúe estas sugerencias... ya sabe usted que lo hago por su bien. Muchas señoras le hablarían con mucha más energía, y muchas ni siquiera se molestarían en hablarle, sino que buscarían una sustituta discretamente. Desde luego que ése sería el plan más fácil, pero conozco las ventajas de un puesto como éste para una persona en la situación de usted, y no deseo en absoluto dejarla marchar, pues estoy convencida que lo hará muy bien si piensa en estas cosas y se esfuerza un poquito más. Entonces, estoy segura, *enseguida* adquiriría el tacto delicado que es lo único que le falta para que tenga una influencia apropiada sobre la mente de su alumna.

Estaba a punto de darle a la señora alguna idea referente a la falacia de sus expectativas, pero se marchó majestuosa en cuanto hubo concluido su discurso. Habiendo dicho lo que pretendía, no entraba en sus planes esperar mi respuesta. A mí me correspondía oír, no hablar.

No obstante, como he dicho, por fin Matilda se sometió, hasta cierto punto, a la autoridad de su madre (es una lástima que no la hubiese ejercido ésta antes), y como así se vio privada de casi todas sus fuentes de diversión, no tenía más remedio que dar largos paseos a caballo con el caballerizo y a pie con la institutriz y visitar las casitas y granjas de la finca de su padre para matar el tiempo charlando con los viejos y las viejas que las habitaban.

En uno de estos paseos dio la casualidad que nos encontramos con el señor Weston. Era lo que yo deseaba desde hacía mucho tiempo, pero ahora, durante un instante, hubiera querido que no estuviera o él o yo: sentí latir tan violentamente el corazón que temía que apareciese algún signo externo de emoción, pero creo que apenas me miró y pronto me tranquilicé. Después de un breve saludo a ambas, le preguntó a Matilda si había tenido noticias últimamente de su hermana.

-Sí -respondió ella-, estaba en París cuando escribió, y se encontraba muy bien y feliz.

Pronunció con énfasis la última palabra, con una mirada impertinente y socarrona. Él no pareció darse cuenta, sino que contestó, con igual énfasis y muy serio:

-Espero que siga así.

-¿Lo cree probable? -me atreví a preguntar, pues Matilda había salido detrás de su perro, que perseguía un lebrato.

-No puedo saberlo -respondió-. Puede que sir Thomas sea mejor persona de lo que creo, pero, por todo lo que he oído y visto, parece una lástima que una tan joven y alegre e... *interesante,* para expresar muchas cosas en una, cuyo mayor o único defecto parece ser la irreflexión, que desde luego no es un defecto insignificante, pues hace vulnerable al que

lo padece ante casi todos los demás, y le expone a muchas tentaciones; pero parece una pena que se la desperdicie en un hombre así. Fue deseo de su madre, supongo.

-Sí, y el suyo propio también, creo, pues siempre se rió de mis intentos de disuadirla de dar tal paso.

-¿Lo intentó usted? Entonces, por lo menos tendrá la satisfacción de saber que no es culpa suya si algo sale mal; en cuanto a la señora Murray, no sé cómo puede justificar su conducta; si la conociera lo suficiente, se lo preguntaría.

-Parece antinatural. Pero algunas personas consideran que el rango y la riqueza son los principales bienes y si pueden conseguirlos para sus hijos, creen que han cumplido con su deber.

-Es verdad. ¿Pero no es extraño que personas con experiencia y que están casadas puedan tener tan poco juicio? En esto llegó jadeando Matilda, con el cuerpo lacerado de la liebre en la mano.

-¿Era su intención matar esa liebre o salvarla, señorita Murray? preguntó el señor Weston, aparentemente perplejo por el semblante alegre de ella.

-Fingía querer salvarla -respondió, con mucha sinceridad -ya que es temporada de veda, pero me he alegrado de verla muerta. Sin embargo, los dos son testigos de que no he podido remediarlo. Prince estaba empeñado en cazarla, y la ha cogido del lomo y la ha matado en un instante. ¿No ha sido una caza noble?

-Mucho: una joven detrás de un lebrato.

Había un suave sarcasmo en el tono de su respuesta que a ella no se le pasó desapercibido. Se encogió de hombros y volviéndose con un expresivo «¡puf!», me preguntó si había disfrutado de la diversión.

Le contesté que no le veía la diversión, pero reconocí que no había seguido con mucha atención el incidente.

-¿No ha visto cómo se ha girado, igual que una liebre adulta? ¿Y no la ha oído chillar?

-Me alegra decir que no.

-Ha gritado igual que un niño.

-¡Pobrecita! ¿Qué va a hacer con ella?

-Vamos, la dejaré en la primera casa que nos encontremos. No quiero llevarla a casa, por si me riñe papá por haber dejado que la matase el perro.

El señor Weston ya se había marchado, y nosotras también nos fuimos. Pero al regresar, después de haber dejado la liebre en una granja, y de haber engullido un poco de torta de especias y vino de pasas a cambio, lo encontramos de nuevo de vuelta de ejecutar su misión, fuera cual fuese. Llevaba en la mano un ramo de preciosas campánulas, que me ofreció, comentando, con una sonrisa, que, aunque me había visto muy poco en los dos últimos meses, no se había olvidado de que las campánulas se encontraban entre mis flores preferidas.

Lo hizo como un mero acto de buena voluntad, sin cumplidos ni extraordinaria cortesía, ni una mirada que se pudiera interpretar como «adoración reverente y afectuosa» (palabras de Rosalie Murray), pero aun así, era algo que se acordase tan bien del hecho insignificante de que yo lo hubiera dicho; era algo que se hubiese fijado con tanta exactitud en el momento en que yo había dejado de ser visible.

-Me dijeron -dijo él- que era usted todo un ratón de biblioteca, señorita Grey, tan completamente absorbida en sus estudios que no conocía otro placer.

-¡Sí, y es la pura verdad! -exclamó Matilda.

-No, señor Weston, no se lo crea usted; es una calumnia escandalosa. A estas jóvenes les gusta demasiado hacer comentarios aleatorios a expensa de sus amigos, y debe usted tener cuidado a la hora de oírles.

-Espero que *este* comentario esté infundado, en cualquier caso.

-¿Por qué? ¿Es que le molesta especialmente que estudiemos las mujeres?

Librodot

-No, pero sí me molesta que alguien se dedique de tal manera al estudio como para perder de vista todo lo demás. Excepto en circunstancias especiales, considero que el estudio muy riguroso y constante es una pérdida de tiempo, y un perjuicio para la mente además del cuerpo.

-Pues yo no tengo ni tiempo ni inclinación para tales transgresiones.

Nos separamos de nuevo.

Bien, ¿qué tiene todo esto de extraordinario? ¿Por qué lo he relatado? Porque, lector, fue lo bastante importante para proporcionarme una tarde agradable, una noche de sueños placenteros, y una mañana de felices esperanzas. Una alegría boba, sueños tontos, esperanzas infundadas, dirá usted, y no me atrevo a negarlo. Surgían con demasiada frecuencia en mi propia mente sospechas en ese sentido, pero nuestros deseos son como la yesca: la piedra y el acero de las circunstancias constantemente emiten chispas, que se desvanecen enseguida, a no ser que caigan en la yesca de nuestros deseos; en tal caso, se prenden inmediatamente y en un momento se enciende la llama de la esperanza.

Pero, ¡ay!, aquella misma mañana se me apagó de forma triste la vacilante llama de la esperanza con una carta de mi madre que hablaba con tanta seriedad del empeoramiento en la enfermedad de mi padre que yo temía que había poca o ninguna posibilidad de que se recuperase y, a pesar de lo poco que faltaba para las vacaciones, casi temblaba por si llegaban demasiado tarde para que pudiera verlo en este mundo. Dos días después, una carta de Mary me informaba de que habían abandonado las esperanzas de que viviera y que parecía que el fin iba a llegar rápidamente.

Entonces pedí inmediatamente permiso para adelantar las vacaciones y partir sin demora.

La señora Murray se me quedó mirando fijamente, sorprendida por la inusitada energía y el atrevimiento con los que hice la petición, y pensó que no había necesidad de darse prisa, pero finalmente me dio permiso, declarando, no obstante, que «no había ninguna necesidad de estar tan agitada por el asunto, pues bien podía resultar ser una falsa alarma, y si no, bien, era sólo el curso normal de la naturaleza; todos habíamos de morir alguna vez; y yo no debía pensar que era la única persona afligida del mundo»; y concluyó diciendo que podía disponer del faetón para que me llevara a O-.

-Y en lugar de *lamentarse,* señorita Grey, dé gracias por los *privilegios* que disfruta. Hay muchos pobres clérigos cuyas familias estarían hundidas en la *miseria* en caso de su muerte; pero *usted* dispone de amigos influyentes que están dispuestos a seguir protegiéndola y mostrarle toda consideración.

Le di las gracias por su «consideración» y me fui volando a mi habitación para hacer apresurados preparativos para mi partida. Una vez puestos el sombrero y el chal, y con algunas cosas precipitadamente metidas en mi baúl más grande, bajé la escalera. Pero podía haberlo hecho todo con más calma, pues nadie más se daba prisa, y aún tuve que esperar al faetón durante bastante tiempo.

Por fin llegó a la puerta y me fui, pero, ¡ay, qué triste viaje! ¡Qué diferente de mis viajes anteriores a casa!

Al llegar tarde para el último carruaje a -, tuve que alquilar un cabriolé que me llevara diez millas y después un carruaje que me trasladara al otro lado de las rugosas colinas. Eran las diez y media cuando llegué a casa. No estaban acostados.

Mi madre y mi hermana me recibieron en el pasillo... ¡tristes, calladas, pálidas! Yo estaba tan conmocionada y sobresaltada que no pude hablar para pedirles la información que tanto deseaba y temía a la vez.

-Agnes -dijo mi madre, luchando por reprimir alguna fuerte emoción.

-¡Ay, Agnes! -exclamó Mary, rompiendo a llorar.

-¿Cómo está? -pregunté, temiendo la respuesta.

-¡Muerto!

Era la respuesta que esperaba, pero, no obstante, el impacto no fue menor.

Librodot

CAPÍTULO XIX
LA CARTA

Los restos mortales de mi padre yacían en la tumba y nosotras, con semblantes tristes y ropas sombrías, nos demoramos alrededor de la mesa del desayuno, haciendo planes para nuestra vida futura.

La fuerte mente de mi madre no había sucumbido bajo esta aflicción: su espíritu, aunque aplastado, no estaba roto. Era el deseo de Mary que yo volviese a Horton Lodge y que nuestra madre fuera a vivir con ella y el señor Richardson en la vicaría. Afirmaba que éste no lo deseaba menos que ella misma, y que tal medida no podía menos que beneficiar a todos los interesados, pues la compañía y la experiencia de mi madre serían de un valor inestimable para ellos, y ellos harían todo lo que pudieran para hacerla feliz. Pero ningún argumento o ruego consiguió convencerla: mi madre estaba decidida a no ir; no porque cuestionara, ni por un momento, los buenos deseos e intenciones de su hija; pero afirmaba que mientras Dios le deparase fuerza y salud, ella las utilizaría para ganarse la vida, y no dependería de nadie, fuese una carga o no tal dependencia. Si podía permitirse vivir como huésped en la vicaría de -, elegiría aquella casa por encima de cualquier otra como domicilio; pero si no era así, nunca cruzaría el umbral excepto como visitante ocasional, a menos que la enfermedad o una calamidad hiciese realmente necesaria su ayuda, o hasta que la edad o la mala salud la dejara incapaz de cuidar de sí misma.

-No, Mary -dijo-, si a Richardson y a ti os sobra algo, debéis guardarlo para vuestra familia; y Agnes y yo debemos ganarnos nuestro propio pan. Gracias a haber tenido hijas para educar, no he olvidado mis estudios... Dios quiera que pueda controlar este pesar inútil -dijo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas a pesar de sus esfuerzos; pero las apartó y moviendo decidida la cabeza, continuó-: me esforzaré en buscar una casa pequeña bien situada en algún distrito poblado pero saludable, donde cogeremos a unas cuantas jóvenes internas para educarlas -si es que las encontramos- y todas las externas que quieran venir o que podamos enseñar. Los parientes y viejos amigos de vuestro padre podrán mandarnos a algunas alumnas o ayudarnos con sus recomendaciones, sin duda; no se lo pediré a los míos. ¿Qué dices, Agnes? ¿Estás dispuesta a dejar tu puesto actual e intentarlo?

-Totalmente dispuesta, mamá; y el dinero que he ahorrado servirá para amueblar la casa. Lo sacaré del banco enseguida.

-Cuando haga falta: debemos encontrar la casa y solucionar todos los preliminares primero.

Mary se ofreció a prestarnos lo poco que tenía, pero mi madre lo rechazó, diciendo que debíamos empezar de manera económica, y que esperaba que todo o parte de lo mío sumado a lo que podríamos sacar de la venta de los muebles y lo poco que el querido papá había conseguido ahorrar para ella después de pagar las deudas fuera suficiente para durarnos hasta las navidades, cuando era de esperar que nos entrase algún ingreso de nuestro trabajo conjunto.

Finalmente decidimos que éste sería nuestro plan, y que iniciaríamos las indagaciones y los preparativos inmediatamente; y mientras mi madre cuidaba de éstos, yo regresaría a Horton Lodge al cabo de mis cuatro semanas de vacaciones y les anunciaría mi partida definitiva cuando las cosas estuvieran preparadas para la pronta apertura de nuestra escuela.

Discutíamos estos asuntos la mañana que he mencionado, unos quince días después de la muerte de mi padre, cuando trajeron una carta para mi madre, y al verla, se le encendió la cara, últimamente bastante pálida por tanta vigilia y dolor excesivo.

-¡De mi padre! -murmuró, rasgando precipitadamente el sobre.

Hacía muchos años que no tenía noticias de ningún pariente. Preguntándome naturalmente qué contendría la carta, le miré el semblante mientras la leyó, y me sorprendió un poco verla morderse el labio y fruncir el ceño como si estuviera enfadada. Cuando terminó, la arrojó sobre la mesa con algo de irreverencia y dijo con una sonrisa desdeñosa:

-Vuestro abuelo ha tenido la amabilidad de escribirme. Dice que no tiene duda de que me arrepentiría hace tiempo de mi «desafortunado matrimonio» y que si me digno reconocerlo y confesar que estaba equivocada al desoír sus consejos, y que he sufrido justamente por ello, me convertirá de nuevo en una dama -si es que tal cosa es posible tras tanto tiempo degradada- y recordará a mis hijas en su testamento. Tráeme la escribanía, Agnes, y quita estas cosas... Contestaré a esta carta enseguida, pero primero, ya que es posible que os vaya a privar de un legado, os contaré lo que pienso decirle.

»Diré que se equivoca al suponer que soy capaz de arrepentirme del nacimiento de mis hijas (que han sido el orgullo de mi vida y probablemente sean el consuelo de mi vejez) o de los treinta años que he pasado en compañía de mi mejor y más querido amigo; que, aunque nuestras desgracias hubieran sido tres veces mayores (a no ser que las hubiera ocasionado yo misma), me habría alegrado tanto más compartirlas con vuestro padre y proporcionarle todo el consuelo de que era capaz; y, aunque sus padecimientos durante la enfermedad hubiesen sido diez veces mayores de lo que fueron, no me arrepentiría de haberle velado y haber luchado para aliviarle; que si se hubiera casado con una esposa más rica, sin duda también habría sufrido desgracias y penas, mientras que -soy lo bastante egoísta para imaginar que ninguna otra mujer le habría animado a soportarlas tan bien- no es que yo sea superior a las demás, pero estaba hecha para él, y él para mí; y me sería tan difícil arrepentirme de las horas, días, años de felicidad que hemos pasado juntos, y que ninguno de los dos hubiese tenido sin el otro, como del privilegio de haberle cuidado durante la enfermedad y consolado en sus aflicciones.

»¿Sirve esto, hijas?, ¿o digo que todas sentimos mucho lo que ha pasado durante los últimos treinta años; y que mis hijas quisieran no haber nacido; pero ya que han tenido esa desgracia, agradecerán cualquier menudencia que su abuelo tenga a bien concederles?

Por supuesto que ambas aplaudimos la resolución de nuestra madre; Mary se llevó las cosas del desayuno; yo fui por la escribanía; la carta se escribió y envió rápidamente; y, a partir de aquel día, no tuvimos más noticias de nuestro abuelo hasta que vimos su esquela en el periódico bastante tiempo después; todos sus bienes terrenales fueron legados, naturalmente, a nuestros desconocidos y ricos primos.

CAPÍTULO XX
LA DESPEDIDA

ALQUILAMOS una casa en A-[164], el balneario de moda, para nuestra academia, y obtuvimos la promesa de dos o tres alumnas para empezar. Regresé a Horton Lodge a mediados de julio, dejando a mi madre encargada de cerrar el trato de la casa, encontrar a más alumnas, vender los muebles de nuestra antigua vivienda y habilitar la nueva.

[164] Con toda seguridad se refiere a Scarborough, ciudad costera del norte de Inglaterra y lugar predilecto de Anne donde las mismas Brontë pensaron en algún momento abrir una escuela.

A menudo nos compadecemos de los pobres por no tener tiempo para llorar a sus familiares fallecidos y por verse obligados a trabajar en medio de sus penas más dolorosas, pero ¿no es verdad que la actividad es el mejor remedio para la tristeza abrumadora y el antídoto más infalible contra la desesperación? Puede que sea un cruel consuelo; puede parecer duro sentirse atormentados por las preocupaciones de la vida cuando no sentimos gusto por sus placeres, verse obligados a trabajar cuando tenemos el corazón a punto de romperse, y el hostigado espíritu suplica el descanso sólo para llorar en silencio; ¿pero no es mejor el trabajo que el descanso que ansiamos? ¿Y no son menos dolorosas aquellas preocupaciones triviales y atormentadoras que rumiar constantemente sobre la gran aflicción que nos oprime? Además, no podemos tener preocupaciones, ansiedades y fatigas sin esperanza, aunque sea sólo la esperanza de realizar nuestra triste tarea, cumplir algún proyecto necesario o eludir alguna otra molestia.

En cualquier caso, me alegraba de que mi madre tuviera tantas ocupaciones para todas las facultades de su enérgico cuerpo. Nuestros amables vecinos lamentaban que ella, antaño tan elevada de posición y riquezas, se viera reducida a tales extremidades en su tiempo de pena; pero yo estoy convencida de que habría sufrido tres veces más si la hubieran dejado acomodada con libertad de quedarse en aquella casa, escenario de su felicidad anterior y aflicción posterior, sin ninguna necesidad rigurosa que le impidiera cavilar y apenarse por su reciente pérdida.

No me explayaré sobre los sentimientos que me embargaban al abandonar la vieja casa, el tan conocido jardín, la pequeña iglesia de la aldea... doblemente querida por mí entonces, porque mi padre, que durante treinta años había predicado y rezado entre sus muros, yacía ahora bajo sus losas, y las viejas colinas yermas, deliciosas por su misma desolación, con los estrechos valles entre medias, espléndidos con sus verdes bosques y centelleantes aguas, la casa donde había nacido, escenario de mis primeras asociaciones, el lugar que había centrado mis querencias terrenales a lo largo de mi vida; ¡lo abandonaba para no regresar jamás! Era cierto que volvía a Horton Lodge, donde, en medio de muchos males, quedaba aún una fuente de placer; pero era un placer mezclado con demasiado dolor, y mi estancia, por desgracia, se iba a limitar a seis semanas.

E incluso de aquel tiempo precioso fueron sucediéndose los días sin que lo viera a él; salvo en la iglesia, no lo vi durante quince días tras mi regreso. A mí me pareció mucho tiempo; y como salía a menudo con mi alumna andariega, por supuesto, siempre surgían esperanzas, seguidas de decepciones, y entonces decía a mi corazón: «He aquí una prueba fehaciente -si tuvieras el sentido de verlo o la sinceridad de reconocerlo- de que no le importas nada. Si pensara en ti la mitad siquiera de lo que tú piensas en él, se las habría arreglado para encontrarse contigo muchas veces ya, debes saber esto si consultas tus propios sentimientos. Por lo tanto acaba con estas tonterías; no tienes motivo para tener esperanzas; desecha inmediatamente estos nocivos pensamientos e inanes deseos de tu mente y concéntrate en tus propias obligaciones y la vida aburrida y vacía que tienes por delante. Ya debías *imaginarte* que tal felicidad no sería para ti.»

Pero lo vi por fin. Me salió de repente al paso cuando cruzaba un campo a la vuelta de una visita a Nancy Brown, que había realizado aprovechando que Matilda Murray estaba montando a su yegua sin igual.

Había debido de enterarse de la pesada pérdida que había sufrido; no me presentó sus condolencias, no me dio el pésame, sino que sus primeras palabras fueron: «¿Cómo está su madre?», la cual no era una pregunta rutinaria, pues nunca le había dicho que *tuviera* madre; debió de averiguar tal hecho por terceros, si es que lo sabía, y además, había sincera buena voluntad e incluso una profunda, conmovedora y discreta compasión en el tono y la forma de la pregunta.

Le di las gracias con la debida cortesía, y le dije que estaba tan bien como podía esperarse.

Librodot

-¿Qué hará? -fue la siguiente pregunta. A muchos les habría parecido impertinente, y habrían contestado con evasivas; pero tal idea no se me pasó por la cabeza, y le di una descripción breve pero sencilla de los planes y perspectivas de mi madre.

-¿Entonces se marchará usted pronto de aquí?

-Sí, dentro de un mes.

Vaciló un momento, como si pensara. Yo esperaba que, cuando volviera a hablar, fuese para expresar su inquietud por mi partida, pero sólo dijo:

-Supongo que tiene bastantes ganas de marcharse.

-Sí, por algunas cosas.

-Por *algunas* cosas solamente. Me pregunto por qué debía lamentarlo.

Esto me molestó, hasta cierto punto porque me incomodaba; sólo tenía un motivo para lamentarlo, y ése era un profundo secreto en que él no tenía ningún derecho de indagar.

-¿Por qué -dije- supone usted que me desagrada este sitio?

-Me lo dijo usted misma-fue su tajante respuesta-. Me dijo usted, por lo menos, que no era capaz de vivir feliz sin un amigo, y que no tenía ningún amigo aquí ni la posibilidad de hacerlo, y, además, sé que *debe* de desagradarle.

-Pero si usted recuerda bien, dije, o quise decir, que no podía vivir feliz sin un amigo en el *mundo:* no era tan poco razonable como para querer tener a uno siempre a mi lado. Creo que podría ser feliz en una casa llena de enemigos si... -pero no, no debía continuar aquella frase. Hice una pausa y añadí apresuradamente:

-Y además, no podemos abandonar un lugar en el que hemos vivido dos o tres años sin tener algún sentimiento de pesadumbre.

-¿Lamentará separarse de la señorita Matilda, la única alumna y compañera que le queda?

-Supongo que sí, hasta cierto punto; no me separé de su hermana sin sentirlo.

-Puedo imaginármelo.

-Bien, la señorita Matilda es igualmente buena... mejor en un aspecto.

-¿En cuál?

-Es sincera.

-¿Y la otra no lo es?

-No la llamaría *insincera;* pero hay que reconocer que es un poco artificiosa.

-Conque *artificiosa,* ¿eh? Me di cuenta de que era frívola y vanidosa, y ahora -añadió, tras una pausa- puedo muy bien creer que también era artificiosa, pero tan excesivamente como para asumir un aspecto de extremada sencillez e indefensa sinceridad. Sí -continuó, meditativo-, eso explica algunas cosas que antes me desconcertaban un poco.

Después de eso, llevó la conversación por derroteros más generales. No se separó de mí hasta que estábamos casi en las puertas del parque: desde luego se había desviado para acompañarme hasta allí, y ahora volvió sobre sus pasos para desaparecer por el camino del musgo, cuya entrada habíamos pasado un rato antes. Yo decididamente no lamentaba esta circunstancia: si cabía pena en mi corazón, era porque se había marchado al fin... porque ya no caminaba a mi lado, y porque el corto intervalo de deliciosa comunicación había acabado. No había dicho ni una palabra de amor ni insinuado ningún sentimiento tierno o cariñoso, y no obstante me había sentido sumamente feliz. Estar cerca de él, oírlo hablar... tal como hablaba, y sentir que me consideraba digna de hablarme de tal forma... capaz de comprender y apreciar debidamente su discurso... era suficiente.

«Sí, Edward Weston, bien podría ser feliz en una casa llena de enemigos, siempre que tuviera un amigo que me quisiera de verdad profunda y lealmente, y si ese amigo fueras tú... aunque estuviéramos separados y rara vez nos comunicáramos y menos nos viéramos... aunque estuviese acosada por fatigas, problemas y disgustos, ¡aun así sería demasiada felicidad para soñar! Sin embargo, ¿quién sabe?», dije para mí, al adentrarme

Librodot

en el parque, «¿quién sabe qué puede ocurrir en un mes? He vivido casi veintitrés años, y he sufrido mucho y gozado poco hasta ahora. ¿Es probable que toda mi vida sea así de sombría? ¿No es posible que Dios oiga mis oraciones, disipe estas tristes sombras y me otorgue algunos rayos del sol del cielo? ¿Me negará a mí aquellas bendiciones que tan liberalmente concede a otros, que ni se las piden ni se las agradecen cuando las reciben? ¿No puede aún esperar y confiar?».

Esperé y confié... durante algún tiempo, pero, ¡ay de mí!, el tiempo se iba consumiendo; una semana siguió a otra y, a excepción de un vistazo lejano y dos encuentros efímeros durante los que no dijimos casi nada -mientras iba paseando con la señorita Matilda-, no lo vi en absoluto, salvo, por supuesto, en la iglesia.

Y ahora, había llegado el último sábado, y el último servicio. Varias veces estuve a punto de deshacerme en lágrimas durante el sermón -el último que le iba a oír a él, el mejor que iba a oír a nadie, estaba segura-. Ya había acabado... la congregación salía, y yo debía seguirla... Entonces lo había visto y oído su voz probablemente por última vez.

En el patio de la iglesia, Matilda fue abordada por las dos señoritas Green. Tenían muchas preguntas que hacerle sobre su hermana y no sé qué más. Yo deseaba que acabasen cuanto antes para que pudiésemos regresar a Horton Lodge. Ansiaba buscar refugio en mi habitación o en algún rincón apartado del parque para poder aliviarme de mis sentimientos llorando un último adiós y lamentando mis falsas esperanzas y vanas ilusiones... Sólo una vez y luego adiós a los sueños estériles... En adelante, sólo la realidad sobria, sólida y triste ocuparía mi mente. Pero mientras hacía estas resoluciones, una voz queda a mis espaldas dijo:

-Supongo que se marcha esta semana, señorita Grey.

-Sí -respondí. Estaba sobresaltada, y de haber sido algo propensa a la histeria, sin duda en aquella ocasión me habría comprometido de alguna forma. Gracias a Dios que no lo era. -Bien -dijo el señor Weston-, quiero decirle adiós... no es probable que vuelva a verla antes de su marcha.

-Adiós, señor Weston -dije... ¡Oh, cómo luché por decirlo tranquilamente! Le di la mano. La retuvo unos segundos entre las suyas.

-Es posible que nos volvamos a encontrar -dijo él-. ¿Tiene importancia para usted que lo hagamos o no?

-Sí, me gustaría mucho verlo de nuevo.

No pude decir menos. Me apretó con amabilidad la mano y se fue. Ahora era feliz otra vez... aunque más a punto de romper a llorar que nunca. Si me hubieran obligado a hablar en aquel momento, inevitablemente habría sobrevenido una sucesión de sollozos; tal como estaban las cosas, no pude evitar las lágrimas. Fui caminando junto a la señorita Murray, con el rostro apartado y sin enterarme de varios comentarios seguidos, hasta que me gritó a voz en cuello que estaba sorda o tonta, y entonces (habiendo recuperado el dominio de mí misma) como alguien que despierta de un ataque de ensimismamiento, de repente alcé la vista y le pregunté qué me había dicho.

CAPÍTULO XXI
LA ESCUELA

ABANDONÉ Horton Lodge y me reuní con mi madre en nuestra nueva vivienda de A-. La encontré bien de salud, resignada de espíritu e incluso animada, aunque apaciguada y sobria en su porte general. Sólo teníamos a tres internas y media docena de externas para

empezar, pero con la debida solicitud y diligencia esperábamos aumentar pronto el número de ambos grupos.

Me puse con la energía necesaria a cumplir con las obligaciones de este nuevo estilo de vida; lo llamo *nuevo,* porque verdaderamente había bastante diferencia entre trabajar con mi madre en una escuela propia y trabajar como asalariada entre extraños, despreciada y pisoteada por mayores y jóvenes; y durante las primeras semanas no era en absoluto desgraciada. «Es posible que nos volvamos a encontrar» y «¿Tiene importancia para usted que lo hagamos o no?». Aquellas palabras todavía sonaban en mis oídos y descansaban en mi corazón: eran mi solaz y apoyo secretos.

«Lo volveré a ver. Vendrá o escribirá.» Ninguna promesa, de hecho, era demasiado brillante o demasiado extravagante para que Esperanza me la soplara al oído. No me creía ni la mitad de lo que me contaba; fingía reírme de todo ello; pero era mucho más crédula de lo que imaginaba yo misma; si no, ¿por qué se me sobresaltó el corazón cuando oímos una llamada a la puerta y la criada, que la había abierto, acudió a decirle a mi madre que un caballero deseaba verla? ¿Y por qué estuve de mal humor el resto del día, porque había resultado ser un profesor de música que venía a ofrecer sus servicios en la escuela? ¿Y qué fue lo que me dejó un momento sin aliento, cuando, tras traer el cartero un par de cartas, mi madre dijo: <Toma, Agnes, ésta es para ti» mientras me lanzaba una? ¿Y qué fue lo que hizo que la sangre se me subiera a la cara cuando vi que la letra era de un hombre? ¿Y por qué... oh, por qué cayó sobre mí aquella sensación fría y nauseabunda de decepción cuando rompí el sobre y descubrí que *sólo* era una carta de Mary en la que, por algún motivo, su marido había escrito las señas?

¿Habíamos llegado, pues, a esto, a que me sintiera *decepcionada* al recibir una carta de mi única hermana, porque no la había escrito un casi desconocido? ¡Querida Mary!, que me había escrito con tanta amabilidad, creyendo que me alegraría de recibirla... ¡No era digna de leerla!

Y creo que, en mi indignación contra mí misma, debería haberla apartado hasta que hubiese conseguido tener mejor estado de ánimo y fuese más merecedora del honor y el privilegio de su lectura; pero mi madre estaba allí deseosa de saber qué noticias contenía; así que la leí y se la pasé a ella, y después fui al aula para atender a las alumnas; pero entre los cuidados de la caligrafía y la aritmética, en los intervalos entre corregir un error aquí y reprender descuidos allá, para mis adentros me regañé a mí misma con severidad mucho más estricta.

«Qué tonta debes de ser», dijo mi cabeza a mi corazón, o mi yo más estricto al más blando, «¿cómo pudiste soñar que iba a escribirte a ti? ¿Qué motivo tienes para semejante esperanza, o para creer que vendrá a verte, o se preocupará por ti, o siquiera pensará otra vez en ti? ¿Qué motivo...?», y entonces Esperanza me puso delante aquella última entrevista breve y me repitió las palabras que yo había de guardar como un tesoro en la memoria.

«Bien, y, ¿qué significa eso?... ¿Quién colgaría sus esperanzas en una rama tan frágil? ¿Qué había en aquellas palabras que cualquier conocido no pudiera decir a alguien? Por supuesto que era posible que os volvierais a encontrar; podría haberlo dicho aunque tú te fueras a Nueva Zelanda; pero no implicaba ninguna *intención* de volverte a ver. Y en cuanto a la pregunta siguiente, cualquiera podría hacerla. ¿Y qué contestaste tú? Simplemente con una respuesta tonta y vulgar, tal como hubieras contestado al señorito Murray o a cualquier otro con el que estuvieras en razonablemente buenas relaciones.»

«Pero luego», persistió Esperanza, «están el tono y la forma en que habló».

«¡Oh, eso son tonterías! Siempre habla de forma grandiosa, y en aquel momento las Green y la señorita Matilda estaban delante, y otra gente pasaba, y se vio obligado a ponerse muy junto a ti, y hablar en voz muy baja, si no quería que todo el mundo oyera lo que decía, lo cual, aunque no tenía nada de particular, por supuesto él preferiría que no.»

«Pero después, sobre todo, la presión marcada, aunque suave, de la mano, que parecía decir, *"Confió en mí"* y muchas más cosas, demasiado deliciosas, casi demasiado halagadoras para repetirlas siquiera para ti misma.»

Librodot

«¡Tremendo disparate!, demasiado absurdo para necesitar contradicción... meras invenciones de la imaginación de las que deberías avergonzarte. Si te parases un momento a considerar tu exterior poco atractivo, tu reserva poco amable, tu apocamiento inane, que deben hacerte parecer fría, aburrida, torpe y quizás también malhumorada. Si hubieras tenido en cuenta estas cosas desde el principio, nunca habrías albergado unos pensamientos tan presuntuosos. Y ahora que has sido tan insensata, haz el favor de arrepentirte y enmendarte, ¡y no hablemos más del asunto!»

No puedo decir que obedecí implícitamente mis propios preceptos, pero razonamientos como éste se fueron haciendo más eficaces según iba pasando el tiempo sin que se tuvieran noticias del señor Weston. Hasta que, por fin, dejé de esperar, pues hasta mi corazón se dio cuenta de que todo era en vano. Sin embargo, pensaba en él; acariciaba en mi mente su imagen; atesoraba cada palabra, mirada y gesto que mi memoria retenía; y meditaba sus excelencias, y sus peculiaridades y, de hecho, todo lo que había visto, oído o imaginado respecto a él.

Agnes, creo que a ti no te benefician nada el aire del mar y el cambio de lugar; nunca te he visto con tan mal aspecto. Debe de ser que te pasas demasiado tiempo sentada, permitiendo que te preocupen los problemas del aula. Debes aprender a tomarte las cosas con calma y estar más activa y animosa; debes hacer todo el ejercicio que puedas, y dejarme a mí las obligaciones más tediosas. A mí me servirán como ejercicio de paciencia y quizás para ponerme a prueba la serenidad.

Así habló mi madre cuando nos sentamos a trabajar una mañana durante las vacaciones de Pascua. Le aseguré que mis tareas no eran nada opresivas, que me encontraba bien, o que, si ocurría alguna cosa, se me pasaría en cuanto acabasen los pesados meses de la primavera; cuando llegara el verano, estaría tan fuerte y robusta como ella pudiera desear; pero interiormente su observación me había inquietado. Sabía que perdía fuerzas, no tenía apetito y me había vuelto apática y desanimada. Y si realmente él nunca podría amarme y yo nunca iba a volver a verlo, si me iba a ser negado contribuir a su felicidad y saborear las alegrías del amor, de bendecir y ser bendecida, entonces la vida sería una carga, y si el Padre celestial quería llamarme, estaría contenta con el descanso; pero no estaría bien morirme y dejar a mi madre... ¡hija egoísta e indigna, que la habías olvidado durante un momento! ¿No era yo responsable en gran medida de la felicidad de ella... y del bienestar de nuestras alumnas también? ¿Debía huir del trabajo que Dios me había puesto delante porque no se ajustaba a mis gustos? ¿No era El quien sabía mejor lo que debía hacer y dónde debía luchar? ¿Debería querer dejar su servicio antes de completar mi tarea y esperar entrar en su refugio sin haber luchado para ganármelo? «No; con la ayuda de El me levantaré y me aplicaré con diligencia a las tareas que tengo asignadas. Si la felicidad en este mundo no ha de ser para mí, me esforzaré por lograr el bienestar de los que me rodean, y mi recompensa llegará en la otra vida.»

Así hablé desde el corazón, y desde aquella hora en adelante, sólo permitía que mis pensamientos se dirigieran a Edward Weston, o por lo menos se dilataran sobre él, como un premio en raras ocasiones; y fuera realmente por la cercanía del verano o por el efecto de estas buenas resoluciones o el paso del tiempo, o todo a la vez, pronto recuperé la tranquilidad de espíritu, e igualmente comencé a recuperar poco a poco la salud y el vigor del cuerpo.

A principios de junio recibí una carta de lady Ashby, antaño señorita Murray. Me había escrito dos o tres veces antes, desde las diferentes etapas de su viaje de novios, siempre de buen humor y declarándose muy feliz. Me sorprendía cada vez que no se hubiese olvidado de mí en medio de tanto regocijo y cambio de escenario. Finalmente, no obstante, hubo una pausa, y parecía que se hubiera olvidado de mí, pues pasaron más de siete meses sin que llegara ninguna carta. Por supuesto eso no me rompió el corazón, aunque a menudo me preguntaba cómo le irían las cosas; y cuando esta epístola llegó tan inesperadamente, me alegré de recibirla.

Estaba fechada en Ashby Park, donde había llegado por fin para instalarse, habiendo repartido el tiempo anterior entre el Continente y la metrópoli. Se disculpó muchísimo por

Librodot

haberme tenido abandonada durante tanto tiempo, me aseguró que no se había olvidado de mí, que había tenido la intención de escribir muchas veces, etcétera, pero que siempre se lo había impedido alguna cosa. Reconoció que llevaba una vida muy disipada, y que yo la consideraría muy malvada e irreflexiva, pero dijo que no obstante pensaba mucho y que, entre otras cosas, le encantaría verme.

«Ya llevamos varios días aquí», escribió. «No tenemos con nosotros a un solo amigo, y es probable que nos aburramos mucho. Sabe usted que nunca me ha apetecido vivir con mi marido como dos tórtolas en un nido, aunque fuese la criatura más deliciosa que jamás haya vestido jubón, así que compadézcase de mí y venga. Supongo que sus vacaciones de verano empezarán en junio como las de los demás, por lo que no puede alegar que no tiene tiempo, así que puede y debe venir-de hecho me moriré si no viene-. Quiero que me visite como amiga, y que se quede mucho tiempo. No hay nadie conmigo salvo sir Thomas y la anciana lady Ashby; pero no tiene que hacerles caso, pues nos molestarán poco con su compañía; tendrá usted una habitación propia para cuando quiera retirarse, y muchos libros para leer cuando mi compañía no la divierta lo bastante. No me acuerdo si le gustan los niños; si es así, tendrá el placer de ver al mío -el bebé más encantador del mundo, sin duda- y tanto más porque no me molesto en criarlo -me empeñé en no fastidiarme haciéndolo-. Desgraciadamente es una niña, y sir Thomas no me lo perdona; sin embargo, si viene usted, le prometo que será su institutriz en cuanto sepa hablar y la educará usted como debe hacerse y la convertirá en mejor adulta que su mamá. También verá usted mi caniche, un animalillo encantador y espléndido importado de París, y dos excelentes cuadros italianos de gran valor... no me acuerdo del pintor... sin duda usted sabrá encontrar en ellos bellezas prodigiosas, que debe enseñarme, ya que yo sólo los admiro de oídas... y otras muchas curiosidades elegantes, que compré en Roma y en otros lugares... y finalmente verá usted mi nuevo hogar, la magnífica casa y tierras que solía admirar tanto. ¡Ay de mí, la promesa de la anticipación excede en mucho el placer de la posesión! ¡Qué buen sentimiento! Le aseguro que me he convertido en una matrona muy seria... venga, por favor, aunque sólo sea para presenciar el maravilloso cambio. Escríbame a vuelta de correo, y dígame cuándo comienzan sus vacaciones, y prométame que vendrá al día siguiente y se quedará hasta el día antes de que acaben... por piedad hacia

»Su afectísima, »Rosalie Ashby.»

Enseñé a mi madre esta extraña epístola y le consulté sobre lo que debía hacer. Me aconsejó que fuera, y fui -con bastantes ganas de ver a lady Ashby y a su hija, y de hacer lo que pudiera para ayudarla con consuelos o consejos, pues imaginaba que debía de ser desgraciada para acudir a mí de esta forma-, pero sintiendo, como fácilmente pueden imaginar, que, al aceptar la invitación, hacía un gran sacrificio por ella y traicionaba de muchas maneras mis sentimientos, en vez de sentirme encantada de la honorable distinción de que la esposa del aristócrata me rogase que la visitara como amiga.

Sin embargo, decidí que mi visita duraría unos cuantos días como mucho, y no niego que obtuve algún consuelo de la idea de que como Ashby Park no estaba muy lejos de Horton, era posible que viera al señor Weston o, por lo menos, tuviera noticias de él.

CAPÍTULO XXII
LA VISITA

INDUDABLEMENTE Ashby Park era una residencia espléndida. La mansión era majestuosa por fuera, cómoda y elegante por dentro, el parque era espacioso y hermoso, so

bre todo gracias a sus magníficos árboles viejos, sus solemnes manadas de ciervos, su amplia extensión de agua y los antiquísimos bosques que se desplegaban más allá, pues no había grandes irregularidades de terreno para dar variedad a la campiña y pocas suaves ondulaciones de las que tanto aumentan el encanto del paisaje de los parques.

¡Así que éste era el lugar que Rosalie Murray había anhelado tanto llamar suyo que había de tener parte de él bajo los términos que quisieran pedirle, fuera cual fuera el precio que debía pagar por el título de ama, y fuese quien fuese el que iba a ser su cónyuge en el honor y el éxtasis de tal posesión! Bien... no pienso criticarla ahora.

Me recibió con mucha amabilidad y, aunque era la hija de un clérigo pobre, institutriz y maestra de escuela, me dio la bienvenida a su hogar con genuino placer; y -cosa que me sorprendió un poco- se tomó bastantes molestias para que resultase agradable mi visita. Es verdad que podía ver que esperaba que yo estuviera muy impresionada por la magnificencia que la rodeaba; y confieso que me molestaban bastante sus evidentes esfuerzos por tranquilizarme y evitar que me abrumara tanto fausto. Se mostraba demasiado asustada por la idea de encontrar a su marido y su suegra, o demasiado avergonzada por mi humilde aspecto -yo no estaba avergonzada en absoluto, pues, aunque sencilla, me había cuidado de no aparecer desaliñada o vulgar, y me habría sentido bastante tranquila si mi condescendiente anfitriona no se hubiera molestado tanto en hacérmelo sentir-; y en cuanto a la magnificencia que la rodeaba, nada de lo que vi me impresionó o afectó ni la mitad de su propia apariencia alterada.

Fuese por la influencia de la disipación en boga o por algún otro motivo, un espacio de poco más de doce meses había tenido el efecto que se podía esperar de otros tantos años en cuanto a reducir las redondeces de su forma, la frescura de su cutis, la viveza de sus movimientos y la exuberancia de su espíritu.

Quería saber si era desgraciada, pero pensé que no era de mi incumbencia preguntárselo; intentaría ganarme su confianza, pero si decidía ocultarme sus cuitas matrimoniales, no le molestaría con importunas indagaciones.

Por lo tanto, al principio me limité a hacer algunas indagaciones generales sobre su salud y bienestar, y unas cuantas alabanzas sobre la belleza del parque y de la niña que hubiera debido ser niño, un bebé delicado de siete u ocho semanas de edad, a quien su madre parecía mirar sin mucho interés o afecto, aunque yo no esperaba que mostrase más.

Poco después de mi llegada, le encargó a su doncella que me acompañara a mi habitación y se asegurara de que tenía todo lo que necesitaba. Era un aposento pequeño, sin pretensiones, pero suficientemente cómodo.

Cuando bajé -tras despojarme de todos los bártulos del viaje y arreglarme con la debida consideración por los sentimientos de mi anfitriona-, ella misma me condujo a la habitación que yo debía ocupar cuando quisiese estar sola, o cuando ella estuviera ocupada atendiendo a visitas, u obligada a estar con su suegra, o de otra forma imposibilitada de disfrutar del placer de mi compañía. Era un saloncito tranquilo y ordenado, y yo me alegraba de que se me proporcionara tal puerto donde refugiarme.

-Y en algún momento -dijo ella- le enseñaré la biblioteca; nunca he examinado los anaqueles, pero estoy segura de que estará llena de libros sabios, y puede usted ir a hurgar entre ellos cuando le apetezca. Y ahora tomará usted el té... pronto será la hora de la cena, pero he pensado que, ya que está usted acostumbrada a comer a la una, quizás prefiriese tomar una taza de té a esta hora, y cenar cuando nosotros comamos, y entonces, verá usted, puede tomar el té en esta habitación y así evitará tener que cenar con lady Ashby y sir Thomas, lo cual sería algo embarazoso... quiero decir no embarazoso, sino... bien... ya sabe lo que quiero decir... creía que no le apetecería mucho... especialmente porque de vez en cuando cenan con nosotros otras damas y caballeros.

-Desde luego -dije-, me apetece mucho más como usted dice; y, si no tiene usted inconveniente, preferiría tomar todas las comidas en esta habitación.

-¿Por qué?

-Porque me imagino que así será más del agrado de lady Ashby y sir Thomas.

Librodot

-¡Nada de eso!

-En cualquier caso, sería más agradable para mí.

Puso algunos vagos reparos, pero cedió enseguida; y me di cuenta de que la propuesta suponía un gran alivio para ella. -Ahora, venga al salón -dijo-. Ésa es la campana para vestirse[165], pero no voy todavía; es inútil arreglarse cuando no hay nadie para verte; y quiero que tengamos una pequeña charla.

El salón era un aposento verdaderamente imponente y amueblado con mucha elegancia; pero vi a la joven ama mirarme cuando entramos como para ver si me impresionaba el espectáculo, y por lo tanto, decidí adoptar un aspecto de pétrea indiferencia, como si no viera nada fuera de lo común... pero sólo por un momento. Inmediatamente me susurró mi conciencia: «¿Por qué he de decepcionarla a ella para salvaguardar mi propio orgullo? No, mejor sacrifico el orgullo para darle una inocente gratificación.» Y miré alrededor con sinceridad y le dije que era una habitación noble, amueblada con mucho gusto. Dijo poco, pero vi que estaba contenta.

Me mostró su gordo caniche francés, que yacía hecho un ovillo sobre un almohadón de seda, y las dos espléndidas pinturas italianas, las cuales, sin embargo, no me dio tiempo de examinar, sino, diciendo que debía mirarlas otro día, insistió en que admirase el pequeño reloj con joyas que había traído de Ginebra, y luego me llevó por toda la habitación para señalarme varias otras curiosidades que había importado de Italia: un elegante reloj y varios bustos, unas pequeñas y gráciles figuras y jarrones, todo tallado en mármol blanco. Habló de estas cosas con animación, y escuchó mis comentarios admirativos con una sonrisa de placer, que se desvaneció pronto, sin embargo, para ser seguida de un suspiro melancólico, como en consideración de la insuficiencia de tanta fruslería para lograr la felicidad del corazón humano, y su triste incapacidad de satisfacer sus exigencias insaciables.

Después, tendiéndose en un sofá, me indicó con un gesto que me sentara en una amplia poltrona que se encontraba enfrente, no delante del fuego, sino junto a una ventana abierta de par en par, pues recuérdese que era verano, una tarde dulce y cálida de la segunda mitad de junio; y estuve sentada un momento en silencio, disfrutando del aire inmóvil y puro, y la preciosa vista del parque que se extendía ante mí, rico en verdor y follaje, teñido por la luz dorada del sol aliviada por las largas sombras del atardecer. Pero debía aprovechar esta pausa: tenía que hacer indagaciones y, como la sustancia de la posdata de una dama, lo más importante vendría al final.

Así que comencé preguntando por el señor y la señora Murray, y por la señorita Matilda y los jóvenes caballeros.

Me dijo que su papá tenía gota, lo que lo ponía muy feroz, y que no quería renunciar a sus vinos predilectos ni a sus cuantiosas comidas y cenas, y que había reñido con su médico, porque éste se había atrevido a decir que ninguna medicina lo curaría mientras viviese tan despreocupado; que mamá y los demás estaban bien: Matilda seguía salvaje e imprudente, pero tenía una institutriz elegante, y sus modales habían mejorado bastante, y pronto sería presentada en sociedad; y que John y Charles (ahora de vacaciones en casa) eran, por lo que se decía, «unos muchachos estupendos, valientes y traviesos».

-¿Y cómo les va a los demás? -pregunté-. ¿A los Green, por ejemplo?

-¡Ah!, el señor Green tiene el corazón roto, ¿sabe? -respondió, con una lánguida sonrisa-; aún no ha superado la decepción, y nunca lo superará, me imagino. Está condenado a convertirse en solterón; y sus hermanas hacen lo que pueden por casarse.

-¿Y los Meltham?

-Oh, van a su ritmo de siempre, supongo; pero sé muy poco de ellos, excepto de Harry -dijo, sonrojándose levemente y sonriendo de nuevo-; lo veía mucho cuando estábamos en Londres, pues en cuanto se enteró de que estábamos allí, acudió con el pretexto de visitar a su hermano, y o me seguía como una sombra allá donde yo fuera o se me presentaba delante como un reflejo en cada esquina. Pero no se escandalice así, señorita

[165] Campana que avisaba de que era hora de arreglarse para la cena.

Librodot

Grey; estuve muy discreta, se lo aseguro, pero, ya sabe, una no tiene la culpa de que la admiren. ¡Pobre tipo! No era mi único admirador, pero desde luego era el más conspicuo, y creo que el más devoto de todos. Y al odioso... ¡ejem!... y a sir Thomas se le ocurrió ofenderse por él, o por mis muchos gastos, o algo, no sé exactamente por qué, y me trajo apresuradamente al campo, sin previo aviso, donde supongo que he de hacer de ermitaño el resto de mi vida.

Y se mordió el labio, y frunció vengativa el ceño mirando el bello dominio que una vez había ambicionado poseer.

-Y el señor Hatfield -dije-, ¿qué ha sido de él?

Se animó de nuevo y respondió alegre:

-Oh, cortejó a una solterona de avanzada edad y se casó con ella no hace mucho, sopesando su pesada bolsa contra sus marchitos encantos y esperando hallar el consuelo en el oro que le fue negado en el amor, ¡ja, ja!

-Bien, creo que ya están todos... salvo el señor Weston. ¿Qué hace

-Pues yo no lo sé, desde luego. Se ha marchado de Horton.

-¿Cuánto tiempo hace? ¿Y adónde ha ido?

-No sé nada de él -respondió ella con un bostezo- excepto que se marchó hace alrededor de un mes... no pregunté a dónde (yo habría preguntado si era a una parroquia o simplemente a otro puesto de ayudante, pero pensé que era mejor no hacerlo), y la gente hizo una gran alharaca por su partida -continuó- para gran disgusto del señor Hatfield, pues a Hatfield no le caía bien, porque tenía demasiada influencia entre la gente corriente y porque no era lo suficientemente dócil y sumiso ante él... y por algunos otros pecados imperdonables, no sé cuáles. Pero ahora sí debo ir a vestirme; la segunda campana va a sonar enseguida, y si voy a cenar de esta guisa, lady Ashby nunca me dejará en paz. ¡Mal asunto cuando una no puede ser el ama de su propia casa! Tire de la campana y mandaré llamar a mi doncella y les diré que le preparen el té. Pero pensar en esa mujer intolerable...

-¿Quién, su doncella?

-No, mi suegra, ¡y por un desgraciado error por mi parte! En vez de permitirle que se mudara a alguna otra casa, tal como se ofreció a hacer cuando yo me casé, fui tan tonta que le pedí que siguiera viviendo aquí y llevara los asuntos de la casa en mi lugar; porque, en primer lugar, yo esperaba que pasaríamos la mayoría del año en la ciudad, y, en segundo lugar, siendo tan joven y sin experiencia, me asustaba la idea de tener que dirigir una casa llena de criados y encargar comidas y preparar fiestas y todo lo demás, y pensé que ella con su experiencia me ayudaría. Nunca soñé que fuera a convertirse en usurpadora, tirana, demonio, espía y todo lo detestable que existe. ¡Ojalá estuviera muerta!

Después se volvió para dar instrucciones al lacayo, que estaba erguido como un palo junto a la puerta desde hacía medio minuto, y que había oído la última parte de sus animadversiones, y, por supuesto, hecho sus propias reflexiones al respecto, a pesar del semblante rígido e inexpresivo que le parecía correcto mantener en el salón.

Al comentar yo más tarde que debió de oírla, contestó:

-¡Oh, no importa! No hago caso de los lacayos: son simples autómatas; no importa lo que digan o hagan sus superiores, ellos no se atreverán a repetirlo. Y en cuanto a lo que piensen -si es que lo hacen alguna vez-, por supuesto a nadie le importa. ¡Menuda situación sería si nos ataran la lengua nuestros sirvientes!

Diciendo esto, se fue corriendo para arreglarse rápidamente, dejándome a mí que encontrase el camino de vuelta al saloncito, donde, a su debido tiempo, me sirvieron una taza de té. Después estuve sentada reflexionando sobre la condición pasada y presente de lady Ashby, y de la poca información que había obtenido respecto al señor Weston, y de las pocas probabilidades que había de que lo viera o tuviera más noticias de él a lo largo de mi vida tranquila y gris, la cual en adelante parecía no ofrecer otra alternativa que días de lluvia o días de nubes grises y oscuras sin chaparrones.

Librodot

Finalmente, sin embargo, empecé a cansarme de mis pensamientos y a desear que supiese dónde encontrar la biblioteca de la que hablara mi anfitriona, y de preguntarme si debía quedarme allí sin hacer nada hasta la hora de acostarme.

Como no era lo suficientemente rica como para poseer un reloj[166], no podía saber el tiempo que pasaba salvo por las sombras que se alargaban lentamente, que observaba desde la ventana, que presentaba una vista lateral, incluyendo una zona del parque, un grupo de árboles, cuyas ramas más altas estaban colonizadas por una compañía numerosa de ruidosos grajos, y un alto muro con una enorme puerta de madera, que sin duda comunicaba con el patio de los establos, puesto que llegaba majestuosamente desde el parque un amplio carruaje. La sombra de este muro pronto se apropió de todo el terreno hasta donde yo veía, obligando a la dorada luz del sol a retirarse pulgada a pulgada, para refugiarse por fin en las copas de los árboles. Finalmente incluso ellas quedaron en la sombra... la sombra de las lejanas colinas, o de la tierra misma; y, sintiendo compasión por los bulliciosos habitantes de la grajera[167] lamenté ver cómo su vivienda, hasta hace tan poco bañada con una luz gloriosa, quedaba reducida al color tenebroso y vulgar del mundo del abismo, o de mi mundo interior. Durante un momento, los pájaros que volaban por encima de los demás podían aún recibir en las alas el fulgor, que impartía a su negro plumaje el rmatiz y el resplandor del oro rojo; por fin también se desvaneció. El crepúsculo avanzó a hurtadillas... los grajos se hicieron más silenciosos... yo me encontré más cansada y hubiera deseado regresar a casa al día siguiente.

Se hizo de noche por fin, y estaba pensando en llamar a pedir una vela para irme a la cama, cuando apareció mi anfitriona, colmándome de disculpas por haberme dejado sola tanto tiempo y echando toda la culpa a «esa vieja detestable» , como llamó a su suegra.

-Si no me sentara con ella en el salón mientras sir Thomas bebe su vino -dijo-, nunca me lo perdonaría; y luego, si salgo de la habitación en el mismo instante en que llega él, como he hecho una o dos veces, es una ofensa imperdonable hacia su querido sir Thomas. Ella nunca mostró semejante falta de respeto hacia su marido... y en cuanto al afecto, las esposas de hoy día nunca lo tienen en cuenta, supone; pero las cosas eran diferentes en la época de ella. Como si pudiera servir para algo que me quedara en la habitación, cuando él no hace más que quejarse y regañar cuando está de mal humor, decir repugnantes bobadas, cuando está contento, o quedarse dormido en el sofá cuando está demasiado atontado para otra cosa, que suele ser el caso ahora, cuando no tiene otra cosa que hacer más que beber demasiado vino.

-¿Pero no podría usted intentar ocuparle la mente con algo mejor, y rogarle que renuncie a tan malos hábitos? Estoy segura de que tiene usted poderes de persuasión y habilidades para distraer a un caballero que muchas damas estarían encantadas de poseer.

-¡Así que piensa usted que voy a esforzarme en entretenerlo! No; ésa no es la idea que tengo yo de lo que es una esposa. Es tarea del marido complacer a la esposa, no la de ella complacerlo a él; y si él no está satisfecho de ella tal como es, y agradecido de poseerla además, no es digno de ella, y eso es todo. En cuanto a la persuasión, le aseguro que no me voy a molestar con eso: ya tengo bastante con aguantarlo tal como es, sin intentar reformarlo. Pero siento haberla dejado tanto tiempo sola, señorita Grey. ¿Cómo ha pasado el rato? -Principalmente observando a los grajos.

-¡Vaya por Dios, cómo ha debido de aburrirse! Realmente tengo que enseñarle la biblioteca, y debe usted llamar para pedir todo lo que quiera, tal como lo haría en una posada, y estar lo más cómoda posible. Tengo motivos egoístas por querer tenerla contenta, pues quiero que se quede conmigo y que no cumpla su horrible amenaza de irse corriendo en un par de días.

-Bien, no deje usted que la tenga más tiempo fuera del salón esta noche, pues ahora estoy cansada y quisiera acostarme.

[166] Véase nota 41.
[167] Nueva cita del poema de Thomson, véase nota 1.

Librodot

CAPÍTULO XXIII
EL PARQUE

Bajé un poco antes de las ocho a la mañana siguiente, avisada por el sonido de un reloj lejano. No se veía ninguna señal de desayuno. Esperé más de una hora antes de que se sirviera, todavía deseando vagamente tener acceso a la biblioteca. Después de acabar la solitaria comida, de nuevo esperé alrededor de una hora y media con gran ansiedad y malestar por no saber qué debía hacer.

Por fin, lady Ashby vino a desearme los buenos días. Me informó que acababa de desayunar, y quería que diese un paseo matutino con ella por el parque. Me preguntó cuánto tiempo llevaba levantada y, al oír mi respuesta, dijo que lo sentía mucho, y una vez más prometió mostrarme la biblioteca.

Sugerí que lo hiciese enseguida, y así en adelante no habría problemas de recordar u olvidarlo. Consintió, a condición de que no se me ocurriera ponerme a leer o interesarme por los libros ahora, pues quería enseñarme los jardines y dar un paseo conmigo por el parque antes de que hiciera demasiado calor para disfrutarlo, cosa que ya amenazaba con hacer. Por supuesto asentí de buena gana, e iniciamos nuestro paseo después.

Mientras caminábamos por el parque, hablando de lo que mi compañera había visto y oído durante sus viajes, se acercó un jinete y nos adelantó. Se volvió al cruzarse con nosotras y me clavó la vista directamente en la cara. Tuve buena oportunidad de ver cómo era: alto, delgado y demacrado, un poco encorvado de hombros, con el rostro pálido aunque lleno de manchas y los párpados desagradablemente rojos, las facciones corrientes y una apariencia general de languidez y deslustre, aliviada por una expresión siniestra en la boca y los apagados ojos desalmados.

-¡Odio a ese hombre! -susurró lady Ashby con amargo énfasis cuando pasó al trote.

-¿Quién es? -pregunté, no queriendo creer que hablaría así de su marido.

-Sir Thomas Ashby -contestó con melancólica compostura.

-¿Y usted lo odia, señorita Murray? -pregunté, pues estaba demasiado escandalizada para acordarme de su nombre en aquel momento.

-Sí, señorita Grey, y lo desprecio también. Y si usted lo conociera, no me culparía por ello.

-Pero ya sabía usted quién era antes de casarse con él.

-No; sólo creía saberlo... realmente no lo conocía. Sé que usted me lo advirtió, y ojalá le hubiera hecho caso, pero ya es tarde para arrepentirse... Además, mamá tendría que saberlo mejor que nosotras dos, y no dijo ni una palabra... todo lo contrario. Y luego creía yo que me adoraba y que me dejaría hacer lo que quisiera... fingió hacerlo al principio. Pero ahora no le importo un ápice. Pero eso no me molestaría; él podría hacer lo que le viniera en gana si yo estuviera libre para divertirme y quedarme en Londres o tener a algunos amigos aquí... pero el hace lo que le viene en gana y yo debo ser prisionera y esclava. En cuanto se dio cuenta de que yo era capaz de divertirme sin él, y de que los demás apreciaban mi valla más que él, el desgraciado egoísta comenzó a acusarme de coquetería y despilfarro, y a insultar a Harry Meltham, cuyos zapatos no es digno de limpiar[168]. Y luego necesitaba que yo estuviera en el campo viviendo la vida de una monja, por si lo deshonraba o arruinaba, como si él mismo no fuese diez veces peor en todos los sentidos... con su libro de apuestas y su mesa de juego y sus chicas de ópera y su lady esto y señora aquello... sí, y sus botellas de vino, y vasos de coñac y agua, también... ¡bestia asquerosa! ¡Oh, daría diez mil mundos para volver a ser la señorita Murray! ¡Es terrible sentir que la vida, la salud y la belleza se marchitan, sin apreciar y sin disfrutar, por un bruto como él! -exclamó estallando en lágrimas por la amargura de su desazón.

[168] Mateo 3, 11; Marcos 1, 7; Lucas 3, 16; Hechos de los Apóstoles 13, 25.

Naturalmente yo la compadecía muchísimo, tanto por su falsa idea de la felicidad y el descuido de sus obligaciones como por el despreciable compañero al que le unía el destino.

Dije lo que pude para consolarla, y le di los consejos que creía le hacían más falta: primero, intentar mejorar a su marido con suaves razonamientos, amabilidad, ejemplo y persuasión. Después, si aún lo encontraba incorregible tras intentarlo por todos los medios, que intentara abstraerse de él, que se arropara con su propia integridad y se molestara por él lo menos posible. Le exhorté que buscase consuelo cumpliendo con su deber hacia Dios y hacia los hombres, y que confiase en el Cielo y se confortase con el cuidado y la educación de su hija, asegurándole que se vería ampliamente recompensada al ver sus progresos en fortaleza y sabiduría y al recibir su genuino afecto.

-Pero no puedo dedicarme por entero a una niña -dijo ella-; podría morir... cosa nada improbable.

-Pero con cuidados, muchos bebés delicados se han convertido en hombres o mujeres fuertes.

-Pero puede parecerse tanto a su padre que la odiaré.

-No es probable; es una niña, y se parece mucho a su madre.

-No importa. Me gustaría más que fuera niño... sólo que el padre no le dejará ningún patrimonio que él mismo pueda derrochar. ¿Cómo puedo disfrutar de ver crecer a una niña para que me eclipse y disfrute de los placeres que yo tengo prohibidos para siempre? Pero suponiendo que tuviera la generosidad para deleitarme con tal cosa, aun así, es sólo una niña, y no puedo centrar todas mis esperanzas en una niña; es poco mejor que dedicarse en cuerpo y alma a un perro. Y en cuanto a toda la sabiduría y bondad que usted intentaba inculcarme, seguro que es lo más correcto y adecuado, y si tuviera unos veinte años más, podría beneficiarme de ello; pero las personas tenemos que divertirnos cuando somos jóvenes, y si los demás no nos lo permiten, ¡debemos odiarlos por ese motivo!

-La mejor forma de divertirse es hacer lo que es correcto, y no odiar a nadie. La finalidad de la Religión no es enseñarnos cómo morir sino cómo vivir; y cuanto más pronto uno se hace sabio y bueno, más felicidad consigue. Y ahora, lady Ashby, tengo que darle un consejo más: no haga de su suegra un enemigo. No se acostumbre a tenerla a distancia y mirarla con desconfianza y celos. Nunca la he visto, pero he oído cosas buenas de ella además de malas y me imagino que, aunque sea fría y altiva en su comportamiento general e incluso exigente en sus peticiones, tendrá fuertes afectos para aquellos que sean capaces de llegar a ellos. Y aunque esté ciegamente unida a su hijo, no carece de buenos principios ni es incapaz de escuchar la voz de la razón. Y si usted la concilia un poco y adopta unos modales amistosos y abiertos hacia ella... e incluso le confía sus aflicciones... *verdaderas* aflicciones, por las que esté justificada en quejarse... creo firmemente que con el tiempo ella se convertirá en su fiel amiga y su consuelo y apoyo en lugar del diablo que usted la ha llamado.

Pero temo que mis consejos no surtieron mucho efecto en la joven desgraciada; y al ver que era de tan poca ayuda en Ashby Park, mi estancia allí se hizo doblemente dolorosa. Así y todo, debía soportar aquel día y el siguiente, ya que me había comprometido a hacerlo, aunque, resistiéndome a todos los ruegos e incentivos para prolongar más mi visita, insistí en partir a la mañana siguiente, afirmando que mi madre me echaría de menos y que esperaba mi regreso con impaciencia.

No obstante, tenía el corazón apesadumbrado cuando me despedí de la pobre lady Ashby y la dejé en su principesco hogar. Era una prueba adicional de su infelicidad que se aferrase al consuelo de mi presencia y anhelase sinceramente la compañía de una persona cuyos gustos e ideas generales eran tan poco compatibles con los suyos, de quien se había olvidado del todo en sus horas de éxito, y cuya presencia sería más molestia que placer si tuviera sólo la mitad de lo que aspiraba a lograr.

Librodot

CAPÍTULO XXIV
LAS ARENAS

NUESTRA escuela no estaba ubicada en el centro de la ciudad; al entrar a A- desde el noroeste, hay una fila de casas de aspecto respetable a cada lado de la carretera ancha y blanca con pequeños jardines delante de ellas, persianas venecianas en las ventanas y unos peldaños que conducen a cada puerta pulcra con su pomo de latón. En una de las más grandes de estas viviendas residíamos mi madre y yo con todas las jóvenes damas que nuestros amigos y el público tenían a bien encomendar a nuestro cargo. Por consiguiente, estábamos a una distancia considerable del mar, separadas de él por un laberinto de calles y casas. Pero el mar me encantaba, y con frecuencia cruzaba de buena gana la ciudad para experimentar el placer de pasearme por la orilla, o bien con las alumnas, o sola, o con mi madre durante las vacaciones. Lo encontraba delicioso en todo momento y en todas las estaciones, pero especialmente bajo la brava agitación de una turbulenta brisa marina y con el frescor resplandeciente de una mañana estival.

Me desperté temprano la tercera mañana tras mi regreso de Ashby Park... el sol atravesaba la persiana y pensé en lo agradable que sería pasar por la ciudad dormida para dar un paseo solitario sobre las arenas mientras que medio mundo estaba acostado. Naturalmente no quise despertar a mi madre, por lo que me deslicé silenciosamente por la escalera y abrí la puerta sin hacer ruido. Estaba vestida y en la calle cuando el reloj de la iglesia dio las seis menos cuarto.

Había una sensación de frescura y vigor incluso en las calles; y cuando hube traspasado la ciudad, cuando puse el pie sobre las arenas y enfilé el rostro hacia la amplia bahía luminosa... no hay lenguaje que pueda describir el efecto del profundo y claro azul del cielo y el océano, el brillante sol matutino en la barrera semicircular de rugosos acantilados coronados de turgentes colinas verdes y en las lisas y extensas arenas y las rocas bajas del mar, que tenían aspecto, con su vestimenta de maleza y musgo, de pequeños islotes de hierba, y, sobre todo, en las brillantes olas. Y además, ¡la indescriptible pureza y frescura del aire! Hacía el calor preciso para intensificar el valor de la brisa y soplaba el viento preciso para mantener en movimiento todo el mar, para hacer que las olas fueran brincando hacia la orilla, espumosas y centelleantes, como locas de alegría. No se movía nada más, no se veía ninguna criatura humana más que yo. Mis pies eran los primeros en hollar las arenas firmes e intactas; nadie más las había pisado desde que el flujo de la marea de la noche anterior había borrado las marcas más profundas de ayer, dejándolas bellas y lisas excepto donde la retirada del agua había dejado las huellas de rizados charcos e inquietos arroyos.

Reavivada, contenta, fortalecida, fui caminando, olvidándome de todos mis problemas, sintiendo que tenía alas en los pies y que podía andar por lo menos cuarenta millas sin fatigarme y experimentando una sensación de alborozo que no había vuelto a sentir desde que era muy joven. A alrededor de las seis y media, sin embargo, empezaron a acudir los caballerizos para ejercitar los caballos de sus amos, primero uno y luego otro, hasta una docena de caballos y cinco o seis jinetes, pero no tenía que preocuparme porque no llegarían hasta las rocas a las que yo me acercaba en aquel momento. Cuando las hube alcanzado y pasado por encima de las húmedas algas resbaladizas (a riesgo de caer en alguno de los muchos charcos de clara agua salada que había entre las rocas) hasta un pequeño promontorio musgoso salpicado por el mar, miré atrás de nuevo para ver quién más estaba. Todavía se veía sólo a los madrugadores mozos con sus caballos y a un caballero con la oscura mota de un perro corriendo delante y un carro que venía de la ciudad para cargar agua para los caños. Dentro de un minuto o dos, las lejanas máquinas de agua se pondrían en funcionamiento: y entonces los

Librodot

caballeros mayores de regulares costumbres y las sobrias damas cuáqueras[169] acudirían para dar sus paseos matutinos curativos. Pero por muy interesante que fuese tal panorama, no podía esperar para presenciarlo, pues el sol y el mar me deslumbraban tanto que sólo pude echar un vistazo en aquella dirección. Por lo tanto, me giré de nuevo para deleitarme con la vista y el sonido del mar lanzándose contra mi promontorio, sin una fuerza desmedida, porque las enmarañadas algas y las invisibles rocas de debajo rompían la oleada; si no, pronto me hubiera visto anegada por el rocío.

Pero crecía la marea; el agua subía; se llenaban los golfos y los lagos; los estrechos se hacían más anchos: era el momento de buscar un suelo más seguro. Así que caminé, patiné y resbalé de vuelta a las suaves y amplias arenas, y decidí continuar hasta cierto abrupto saliente de los acantilados antes de regresar.

Al poco rato oí ruido de resuellos detrás de mí y un perro se acercó meneándose retozón a mis pies. ¡Era Snap, mi pequeño terrier escocés! Cuando pronuncié su nombre, me saltó hacia el rostro aullando de gozo.

Casi tan encantada como él, cogí al animalillo en mis brazos y lo besé repetidas veces. ¿Pero cómo había llegado aquí? No había podido caer del cielo ni hacer semejante viaje solo: lo había debido de traer o su amo, el cazador de ratas, u otra persona; así, reprimiendo mis desmedidas caricias e intentando reprimir las suyas al mismo tiempo, miré detrás de mí y vi... ¡al señor Weston!

-Su perro la recuerda bien, señorita Grey -dijo, cogiéndome cálidamente la mano que yo le tendía sin saber muy bien lo que hacía-. Se levanta usted temprano.

-No a menudo tan temprano como hoy -respondí con asombrosa compostura, teniendo en cuenta todas las circunstancias.

-¿Hasta dónde piensa usted prolongar su paseo?

-Ya pensaba regresar... debe de ser casi la hora, me parece. Consultó su reloj -éste de oro-[170] y me dijo que eran las siete y cinco.

-Pero sin duda ya ha paseado bastante -dijo, volviéndose en dirección a la ciudad, y yo comencé a volver pausadamente sobre mis pasos, con él caminando a mi lado.

-¿En qué parte de la ciudad vive usted? -preguntó-. No lo he podido averiguar.

¿No lo había podido averiguar? ¿Entonces lo había intentado? Le dije dónde vivíamos.

Me preguntó cómo iban nuestros asuntos; le contesté que nos iban muy bien, que habíamos aumentado considerablemente el número de alumnas después de las vacaciones de Navidad, y que esperábamos aún más al final de éstas.

-Usted debe de ser una profesora consumada -comentó.

-No; es mi madre -respondí-; ella dirige muy bien las cosas, y es muy activa, inteligente y bondadosa.

-Me gustaría conocer a su madre. ¿Me la presentará usted algún día si voy a verla?

-Sí, encantada.

-¿Y me concede el privilegio de un viejo amigo, de ir a visitarla de vez en cuando?

-Sí, sí... supongo que sí.

Ésta era una respuesta muy tonta, pero la verdad era que consideraba que no tenía yo el derecho de invitar a nadie a casa de mi madre sin el conocimiento de ésta; si hubiera dicho que «sí, si a mi madre no le importa», parecería que yo interpretaba su pregunta como más de lo que él expresara, así que, *suponiendo* que no le importaría, añadí «supongo que sí»; pero por supuesto habría dicho algo más sensato y más educado si hubiera estado en posesión de mis facultades. Proseguimos nuestro paseo durante un minuto en silencio, un silencio roto al poco tiempo (para gran alivio mío) por un comentario del señor Weston

[169] Los cuáqueros, una secta religiosa protestante, se caracterizaban, entre otras cosas, por su austeridad y sobriedad.
[170] Véanse notas 41 y 54.

Librodot

sobre la brillantez de la mañana y la belleza de la bahía y, después, sobre las ventajas de A- respecto a otros muchos lugares de veraneo.

-No me pregunta usted qué me ha traído a A- -dijo-. No puede usted creer que soy lo bastante rico como para haber venido por placer.

-Me dijeron que se había marchado de Horton. -¿Entonces no le dijeron que había conseguido el beneficio[171] de F-?

F- era una aldea a unas dos millas de A-.

-No -dije-; vivimos tan completamente retiradas del mundo, incluso aquí, que rara vez me llegan noticias de ninguna fuente, con excepción de *La Gaceta de-*[172]. Pero espero que le guste su nueva parroquia, y que pueda felicitarle por conseguirla.

-Supongo que me gustará más la parroquia dentro de un año o dos, cuando haya llevado a cabo algunas reformas que anhelo o, por lo menos, haya dado algunos pasos para lograrlo; pero puede usted felicitarme ahora, pues me resulta muy agradable tener siquiera parroquia propia sin nadie que interfiera conmigo, desbarate mis planes o inutilice mis esfuerzos. Además, tengo una casa respetable en un vecindario bastante agradable, y trescientas libras al año. De hecho, no tengo más queja que de la soledad ni más deseo que de una compañera.

Me miró al concluir y era como si el destello de sus ojos oscuros me incendiara la cara, lo que me produjo un gran desconcierto, pues era intolerable mostrar confusión en tal coyuntura.

Por lo tanto hice un esfuerzo por remediar el mal y desentenderme de cualquier aplicación personal de su comentario con una respuesta atropellada y mal expresada en el sentido que, si esperaba hasta ser bien conocido en el vecindario, podría tener muchas oportunidades de suplir su falta entre las residentes de F- y los alrededores, o las visitantes de A-, si necesitaba una elección más amplia, sin darme cuenta del cumplido implicado en tal aseveración, hasta que su respuesta me lo hizo ver.

-No soy tan presuntuoso como para creer eso -dijo-, aunque usted me lo diga. Pero si así fuera, bien, soy algo exigente en cuanto a mi idea de lo que debe ser una compañera vitalicia, y quizás no encuentre a ninguna que me convenga entre las damas que usted menciona.

-Si exige usted la perfección, nunca la encontrará.

-No es así; no tengo derecho a ella, pues yo mismo disto mucho de ser perfecto.

Aquí interrumpió nuestra conversación un carro de agua que avanzaba pesadamente, pues ya habíamos llegado a la parte bulliciosa de las arenas. Y durante los siguientes ocho o diez minutos, entre carros y caballos, burros y hombres, hubo poco sitio para el intercambio social hasta que le dimos la espalda al mar y comenzamos a subir la carretera empinada que conducía a la ciudad. Aquí mi compañero me ofreció el brazo, aunque no con la intención de que lo utilizara como apoyo.

-No viene usted a las arenas muy a menudo, me parece -dijo-, porque yo he caminado por aquí muchas veces por la mañana y por la tarde desde que vine, y no la he visto hasta ahora; y varias veces, al pasar por la ciudad, he buscado su escuela, pero no se me ocurrió buscar en la carretera de -; y una o dos veces he hecho indagaciones, pero sin obtener la información que quería.

Cuando hubimos ascendido la cuesta, hice ademán de apartar el brazo del suyo, pero apretó levemente el codo como señal tácita de que él no lo deseaba, por lo que desistí.

Disertando sobre diferentes temas, entramos en la ciudad y caminamos a 1o largo de varias calles. Me di cuenta de que se desviaba de su camino para acompañarme, a pesar de la larga caminata que aún le esperaba, y, temiendo que se estuviera molestando por motivos de educación, le dije:

[171] Se refiere a los derechos y emolumentos que recibirá al hacerse cargo de la nueva parroquia.
[172] Con toda probabilidad se refiere a la Scarborough Gazette.

-Me temo que le estoy apartando de su camino, señor Weston. Creo que la carretera de F- está en dirección contraria.

-La dejaré al final de la próxima calle -dijo él. -¿Y cuándo vendrá a ver a mamá?

-Mañana, si Dios quiere.

El final de la calle siguiente era casi el foral de mi viaje. Se detuvo allí, no obstante, y me deseó buenos días, y llamó a Snap, que parecía dudar entre seguir a su antigua ama o a su nuevo amo, pero cuando lo llamó éste, se marchó con él.

-No voy a ofrecerme a devolvérselo, señorita Grey -dijo el señor Weston con una sonrisa-, porque me gusta.

-Oh, si no lo quiero -contesté-; ahora que tiene un buen amo, estoy satisfecha.

-Entonces da usted por hecho que soy un buen amo, ¿eh? El hombre y el perro se marcharon, y yo regresé a casa, llena de gratitud al cielo por tanta felicidad y rezando por que mis esperanzas no se vieran de nuevo frustradas.

CAPÍTULO XXV
CONCLUSIÓN

-BIEN, Agnes, no debes volver a dar un paseo tan largo antes del desayuno -dijo mi madre, viendo que me bebía una segunda taza de café y no comía nada, dando como excusa el calor que hacía y la fatiga tras mi larga caminata.

Desde luego me sentía algo febril, y cansada también.

-Siempre tienes que excederte; si hubieras dado un paseo corto todas las mañanas y siguieras haciéndolo, te sentaría bien. -Bien, mamá, así lo haré.

-Pero esto es peor que quedarte en la cama o inclinarte sobre los libros; has conseguido tener una buena fiebre.

-No lo volveré a hacer -dije.

Me devanaba los sesos pensando en cómo contarle lo del señor Weston, porque debía decirle que iba a ir al día siguiente. Sin embargo, esperé hasta que hubieran quitado las cosas del desayuno y me encontrase más sosegada y serena; luego, sentándome ante mis dibujos, comencé:

-Me he encontrado con un viejo amigo hoy en las arenas, mamá.

-¡Un viejo amigo! ¿Quién puede ser?

-Dos viejos amigos, en realidad. Uno es un perro -y le recordé a Snap, cuya historia ya le había contado, y le relaté el incidente de su repentina aparición y su extraordinaria memoria al reconocerme-, y el otro -proseguí- es el señor Weston, asistente del rector de Horton.

-¡El señor Weston! Nunca te lo he oído nombrar.

-Sí, lo he mencionado varias veces, creo, pero no te acuerdas.

Te he oído hablar del señor Hatfield.

-El señor Hatfield era el rector y el señor Weston su ayudante; solía nombrarlo a veces por contraste con el señor Hatfield, como un clérigo más eficiente. No obstante, se encontraba en las arenas esta mañana con el perro -se lo compraría, supongo, al cazador de ratas- y me ha reconocido él además del perro, probablemente gracias a éste. He tenido una conversación con él, en el curso de la cual, como ha preguntado por nuestra escuela, le he hablado algo de ti y tu buena gestión, y ha dicho que le gustaría conocerte, y me ha preguntado si quería presentártelo si se tomaba la libertad de visitamos mañana, así que le he dicho que sí. ¿He hecho bien?

-Claro. ¿Qué clase de hombre es?

-Un hombre muy respetable, creo. Pero tú lo conocerás mañana. Es el nuevo vicario de F-, y como sólo lleva allí unas cuantas semanas, supongo que no ha hecho amigos aún y quiere algo de compañía.

Llegó el mañana. ¡Qué fiebre de ansiedad y expectación me embargó desde el desayuno hasta el mediodía, hora a la que se presentó.

Después de presentarlo a mi madre, me llevé la labor a la ventana y me senté a esperar el resultado de la entrevista.

Se llevaban estupendamente, para gran satisfacción mía, pues me había sentido muy ansiosa por lo que podía opinar mi madre de él. No se quedó mucho tiempo esta vez; pero cuando se levantó para despedirse, dijo que le encantaría verlo cuando le viniese bien venir de nuevo. Y cuando se hubo marchado, me alegró oírla decir:

-Bien, me parece que es un hombre muy sensato. ¿Pero por qué te has sentado allí atrás, Agnes -añadió-, y has hablado tan poco?

-Porque hablabas tú tan bien, mamá, que me ha parecido que no necesitabas que yo te ayudara. Además, vino a visitarte a ti,no amí.

Después de eso, nos visitaba a menudo, varias veces a lo largo de cada semana. Solía dirigir la mayoría de su conversación a mi madre, y no era de sorprender, porque ella sí sabía conversar. Casi le envidiaba la fluidez libre y vigorosa de su discurso y el fuerte sentido que demostraba todo lo que decía, y, sin embargo, no la envidiaba, pues aunque de vez en cuando lamentaba por él mis propias deficiencias, me proporcionaba un enorme placer estar allí sentada escuchando a los dos seres que quería y honraba más que nada en el mundo charlando tan bien, con tanta amabilidad y sensatez.

No siempre me quedaba callada, sin embargo, ni me sentía en absoluto desatendida. Me hacía tanto caso como yo deseaba: no faltaba una palabra amable ni una mirada aun más amable, me dedicaba un sinfín de delicadas atenciones, demasiado finas y sutiles para expresar en palabras y, por lo tanto, inenarrables, pero profundamente sentidas.

Enseguida nos dejamos de ceremonias: el señor Weston acudía como huésped esperado, bien recibido a cualquier hora, y nunca perturbando la economía de nuestros asuntos domésticos. Incluso me llamaba «Agnes»; primero pronunció el nombre con timidez pero, al darse cuenta de que no ofendía a nadie, parecía encontrar mucho más gusto en aquel título que en «señorita Grey», y yo también.

¡Qué tediosos y grises eran los días que no venía! Y sin embargo, no tristes, pues aún me quedaban el recuerdo de la última visita y la esperanza de la próxima para animarme. Pero cuando pasaban dos o tres días sin que lo viera, me llenaba de ansiedad, absurda, irracional, porque naturalmente tenía que atender a sus propios asuntos y los de su parroquia. Yo esperaba con pavor el fin de las vacaciones, porque comenzarían reas obligaciones y a veces no podría verlo y otras veces, cuando mi madre estuviera en el aula, tendría que recibirlo a solas, situación que no deseaba en absoluto... dentro de la casa, aunque encontrarlo al aire libre y pasear a su lado había resultado no ser desagradable en absoluto.

Una tarde, sin embargo, durante la última semana de las vacaciones, llegó, inesperadamente, porque una fuerte tormenta a primera hora de la tarde casi había destruido mis esperanzas de verlo aquel día; pero ahora la tormenta había pasado y el sol brillaba con fuerza.

-Preciosa tarde, señora Grey -dijo él al entrar-. Agnes, quiero que venga usted a dar un paseo conmigo hasta - (nombró una parte de la costa, una empinada colina por el lado interior y un escarpado precipicio por el del mar, desde cuya cima se aprecia un espléndido panorama). La lluvia ha fijado el polvo y enfriado y limpiado el aire, y la vista será magnífica. ¿Quiere venir?

-¿Puedo ir, mamá?

-Sí, por supuesto.

Fui a prepararme y bajé en pocos minutos aunque, naturalmente, me esmeré más al arreglarme que si fuera simplemente a salir sola de compras.

Librodot

El chubasco ciertamente había tenido un efecto muy beneficioso en el tiempo, y era una tarde deliciosa. El señor Weston quiso que le cogiera del brazo; dijo poco durante nuestro paso por las calles abarrotadas, pero caminaba deprisa y parecía serio y abstraído.

Me preguntaba qué le ocurriría y sentía un temor indefinido de que estuviera preocupado por algo desagradable; y me inquietaban bastante vagas conjeturas sobre el motivo, por lo que me quedé seria y callada. Pero estas fantasías desaparecieron cuando llegamos a las afueras de la ciudad, pues en cuanto tuvimos a la vista la antigua iglesia venerable y la colina de -, con el mar de un azul profundo al fondo, me pareció que mi compañero estaba bastante alegre.

-Me temo que ando demasiado deprisa para usted, Agnes -dijo-; en mi impaciencia por salir de la ciudad, se me ha olvidado pensar en su comodidad; pero ahora iremos tan despacio como usted quiera. Veo, por aquellas ligeras nubes del oeste, que habrá una maravillosa puesta de sol, y estaremos a tiempo de presenciar sus efectos en el mar, aunque caminemos despacio.

Cuando llegamos a mitad de la colina, se hizo el silencio entre nosotros una vez más y él, como siempre, fue el primero en romperlo.

-Mi casa está aún vacía, señorita Grey-observó sonriente-, y ya conozco a todas las damas de mi parroquia y a varias de esta ciudad; y conozco de vista y de oídas a muchas más; pero ninguna de ellas me conviene como compañera... a decir verdad, sólo hay una persona en el mundo que me conviene y es usted. Quiero saber qué decide.

-¿Habla usted en serio, señor Weston?

-¡En serio! ¿Cómo puede usted pensar que soy capaz de bromear sobre semejante cuestión?

Puso su mano sobre la mía que estaba apoyada en su brazo: debió de notar cómo temblaba... pero ya no importaba.

-Espero no haberme precipitado -dijo, con un tono grave-. Debía usted de saber que no estaba en mi carácter adular y decir dulces ñoñerías, ni siquiera expresarle la admiración que sentía, y que una sola palabra o mirada mía significaba más que las melifluas frases y fervientes protestas de la mayoría de los hombres.

Dije algo sobre no querer dejar a mi madre, y no hacer nada sin su consentimiento.

-Lo he solventado todo con la señora Grey mientras tú te ponías el sombrero -respondió él-. Ha dicho que da su consentimiento si tú dabas el tuyo; y le he pedido, por si me concedías la felicidad, que viniera a vivir con nosotros, pues estaba seguro de que tú lo preferirías. Pero se ha negado, diciendo que ahora se podía permitir contratar a una ayudante y que continuaría con la escuela hasta poder comprar una anualidad suficiente para mantenerse en una hospedería cómoda. Y mientras tanto, pasaría las vacaciones alternándose entre nosotros y tu hermana, y que estaría contenta si tú eras feliz. Así que ya he invalidado tus objeciones con respecto a ella. ¿Tienes alguna más?

-No, ninguna.

-¿Entonces me quieres? -preguntó, apretándome ferviente la mano.

-Sí.

Aquí hago una pausa. Mi diario, de donde he recopilado estas páginas, no va mucho más allá. Podría seguir durante años; pero me contentaré añadiendo que nunca olvidaré aquella gloriosa tarde estival y que siempre recordaré con deleite aquella colina empinada y rugosa, y el borde del precipicio donde estuvimos juntos viendo la espléndida puesta de sol reflejada en el inquieto mundo de aguas[173] que yacía a nuestros pies, con los corazones repletos de agradecimiento al cielo y de amor, casi demasiado repletos para hablar.

Unas cuantas semanas después, cuando mi madre ya había conseguido una ayudante, me convertí en la esposa de Edward Weston, y nunca he tenido motivos para arrepentirme y estoy segura de que nunca los tendré. Hemos tenido pruebas, y sabemos que tendremos más; pero las soportamos bien juntos y procuramos fortalecernos mutuamente contra la

[173] Véase nota 14.

separación final, la mayor de todas las aflicciones para el superviviente; pero, si no perdemos de vista el glorioso paraíso que está más allá, donde nos reuniremos de nuevo, y donde no se conocen el pecado ni las penas, también sabremos soportarla; y, mientras tanto, intentamos vivir en la gloria de Aquel que esparció tantas bendiciones en nuestro camino.

Edward, con arduos esfuerzos, ha realizado asombrosas reformas en su parroquia, y es apreciado y querido por sus feligreses, tal como merece, porque sean cuales sean sus defectos como hombre (y nadie está totalmente libre de ellos), desafío a cualquiera a que le critique como pastor, marido o padre.

Nuestros hijos, Edward, Agnes y la pequeña Mary, prometen mucho; su educación de momento me corresponde a mí, y no les faltará nada que los cuidados de una madre puedan dar.

Nuestros modestos ingresos son suficientes para nuestras necesidades; y ejerciendo las economías que aprendimos en tiempos más difíciles, y nunca intentando imitar a nuestros vecinos más prósperos, conseguimos no sólo disfrutar de comodidades nosotros, sino ahorrar un poco cada año para nuestros hijos y para dar a los que lo necesitan.

Y ahora creo que he dicho bastante.

FIN